

ESTUDIOS

16

Otoño 2005

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS



Memorias colectivas

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Prof. Ing. Jorge H. González

Vicerrector

Ing. Agr. Daniel E. Di Giusto

Secretario General

Ing. Agrim. Félix Roca

Secretaria de Posgrado

Dra. Myriam Parmigiani de Barbará

Centro de Estudios Avanzados

Directora

Dra. Dora E. Celton

ESTUDIOS

OTOÑO 2005

NÚMERO 16

Director: Héctor Schmucler

Secretario de Redacción: Marcelo Casarin

Consejo Editorial: María Susana Bonetto,
Adrián Carbonetti, María Teresa Dalmasso,
Carlos Juárez Centeno, Alicia Servetto,
César Tcach

Secretaría Técnica: Matías Keismajer

Estudios es una publicación del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Av. Vélez Sarsfield 153, C.P. 5000, Córdoba, Argentina.
Tel. (54-351) 4332086-4332088; telefax (54-351) 4332087; correo electrónico: revista@cea.unc.edu.ar

Esta revista se publica gracias al apoyo económico de la **Secretaría de Ciencia y Tecnología** de la Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación editorial y distribución:

EDITORIAL COMUNICARTE. Ituzaingó 167, 7º piso.
5000. Córdoba, Argentina. Tel: (0351) 426-4430.
editorialcomunicarte@sinectis.com.ar
www.comunicarteonline.com.ar

Coordinadora de este volumen:

Ludmila da Silva Catela

Comité Científico Académico

Marc Angenot
(Université Mc Gill)

Cristián Buchrucker
(Universidad de Cuyo)

Fernando Colla
(ALLCA XX- Archivos / Université de Poitiers)

Germán García
(Centro Descartes)

Mario Miguel González
(Universidade de São Paulo)

Manuel Pérez Ledesma
(Universidad Autónoma de Madrid)

Nicolás Rosa
(Universidad Nacional de Rosario)

Catalina Smulovitz
(Universidad Torcuato Di Tella)

Nuestro especial agradecimiento al artista plástico Rodrigo Córdoba, cuya obra ilustra este número.

Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de la revista. Los originales no solicitados no obligan a su publicación ni devolución.

Solicite las publicaciones del CEA a editorialcomunicarte@sinectis.com.ar

Distribuye en el extranjero: Fernando García Cambeiro, Cochabamba 244 (C1150AAB), Buenos Aires, Argentina, tel. (54-11) 4361-04737/0493. Postal Address: P.O. Box 591286, Miami, FL 33159-1286, USA.
E-mail: cambeiro@latbook.com.ar/san@latbook.com.ar - <http://www.latbook.com.ar>

Dirección Nacional del Derecho de Autor, exp. N° 392.137. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISSN 0328-185 X

Los artículos originales publicados en la revista Estudios son sometidos a evaluación de especialistas de la disciplina correspondiente.

ÍNDICE

<i>Héctor Schmucler</i>	La universidad como espacio para la memoria	7
-------------------------	---	---

ARTÍCULOS

<i>Ludmila da Silva Catela</i>	Variaciones sobre las memorias	11
<i>Silvia N. Barei</i>	Políticas de la memoria: texto artístico y lectura crítica del poder	21
<i>Emilio Crenzel</i>	El testimonio en una memoria ciudadana: el informe <i>Nunca Más</i>	31
<i>Noé Jitrik</i>	Tiempo, memoria, significación	49
<i>Federico Guillermo Lorenz</i>	El historiador y la muerte. Reflexiones a partir de Michel de Certeau	61
<i>Rossana Nofal</i>	Empuñar las cartas, empuñar las armas	75
<i>María Paulinelli</i>	Los relatos de la memoria: Córdoba y la última dictadura militar	85
<i>María José Sarrabayrouse Oliveira</i>	Los papeles de la burocracia como camino para la aparición del testimonio: el caso de la morgue judicial	95
<i>Mariana Tello</i>	El “nombre de guerra”. La actividad clandestina y las representaciones sobre la persona en la memoria de las experiencias de lucha armada en los '70	109
<i>Carla Villalta</i>	La apropiación de “menores”: entre hechos excepcionales y normalidades admitidas	129
<i>Gustavo Sorá</i>	Notas para una biografía socio-intelectual de Maurice Halbwachs	149
<i>Maurice Halbwachs</i>	Memoria individual y memoria colectiva	163

MÁRGENES

<i>Gustavo Ortiz</i>	Cambio social y racionalidad. La perspectiva de Gino Germani	191
----------------------	--	-----

MEMORIA

<i>Gabriela Boldini y María Paulinelli</i>	Relevamiento de textos de memoria	205
--	-----------------------------------	-----

PALIMPSESTO

Marcelo Casarín	Tununa Mercado, la extimidad de la autobiografía	225
Tununa Mercado	Cuando era chica yo copiaba	233
Candelaria de Olmos	Lectores de Filloy, lecturas de los '30	237

BIBLIOGRÁFICAS

Romano, Silvia (coord.), <i>Política, universidad y medios. Contribución al estudio de las condiciones de Producción de noticias de canal 10 de Córdoba entre los 60 y 70</i> , Córdoba, Ferreyra editor, 2002, comentario de María Cargnelutti	251
Macor, Darío y Tcach, César (comp.), <i>La invención del peronismo en el interior del país</i> , Ed. Universidad Nacional del Litoral – Centro de Estudios Avanzados, UNC, 2003, comentario de Torcuato S. Di Tella	253
Devoto, Fernando y Pagano, Nora (ed.), <i>La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay</i> , Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004, 217 pp., comentario de Marta Philp	261
Bonetto, María Susana; Casarín, Marcelo y Piñero, María Teresa (eds.), <i>Escenarios y nuevas construcciones identitarias en América Latina</i> , Centro de Estudios Avanzados-Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, 2004, 414 pp., comentario de Jorge Santarrosa	266

PUBLICACIONES DEL CEA

PUBLICACIONES RECIBIDAS

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La universidad como espacio para la memoria

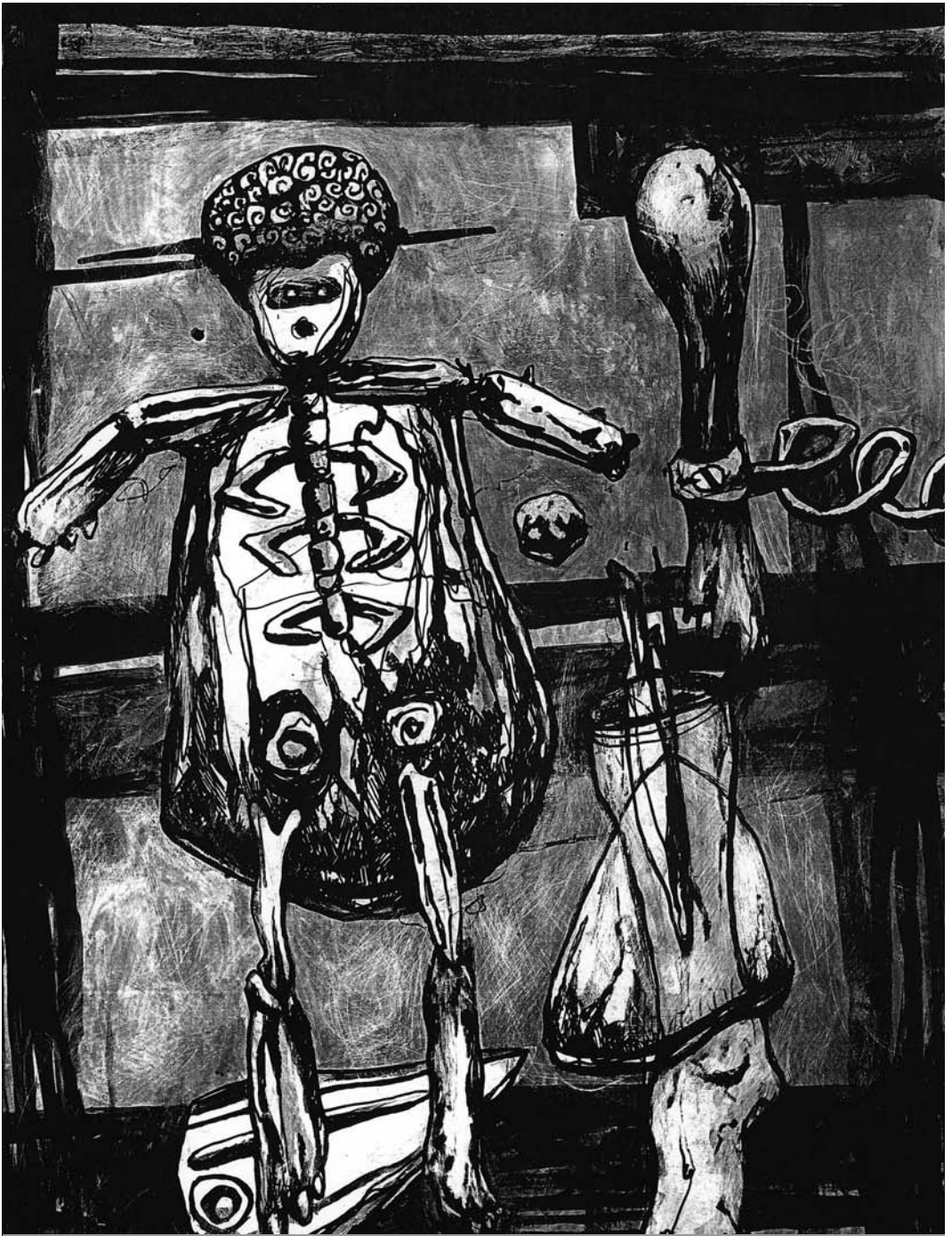
Rara vez las universidades incorporan en sus planes académicos estudios específicos vinculados a la memoria colectiva. Sin duda no es la única carencia. Aunque la despreocupación por este orden de saberes podría ilustrar circunstanciales descuidos, sustancialmente se convierte en un dato sensible para analizar el tipo de valores sobre los que las instituciones de enseñanza superior conciben su lugar en la sociedad. Un reiterado discurso sobre la crisis de la Universidad suele insistir en las carencias económicas que a veces parece sofocarlas. La verdad del argumento resulta indiscutible, aunque tal vez resultaría provechoso considerar que no reside allí su más acuciente problema. La Universidad, al compás de ciertos procesos que abarcan el mundo entero, ofrece precaria atención a los conocimientos alejados de prácticas inmediatamente instrumentables. Si nos atreviéramos a usar un lenguaje que no por arcaico ha dejado de ser hondamente significativo, diríamos que las cosas del espíritu han sido paulatinamente olvidadas. En realidad, tal vez se haya eclipsado el más profundo sentido de estas fundaciones que nacieron para preocuparse de aquello que interesa universalmente. No habría que descartar la hipótesis de que una reflexión que pusiera cuidado en pensar la crisis universitaria en el alejamiento de esos principios fundantes, facilitaría horizontes imprevistos y soluciones generosas.

Resulta significativo que la Universidad de Córdoba, a través del Centro de Estudios Avanzados, auspicie un Programa de Estudios sobre la Memoria que, en esta ocasión, ha sido encargado de dar forma al amplio compendio de trabajos que se ofrece en el presente número de la revista. No es pequeño el mérito de esta conducta institucional: en un sentido fuerte y crucial, la Universidad es un espacio donde la memoria ocupa un lugar cómodo y fecundo. ¿Qué otro destino podría imaginarse más alto que una vocación constante por la búsqueda del saber sin claudicaciones y que, simultáneamente, estimule el reconocimiento del pasado que lo alimenta? Sin memoria común los grupos humanos se diluyen. En ella se asienta cualquier forma de identidad que afirme la trama de nuestro vivir colectivo, de nuestro reconocimiento del otro, primer requisito para existir en común o, más intensamente, para encontrar algún sentido al vivir de cada uno. Los caminos que recorre la memoria son infinitos y alguna muestra de ello queda evidenciada en el material que se incluye en esta entrega de Estudios. Múltiples también resultan las formas en que la memoria se construye y subsiste: el arte, los testimonios, la búsqueda conciente entre residuos que a veces nos habitan calladamente; el azar: un olor que nos llega impensadamente, un rostro descubierto en el difuso

contorno de una multitud o esa misma multitud que actualiza vivencias compartidas del pasado. A veces basta la cadencia de una voz o un dolor fugaz que se hace presente en la vibración de un instante.

Cuando entre nosotros, en la Argentina, se habla de memoria colectiva, resulta ineludible la evocación del oscuro y tormentoso período vivido hace tres décadas, caracterizado por un clima de violencia intolerante e intolerable que tuvo culminación en la dictadura impuesta durante siete años. No es casual, por lo tanto, la proporción de ensayos aquí publicados que se vinculan al tema. Nada es simple en la recordación de ese pasado durante el cual el crimen se adueñó de las calles. Las cicatrices que los recuerdan tardan en borrarse como lo muestran algunos de los artículos que se ofrecen. Es posible preguntarse, en búsqueda de enseñanzas para el vivir, si no sería deseable incorporar esas cicatrices múltiples -siempre simbólicas aunque la muerte y la ausencia sean rigurosamente sensibles- al cuerpo entero de la Nación. Vivir con esas cicatrices como parte de una memoria que aliente la posibilidad de ser mejores y no sólo mostrarlas como alegato circunstancialmente político o encubridor de verdades que nos tocan a todos. La memoria colectiva resulta impiadosa. Muestra al desnudo el presente de las sociedades que eligen recordar determinadas experiencias y no otras. No hay otra posibilidad pues el olvido es implacable; la memoria, al seleccionar qué recordar, señala que la posibilidad de perder para siempre determinadas cosas resulta insoportable. La voluntad de memoria es la expresión de un estado colectivo de pensar que decide sobre el tipo de raíces en los que el presente se sostiene. Nada más próximo a la ética. Nada más urgente que instalarla en un lugar de privilegio.

Héctor Schmucler



Artículos

Variaciones sobre las memorias

Ludmila da Silva Catela

Memorias¹, árboles genealógicos, patrimonio, nostalgias, pasados que no pasan. La memoria está “de moda” no sólo como tema de estudio entre especialistas, sino también como un problema social sobre el cual se apoyan procesos de construcción de identidades, espacios de pertenencias y reivindicaciones diversas. Las memorias, como prácticas y como representaciones, se actualizan a cada momento, son solicitadas o vigiladas desde los diversos agentes que dicen preservarlas, rescatarlas, monumentalizarlas o simplemente olvidarlas. Entre la efervescencia y la crisis, la saturación y la banalización, entre los usos o abusos, las memorias vienen y van como un péndulo que marca sus tiempos y espacios. Ante este panorama es preciso reflexionar sobre las relaciones entre abundancia y saturación de referencias sobre la memoria en diversos ámbitos y la especificidad de los trabajos basados en la investigación y problemas analíticos concretos.

Profesora del Centro de Estudios Avanzados e
Investigadora del CONICET

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

-
- 1 Con el uso del plural se hace referencia a la necesidad de reconocer las múltiples presencias de memorias, sus espacios de disputas para imponerse en la esfera pública y los diversos sentidos que los agentes les otorgan. Pero además, en su plural, se incluyen las construcciones teóricas que compiten y se van redefiniendo a medida que se complementan, oponen o fragmentan frente a los sentidos otorgados desde los grupos con los cuales el investigador trabaja.
 - 2 Este Programa nació en el año 2002 y es dirigido por Héctor Schmucler. Tiene su sede en el

Desde el Programa de Estudios sobre la Memoria², hace ya más de un año que planteamos la necesidad de organizar un número temático de la *Revista Estudios*. La idea central era abrir el *juego de la memoria* a diversas investigaciones en este campo reciente pero ya poblado de trabajos. Primordialmente nos interesaba publicar artículos que aportaran diversidad de puntos de vista metodológicos y teóricos sobre los procesos sociales, políticos, culturales, de producción de memorias. Que permitiesen introducir preguntas y problemas desde la triple condición de esta categoría tan maleable: como categoría analítica (en su condición de herramienta teórica y metodológica), como categoría política (en su condición de emblema ético y moral) y como categoría social o “nativa” (en relación a la necesidad de percibir los sentidos y las formas de clasificación del pasado desde el presente, otorgado por los diversos individuos y grupos sociales).³

Esta introducción presenta y discute algunas cuestiones en torno a las investigaciones sobre las memorias. No pretende ser un balance. Sino, apuntar algunas singularidades de este campo de investigación y acción política en Argentina, mapeando aportes y debilidades, inclusiones y exclusiones.⁴

Orientaciones temáticas e interdisciplinaridad

En Córdoba, así como en diversos lugares del país, la institucionalización del tema se dio a partir de diversos espacios creados en torno al problema tanto social como académico de las memorias o dicho en otras palabras, de los senti-

Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Para mayor información:
<http://www.cea.unc.edu.ar>

- 3 Si bien no es el lugar para posicionarme con una definición sobre memoria, me gustaría decir que no parto de definiciones normativas del tipo “la memoria es...”, sino que prefiero buscar conceptualizaciones maleables (no por eso vacías de contenido teórico) que permitan dialogar con los sentidos que los propios agentes le imprimen, con las formas de clasificación que construyen y defienden. En relación a las diversas posibilidades que involucra esta categoría pueden consultarse, Halbwachs (2004), Jelin (2002), Connerton (1993), Pollak (2005), Schmucler (1995, 2003).
- 4 Es necesario decir que a lo largo del texto no se construye un mapa de trabajos, citando autores y títulos de investigaciones ya que implicaría un trabajo demasiado extenso a lo fines de esta introducción. Se señalan tendencias y caminos. Para la elaboración del mismo fueron consultados los resúmenes de los trabajos presentados a Congresos Nacionales de Antropología, Historia y Sociología de los dos últimos años, así como los presentados en Seminarios Nacionales e Internacionales organizados por la Comisión Provincial por la Memoria, el Núcleo de Estudios sobre Memoria y el Programa de Estudios sobre la Memoria. Además del material más disperso de charlas, conferencias y artículos en revistas de difusión.

dos dados al pasado desde el presente. La observación de esa trayectoria es elemental para caracterizar intereses, singularidades y perspectivas. La multiplicación de jornadas, seminarios, mesas en congresos nacionales, así como la paulatina incorporación de materias destinadas a discutir las formas sociales de construcción de las memorias en diversas carreras de grado y posgrado,⁵ indican la importancia y la vitalidad de esta área de estudios. Una mirada panorámica permite decir que, a partir del año 2000, pueden contabilizarse por lo menos dos Seminarios y Jornadas Nacionales e Internacionales, anuales, en torno al tema de la memoria. Me refiero a los organizados por la Comisión Provincial por la Memoria, el Núcleo de Estudios sobre Memoria/IDES y el Programa de Estudios de la Memoria/UNC. A esto debemos agregarles las mesas temáticas en torno al tema que se desarrollan con una periodicidad anual o bianual, en los principales congresos nacionales de Historia, Antropología y Sociología y a una cantidad muy significativa de mesas redondas, charlas, conferencias, que a lo largo del país se presentan en Universidades y Centros Culturales.⁶

Estas reuniones son la punta visible de una serie de espacios que institucionalizan y reconocen los estudios sobre las memorias como un área específica. A modo de ejemplo vamos a señalar que en Buenos Aires fue creado en el año 2002, el Núcleo de Estudios sobre Memoria. Este reúne a investigadores y docentes interesados en abordar desde una perspectiva académica los estudios sobre memoria, con énfasis en el Cono Sur de América Latina. También en la Universidad de Quilmes y en la Universidad Nacional de Córdoba con el Programa de Estudios de la Memoria, ya citado, se desarrollan grupos de investigación sobre el tema. Dentro de otro tipo de instituciones, en la ciudad de La Plata, en el año 2000 se creó la Comisión Provincial de la Memoria. Entre sus múltiples actividades desarrolla investigación y difusión a partir de cuatro áreas: la Revista Puentes, el Archivo de la D.I.P.B.A, el proyecto Memorias en las Escuelas y el Museo de Arte y Memoria. Podemos sumarle a este breve recorrido, la existencia del Museo de la Memoria de Rosario que combina investigación, exposiciones y charlas temáticas sobre el tema; así como la recién creada, Comisión Provincial por la Memoria de Mendoza, que entre otros aspectos, va a albergar y custodiar la totalidad de los

5 Podemos señalar que en los diferentes posgrados de la U.B.A, U.N.C, U.N.SA, U.N.T, U.N.LP, se han dictado cursos específicos de esta área de estudios.

6 Deberíamos acrecentar aquí las diversas publicaciones de difusión cultural, política y en menor medida académicas (ya que no hay en el país una revista científica dedicada exclusivamente al tema) o ligadas a organismos de derechos humanos que toman la temática de la memoria como eje de sus debates. Realizar un mapa sobre estas publicaciones revelaría también los intereses y recortes en esta área.

archivos personales del ex D2, que se encuentran actualmente en dependencias del Ministerio de Justicia y Seguridad.

No está de más decir que en poco países del Cono Sur hay una proliferación de instituciones e investigadores tan densa como en Argentina.⁷ Tal vez una de las formas más visibles, y perdurables a lo largo del tiempo, de esta fértil temática sean la cantidad de libros que circulan en el mercado editorial argentino. A modo de ejemplo, podemos citar la colección que tal vez condense mejor este campo disciplinar, *Memorias de la Represión*, editada por Siglo XXI de España y Argentina. Dirigida por Elizabeth Jelin, fue el resultado de la formación de más de sesenta jóvenes investigadores y ofrece doce volúmenes temáticos que recorren diversos problemas observados bajo la lupa de las singularidades regionales del Cono Sur.

Una característica singular de esta área es que si bien el tema de las memorias, incorpora a diversos enfoques e investigadores, parece predominar el estudio sobre un período concreto de la historia argentina, más específicamente aquel relacionado a la dictadura militar y sus consecuencias. Esto no es sólo un mero dato, sino que comienza a mostrar que los estudios sobre memorias en Argentina, por lo menos a partir de los años ochenta, tienen una especificidad propia y están fuertemente marcados por una temporalidad y espacialidad determinada. Puede decirse que ya tienen un “campo propio”, aquel que nos remite a un tiempo específico: los tiempos previos al golpe y los tiempos propios de la última dictadura; a espacios concretos: cuerpos desaparecidos, centros clandestinos de detención, ciudades tomadas, casas invadidas; así como a agentes específicos: escritores, militantes de derechos humanos, artistas, intelectuales, víctimas y victimarios, individuos ligados a los desaparecidos por sus lazos de sangre, periodistas; por nombrar aquellos de mayor visibilidad, tanto en los estudios sobre la memorias, como en la legitimidad pública que adquieren sus palabras cuando se trata de recordar (construir) visiones y clasificaciones sobre el pasado.

Esta primera constatación permite ver que en el propio campo académico hay silencios y olvidos, preferencias y temas predominantes, autorizaciones para hablar de algunos temas y ocultar otros, intereses por revelar algunas relaciones, mientras negamos otras. No escapamos así de la propia lógica de constitución de

7 Dejamos de lado aquí las diversas actividades que el Estado nacional y los Organismos de Derechos Humanos promueven en esta área de trabajo. Dichas actividades varían en cantidad y variedad pero son significativas a la hora de realizar un recorrido sobre el problema de la memoria, ya que establecen agendas, crean archivos, imprimen sentidos, que sin dudas influyen en las elecciones y recortes que los propios investigadores realizamos cuando establecemos nuestras preguntas y problemas de investigación.

las formas sociales de la memoria. Sin embargo en pocas oportunidades reflexionamos sobre estas elecciones, recortes e intereses. Tal vez, esta, sea la tarea más importante en el futuro próximo. La indagación sobre el propio campo de trabajo es indispensable a modo de problematizar una categoría analítica que cuenta con una larga génesis y la sedimentación de múltiples aportes teóricos y metodológicos que fueron sumando complejidad a la misma y que no pueden desconocerse.

En este sentido, recorrer la obra *Los marcos sociales de la memoria* de Maurice Halbwachs y el postfacio escrito por Gerard Namer (2004), permite comprender cómo la *sociología de la memoria* propuesta por Halbwachs, ha marcado la mirada teórica sobre este campo y cómo los ejes establecidos por este autor aparecen una vez y otra en el planteo de problemas de investigación. Me refiero aquí a un punto específico: aquel que reflexiona sobre el origen de este campo de trabajo, su génesis y motivaciones. Al surgimiento de este concepto y campo de trabajo en relación a tiempos de “crisis”. Namer, habla del origen del estudio de Halbwachs señalando que

emprender el estudio en 1925 de una sociología de la memoria, significa completar un movimiento cultural que marcó toda Europa hacia los finales del siglo XIX. Puede señalarse que toda la cultura europea hasta la guerra de 1914 podría ser considerada, en principio, como el intento de examinar el tema de la memoria. En Viena de 1880 a 1917, y a partir de Viena en toda Europa, la cuestión de la memoria se encontraba en el corazón de la cultura con la aparición simultánea de grandes obras sobre el tema, las de Halbwachs y las de Bergson, y con anterioridad las de Freud en psicología, las de Svebo y Proust en literatura y las de Mahler en música. (...) Europa antes de 1914 y Austria en particular, vivieron con mucha intensidad el modo acelerado y la crisis de un cambio que estaba trabajándose desde hacía mucho tiempo: la difícil conversión de las sociedades rurales autoritarias y tradicionales en sociedades urbanas modernas industriales y democráticas (Namer, 2004:346).

Esta apreciación permite indagar ¿qué temas, problemas y perspectivas unen a los trabajos dentro del campo de las memorias en Argentina? ¿Qué hay de nuevo en este uso? Si buscamos un momento de crisis, acelerador de los estudios sobre la memoria tal como la reconocemos en la actualidad, debemos remitirnos a las dictaduras militares. Puede decirse que no sólo para Argentina, sino para casi todo el Cono Sur de América Latina, el caudal de escritos en torno a los procesos de memoria crearon un campo de estudios que puede reconocerse en la necesidad de

comprender un momento de quiebre político, social, cultural y jurídico particular. Aquel ligado a los procesos dictatoriales y sus prácticas represivas (secuestros, tortura y desaparición de personas, el exilio y sus consecuencias, etc.).⁸ No es casual entonces observar un cierto monopolio de la categoría memoria ligada a este tipo de estudios en la actualidad. De alguna forma la enunciación del concepto memoria, rápidamente nos remite a esos momentos y situaciones límites. Esto impone de alguna forma, recortes y otorga mayor visibilidad a las investigaciones ligadas a la represión, la violencia política, las situaciones extremas, los quiebres de identidades sociales, políticas y culturales ocurridas a partir de segunda mitad del siglo pasado.⁹

Si focalizamos la mirada en relación a los temas seleccionados y predominantes en este campo y lo observamos a partir de las presentaciones a Congresos de Historia, Antropología y Sociología,¹⁰ podemos señalar algunas tendencias. Por un lado, prevalecen las investigaciones de procesos de construcción de memorias de la represión en espacios urbanos, así como los análisis del papel de ciertas instituciones (Iglesia, escuela, partidos políticos) y agentes determinados (periodistas, abogados, curas, políticos). Dentro de este recorte encontramos también análisis sobre la historia de los organismos de derechos humanos. En relación a otras temáticas predominantes, se pueden ubicar los trabajos que observan los sentidos dados al pasado a través de la producción literaria, cinematográfica y artística. Un área que presenta una considerable variedad de enfoques es aquella relativa al tema de la transformación, uso y conquista de los “espacios del horror” en “luga-

8 No me voy a detener aquí en relación al acumulo de trabajos y modelos que nacieron como forma de comprender el Holocausto y otros procesos denominados “traumáticos” o de “situaciones límites”, que han marcado y marcan de forma contundente las miradas sobre nuestra propia realidad. Sobre la idea del Holocausto como modelo analítico ver la propuesta de Huyssen (2000).

9 Sin embargo sabemos que los aportes sobre los estudios de la memoria no nacen solamente de situaciones límites frente a la violencia. Desde los años sesenta y setenta, los trabajos sobre historia oral en Historia, o los de tradición y transmisión oral en Antropología, han aportado diversas reflexiones en esta área. Me refiero por ejemplo, a los trabajos en torno a la memoria indígena (ver Viviana Manríquez (2003)) o al uso de esta categoría ligada a los trabajos sobre migración, (ver Schwarzsztajn (2001)). Para un recorrido histórico sobre los aportes de la historia oral, consultar Revista Historia y Fuente Oral, n° 14. Para un aporte problematizador sobre historia oral y tradición oral, desde diversas disciplinas de las ciencias sociales, ver, Morais Ferreira y Amado (1996).

10 Me refiero aquí a los últimos Congresos Nacionales, de estas tres áreas desarrollados durante el año 2004 y 2005 en las ciudades de Córdoba, Buenos Aires y Salta. Sumando las ponencias de estos Congresos, fueron presentados aproximadamente 60 trabajos sobre esta área de estudios.

res de memoria”. Tal vez el mayor número de investigaciones este concentrado en el análisis de identidades, memorias y testimonios de víctimas, sus familiares y de los organismos de derechos humanos. Es notorio el bajo número de trabajos sobre las memorias “del otro lado”, militares u otros organismos, instituciones e individuos que participaron activamente de la represión durante la dictadura. Así como sobre el papel de las elites económicas y políticas en la historia reciente. Puede constatararse también, una cierta escasez de investigaciones y miradas sobre los procesos locales y del interior del país. Haciendo un contrapunto puede decirse que hay una caudalosa producción de trabajos sobre testimonios, así como en el área de literatura, escritura testimonial y memoria, y que son incipientes los estudios que enfocan de lleno el tema de la lucha armada, la violencia política, las memorias obreras. Por último, hay casi un hueco en las investigaciones, un silencio revelador, en relación a la represión y al cotidiano durante la dictadura, en comunidades indígenas y campesinas.

Otro rasgo con cierta opacidad en los estudios sobre los procesos sociales, colectivos, políticos de las memorias de la represión, es una cierta superposición entre las *reconstrucciones* históricas y los *análisis* de memorias. La ya tradicional discusión sobre la tensión historia-memoria,¹¹ por momentos parece no influir demasiado en nuestro campo. De esta manera, algunas investigaciones que utilizan la historia oral y la memoria como una fuente histórica entre otras, toman a esta última como un dato factual, incorporándola de esta manera a sus investigaciones. Sin embargo, ya es casi un consenso que en este campo de análisis las memorias son un hecho social e histórico, fundamental para la reconstrucción de la génesis social del recuerdo o como reconocimiento de un problema social a ser analizado. En este sentido, incluir una investigación en el espacio de la memoria, al decir de Pollak (2005), requeriría por lo menos, reconocer cinco elementos: recuperar los *sentidos* dados por los individuos y grupos al pasado desde el presente, observando y rescatando la *peculiaridad de sus construcciones* (y trabajos de organización), sus *selectividades* (no todo queda grabado, ni registrado), las relaciones directas con los procesos de *identidad* y fundamentalmente poder reconocerla como un *valor de y en disputa* que genera luchas y enfrentamientos. En este sentido importa menos el dato factual que pueda proveernos la memoria, que las formas de recolectarla, los

11 Desde Halbwachs (1990) en adelante, diversos autores han escrito y debatido sobre este tema. Ver especialmente Nora (1997), Pomian (1997), Connerton (1993). Todos ellos, con algunas variaciones de tonos y sentidos, separan claramente la memoria de la Historia, dándole a la primera un carácter dinámico, vivido, vulnerable y manipulable. En los términos de Nora, la historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en presente eterno. (1997:24,25).

modos y sentidos de enunciación que adquieren y se le dan a las versiones sobre el pasado, tanto con las verdades como con los “engaños” que imponen los agentes que las portan, construyen y difunden.

Examinando finalmente las características de los estudios sobre las memorias en nuestro país, puede observarse que se caracterizan por mostrar un profundo diálogo interdisciplinario. En este campo, confluyen casi todas las ciencias sociales y humanas.¹² Cada disciplina, desde la psicología a la filosofía, pasando por la historia, sociología y antropología, tienen algo para decir, aportan sus enfoques y miradas. Esto hace a los estudios sobre la memoria un espacio de alta densidad teórica en relación a los diálogos establecidos y por establecer para expandir sentidos del saber y la acción.

Variaciones de las memorias

Como podrán observar los lectores de este número de la Revista Estudios, los trabajos publicados aportan miradas desde varias disciplinas, proponiendo caminos y puertas de entradas. Podemos decir que se sumergen en *variaciones sobre un mismo tema*: la construcción social, cultural, política y jurídica de las memorias; los sentidos dados al pasado desde la literatura, la historia, el objeto libro, los archivos, los testimonios.

Retomando las ideas sobre la génesis de la categoría, pensamos que incluir un texto de Halbwachs sería reconocer orígenes y linajes en los cuales nos enmarcamos. Es así que decidimos incluir un capítulo del libro póstumo, *Memoria colectiva*, acompañado de una biografía socio-intelectual, escrita por Gustavo Sorá. No se trata apenas de reconocer a un “padre fundador” de las investigaciones sobre memoria en las ciencias sociales, sino de mostrar que la reflexión sobre la génesis de los conceptos es una condición para ordenar el panorama presente y fundar una mirada crítica.

12 Para un análisis sobre las características de este nuevo campo de estudios, ver Jelin (2004). La autora indica entre otras cuestiones que, “las luchas por las memorias y por el sentido del pasado se convierte aquí en un nuevo campo de la acción social en la región. Y también en un nuevo campo de investigación social, con características propias: la complementariedad de distintos enfoques y disciplinas necesarias para un abordaje centrado en el punto de convergencia entre patrones institucionales, subjetividades y manifestaciones en el plano simbólico” (2004:9).

Los trabajos temáticos que conforman esta revista, pueden ser agrupados en tres grandes grupos. Aquellos que presentan una mirada sobre la escritura, el testimonio y la memoria, trabajando desde el soporte libro u otro tipo de documentos como las cartas. Muestran al lector, diversos registros desde dónde se dice algo sobre el pasado. Literatura y memoria, documentos y memoria, libros y memoria son algunas de las relaciones que nos invitan a comprender los modos de recordar. Me refiero a los trabajos de María Paulinelli, Silvia Barei, Rossana Nofal y Emilio Crenzel. En este grupo, incluyó también el trabajo de Mariana Tello Weiss, quien a partir de la investigación sobre diversas fuentes, tanto escritas como orales, analiza las construcciones de memorias y las experiencias de diversos individuos, frente a la lucha armada.

Los trabajos de Carla Villalta y María José Sarabayrouse Oliveira aportan una mirada poco explorada en este campo de estudios, el lugar de la Justicia, sus ambigüedades y documentos como reveladores de prácticas y acciones que hablan de memorias silenciadas. Sus aportes indagan las formas de inscripción de las situaciones límites en los documentos judiciales. Rastrear el horror en las palabras, las acciones y los modos en que la represión actuaba y documentaba sus pasos.

Por último, dos trabajos se inscriben en un orden más teórico y nos presentan caminos, puertas de entrada, opciones para pensar la memoria, sus transformaciones, significados y tiempos. Federico Lorenz, se pregunta sobre la relación del historiador con los muertos/la muerte, jugando en su texto a partir de la metáfora, “la Historia tanto entierra como desentierra”. Noé Jitrik, nos presenta un escrito, donde ensaya diversas relaciones entre la memoria, sus tiempos y significados, aportando una densa reflexión sobre el tema de la transformación. Jitrik propone una pregunta que usaremos para invitar a los lectores a recorrer los textos aquí publicados. ¿Qué hacer, pues, con la memoria?

Bibliografía

- AAVV. (1995) “Por una historia sin adjetivos”. EN: Revista *Historia y Fuente Oral*, n° 14. España.
- Connerton, Paul. (1993) *Como as sociedades recordam*. Lisboa, Cetal Editora, 1993.
- Ferreira Moraes y Amado (1996) *Usos & abusos da História Oral*. Rio de Janeiro, Fundação Getulio Vargas.
- Halbwachs, Maurice. (2004) [1925] *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, Anthropos.

- (1990) [1948] *A memória coletiva*. Rio de Janeiro, Vértice.
- Huyssen, Andreas. (2000) *Seduzidos pela memória*. Rio de Janeiro, Aeroplano Editora.
- Jelin, Elizabeth. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI de España y Argentina Editores.
- (2004) “Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales”. EN: *Estudios Sociales*, 27, Año 14, segundo semestre.
- Manríquez, S. Viviana. (Org.) (2003) “Los usos de la memoria en las poblaciones indígenas de América”. EN: Revista *Estudios Atacameños*, n° 26.
- Nora, Pierre. (1997) “Entre Mémoire et Histoire”. La problématique des lieux. EN: Pierre Nora (org.) *Les lieux de mémoire*. París, Gallimard.
- Pollak, Michael. (2005) *Memoria, olvido y silencio*. La Plata, Al Margen Editora.
- Pomian, Krzysztof. (1997) “Les archives. Du Trésor des chartes au Caran”. EN: *Les Lieux de Mémoire*, III. París, Gallimard.
- Schmucler, Héctor. (1995) “Formas del olvido”. EN: *Confines*, n° 1. Buenos Aires.
- (2003) “El incómodo ejercicio de la memoria”. EN: *La intemperie*, n° 6. Córdoba.
- Schwarzstein, Dora. (2001) *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona, Crítica.

Políticas de la memoria: texto artístico y lectura crítica del poder

*Le costó aprender que la naturaleza
jamás tuvo el orden de una embajada
y que la vida no da hojas de rutas
que indiquen atajos para sufrir menos.*

Ana Gloria Moya
Cielo de Tambores

Silvia N. Barei

Profesora de Teoría Literaria en la Universidad
Nacional de Córdoba.

El texto como dispositivo pensante

En este trabajo desarrollaremos algunas reflexiones provisionarias acerca de las posibilidades actuales de articular los estudios de la literatura y otras esferas del arte y de la cultura entendida ésta como sistema productor de textos, abriendo de este modo el campo literario a las vinculaciones posibles entre discursos estéticos y textos culturales.

La complejidad de los procesos artísticos y socio-culturales que se producen en América Latina, nos hace pensar que la reflexión teórica sobre la literatura puede inscribirse en un campo interdisciplinar. Y puede incorporar además, una reflexión sobre la relación múltiple entre lo cultural, lo intersubjetivo y los mecanismos y factores históricos que determinan la producción y recepción de los textos en nuestro continente.

En primera instancia, reconocer la complejidad cultural, es reconocer que no hay relaciones de igualdad reales ya sean inter o intraculturales, sino

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

relaciones jerárquicas y asimétricas, resultado de operaciones históricas signadas por lo político y lo económico.

Podemos definir entonces a nuestras sociedades como “sistemas culturales complejos” (Lotman, 1995), es decir, sistemas conformados por una multiplicidad de lenguajes diversos en los que nuestra propia comunidad de vida, nuestras convenciones sociales, nuestros sistemas signícos que son sistemas ideológicos, resemantizan permanentemente hasta la realidad cotidiana más inmediata.

Dentro de esta complejidad cultural, entendemos al texto artístico como un *dispositivo pensante*: su memoria carece de homogeneidad interna, trabaja a partir de discursos que recupera y transforma creativamente y sus sentidos dependen de la variación de los contextos culturales en los que el texto se semantiza y de las conciencias históricas con las que dialoga:

El mínimo generador textual operante no es un texto aislado - señala Lotman- sino un texto en un contexto, un texto en interacción con otros textos y con el medio semiótico (1995:90)

A partir de este modelo interactivo en el que todo texto cultural “trabaja” en función de relaciones múltiples, pueden pensarse las articulaciones entre arte y fenómenos extra-artísticos en tanto relaciones que incluyen las experiencias histórico-culturales de productores y lectores y su capacidad activa para crear nuevos textos y borrar otros: dispositivos de memoria (como creación) y de olvido (como desplazamiento), constituyen el mecanismo impulsor de las transformaciones culturales.

Aunque no puede establecerse una correlación directa entre texto artístico y fenómenos extra-artísticos, no deja de ser notable que la cuestión social se cuela entre los intersticios del texto, como un locus crucial de encuentro entre los hechos culturales y las porciones de memoria que el texto archiva. Justamente es la memoria del texto artístico la que guarda informaciones que en otras zonas de la cultura se relegan al lugar del olvido, ya sea por transformaciones propias del sistema o por censuras, exclusiones y violencias.

Este es el caso de muchos textos de la cultura argentina en el período previo a la última dictadura. Nos interesa señalar en dos ejemplos cómo trabaja la memoria de esos textos, analizando brevemente y poniendo en relación la primera “instalación” realizada en la Argentina por el pintor Carlos Alonso y la novela

1 Gusman, Luis (1995) *Villa*. Ed. Alfaguara, Buenos Aires,

de Luis Guzmán, *Villa*.¹ En el primer caso, el texto oficia como registro contemporáneo de aquello que el discurso oficial trata de que no se haga visible. En el segundo, opera como anamnesis: recuperación de la memoria obturada.

Los dos textos detienen su mirada en los años 70, particularmente en el proceso de deterioro político y social que se inicia con la muerte de Juan Domingo Perón (julio de 1974) y culmina con la brutal violencia de la dictadura. Villa, el personaje de la novela de Guzmán, dice:

Como en el 55, el peronismo estaba a punto de volver a caer
y veinte años después el mundo dejaba otra vez de ser un lugar
seguro... (p.118)

Pero la mirada de los dos textos es diferente. Mientras uno es contemporáneo y el artista se “juega la vida” (en sentido literal) con la denuncia de lo que está sucediendo en el país, el otro es un “ejercicio de memoria” necesario, escrito en los 90, e igualmente descarnado.

Las obras marcan un ahora y un después que permite trazar un mapa de continuidades y rupturas en el campo artístico y cultural de los 70, mostrando que todas las razones y las singularidades de la época estaban cifradas en el campo político. Los dos textos adhieren a una estética que sitúa al arte en el terreno de los hechos, en una denuncia brutal que solo puede realizarse mediante un expresionismo descarnado y sobreexpuesto.

No hay, como era la práctica estética dominante en la época, apelación al realismo mágico o rescate de los mitos ancestrales de la cultura latinoamericana (*El vuelo del tigre* de Daniel Moyano, por ej.), ni es necesario, como va a suceder con las novelas de los 80 (*Respiración artificial* de Ricardo Piglia, por ejemplo) un ejercicio intenso de desciframiento². Acá el golpe de la representación hiperrealista, es como quería Arlt, un “cross a la mandíbula”.

Caso 1. Carlos Alonso. La casa tomada

En 1976, el pintor Carlos Alonso inaugura una de las primeras “instalaciones” que se conocieron en la Argentina. En una sala de Buenos Aires monta una esce-

2 Entre otras novelas de los 80 que toman el tema “dictadura” podemos citar: Enrique Medina, *Las muecas del miedo*, (1983); Mario Goloboff, *Criador de palomas*, (1984); Mempo Giardinelli, *Que solos se quedan los muertos*, (1985), etc.

na terrible que no alcanza a abrirse al público por amenazas de bomba contra el local y de muerte contra el artista, que poco tiempo después -y como tantos otros- partirá hacia su exilio romano primero y español después.

Realizados en tamaño natural y en papel maché pintado con acrílico, restos de cuerpos despedazados, de animales y personas cuelgan como en el gancho de una carnicería ante la mirada borrada o amenazante de personajes siniestros. El ámbito familiar -la sala de una casa- se ha convertido en el escenario donde impera la muerte. Sabemos con Freud que lo siniestro adviene cuando lo familiar se torna no-familiar, y por lo mismo incomprensible o más aún, amenazante.

Obviamente, la información que brinda la metáfora de la “casa tomada” por decirlo en términos cortazarianos, es la alusión más clara y directa que podía hacer un artista a lo que estaba sucediendo en el país. Texto artístico y contexto histórico-político constituyen un espacio sin transición donde no hay lugar posible para la razón: el arte explicita la misma sinrazón que el poder oculta.

Por esos años, toda América Latina inaugura uno de los períodos más crueles de su historia. En la Argentina resurge una vez más la consigna que parece atravesar nuestra historia desde que Moreno mandara a fusilar a Liniers: “Liquidar al disidente”.

La justificación que Mariano Moreno publicara en *La Gazeta de Buenos Ayres*, el jueves 11 de octubre de 1810, parece una premonición del futuro de casi dos siglos teñidos de sangre:

Cubierta la tierra de cadáveres y teñida con la sangre de tantos inocentes inmolados al osado empeño de esos conspiradores contra la patria, quién podría figurarse el horrible aspecto que presentaría a la historia de América el cuadro espantoso de la desolación de esta región inmensa

Lo que la instalación de Alonso exhibe son nuevas políticas del arte que tienen que ver con la forma, con el contenido y también con los materiales con los que se trabaja: una política explícita que trabaja con un nuevo canon del cuerpo (ahora cuerpos destruidos y desaparecidos) y una política de la representación artística enunciada de una manera compleja.

El primer aspecto es central en esta exhibición que “instala” justamente en el espacio diferentes representaciones de los cuerpos (heridos, amenazantes, frag-

mentados, muertos, con el rostro cubierto, con el rostro borrado, tapados, vestidos, desnudos, etc) haciendo de ellos un espacio semiótico de fuerte referencia y simbolización.

En la multiplicidad de la semiótica social, tanto de las esferas de lo cotidiano como de lo artístico, las figuras reorganizan su significación a partir de circunstancias de la vida ordinaria. El cuerpo es, indudablemente, elemento central para la construcción de figuras, tanto porque es el mediador entre el hombre y el mundo (subjetividad) como porque ocupa un lugar en el mundo (espacialidad).

En gran medida esta instalación muestra los usos, las apropiaciones históricas e ideológicas que hace una comunidad de su propios cuerpos (individuales y colectivos) y de este modo, los cuerpos exhibidos, metonímicamente refieren a un afuera del texto que es todo un cuerpo social con sus estratificaciones de clase, de poderes, de ideologías.³

Con respecto a lo que llamáramos anteriormente “nuevas políticas de la representación artística”, este texto presenta varios aspectos interesantes: se libera del lenguaje canónico del arte y de las formas genéricas hegemónicas (pintura o escultura “instalados” en espacios nuevos y en nuevas relaciones intertextuales); desestabiliza el universo ideológico que apuesta al borramiento de la conciencia crítica; pone en escena o evidencia que el lenguaje del arte es material, es decir, es a la vez la materia y la constitución formal del texto artístico que en su forma exhibida y objetivada está materializado el sentido.

La legibilidad de este texto se integra en las condiciones de todo un sistema semiótico que vincula el arte con la esfera extra-artística: el artista desmonta códigos vigentes y lee en ellos una serie de procesos simbólicos que, desde un suelo familiar, un orden de los signos, ahora resemantizados, denuncia la violencia del poder.

Si bien está claro que en este caso el texto artístico se presenta como el lugar de un compromiso social, más allá de ello, la decisión de su puesta es un acto social simbólico, registra su capacidad de diferenciación y revela las oposiciones y

3 Con respecto a la noción de “canon del cuerpo”, remito a mi propio texto “Escrituras del cuerpo” (en prensa) Revista *Bitacora*, Fac. de Lenguas. N.º. 13, otoño de 2005. En relación con las categorías de erotismo y pornografía he desarrollado también la noción de “cuerpo” en la publicación *Eros*, Univ. Nacional de Jujuy, 2003.

contradicciones en todo un programa utópico que ofrece un modelo político contra el estado de terror.

El por entonces “nuevo estilo” artístico -la instalación- pone al descubierto una estrategia diferente de representación: trae un afuera del texto y hace suya la distancia traumática entre el lenguaje del arte y su referente real.

Leído desde el hoy, el texto exhibe una información necesaria y una memoria dolorosa de aquello “que queda”, que interpela desde los fragmentos.

En una entrevista publicada recientemente, Carlos Alonso señala a propósito de texto artístico y memoria:

Nunca fui un documentalista, nunca me interesó algún tipo de realidad para documentarla, aunque sí para hacer memoria...La memoria insobornable del arte fija las heridas que la realidad deja en nosotros (*La Voz del Interior*, Córdoba, 25/09/03)

Caso 2. Luis Gusmán. La mirada siniestra

La novela *Villa*, de Luis Gusmán es, como hemos dicho, un ejercicio de memoria de los 70, escrita en los 90. Fue publicada en 1994, después de finalizada la dictadura y en plena época de políticas de conciliación establecidas por los decretos denominados “de obediencia debida” y “de punto final”.⁴

Por oposición a los discursos oficiales que intentaron cubrir los crímenes de lesa humanidad con un sospechoso manto de silencio y olvido obligatorio, esta novela trata de recuperar, desde la ficción, la trama discursiva de la sociedad en la época de poder omnipotente del ministro de Isabel Perón, López Rega, apodado “El brujo” por sus supuestas dotes adivinatorias, su adhesión al ocultismo y sus prácticas nefastas que llevaron a la aparición del escuadrón de la muerte denomi-

4 Desde la década del 90, se han publicados múltiples novelas sobre la memoria histórica referida a la época de represión y dictadura. Podemos citar *Los planetas*, de Sergio Cheifec; *El fin de la (H)istoria*, de Liliana heider; *Bajo otro cielo*, de Silvia Silverstein; *Nada que perder*, de Andrés Rivera; *La mujer en cuestión*, de María Teresa Andruetto; etc. Son innumerables además los textos de investigación periodística, los libros de poemas (cfr. gran parte de la obra de Juan Gelman) y las obras de teatro entre las que puede citarse todo el ciclo desarrollado en Buenos Aires y Córdoba denominado “Teatro x la identidad”.

nado AAA (Alianza Anticomunista Argentina). La novela está contada desde la voz y la mirada de un torturador, sujeto narrador-personaje cuyo discurso al mismo tiempo que enunciado lingüístico, sostiene una práctica aberrante que trata de justificar.

Lo que narra Villa ya estaba condensado en la obra de Alonso y podríamos citar fragmentos de la novela que parecen perfectas descripciones de la instalación analizada, por ejemplo:

Esa misma tarde Villalba me dijo, recordándome la conversación de la mañana:
-Seguramente, Villa, mañana aparecerán dos o tres cadáveres. Es como le digo: hay que terminar con la venganza y pasar a implementar una estrategia sistemática... (pag.148)

Villa, un médico de un ministerio, cómplice de los torturadores, es “el hombre mediocre” de quien hablara tan bien José Ingenieros a principios de siglo, el profesional burocratizado y fracasado, el obsecuente, el pusilánime que aun sabiendo que actúa contra la ética de su profesión, obedece y solo se gana el desprecio de quienes lo usan para sus fines:

Cummins, no sé para qué llamaste a este inútil, no sirve para nada. Este hombre ya es un muerto. No hace falta un médico, hace falta un hoyo donde dejarlo. Y estoy cansado de tu estilo empalagoso con este Villa. Que sepa de una vez de qué se trata. Que él también está hasta las manos. Estoy hartado de su inocencia y de que esté distraído como si fuese un convidado de piedra. Sépalo, Villa, usted también es parte del festín (p.141)

Lo que tiene este texto de violento y excesivo, es justamente esa apelación a un expresionismo descarnado que funciona como calco de la dinámica discursiva del Estado represor.

La novela actualiza negativamente la estrategia de adhesión al discurso del poder y se propone minar su aspiración a erigirse en verdad absoluta, mostrando justamente la terrible violencia de las verdades absolutas.

La contestación de la novela, lo no dicho, es lo que puede leerse en sus intersticios como lo excluido y silenciado en años posteriores.

La tentativa de considerar el discurso de la violencia desde una focalización diferente no pasa tanto por las dimensiones ideológicas, sociales o culturales de la época, por las mecánicas brutalmente expuestas de las pericias médicas y forenses, sino por la cuestión de la subjetividad, la introspección de la mirada y la voz del narrador y por la manera como esos dos aspectos se tornan constitutivos del discurso.

Como señaláramos en la obra de Alonso, en esta novela también lo siniestro ingresa a la cotidianeidad del personaje, pero con códigos éticos que llevan al sujeto alienado al punto de percibirlo como “normal”. En ello radica su monstruosidad: en la imposibilidad de distinguir el mal convertido en pura “banalidad” (como diría Hannah Arendt), en lugar de la catástrofe que no puede reconocerse y que por lo tanto se vacía.

Reflexiona Villa en un momento inicial de la novela:

Me fui pensando entre cosas. Una, en cómo haría para enamorar a Estela Sayago...; dos, si ese doctor siniestro del que hablaba la Cuca era Firpo y tres, qué iba a hacer si en el camino de vuelta me encontraba dos o tres cadáveres. Como médico debería denunciarlos, pero nunca me había querido meter en política (p.42)

Lo que sobreviene entonces es una escena narrativa donde resulta manifiesta la extinción de una subjetividad reflexiva que pueda sostenerse sobre una escala de valores que ahora solo es mensurable en las formas de su ruina: borramiento de la palabra social, destrucción de lo humano.

Desde su memoria, el texto plantea la revisión de un proyecto social que abarca toda la historia argentina: la operación político-ideológica de constitución de la nación se ejecuta sobre la exclusión, (muerte y persecución), de una parte de sus miembros.

A modo de epílogo

Un epílogo no es una conclusión; es apenas un cierre provisorio a un tema que puede abordarse desde perspectivas diferentes y que se abre de manera rizomática a futuros textos.

En este caso, podemos decir que estos textos ponen sobre el tapete el problema de las formas de representación: en la instalación, representar la violencia social en épocas represión y por lo tanto mostrar aquello prohibido, censurado o “desaparecido” a la fuerza del presente compartido por el texto; en la novela; nombrar el modo de producción y de justificación de las narraciones que legitiman al poder.

En los dos textos, las fronteras internas del mundo artístico revelan conexiones centrífugas con lo cultural y asumen la estructura conflictiva de la propia sociedad.

Así, las obras proponen modos de inteligibilidad que activan la reflexión colectiva y producen una serie de subjetividades que eluden las ideologías dominantes: los acontecimientos sociales explícitos dan consistencia a la representación desde la exhibición brutal de cuerpos y subjetividades conectados con núcleos de conflicto social.

Si por una parte, estos artistas trabajan sobre una idea de país y evocan una mirada retrospectiva de nuestra herencia histórica, por la otra, el texto artístico surge como negatividad divisoria: su deseo por encontrar significados políticos desde las grietas del mundo sensorial y de la memoria, sugiere verdades mucho más amplias y abiertas acerca de nuestra existencia como nación.

En su desesperanzada radiografía de un presente insoportable, apuestan sin embargo a aquella esperanza expresada por John Berger en uno de sus relatos

...vi una obra de arte que había sobrevivido y era una prueba de la desesperación del pasado; en una época que ha de ser sobrellevada como se pueda, veo que la misma obra nos ofrece un paso a través de la desesperación (“Los dos Colmar”, incluido en *Mirar*)

Bibliografía

Avellaneda, Andrés. (1997) “Lecturas de la historia y lecturas de la literatura en la narrativa argentina de la década del ochenta”. EN: Bergero, A. y Reati, F. (comp.) *Memoria colectiva y políticas del olvido*. Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo Ed.

- Barei, S. y Aran, P. (2002) *Texto/memoria/Cultura*. Argentina, Ed. Universidad Nacional de Córdoba.
- Lotman, Iuri. (1995) *La semiosfera I*. Valencia, España, Ed. Frónesis.
- Maristany, José. (1999) *Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso*. Buenos Aires, Argentina, Ed. Biblos.
- Reati, Fernando. (1992) *Nombrar lo innombrable*. Buenos Aires, Ed. Legasa.
- AAVV (1999) "Los años 70". EN: *Revista Tramas para leer la literatura argentina*, N° 5. Córdoba, Argentina.
- Zuccotti, Juan Carlos. (1997) *La emigración argentina contemporánea*. Buenos Aires, Argentina, Ed. Plus Ultra.

El testimonio en una memoria ciudadana: el informe *Nunca Más*

Emilio Crenzel

Investigador del Instituto Gino Germani de la
Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de
Buenos Aires e integrante del Núcleo Memoria,
IDES.

Introducción

En este artículo se desarrollará una descripción y análisis del papel y el lugar que asumen los testimonios que reproduce el informe *Nunca Más* elaborado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas en 1984 en torno a las desapariciones. Se intentará describir y analizar su contenido y forma, el tono de estas voces, las intervenciones que realiza la CONADEP¹ sobre los mismos y las continuidades y rupturas que presentan con respecto al lugar que ocuparon en los discursos previos acerca de la desaparición de personas.

Frente a la macabra originalidad que supusieron las desapariciones, el informe de la CONADEP restituye de manera radical la realidad del horror acontecido en el país, su veracidad misma. El *Nunca Más* exhibe y alumbra las prácticas que comportaban las desapariciones y las inscribe en un marco de sentido que permite su asimilación y elaboración.

Su relato recompone la secuencia que comprendía la desaparición tras los

1 Esta comisión fue creada en Diciembre de 1983 por el presidente constitucional Raúl Alfonsín y estuvo integrada por miembros del poder legislativo y personalidades vinculadas a la lucha por los derechos humanos y al ámbito de la cultura. Presidida por el escritor Ernesto Sábato, tuvo por objeto investigar la desaparición de personas ocurrida en el país.

secuestros: la tortura, el cautiverio clandestino, la eliminación física de la mayoría de los desaparecidos y la búsqueda de sus perpetradores por borrar toda huella de los crímenes, la cual discurría paralela a la negación, de parte de las burocracias y autoridades estatales, de toda respuesta sobre la condición de las personas desaparecidas. El momento generalmente visible y público de las desapariciones, los secuestros y sus instancias siguientes ocultas y clandestinas, dejan de conformar un mosaico fragmentado y sin relación entre sí, para formar parte de un mismo proceso que el relato articula y, a partir de ello, torna inteligible.

Las voces del horror

El carácter fragmentado de la secuencia que comportaban las desapariciones, sus fases clandestinas, la división de tareas entre sus perpetradores, los “nombres de guerra” que ocultaban sus identidades, la suplantación de la identidad de los secuestrados por números identificatorios, el carácter secreto de los centros de detención y del crimen, la posterior destrucción deliberada de archivos, documentos y edificios que pretendía borrar toda huella de lo sucedido, suponían un desafío inédito para la constitución de un relato integrado, como proceso, de la desaparición de personas. Únicamente un relato testimonial, colectivo y desde adentro podía recomponer la escena, la identidad de sus protagonistas, la secuencia de la muerte con suficiente fuerza simbólica y argumental para retratar el horror.²

La narración que presenta el informe de la CONADEP se construye, de manera privilegiada, sobre la base de las denuncias efectuadas por los sobrevivientes de las desapariciones y los familiares de los desaparecidos. Sus voces son, en el informe, las protagonistas del relato. De los aproximadamente trescientos setenta y nueve testimonios que incluye el informe, el 59% corresponden a desaparecidos sobrevivientes, el 15% a familiares de desaparecidos y el 5% a amigos o conocidos del desaparecido.³ Debido a este rasgo, la narración de *Nunca Más* torna presentes las memorias del terror y del horror.⁴

2 El conocimiento parcelado de los cautivos, revelaba la insuficiencia del testimonio de carácter personal para dar cuenta del proceso de desaparición como tal.

3 Elaboración propia sobre la base de Corralini, Di Iorio, Lobo y Pigliapochi, Anexo.

4 El libro de Duhalde, 1983: 96, hacía presente estas voces en su relato. Sin embargo, los nombres de los sobrevivientes no aparecen en el corpus del texto sino en las notas de referencias de cada capítulo. En algunos casos, sólo se indica el lugar del país de donde procede ese testimonio.

En la abrumadora mayoría de los casos, la narración incluye la mención del nombre y el apellido del desaparecido. Pocas veces quienes testimonian sólo son registrados a partir de sus iniciales. En el caso de los sobrevivientes, esta ausencia adquiere un particular perfil de género y de vejación, ya que se restringe a los relatos de las violencias sexuales ejercidas por los guardias y torturadores sobre mujeres en cautiverio.⁵

Si al llegar a los centros clandestinos de detención el nombre del secuestrado era suplantado por sus captores por un número⁶, al incorporarse el testimonio de la desaparición o del cautiverio en el Nunca Más los desaparecidos recobran la cualidad de su identidad que los distingue de otros y los acompaña desde su nacimiento.⁷ Si la desaparición de personas involucró la pérdida de la "presencia civil" del desaparecido, el relato del Nunca Más restituye su humanidad y esa condición perdidas tras los secuestros.⁸

La recomposición de las desapariciones en tanto proceso, a través de la inclusión de estas voces, se sucede mediada por la intervención de la comisión que opera descomponiendo el testimonio particular en fragmentos testimoniales. Del total de testimonios transcritos, sólo uno se reproduce por entero.⁹ De esta manera, el rela-

5 Ver CONADEP, 1984: 49 a 52, 67, 155, 191, 211 y 317.

6 "Se les ordenaba, ni bien ingresaban, que recordasen esa numeración porque con ella serían llamados de allí en adelante, sea para hacer uso del baño, para ser torturados o para trasladarlos. Esta mecánica obedecía, además de constituir una forma más de hacer perder la identidad al secuestrado, a la necesidad de que nadie –aun guardias o carceleros– conociera la identidad del prisionero, para evitar que trascendiera al exterior el nombre de los cautivos". CONADEP, 1984: 62.

7 Mientras que en los campos nazis el número asignado a los prisioneros les era tatuado en los brazos y formaba parte de su identidad corporal de allí en adelante, el número identificador de los desaparecidos en los Centros Clandestinos de Detención argentinos suplantaba también su identidad real pero la nueva quedaba sólo registrada en su memoria para atender a cualquier requerimiento de sus captores. Estas diversas modalidades de registro y clasificación del otro, se vinculan, a mi juicio, con las premisas diferentes de ambas voluntades de exterminio. Registro corporal, ineludible, de aquellos "culpables de ser", en el caso del genocidio nazi, registro en la memoria de las víctimas para aquellos "culpables de hacer" en el caso Argentino.

8 "Arrebatados por la fuerza, dejaron de tener presencia civil. ¿Quiénes exactamente los habían secuestrado? ¿Por qué? ¿Dónde estaban? No se tenía respuesta precisa a estos interrogantes: las autoridades no habían oído hablar de ellos, las cárceles no los tenían en sus celdas, la justicia los desconocía y los hábeas corpus sólo tenían por contestación el silencio. En torno de ellos crecía un ominoso silencio". Conadep, 1984:9.

9 El del Dr. Norberto Liwsky. Conadep, 1984: 27-33.

to establece una equivalencia general que pone de relieve la impronta de cada caso puntual pero en tanto un semejante apenas diferente a otro que narra también las vejaciones sufridas. Pese a este uso instrumental que comporta la desestructuración de los testimonios como unidades narrativas y de las mediaciones que establece la comisión con sus observaciones, las voces de las sobrevivientes y de los familiares no pierden fuerza emotiva, transmiten un dramatismo desgarrador, no son subsumidas en el enfoque enciclopedista del exterminio. Al contrario, este modo de dar cuenta del inventario del horror opera otorgándole fuerza y consistencia simbólica y argumental a la narrativa que se intenta socializar.

Las voces de los familiares ponen de relieve el impacto de los secuestros, los cuales ocurrieron mayoritariamente en las casas de las víctimas y en horas de la noche, del avasallamiento de sus hogares, del ejercicio de la violencia sobre los cuerpos y los bienes materiales, del quiebre que produjeron en sus vidas las desapariciones, de su recurrente y masiva presentación de recursos e hábeas corpus en todo el país para conocer el paradero de los desaparecidos, invariablemente contestados en forma negativa por los jueces.¹⁰

Las voces de los allegados a los desaparecidos registran la presencia casi continua de referencias familiares que tornan a los fragmentos testimoniales verdaderas piezas biográficas que alumbran sus sufrimientos y las violencias de las que fueron objeto. La inclusión de sus voces en el *Nunca Más* opera humanizándolos luego de haber soportado su lucha durante años, en medio del aislamiento social y la estigmatización del discurso dictatorial.

Los fragmentos testimoniales de los sobrevivientes ilustran el sadismo de los torturadores, la crueldad de sus torturas, su omnipotencia y mesianismo¹¹, su antisemitismo¹² su odio de clase¹³, la convocatoria de los altos jefes militares a deponer todo rencor y a olvidar lo sucedido.¹⁴

Sus voces dan cuenta de la emergencia, tras el secuestro, el engrillamiento y la capucha, que fijaba al desaparecido al territorio de cautiverio y a la vez lo aislaba del mundo exterior, de una memoria corporal, de los sentidos, agudizada por

10 CONADEP, 1984: 401.

11 CONADEP, 1984:349

12 CONADEP, 1984: 69 a 74.

13 CONADEP, 1984: 28, 71, 349

14 CONADEP, 1984:199.

las condiciones de privación sensorial motriz a las que estaban sometidos los cautivos. Percepciones de olores, ruidos, sonidos, impresiones táctiles, miradas que lograron burlar la venda o la capucha, fueron los elementos primitivos, artesanales, a partir de cuya retención los desaparecidos pudieron establecer precarias coordenadas espacio temporales acerca de las características de los espacios de cautiverio, de su localización, prever la llegada de los guardias, los momentos de tortura, la inminencia de los "traslados".¹⁵

Este ejercicio de una memoria de los sentidos forjada en los tiempos de cautiverio, se conformó a partir de un nuevo ejercicio de rememoración personal, en la base sobre la cual se tornó comunicable a otros el derrotero del horror vivido. Fue la auxiliar indispensable para evocar los nombres de otros desaparecidos, los de los desaparecedores, la presencia de altos jefes militares, miembros de la iglesia, médicos y funcionarios del poder judicial en los centros clandestinos y para reconstruir los lugares de cautiverio, pese a las remodelaciones realizadas posteriormente para ocultar toda huella. El ejercicio de este tipo de memoria de parte de los sobrevivientes, por su carácter vivencial, torna creíble el relato.¹⁶

Los sobrevivientes que testimonian logran tornar posible la transmisión a otros de la topografía del horror, son los constructores artesanales de su primer mapa. Se trata de una reconstrucción basada en los retazos de la memoria del horror, no producto de la imaginación o la inspiración del momento.¹⁷

Su papel en esta reconstrucción se hace presente a través de las menciones de nombres de cautivos, guardianes y torturadores y de la presentación de croquis detallados¹⁸ y fotos¹⁹ que retratan las fachadas, celdas y el interior de algunos centros clandestinos realizados en los reconocimientos efectuados junto a miembros de la comisión.²⁰ Paralelamente, la inclusión de las fotos de los sobrevivientes retornando vendados a dichos sitios, reconociendo los espacios de cautiverio, resalta el valor de sus testimonios para abrir la posibilidad de reconstruir estos sitios y reafirma la veracidad de la propia reconstrucción de la escena.

15 CONADEP, 1984:60 y 61.

16 CONADEP, 1984:60 y 61.

17 Halbwachs, 1971: 128, remarca la importancia del marco social espacial para articular y ordenar la rememoración por medio de una realidad no - discursiva que facilita en gran medida su simbolización.

18 CONADEP, 1984: 73, 76, 82, 85, 88, 91, 94, 109, 112, 115, 121, 124, 127, 133, 153, 168, 171 y 174.

19 CONADEP, 1984:70, 79, 97, 103, 101, 103, 106, 118, 130, 138, 144, 147 y 150, 156, 159, 162, 165 y 177.

20 En Amnistía 1980 y CADHU, 1979 se hacían presentes las primeras reconstrucciones sobre la base de estas voces, pero sólo de algunos centros clandestinos.

La presencia reiterada de referencias en sus dichos a lugares, fechas, circunstancias y nombres de personas desaparecidas, opera constituyendo las premisas básicas para la socialización del conocimiento sobre lo sucedido y restituye a estos acontecimientos su espacialidad y temporalidad, creando de este modo los puntos de partida que posibilitan el ejercicio de prácticas de conmemoración en torno a las desapariciones.²¹ En el mismo sentido, sus voces socializan un código lingüístico que deja de ser patrimonio de las víctimas de la violencia estatal. Ciertas significaciones y significados propios del universo de la desaparición que conformaban hasta entonces un lenguaje críptico para la mayoría de la población como “chupadero”, “traslado”, “zona liberada”, “grupo de tareas”, etc. comienzan a compartirse y tramitarse socialmente estableciendo un puente, a partir del lenguaje, en la comunicación de estas experiencias con el resto de la sociedad.²²

Pero además, sus voces colaboran en la reconstrucción de la magnitud de lo acontecido y, a la vez, ponen de manifiesto la complejidad de la propia condición del sobreviviente. Algunas de ellos, como en el caso de la ESMA, se integraron al “Staff”, grupo de cautivos que realizaba diversas tareas en este centro clandestino y que, para los captores que los seleccionaron para esos fines, se hallaban en “proceso de recuperación”.²³

Uno de ellos establece, por el sistema de registro empleado, que hasta marzo de 1978 habían pasado por allí 4.700 personas. Son también sus voces las que refieren a la existencia de minuciosos archivos con datos y fotografías de los cautivos que consignaban el “estado de los cuerpos” de quienes pasaron por el centro clandestino bajo los rótulos: “desaparecido”, “fusilado”, “liberado” y “cautiverio actual”.²⁴

El informe también da cuenta de la existencia de otro grupo de detenidos que, convencidos por sus captores, participaron en la ESMA en el llamado “Mini Staff”, integrándose a la estructura represiva, participando en los operativos de secuestro junto al personal militar. Sin embargo, su voz no se escucha a lo largo del informe.²⁵

21 Sarlo, 2002: 151.

22 Basile, 1989: 48 y Feitlowitz, 1998.

23 CONADEP, 1984: 134.

24 CONADEP, 1984:140.

25 CONADEP, 1984: 134. Cabe destacar que estas voces aún comparten el silencio mayoritario que guardan los perpetradores de las desapariciones.

Es base a este cuerpo testimonial, la CONADEP presenta las modalidades que asumían los secuestros, las condiciones de encierro y las características de los Centros Clandestinos de Detención, el empleo sistemático de la tortura y la multiplicidad de formas que asumió la mayoritaria eliminación física de los desaparecidos, recompone los nombres de los responsables de estos crímenes desafiando su anonimato²⁶, e integrando cada momento de la secuencia de la desaparición de personas en tanto partes de un proceso único.

Los fragmentos testimoniales presentan detalladas rememoraciones de la experiencia personal o familiar vivida y, a la vez, mediados por la voz de la comisión, se inscriben en una narración colectiva e intersubjetiva que compone un relato de memoria social con una alta densidad emotiva y una gran complejidad narrativa. Las voces del horror expresan la objetivación de una realidad límite, corporizan la violencia a la que fueron sometidos los desaparecidos y sus familiares, reiterando y subrayando, en un tono cuasi monofónico y hasta el infinito, una misma narrativa. El efecto de reiteración, connota de otro modo el carácter individual, el tono íntimo, privado, de los fragmentos testimoniales.

Estos fragmentos van componiendo un producto nuevo, un coro de testimonios que trasciende la parcialidad de la experiencia individual, su alcance limitado, para dar cuenta de la envergadura de lo sucedido, pero que a la vez confirma su veracidad a través de las voces de otros. Este coro le presenta al lector una serie de imágenes cuyo entramado sería ininteligible sin sus partes, pero cuya potencia trasciende la suma de los fragmentos particulares que lo conforman²⁷ logra converger en una "representación unitaria" de las desapariciones.²⁸ Este inmenso coro hace presentes las voces de los familiares de diversos puntos del país y de las víctimas de las desapariciones que atravesaron diferentes centros clandestinos de detención, y revela el carácter sistemático que asumieron las desapariciones, la homogeneidad de las prácticas que comportaron, su magnitud, su carácter de proceso colectivo, su alcance nacional.

De esta manera, este entramado intersubjetivo, articulado por el relato de la comisión, va construyendo la noción de que lo que sucedió no obedeció a las razones esgrimidas por la explicación castrense, esto es a circunstancias particulares o aisladas, circunscriptas a determinado hecho ocasional, sino que reflejó las

26 Feldman, 1990: 77.

27 Sartre, 1975: 9.

28 Basile, 1989: 50.

modalidades orgánicas, generalizadas y regulares del exterminio durante la dictadura militar, la “normalidad” de lo atroz largamente silenciado y ocultado.²⁹

A través de su presencia en el relato, la figura fantasmal del desaparecido vuelve, reaparece en la escena pública mediada o personificada por aquellos que ofrecen su testimonio. Se encarna en personas concretas, cuya identidad más primaria, en la figura de su nombre y apellido, es restituida. Su humanidad, desintegrada por el sistema de desaparición, se ve, de esta forma, parcialmente recobrada. De este modo, el Nunca Más se conforma como un soporte material que constituye socialmente la figura y la memoria de los sobrevivientes de las desapariciones y de los horrores por ellos sufridos.

En ese instante, sacados a la luz pública, los testimonios particulares de sobrevivientes y familiares se extrañan y se libran de su propia memoria particular para formar parte de una memoria pública. Una operación sustantiva se opera así en el proceso de conformación de una memoria compartida: el recuerdo individual conserva su particularidad pero se trastoca en el seno de un relato colectivo, que lo incluye pero lo trasciende, emergiendo así la posibilidad de su apropiación social, de su transmisión y de su supervivencia en el tiempo.³⁰

Aquellos que sobrevivieron al horror y testimonian asumen una doble identidad. Son, por un lado, los sujetos sobre los cuales la dictadura ejerció la violencia y la tortura poniendo en cuestión, a través del dramatismo e intensidad que asumen sus voces, la imposibilidad, según Wittgenstein, de experimentar y transmitir la propia muerte. A la vez, son los testigos de la violencia y la tortura infligida sobre otros, son los que saben de muchos muertos.³¹ Son, quienes nombran a esos otros que sin su voz quedarían en el silencio, en la muerte anónima.³²

Al develar la presencia de esos otros, sus voces ocupan una posición basada en la alteridad. Se trata de una alteridad comprometida cognitiva y emotivamente, de ningún modo neutral o desprovista de valores con relación a su relato. Sus

29 Conadep, 1984:16.

30 “Si el recuerdo de Auschwitz pertenece a los supervivientes de los campos de la muerte, la memoria de la ofensa debe generalizarse al conjunto de la sociedad o parafraseando a Walter Benjamín, la experiencia vivida y la rememoración colectiva puede conducir a una redención del pasado, a salvar del olvido a los vencidos de la historia, pues mientras el recuerdo está destinado a morir con los testigos, la memoria puede ser un elemento permanente de la conciencia social”. Traverso, 2001:193.

31 Canetti, 1994:240.

32 Feldman, 1990.

voces se integran en el espacio público recubiertas de dolor, convocando al recuerdo de las afrentas sufridas, pero ajenas a toda impronta de resentimiento. Su lenguaje es referencial y denotativo y parco en digresiones.³³ No hay mención al deseo de venganza, ni emerge la reivindicación de su identidad política personal o de grupo³⁴, tampoco el relato de sus sufrimientos registra un tono épico³⁵, co de sus voces se escucha el reclamo de justicia o de castigo a los culpables.³⁶

Según da cuenta el informe, la resistencia en los centros clandestinos consistió en intentar prolongar la propia vida, procurar establecer algún lazo con otros prisioneros, por sobre las vendas o la capucha, en comunicarse, en excepcionales oportunidades, con otros cautivos o mediante golpes en la pared, en transmitirle apoyo o manifestar la propia presencia tocándole el hombro a un compañero en la fila de engrillados.³⁷ La otra posibilidad de resistencia, el escape, es apenas parte de dos fragmentos testimoniales que relatan una fuga fallida y otra exitosa de un centro clandestino.³⁸

Estos indicadores revelan un cambio sustantivo en el comportamiento individual y en la regulación de la emotividad con respecto a la etapa previa a la dictadura militar. Si la desaparición borra toda posibilidad de constitución de relaciones sociales en torno a quien muere, eliminando también la posibilidad de la muerte heroica, su horror limita al extremo cualquier gesta con respecto al acto de sobrevivir.

Los testimonios de sobrevivientes y familiares se constituyen en las piezas centrales de la narración que desenvuelve el *Nunca Más* sobre las desapariciones.

33 Basile, 1989: 48.

34 La palabra "compañero", utilizada habitualmente en el ambiente de la militancia política en Argentina para referirse a quien comparte esa práctica sólo es mencionada en los testimonios de los sobrevivientes para referirse a quienes compartían con ellos su trabajo, estudio o cautiverio. En pocos casos, denota la militancia gremial compartida.

35 Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos, 1973: 159-213. En este informe, estas voces asumen un cariz militante, heroico, presentan sus identidades políticas que incluye su condición de combatientes armados.

36 A diferencia del programa de televisión "Nunca Más" elaborado por la Conadep y difundido en televisión en Junio de 1984 en el cual los sobrevivientes Jorge Watts y Adriana Calvo de Laborde, finalizan reclamando "es necesario que la justicia castigue a todos los culpables" y "Que menos que castigo a los culpables se puede pedir" respectivamente. Este mismo reclamo realizan Isabel de Mariani y Estela de Carlotto, en ese entonces presidenta y vice presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo respectivamente.

37 Conadep 1986:160.

38 Conadep 1986:152.

Su carácter vivencial, sus abundantes y detalladas descripciones le otorgan una impronta de veracidad a hechos que, dadas sus características, la comisión juzga de “difícil credibilidad” para el lector. A la vez, los miembros de la comisión se asumen como testigos de los crímenes que revelan estos dichos³⁹, como portavoces ellos mismos de un testimonio basado en “lo que hemos oído, leído y registrado en el transcurso de la investigación” convirtiéndose así en meta testigos, con la autoridad y legitimidad que le confiere su condición oficial, de las voces del horror.⁴⁰

Una legitimación recíproca se opera de esta manera. Los testimonios de sobrevivientes y familiares que ocupaban un lugar marginal en la escena pública, que expresaban, como se señaló, una “memoria subterránea” que recorría los recovecos de la sociedad procurando ser escuchada, cobran ahora un lugar central y un valor de verdad en un texto construido por una comisión creada desde el Estado.⁴¹ Paralelamente, el realismo de sus testimonios excluye cualquier posibilidad de ficción o fantasía en las aseveraciones de la comisión, dotándolas de una impronta de verdad radical frente a la negación dictatorial y a la incredulidad que puede sugerir la planificación y ejecución de la crueldad y del horror.⁴²

Estas cualidades constituyen no sólo una marcada originalidad con relación al espacio cultural que ocupaba históricamente el género testimonial en la narrativa argentina, como expresión de las miradas alternativas, marginales o contra culturales sino con respecto al tratamiento específico de estas voces por parte del discurso oficial durante la dictadura militar que las descalificaba de plano.⁴³ El *Nunca Más*, entonces, *instituye* el lugar del sobreviviente y de su testimonio en la escena pública de la democracia recobrada, lo dota de una legitimidad que hasta entonces era cuestionada de raíz y el primero de la historia nacional que sitúa a las víctimas como su soporte privilegiado.⁴⁴

39 Conadep, 1984: 160 y 161.

40 Conadep, 1984:7.

41 Esta legitimación se reproduce cuando la comisión menciona la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo Conadep, 1984: 322, a las Madres de Plaza de Mayo Conadep, 1984: 430 y valoriza el papel de los testimonios de los sobrevivientes en la reconstrucción de los centros clandestinos y las desapariciones. Conadep, 1984: 452.

42 “Muchos de los episodios aquí reseñados resultarán de difícil credibilidad. Es que los hombres y mujeres de nuestro pueblo sólo han conocido horrores semejantes a través de crónicas de otras latitudes. La enormidad de lo acontecido, la transgresión a los fundamentos mismos de la especie, provocará todavía aquel «¿será cierto?»”. Conadep, 1984: 15.

43 Ver Nofal, 2000.

44 El “Libro Negro de la Segunda Tiranía” en el apartado denominado “Los grandes crímenes” también inclu-

Pero además de los testimonios de quienes sufrieron el terror y el horror, el *Nunca Más* incluye las voces de quienes lo perpetraron. Sus dichos ya se habían hecho presentes con anterioridad en la escena pública a través de los medios de comunicación de masas justificando⁴⁵ o reconociendo su participación en las desapariciones⁴⁶ y también a través de las menciones que sobre ellos realizaron sus víctimas.⁴⁷

Por primera vez estas voces no emergen en el espacio público constreñidas a las menciones que realizan otros, ni construyen un relato propio y de relativa autonomía argumental, sino que se integran en condición de igualdad con otras voces en tanto partes de un relato único. Si bien componen apenas el 2% de los fragmentos testimoniales incluidos en el libro⁴⁸, confirman la veracidad de las voces de las víctimas y, por otra parte, se vuelven sustantivas e irremplazables ya que permiten reconstruir el *momento último* de la trama de la desaparición forzada, el del exterminio, mayoritario destino final de los desaparecidos.⁴⁹

Los gendarmes Beltrán y Domínguez, guardias de "La Perla", relatan las torturas aplicadas en este centro clandestino donde, hasta 1979, según dan cuenta, habían pasado 2.200 prisioneros.⁵⁰ Beltrán fue testigo allí de los fusilamientos colectivos en sus fondos, de los que se negó a participar.⁵¹ El ex gendarme Omar Torres, relata como presenció fusilamientos en la Compañía de Arsenales Miguel de Azcuénaga en Tucumán, la participación realizando el primer disparo, del general Antonio Bussi y detalla el funcionamiento del Centro Clandestino de Detención ubicado en la guarnición de Campo de Mayo, donde también prestó servicios.⁵²

ye testimonios para refrendar las aseveraciones de la comisión investigadora, en su gran mayoría de funcionarios estatales o del gobierno peronista depuesto que dan cuenta desde adentro de los actos de gobierno investigados. A diferencia del "Nunca Más" son las memorias de los miembros de un régimen derrotado, inscriptas en la narrativa de los vencedores. Ver Poder Ejecutivo Nacional, 1958: 201-224.

45 Duhalde, 1983:89-90.

46 Vilariño, 1984 entre otros.

47 El programa televisivo "Nunca Más" elaborado por la CONADEP y difundido en Julio de 1984, no presentaba estas voces.

48 Elaboración sobre la base de Corralini, Di Iorio, Lobo y Pigliapochi, 2003: anexos.

49 "La historia de los Lager fue escrita por quienes como yo no sondearon el fondo" Levy, 1995:17. En este caso, además de la voz de quienes asistieron al exterminio se presenta la de sus ejecutores.

50 Conadep, 1984:202 y 203.

51 Conadep, 1984:228.

52 Conadep, 1984:216 y 217.

Varios ex agentes de la policía de la provincia de Buenos Aires relatan cómo desaparecidos cautivos en el departamento policial Arana, dependiente de la Comisaría 5ª de La Plata, fueron asesinados.⁵³ Otros policías refieren el fusilamiento de desaparecidos en Rosario y cómo se los fraguaba para aparentar enfrentamientos armados.⁵⁴ El ex gendarme Cruz y el cabo primero Juan Carlos Ortiz, relatan el asesinato de prisioneros en la “Escuelita de Famaillá” en Tucumán.⁵⁵ Cruz cuenta que personalmente presenció cómo se quemó vivo a un prisionero, en el Arsenal Miguel de Azcuénaga en la misma provincia.⁵⁶

Los perpetradores que ofrecen su testimonio describen, además, el uso de ropa civil en los operativos de secuestro, la tortura de los prisioneros capturados, la desaparición de gendarmes que hicieron llegar noticias a familiares de desaparecidos y los secuestros extorsivos y robos realizados por los “grupos de tareas”.⁵⁷ Otro, como el comisario inspector Carlos Rampoldi, al mando del servicio de informaciones de Villa Constitución, refiere la represión en la fábrica ACINDAR de esa localidad y a la complicidad de esa empresa.⁵⁸

El testimonio del ex oficial Peregrino Fernández complementa el relato del cura que acompañaba a Monseñor Angelelli, obispo de la provincia de La Rioja, desmintiendo la versión dictatorial sobre su muerte en un accidente.⁵⁹ El informe reconstruye así, el asesinato sobre la base de voces provenientes de lugares diferentes de su trama. También presenta las voces de los que compusieron los “Grupos de Tareas”, quienes relatan su participación en las desapariciones. La mayoría de sus testimonios son anónimos y pocos de ellos, a decir de la CONADEP, manifestaron arrepentimiento frente a lo sucedido.⁶⁰

Por otra parte, la comisión incluye las voces de aquellos que fueron “testigos involuntarios”⁶¹ de momentos específicos de la secuencia de desaparición: veci-

53 “Se los enterraba en una fosa existente en los fondos del destacamento, siempre de noche. Allí se colocaban los cuerpos para ser quemados, disimulando el olor característico de la quema de carne humana, incinerando simultáneamente neumáticos”. Conadep, 1984: 175.

54 Conadep, 1984:198 y 199.

55 Conadep, 1984:214.

56 Conadep, 1984:238.

57 CONADEP, 1984: 254 a 256.

58 CONADEP, 1984:198. El primer Ministro de Economía de la dictadura Martínez de Hoz formaba parte de su directorio al momento del golpe de Estado de 1976.

59 CONADEP, 1984:358.

60 CONADEP, 1984:253 a 259.

nos que presenciaron los operativos de secuestro, la incautación de los bienes de las víctimas y la quema de los bienes desechados en la vía pública⁶², que vivían próximos a los centros clandestinos y escuchaban disparos, gritos desgarradores y veían salir de allí féretros y restos mutilados en bolsas de polietileno⁶³, testigos casuales de fusilamientos en los fondos de "La Perla"⁶⁴ pero también de civiles cuyas acciones colaboraron en materializar la desaparición de personas como un grupo de morgueros que recibieron cadáveres con evidentes signos de tortura y participaron de entierros clandestinos en Córdoba.⁶⁵

El informe, además, hace presente un saber de otro carácter que confirma, complementa y contrapesa las voces de los testimonios: el conocimiento científico, cuya neutralidad frente a los hechos lo ubica al margen de toda duda y cuya validación y legitimidad social es previa e independiente de su uso en la investigación. Esta racionalidad técnica, este saber profesional, mediante sus operaciones controlables, verificables y renovables garantiza la veracidad de las voces de la experiencia directa. Le asigna un carácter documentado al relato a la vez que lo aleja, a partir de estas restricciones, de la narración literaria.⁶⁶

Se trata de arquitectos que inspeccionaron junto a los sobrevivientes los centros clandestinos y construyeron sus planos, fotografías que documentaban esas inspecciones⁶⁷, abogados que ordenaron la documentación recabada⁶⁸ y la implementación de un sistema de computación para el registro de las personas desaparecidas o para detectar los cambios en la fisonomía de los niños apropiados, los análisis genéticos para determinar su identidad y filiación o las técnicas de la antropología forense para identificar los cadáveres hallados.⁶⁹

Por último, incluye datos provenientes de los propios archivos y fuentes militares que rebaten los propios argumentos castrenses acerca de la desertión o fuga de los conscriptos desaparecidos, como los libros de altas y bajas y entradas y salidas del servicio militar. De ellas se desprende que, llamativamente, muchas de

61 Bloch, 1996:51.

62 CONADEP, 1984: 316.

63 CONADEP, 1984:167.

64 CONADEP, 1984:225.

65 CONADEP, 1984: 244 y 245. Sobre esta carta y su tratamiento en el "Nunca Más" ver Crenzel, 2004.

66 Chartier, 1999:77.

67 CONADEP, 1984:163.

68 CONADEP: 1984: 445 y 446.

69 CONADEP, 1984:184, 293 y 322.

las fugas de estos soldados se producen luego de su reingreso a los cuarteles tras su período de licencia.⁷⁰

Otros documentos incluidos ponen de relieve las directivas específicas que emitió la dictadura en el ámbito industrial para enfrentar el conflicto social⁷¹, las condiciones en que se desarrolló la actividad de la prensa luego del golpe de Estado⁷², que revelan la existencia de actas de procedimiento que precedían a sus secuestros, corroboran la existencia misma de los centros clandestinos⁷³ o dan cuenta de la orden de destruir toda documentación relativa a personas detenidas a disposición del Poder Ejecutivo Nacional impartida por el último presidente de facto.⁷⁴ Como complemento, se incluyen declaraciones de prensa realizadas por los jefes de la dictadura que ilustran su adhesión a los valores de la Doctrina de Seguridad Nacional,⁷⁵ y justifican⁷⁶, niegan o relativizan⁷⁷ las desapariciones, evidenciando su carácter falaz al contrastarlas con las pruebas acumuladas.

La propia comisión expone con minuciosidad su labor, presentando el listado de los centros clandestinos inspeccionados⁷⁸, las entrevistas realizadas en los vecindarios y lugares de trabajo próximos a los mismos a fin de recabar información, la inspección de cuarteles, prisiones y ex centros clandestinos, la revisión de los registros carcelarios, policiales, de cementerios y morgues, la visita a hospitales y neuro psiquiátricos⁷⁹, sus viajes al interior del país para tomar testimonios in situ y al exterior para tomar las denuncias de los desaparecidos liberados que vivían en el exilio y detalla las causas elevadas por la comisión a la justicia.⁸⁰

La exposición misma del relato establece un vínculo entre el testimonio y la denuncia brindada y la clasificación probatoria que anudó la comisión, al presentar cada fragmento testimonial asociado a un número de legajo. Las conclusiones

70 CONADEP, 1984:365.

71 CONADEP, 1984:375.

72 CONADEP, 1984:367.

73 CONADEP, 1984:278 y 279.

74 CONADEP, 1984: 274.

75 CONADEP, 1986:474 y 475.

76 CONADEP, 1984:402.

77 CONADEP, 1984: 55 y 56.

78 CONADEP, 1984:457 a 459.

79 CONADEP, 1984: 449 y 450.

80 CONADEP, 1984:447 y 448.

sobre el carácter que asumieron las desapariciones establecen un vínculo estrecho entre la construcción de la verdad y la prueba jurídica.⁸¹

A diferencia de la continua presencia que registran las identidades de los sobrevivientes y familiares de desaparecidos a lo largo del informe, la identidad de sus autores ocupa un lugar secundario. Sólo es mencionada al final del libro cuando se describe la conformación y labor de la comisión. Su protagonismo es anónimo tanto cuando se hace presente como un nosotros, en el prólogo, como cuando se torna impersonal a lo largo del informe, salvo alguna excepción aislada vinculada a la participación de sus miembros en una inspección de un centro clandestino junto a un testigo.

El tono de su voz a lo largo del informe asume un punto de vista descriptivo y expositivo. Opera como preámbulo de las voces que tuvieron contacto directo con el horror y a la vez las mediatiza, pero sin transformar el relato en un objeto artístico mediante el uso de "artificios" o recursos literarios. En general, asevera pero incluye también el uso del indicio o la conjetura para dar cuenta de la propia incertidumbre acerca de ciertos desenlaces.⁸² Tanto la aseveración conclusiva como la interrogación retórica proponen un "pacto de lectura" con el lector: no se afirmará nada que no quede expresamente probado, a la vez que se compartirán sus dudas e interrogantes ante lo tremendo de lo sucedido.

La narración intercala calificativos que presentan un enunciador que no calla sus emociones. Califica como "patético" el relato de los sobrevivientes, de "angustioso peregrinaje" la búsqueda de los familiares, de "espantoso" e "infernalo" el horror planificado o la crueldad de sus ejecutores.⁸³

A pesar de ello, al igual que los testimonios, la voz de la comisión también revela el cambio en la regulación de las emociones con respecto al pasado. A diferencia del "Libro Negro de la Segunda Tiranía" el "Nunca Más" no se propone como un modo de ajuste de cuentas de los vencedores para con el régimen anterior, ni su relato muestra las pasiones políticas o los compromisos personales de sus autores.⁸⁴ Por el contrario, la CONADEP procura construir una verdad que contribu-

81 CONADEP, 1984: 451 y 452.

82 Ginzburg, 1994: 138-175.

83 Sobre el uso de la imagen del infierno luego de procesos de exterminio masivo ver Traverso, 2001: 235.

84 En contraste ver Poder Ejecutivo Nacional, 1958: 21 y Foro de Buenos Aires por la vigencia de los Derechos Humanos, 1973.

yera a la materialización de la justicia y a la vez alejara la posibilidad de que el odio y el rencor constituyeran la memoria, impidiendo la primacía de la política.⁸⁵

Este es el territorio donde sitúa su respuesta hacia aquellos para quienes la sola revisión del pasado y de sus actos constituía la prolongación política de la guerra librada y ganada. Sentencia que, quizás, comporte el legado sustancial que ofrece el *Nunca Más*.

Bibliografía

- Amnistía Internacional. (1980) *Testimonios sobre los campos secretos de detención en Argentina*. Barcelona, Amnistía Internacional.
- Basile, Teresa (1989) *Aproximaciones al "testimonio sobre la desaparición de personas" durante la dictadura militar y la democracia argentinas*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Cuadernos Angers.
- Bloch, Marc. (1996) *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México, Fondo de Cultura Económica.
- CADHU (1979) *Testimonios de los sobrevivientes del genocidio en la Argentina*. Barcelona, CADHU.
- Canetti, Elías. (1994) *Masa y poder*. Barcelona, Muchnick Editores.
- Chartier, Roger. (1999) *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) (1984) *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, -EUDEBA-.
- Corralini, Juan; Di Iorio, Emiliano; Lobo, Ana y Pigliapochi, Javier. (2003) *Políticas de memoria: el "Nunca Más"*. Buenos Aires, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Crenzel, Emilio. (2004) *Cartas a Videla: una exploración sobre el miedo, el terror y la memoria*. EN: Web Site del Département de Sociologie, Université du Québec à Montréal (UQAM), Canadá. www.chaire-mcd.ca
- Duhalde, Eduardo Luis. (1983) *El Estado terrorista Argentino*. Barcelona, Argos Vergara.

85 CONADEP, 1984:10 y 11. Sobre la relación entre memoria, política y venganza ver Loraux, 1989: 37 y siguientes.

- Feitlowitz, Marguerite. (1998) *A lexicon of terror: Argentina and the legacies of torture*. Oxford, Oxford University Press.
- Feldman, Shoshana. (1990) "À l'âge du témoignage: Shoa de Claude Lanzmann". EN: *Au sujet de Shoah*. Paris, Belin.
- Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos. (1973) *Proceso a la explotación y a la represión en la Argentina*. Buenos Aires.
- Ginzburg, Carlo. (1994) *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Halbwachs, Maurice. (1971) *La topographie légendaire des évangiles en Terre Sainte*. Paris, Presse Université de France.
- Levi, Primo. (1989) *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Ediciones Muchnik.
- Lorau, Nicole. (1989) "De la amnistía y su contrario". EN: *Usos del Olvido*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Nofal, Rossana. (2000) *La escritura testimonial en Argentina, 1970-1999*. Mimeo, IDES.
- Poder Ejecutivo Nacional, Comisión Nacional de Investigaciones. (1958) *Libro Negro de la Segunda Tiranía*. Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz. (2002) *Tiempo presente. Notas sobre los cambios en la cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Sartre, Jean Paul. (1975) *El Idiota de la Familia*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Traverso, Enzo. (2001) *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona, Empresa Editorial Herder.
- Vilariño, Raúl. (1984) *Yo secuestre, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada*. Buenos Aires, Editorial Perfil.

Tiempo, memoria, significación

Noé Jitrik

Director del Instituto de Literatura
Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y
Letras de la Universidad de Buenos Aires

En el *Curso de lingüística general*, al que inevitablemente volvemos con la convicción de que Ferdinand de Saussure algo puede haber pensado acerca de algún problema relativo al lenguaje que nos pueda preocupar en otro momento y en otro contexto, hallamos una referencia al tiempo en la “Cuarta Parte”, acerca de la lingüística geográfica.¹ Saussure se interesa, y no demasiado (tal vez sus perspicaces discípulos desdeñaron el tema), acaso sintiendo que es un poco obvio o un remanente del indoeuropeísmo, por el tiempo como factor de producción de las variaciones que se producen en la historia de una lengua; de ahí salen referencias a la evolución, a la innovación, al cambio y al origen de los dialectos: lo temporal, en este caso, espacializa en la medida en que da lugar a coagulados lingüísticos que caracterizan lugares y que conducen al establecimiento, tan atractivo, de los mapas subsecuentes.

Quizá por afán de separarse de la gramática, a la que debe haber considerado sólo una vestidura externa de una lingüística estática, pero no sincrónica, en el sentido en que usa esta noción para describir la lengua, y guiado por su dialéctica oposicional, no parece haber prestado atención a aquellos elementos de la lengua que no sien-

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

1 Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General* (trad. de Amado Alonso), Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1945.

do estrictamente signos, como las preposiciones y las conjunciones, “hacen” significar así como tampoco a los que, como los verbos, sin embargo más cercanos a la idea de lo que es un signo, asumen la categoría temporal y tratan de dar cuenta de ella por medio de determinadas configuraciones. No le llama la atención que desde los sistemas verbales más antiguos haya persistido lo que ahora, prestando una atención precisa que en sus lecciones no aparece, podemos entender como un deseo de capturar, mediante lo que se llama, no por nada, “tiempos verbales”, la presencia de lo temporal en la lengua misma.² Si, por el contrario, nos detenemos en este punto, y admitimos que en apariencia la noción de presente va de suyo, la de pasado en especial, así como la de futuro, ha dado lugar a especificaciones del dominio de la gramática que sugieren, además de una voluntad de situar aquello que los verbos refieren, una voluntad de entender de qué modo el tiempo hace masa en el lenguaje. Pero no es sólo eso: en el uso, término que corresponde a una dimensión de habla, dejada de lado, como se sabe, por Saussure, tales especificaciones cobran un relieve aún mayor; meramente emplear un pretérito en un enunciado lo temporaliza más allá de lo que se enuncia, esa forma verbal “sitúa”, introduce una dimensión que en el paradigma conjugatorio se sutaliza mediante disposiciones que las gramáticas codifican; esa codificación deja percibir una especie de anhelo que reside en la lengua misma, el de asir la índole fugaz de la temporalidad.

Pero no se trata de regresar a una gramática ni de describir los alcances que tienen determinados elementos verbales aunque poner en escena el tiempo, o la temporalidad o, lo que sería una consecuencia, las temporalizaciones, tiene siempre algo de inquietante o, en todo caso, lo que implica no se detiene ahí. Por empezar, y puesto que los verbos son como los recipientes que encierran el tiempo en su doble registro, su representación y su dimensión, hay que recordar algo que también va tal vez de suyo: en su mayor parte, los usos verbales –y por eso se dice “formas personales”– conllevan un sujeto que los pone en movimiento; es cierto que hay verbos impersonales, sin sujeto del verbo pero eso no quiere decir que no haya sujeto de la enunciación. Cabe aquí, por lo tanto, hacer una primera distinción: el sujeto, personal, del verbo personal, es un agente del verbo, el apoyo indispensable para que el verbo cumpla con su papel pero, al mismo tiempo, hay un sujeto de la enunciación, que está fuera del intrínseco universo verbal, y en el cual reside el alcance y la finalidad de las operaciones; es este sujeto quien se hace cargo de la doble temporalidad a la que nos hemos referido, tanto de la

2 ¿Podría relacionarse con la temporalización verbal la problemática de la “presencia” heideggeriana? ¿No es la “presencia” un hecho físico, visible, audible y, por lo tanto, de naturaleza diferente a lo que despierta el “tiempo presente” verbal, que es pura fugacidad?

representación del tiempo como del entendimiento de la dimensión temporal en la palabra misma, es quien la elige extrayendo la forma temporal más adecuada de un paradigma que la lengua ha ido construyendo desde el momento en que se ha constituido, regido por una lógica que permite su funcionamiento mismo.

En otras palabras, busca los medios, elige el camino que entiende más adecuado para entrar en el tiempo con certeza, por más relativa que sea. Pero ¿en qué tiempo? Para responder hay que empezar por razonar sobre tal elección que responde, a su vez, a un impulso que radica en la subjetividad y toma forma en ella, o a una necesidad que sería la respuesta subjetiva a una exigencia o pedido formulado desde una instancia objetiva que, topológicamente, la precede; quizás no haya impulso puro, pulsión pura, quizás lo que llamamos impulso tome forma una vez que la necesidad está establecida o, por lo menos, que ambos conceptos interactúen. Pues bien, esto implica un desdoblamiento de la temporalidad: en los tiempos verbales el tiempo está encubierto, integrado a ellos, en cierto sentido congelado en ellos pero los enunciados que gracias a ellos se producen, y que en la operación ceden su anterioridad, no serían posibles sin ese impulso o necesidad de enunciar, que sería, por lo tanto, el momento “vivo” del tiempo. La relación entre ambos momentos de la temporalidad –congelado/vivo– se rige por lógicas diversas: la del generativismo es una, es la que responde al primero, al del tiempo encubierto en las formas verbales; la del deseo, que infunde al impulso, responde al segundo, que llamamos el momento vivo del tiempo.

Pero, a su vez, y la imagen de “necesidad” permite pensarlo, hay un objeto del enunciar que, siendo objeto del deseo, despierta el impulso y que podría ser entendido, según lo señalamos, como “instancia objetiva”. ¿Qué es ese objeto cuando se trata de enunciar?

Impulso y necesidad están, como se dijo, instalados en el espacio del sujeto que elige y decide enunciar; en el momento en que el enunciado toma forma se pone en evidencia que ese enunciar es de un “saber” previo, consolidado y, por lo tanto, instalado en un “ya fue”, lo que también ilumina el sentido del uso de los tiempos del pasado, como los más propios de una enunciación que recorre todos esos niveles; por el contrario, el uso del tiempo presente tiene el carácter de un roce respecto del saber, siendo asertivo en el modo –indicativo, imperativo– sin embargo es hipotético en cuanto al saber o por lo menos establece un suspenso; en el futuro, a su vez –y como para cumplir con la división triádica mediante la cual los humanos dicen entender el transcurso– lo hipotético es aún mayor, el saber es un puro objeto de construcción cuyo identidad parece emanar de lo ya construido o ser su probable consecuencia. Pero, más que eso, cuando el enuncia-

tario acepta un enunciado como válido, o sea como inteligible, elaborable, con sentido en todos los órdenes, acepta también el saber que le confiere su entidad.

Cuando el sujeto, en esta instancia, elige para enunciar y, puesto que se trata de la problemática del tiempo, lo hace mediante tiempos verbales del pretérito, que son, como lo dijimos, los que encarnan mejor el “saber”, pero su acción enunciativa tiene lugar en un presente que es como un punto, situado en el cual observa el saber ya configurado que será objeto de una enunciación que irá conformando: trayéndolo al presente de la enunciación, le restituye su cualidad, lo hace inteligible como saber residente en un pasado. En otras palabras, mediante ese proceso produce una significación que empieza a circular y que contiene, apretadamente, todos los elementos, planos y niveles que han confluido para configurar la enunciación: es lo que llamaríamos el “proceso semiótico”. Podríamos arriesgar, en este punto, una especie de definición, sesgada desde luego hacia la zona que motiva esta reflexión: lo que consideramos o entendemos como “significación” de un enunciado sería un juego de temporalidades que conduce a entender la instancia mayor, el Tiempo, lo que nos conduce a otro lugar, de un pensar semiótico vinculado con la vida y, desde luego, con la muerte.³

Estamos hablando de un sujeto de la enunciación, lo cual es una suposición audaz pues, como señala Henri Meschonnic, “no hay *un* sujeto, como parece implicarlo la expresión de la cuestión del sujeto” sino al menos trece, lo cual, como es obvio, dificulta la continuidad de una reflexión que lo mencionaba en singular; los trece, sin embargo, puestos en la acción de enunciar, tienen algo muy fuerte en común si se trata de proceso semiótico: todos son, además de las funciones que les son propias, el espacio en el que se gesta la enunciación y también lo que la liga, saber convocado mediante, con el mundo. Dicho de otro modo, si un enunciado “dice”, o sea “significa”, y no hay enunciado que no lo haga, es porque el cruce de instancias que hay en él hace presente un saber que ya no es sólo el de uno de esos sujetos, suponiendo que los haya en tal diversidad, sino el saber del mundo concentrado en el saber de cada uno de esos sujetos.

3 La preocupación por precisar los límites de la enunciación viene de lejos: se trata, como lo señalo en “¿En busca del sentido?” de separar este término del de “significado”; en todo caso, y hasta este momento, a lo que más había llegado era a sostener que si bien sabemos que todo acto humano persigue una significación no podríamos decir cuál ni cómo sea, sólo podemos tratar de acotarla o de cercarla. Como se ve, doy ahora un paso adelante: la significación sería el Tiempo que se escapa del mismo modo.

El presente de la enunciación es convocador; por un lado es el momento en el que el enunciado es conformado efectivamente; por otro, y para que esto suceda, es preciso que se produzca una serie de conversiones: antes de ser enunciador quien va a serlo ha mantenido con lo que va a ser lo enunciado una indispensable relación que podemos llamar de “observación”; dicho de otro modo, para convertirse en enunciador un sujeto *observa* el objeto del enunciar, o sea el saber que, según nuestra calificación, *necesita* enunciar. Implícito en la enunciación, contenido en ella, en el cruce entre el pasado, tiempo del sujeto del enunciado, y el presente, su propio tiempo, el enunciador se presupone observador.

Raúl Dorra propone un sistema de transformaciones semejante a partir de una frase de un poema folklórico español, “Miraba la malcasada”, de la que se extraen todos estos planos: sujeto del enunciado, la “malcasada” realiza una acción en el pasado –miraba–, pero el enunciador lo hace en el presente haciéndose cargo de “aquello” que la malcasada miraba: es ahí donde “observa”, tanto la acción de mirar de la malcasada, como aquello que se supone que miraba.⁴ Queda así constituida la instancia del observador del cual Dorra señala que “el hacer del observador es un hacer intransitivo, observa para sí” (añadimos: puesto que observa su saber). Por tal razón, concluye Dorra, no se puede hablar de un observatorio; el sujeto del enunciado, al cual sólo se le transfiere lo observado, no lo es. Por lo tanto, y pese a que lo convierte en la materia del enunciado, lo observado, se puede concluir, es impenetrable, permanece en un “para sí” donde sufre las acciones semióticas de recuperación, reformulación, simbolización y conversión en imágenes.

Pero, dijimos, aquello que la enunciación enuncia es un “saber” que, como se ha ido constituyendo, es equivalente a lo que entendemos corrientemente como “memoria” o bien la memoria es el recinto en el que está alojado el saber. En consecuencia, si lo observado es impenetrable, si el saber lo es, también la memoria es impenetrable, lo que no quiere decir que sea inviolable; por el contrario, lo que llamábamos “impulso” o “necesidad” de enunciar es la tentativa de romper esa coraza lo que por su lado tampoco implica que el enunciador lo logre; se diría, en cambio, que la memoria más se pertrecha cuanto más cerca parece que se está, por medio de la enunciación, de penetrar en su recinto. ¿No es acaso esto mismo el efecto de fuga de la significación, en especial en los enunciados llama-

4 Raúl Dorra, “La mirada en el tiempo”, en *Tópicos del Seminario*, 4, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2000.

dos poéticos?⁵ Y aún más, puesto que el tiempo es un constituyente, se diría que lo que se escapa en la memoria es el tiempo mismo, del que lo que se ha puesto en los tiempos verbales es el intento de hacer creer que son toboganes por los que podría haber un descenso hacia su apresamiento.

Desde luego, la memoria es también una retención, una acumulación a la que solemos referirnos como si estuviera ahí nomás, al puro alcance de la evocación, sea individual, sea colectiva. Pero ¿sería lícito decir que es lo mismo que el imaginario, puesto que el imaginario es, de una manera que podría ser análoga, una acumulación? ¿O hay entre memoria e imaginario una relación de todo y parte, según la cual el imaginario es un modo específico de la memoria? Afirmarlo se apoyaría en una teoría del imaginario según la cual la condición de existencia de las imágenes residiría en una fuerza de retención que ya le hemos atribuido a la memoria y que entendería, por otro lado, que el imaginario está modelado a la manera de un recinto, como si fuera una compresión de imágenes, articulada en forma de conjunto con, por añadidura, una definición espacial, o sea residente en algún lugar, la memoria u otro que no sería radicalmente ajeno a ella, aunque sea difícil pensarlo.

Por el contrario, y tan sólo para respetar especificidades y frenar la tentación de igualar todos los conceptos, se podría también pensar que el imaginario actúa por sí solo, que se manifiesta en el impreciso e indefinido campo de las pulsiones, eso que entendemos por lo general como inconsciente, por surgencias o por síntomas, mientras que la memoria, más al alcance, promete ante todo entregar sus tesoros por determinados medios, por ejemplo la evocación o la invocación, una vez que tal tesoro ha sido radicado por mecanismos tales como la repetición, la fijación y otras técnicas.

Sea como fuere, la memoria, que sería en ese sentido una generalidad abarcativa, equivalente de lo que en principio llamábamos el “saber”, es, como ya lo señalamos, fuente de la enunciación; pero ya sabemos del saber, y de la memoria por consiguiente, que no se trata sólo de depósitos, vale la pena insistir en ello, sino también de una energía que genera la necesidad de enunciar y funda el impulso a hacerlo por parte de un enunciador en quien o en cuyo ámbito todo

5 Quisiera creer que esto que digo acerca de la significación, ya iniciado en la Nota 3, ut-supra, se vincula además con lo que en el mencionado “¿En busca del sentido?” propongo para salir del atolladero en que nos mete el concepto de “sentido”: “...se podría llegar a postular, como un axioma, que el sentido es un conjunto de ausencias que toman la forma del sentido en la búsqueda incesante que se hace de ellas y que designamos como “sentido” precisamente porque, habiendo admitido el espacio de la fuga, se las sitúa en el lugar de la búsqueda y no en el del hallazgo”.

este movimiento se produce: a su vez, y en retroacción, este proceso, que culmina en un enunciado, transforma el saber y la memoria que, luego de una enunciación, nunca son lo que habían sido en virtud de que el enunciado, que es donde uno y otra deberían aparecer, muestra no sólo lo poco que ha logrado capturar, o sea un resto, sino también deja percibir que saber y memoria han cambiado así sea porque al quitársele un fragmento se ha modificado su economía. Detengámonos en este aspecto: lo que cambia el saber y la memoria por la enunciación es en particular la doble instancia temporal a que son sometidos; por un lado, la del tiempo en general que, convocado por los tiempos verbales, hace presente el fundamento temporal de la memoria y, por el otro, la incidencia del tiempo, que corroe cualquier permanencia, en los objetos de saber que el enunciador observa desde una distancia.

Se trata, sin duda, de una alteración: si hasta el instante previo al proceso enunciativo la memoria constituía una suerte de economía, de equilibrio inestable, al intervenir en ella para configurar un enunciado todo se mueve, se produce una súbita desarticulación.⁶ Llamaremos de “transformación” a ese movimiento, sobre cuyos alcances habría algo que decir, cómo pensar la instancia transformativa. El acto enunciativo la produce por sí mismo pero es como si la memoria la pidiera aunque no unidireccionalmente; por un lado, es factible que ciertas transformaciones sean “pasivas”, no deliberadas, que se produzcan en el cruce de dos deseos contradictorios, el de conservar íntegro el saber y el de lograr un no-saber, ese estado que por lo general se llama olvido; pero, por el otro, también se da una transformación deliberada, “activa”, según la cual el acto enunciativo viene ligado, conscientemente en el impulso a enunciar, a una voluntad de modificar la memoria, ya sea para apresurar el olvido, ya para neutralizar su inevitabilidad: la podemos llamar transformación “estratégica”.

Teniendo en cuenta ambas posibilidades y considerando lo que ocurre cuando se produce una transformación cabe preguntarse cómo la transformación, pasiva o activa, llega a sus límites y, además y tal vez como un previo, en qué consisten sus límites. Se diría que resultan de un juego de tendencias, entre conserva-

6 A menos, quizás, de que los enunciados tengan una intención ficcional lo cual dejaría intacto el saber tal como está; pero en realidad lo que se llama “ficcionalización” no prescinde del saber sino que actúa sobre él adulterando aquello que recoge; su excepción consiste en que para constituirse se vale de saberes ajenos –experiencias de otros, lecturas o invenciones–, o en apariencia ajenos puesto que pasan, inevitablemente, por el filtro del saber al que así sea para adulterarlos se incorporan.

ción de la memoria como era en su momento originario y cambio o, en otras palabras, de la memoria modificada. La mayor o menor fuerza de conservación y la mayor o menor fuerza del cambio generan una figura que opera como límite, extensible por supuesto, a los alcances de una transformación.

Es oportuna, en este punto, una observación de Raúl Dorra en el artículo citado: la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria y por lo tanto del mundo del cual es su sinécdoque”. ¿Una transformación pura es una transformación absoluta? Esa instancia es poco pensable; se trata, más bien, en quien la pretendería, de mucho menos, sólo de un blanco provisorio en lo aparente pero, en realidad, de una conversión en lo inconsciente de aquello que desaparece, mundo incluido; la memoria, por lo tanto, siempre afectada, sería reparable de otro modo: la instancia de la letra, que daba cuenta de la transformación la reconduce y la rehace en su nueva configuración.⁷ Pero algo más: si un enunciado intenta, hipotéticamente, la “pura transformación”, un enunciado puede también intentar mantenerse en el otro término, o sea en la “pura memoria” o, lo que es lo mismo, en el “puro mundo”; se trataría, en ese caso, de un exceso que impondría en los actos enunciativos, para usar los términos empleados por Dorra, una anulación de la transformación y, por lo tanto, una redundancia.

Pero, como lo hemos señalado, hay dos clases de enunciados en relación con la memoria; unos, los que sin proponerse una transformación la producen, son los “pasivos”, a los que podemos llamar “simples” y otros, los que se proponen una transformación, “activos”, que podemos llamar “complejos”. Esta oposición sirve ahora para seguir razonando acerca de la memoria; reiterando los términos, se diría que los primeros, sólo por ser enunciados, producen una transformación puesto que la memoria es desarticulada por ellos y luego rearticulada por el enunciador en el plano externo de la enunciación; por el hecho de que al distanciarse el enunciador, como observador, y tender las temporalidades –del pasado del saber al presente del enunciado– la memoria, insistiendo, ya no es más lo que pudo haber sido; los otros, los “complejos”, cuyo punto más alto puede estar en los enunciados de tipo poético, de ellos se diría que procuran la transformación a sabiendas de que el efecto que producen en la memoria no se reduce a lo que puede suceder con ella y a cómo ella puede quedar sino a darle un sentido, sea cual fuere. Cuenta, en este caso, la audacia –la estrategia– del enunciador que, por supuesto, nunca puede,

7 Serge Leclaire, “Les éléments en jeu dans une psychanalyse (À propos de L’Homme aux loups)”, en *Cahiers pour l’analyse* 5, Paris, Cercle d’Epistémologie de l’École Normale Supérieure, 1966. “Digo, pues, que el signifiante está constituido por una letra (gramma) en tanto la letra remite intrínsecamente a un movimiento del cuerpo como inaprehensible diferencia de un parecido-no parecido”, dice Leclaire.

tampoco, ser absoluta puesto que si la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria”, como dice Dorra, “la pura memoria bloquearía la transformación”; ambos extremos entrañarían un punto muerto, serían dos modos perversos de canalizar el ya evocado impulso a enunciar que tratamos de situar en consonancia con la necesidad de hacerlo.

En consecuencia, el enunciador debe establecer un compromiso para que su audacia tenga frutos; si la memoria no se retira y da unos pasos atrás nada se transforma pero si la memoria se anula totalmente desaparece aquello que puede ser transformado, o sea el mundo. Si Freud, para dar un ejemplo aplicado, no hubiera suspendido su memoria de la psiquiatría, no olvidado, no habría podido ni siquiera pensar, si “pensar es un sistema que debe hacer mal”, como señala provocativamente Henri Meschonnic, aunque no se sepa del todo a qué o a quién –quizás al equilibrio de lo preexistente– o de qué modo ese “mal” termina, como lo pretende el psicoanálisis, por hacer el “bien”.⁸ Desde luego, y en ello reside el compromiso de que hablamos, la suspensión de la memoria no implica un olvido total, de donde se saca que tampoco la transformación operada en su seno puede ser absoluta. En realidad, y eso sería lo fecundo del compromiso, es en y contra la memoria, inolvidable, que se lleva a cabo la transformación.

¿Qué hacer, pues, con la memoria? ¿Y qué hacer con la transformación? Para intentar sendas respuestas, comenzaremos por decir algo obvio: es posible que lo que llamamos “transformación” sea una especie de ley que acompaña todo proceso de orden temporal; el tiempo que pasa todo lo cambia, todo lo transforma y nada puede hacerse al respecto. Crecimiento, acumulación y también, del mismo modo que existen enunciados que se quiere que sean complejos, ese proceso genera figuras nuevas, previsibles algunas, por ejemplo larvas que devienen mariposas, jóvenes que se convierten en ancianos, materias que, sometidas a una acción, llegan a ser objetos, sugerentes otras, el Doctor Jeckill que deviene Mister Hide, sorprendentes otras, pobreza referencial que se transforma en riqueza expresiva, buscadas como se busca el sentido mismo, una experiencia que se convierte en imagen. Por lo que hemos venido diciendo, esa ley opera en la memoria y si en principio la cercena, porque algo sale de ella y no regresa sino bajo otra forma, también tiene algo que ver con la noción esencialmente ambigua y escurridiza de olvido, que sería el colmo de esa transformación.

8 Henri Meschonnic, *Crise du signe. Politique du rythme et théorie du langage*, Santo Domingo (República Dominicana), Ediciones Ferilibro, 2000. Edición bilingüe: *Crisis del signo. Política del ritmo y teoría del lenguaje*.

El hacer en la memoria y con ella tiene varias vertientes: hay un “en sí” del hacer, que hace masa con la memoria misma, y un “para algo”, que depende de un agente: enunciar es su manifestación y ése es el papel que desempeña la transformación de la que, a su vez, se puede desear reprimirla, se puede desear expandirla, se puede querer conducirla a determinados fines, se puede admitir que conduzca a fines imprevisibles. Sea como fuere, entre la transformación y la memoria hay un juego, un arreglo de partes, como entre sujeto y objeto, pero quien propone el arreglo es la transformación, o sea el sujeto del que depende; la memoria, como objeto, puede permanecer tal cual si nada perturba su estar que, en esa situación, podría ser un “estar siempre ahí”. Es, pues, en el espacio del sujeto que la transformación logra su forma por obra de un impulso o necesidad, como la que situamos en el orden del enunciar, que se infunden a un pensar la transformación tendiente, semióticamente, a producir u obtener una significación. Lo que si, por un lado, quiere decir que la transformación radica en un lugar, por el otro tal lugar no es sólo el de la intencionalidad de un sujeto sino uno al que, traduciendo las nociones de impulso y necesidad, y apelando a un lenguaje psicoanalítico, podemos llamar el lugar del “deseo”, donde la necesidad promueve y el impulso hace emerger. Y si esa necesidad brota, por inercia, de una carga excesiva de lo que será transformado en una memoria, sólo el deseo de transformación responderá a esa demanda, lo cual ocurre en el ámbito de un sujeto deseante. A su turno, es también posible que tal deseo se conjugue con tal carga para que la carga no llegue a un punto de sobresaturación que bloquee la semiosis inherente a la materia misma de la memoria condenándola a una acumulación sin término.

Quien habla de “deseo” parece admitir, psicoanalíticamente, que es un emergente de una teoría pulsional pero acaso no sea ésta la única manera de comprender su radicación, si también hablamos de cuerpo, en el que en definitiva, y en todos sus registros, actúa el deseo. Conviene en este punto, porque eso nos reconducirá a la cuestión de la memoria, dar lugar a la noción peirciana de “afección”, como un campo no diferente al del deseo pero que lo contiene, siendo, por su anterioridad, el lugar de la gestación semiótica, el previo de todos los previos, tal como nos lo señala Raymundo Mier: “... quizá la noción de *afección* es la que ofrece la clave que hace inteligible la dinámica irreductiblemente propia del proceso de significación (la semiosis.” Dicho de otro modo, sobre la afectividad se constituyen las significaciones, “de los objetos, de las presencias, de la existencia misma” acota Mier, que se remiten, en última instancia, a eso que “damos en llamar Tiempo” y que concentra la “trama heterogénea de las mutaciones.” Sin

9 Raymundo Mier, “Tiempo, incertidumbre y afectión. Apuntes sobre las concepciones del tiempo en Ch. S. Peirce”, en *Tópicos del Seminario 4*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2000.

duda, el lugar que Peirce le confiere a la “afección” tiene un linaje: es Spinoza para quien, además, “las imágenes de las cosas son las afecciones del cuerpo humano”, de donde la imaginación es una faceta de la sensibilidad que, a su vez, no es otra cosa que la afección del propio cuerpo.¹⁰ Y, para ambos, la afección “es un rasgo de la modalidad, su disposición a la mutación, al cambio... una energía que se constituye en vínculo, en correlato”, señala Mier.

La palabra “afección”, que prolonga y especifica y varía lo que implica y significa el afecto, es de un plurisemantismo vertiginoso. Ante todo, si el “afecto” procede de un verbo, “afectar”, éste supone tocar, incidir, en el sentido de marcar, pero también fingir. Pero si, por añadidura, el afecto es algo así como un magma elemental del que emergen las afecciones, también se dice que una enfermedad es una afección, lo que no quitaría a la idea spinoziana su consistencia en tanto lo que ocurre en el cuerpo es producción de pasión, también en su doble alcance, como el colmo de la sensación y como lo que se sufre, se padece. Sea como fuere, y porque encierra tantos contrarios, la idea de “afección” es profundamente semiótica, sólo basta invocarla para acercarse a la temporalidad encarnada, corporalizada y, por lo tanto, a la significación.

Sin ánimo de internarnos en ese terreno, o sea de seguir el juego peirciano hasta el final, nos quedaremos en un aspecto, el que predica que la afección, que puede ser pensada como una modalidad de la memoria, radica en el cuerpo y transforma las sensaciones hasta convertirlas en deseo siendo, además, el fundamento de las imágenes mediante las cuales se trata de acercarse a la significación; en tanto el cuerpo experimenta esencialmente el tiempo y está sometido a él, el tiempo es lo que sustenta la significación, tal como nos adelantamos a decirlo en los tramos iniciales de este trabajo, y aún más, la significación es el tiempo. Por esa relación entre afección –sometida además a las variaciones de la experiencia–, cuerpo y tiempo, en Peirce “se puede registrar dos universos de modalidades de la afección, en tanto memoria, muy diferenciadas: el pasado como experiencia, que engendra la memoria, y el pasado como inferencia lógica, construido por vía de los hábitos y las regulaciones definidos categorialmente, ajeno a la vida, aunque capaz de incidir en ella para modelar su fisonomía, la memoria como saber, como asumir lo creído como un territorio de la propia vida”.

Si en un comienzo, y para acercarnos a la mecánica de la enunciación, establecimos una relación entre “saber” y “memoria”, advertimos ahora, guiados por

10 Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid, Alianza, 1987 (cit. por Raymundo Mier)

Peirce, que también hay una memoria de experiencia que sin duda se convierte en memoria de saber pero en momentos diferentes, un “durante”, que poseyendo identidad afectiva termina por convertirse en un “antes”. La primera tiende a configurar el pasado y, por lo tanto, la forma de la memoria tiene los atributos de la inminencia, inherente a la vida, atravesada por el transcurso; la segunda establece una relación con un orden general, de tiempo aprisionado, el pasado configurado, pero misteriosamente actualizable, y deductiva, puesto que de lo que está establecido en ella se desprenden, por “inferencia lógica”, los saberes enunciables.

Pasado y memoria, pues, se ligan: el presente, que es el tiempo de la enunciación, es una experiencia sin duración, el puro enigma de su fugacidad y de su convertibilidad en pasado. Por lo tanto, tal como lo estamos empleando, el pasado tiene algo de estable, la imagen que proporciona es la de la fijeza, aunque no se puede descartar que en cada una de sus dos modalidades, como experiencia y como inferencia, haya movimientos, incorporaciones, modificaciones, reversiones, reformulaciones.

Así, pues, toda relación con el pasado se establece a través de la memoria de la cual podría decirse, en esta etapa de la reflexión, que, en correlación con las mencionadas modalidades de las que habla Peirce, se nos presenta de dos modos; uno, genérico y lejano, la memoria como “la inferencia lógica construida”, que en un plano social y cultural es el basamento de la llamada “tradición”; el otro es cercano y específico, de experiencia traumática, lo que le confiere su densidad igualmente específica. Aquella, la lejana, la que, en otro plano, genera la idea de tradición, sojuzga, obliga, condiciona la enunciación a los enunciados anteriores y genera, del mismo modo, respuestas radicales de omisión y de olvido, y otras menos duras de conciliación cuando no las dóciles del seguimiento y la obediencia; ésta, la cercana, por serlo, tiende a escaparse pero su cualidad traumática retiene, de modo que crea la ilusión de enunciaciones fieles, como si la memoria de la experiencia no formara parte del todo de la memoria en general.

Se pueden ver las consecuencias de esta doble dimensión de la memoria. Consecuencias enunciativas, desde luego, pero también literarias y aun políticas. De una manera no muy fácil de explicar podría postularse que la respuesta a estos modos de la memoria distribuye y califica a los enunciadores. Lo que va, quizás, del academicismo a la vanguardia, del “así es y será” del lenguaje de las estructuras hasta el “tal vez” de cualquier idea de cambio.

El historiador y la muerte

Reflexiones a partir de Michel de Certeau

Federico Guillermo Lorenz

“Oscurecía cuando desembarqué. En el muelle el marinero que atrapó al vuelo la amarra y la ató a la bita se parecía a uno que había sido soldado conmigo, y había muerto. Era la hora de la venta del pescado al por mayor. Un viejo cargaba una cesta de erizos en una carretilla; creí reconocerlo; cuando me volví había desaparecido en una calleja, pero comprendí que se parecía a un pescador que, viejo ya siendo yo niño, no podía seguir estando entre los vivos. Me turbó la vista de un enfermo de fiebres acurrucado en el suelo con una manta sobre la cabeza: mi padre pocos días antes de morir tenía los ojos amarillos y la barba hirsuta como él, tal cual. Volví la mirada: no me atrevía a mirar a nadie más a la cara”.

Ítalo Calvino, “Las ciudades invisibles”,
Las ciudades y los muertos. 2.

Historiador integrante del Núcleo de Estudios sobre Memoria-IDES.

La historia y la muerte

La muerte es un viejo objeto de estudio y reflexión desde las más diversas ciencias y disciplinas. Es, sin embargo, una preocupación humana mucho más antigua aún, mediada desde la Modernidad por diversos recursos culturales que han buscado alejarla del cotidiano. Aislarla, diríamos, de la *vida*.

Frente a esta mediación, el trabajo de los historiadores instala una inquietante ambigüedad. Para Michel de Certeau, este “hace entrar en esce-

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

na a una población de muertos –personajes, mentalidades o precios. A pesar de modos y contenidos diferentes, la historia permanece unida a su propia arqueología de principios del siglo XVII (...) La historiografía tiene la misma estructura de los cuadros unidos por una trayectoria. Representa a los muertos a lo largo de un itinerario narrativo” (de Certeau, 1993:116). Ese recorrido es a la vez un reaseguro frente a la presencia disruptiva de la muerte. Los “modos y contenidos diferentes”, por su parte, aluden a las distintas formas y prácticas sociales (observables y enmarcables históricamente) en relación con la muerte. Pero la Historia también es una de ellas.

Existe un camino más “literal” de acercarse a la muerte como objeto, que es aquel que se plantea analizar las formas en las que distintas sociedades en distintos momentos históricos se han relacionado con ella. De este modo, se mantiene la distancia de lo incomprensible, permanece aislado aquello que es pintado como primitivo e irracional, y como una amenaza para una lectura y un dominio *completos* de la realidad:

El ‘último momento’ es sólo el punto postrero donde se refugia, se exagera y se aniquila el deseo de decir. Sin duda lo que en la muerte tiene forma de espera se insinúa mucho antes en la vida social, pero siempre le hace falta enmascarar su obscenidad. Su mensaje se traiciona en los rostros a punto de deshacerse, pero sólo cuentan con mentiras para decir lo que anuncian (...) y uno se abstiene de hacerlas hablar (no nos digan, rostros, lo que no queremos saber). El secreto *inmoral* de la muerte se deposita en las grutas protegidas que le reserva el psicoanálisis o la religión. Habita las vastas metáforas de la astrología, de la nigromancia o de la hechicería, lenguajes tolerados a tal punto que forman las regiones del oscurantismo del que se “distinguen” las sociedades del progreso (...) Se inscribe tal imposibilidad en todos los procedimientos que encierran la muerte o la empujan fuera de las fronteras de la ciudad, fuera del tiempo, del trabajo y del lenguaje, para salvaguardar un sitio (de Certeau, 1996: 117).

Mediante esta ubicación analítica y conceptual de la muerte, es posible dar un paso clave, en función de mostrar la legitimidad científica de la Historia, ya que, al objetivarla, se distancia del componente irracional que también hace a la subjetividad de los historiadores, a la hora de elegir objetos y preocupaciones. Esto es

particularmente importante, si pensamos en el papel que los muertos han cumplido en la construcción de distintas formas de identidades (políticas, nacionales, culturales): los *caídos* por la Patria, los *mártires* de la revolución, las *víctimas* del genocidio, etc., que aluden a formas y prácticas en el modo de relacionarse de los vivos con los que *fallecieron*, *partieron*, *went West*, *desaparecieron*, *murieron por nosotros*, *para que la Patria viva*, etc. Los muertos no entran en diálogo con los vivos más que cuando estos hablan por ellos, y en este sentido es clave el rol desempeñado por la Historia (junto con otras formas de escritura y apropiación del pasado) en la construcción de esas mitologías mortuorias.

Desde un punto de vista general, los muertos conviven con los vivos, por ejemplo, al formar parte de un pasado visto como común. Pero las formas en las que se alude a ellos evitan, paradójicamente, asociarlos al hecho de la muerte: viven en un espacio atemporal, un pasado vivo porque es parte de quienes los recuerdan.

¿Cuál es la relación del historiador con los muertos? La historia reciente, por la apelación a las fuentes orales, por ejemplo, pero sobre todo por la contemporaneidad con los muertos de los procesos que estudia, permite hacernos esa pregunta de un modo urgente desde la contradicción cotidiana de la práctica.

La condición de los muertos en tanto habitantes del pasado es atemporal. La visión de un pasado *ucrónico* en el que habitan los fallecidos en cualquier época, proceso y lugar, es una idealización que resulta más difícil frente a muertos o hechos traumáticos recientes. En este caso, los muertos que nombramos son probablemente los compañeros de nuestros testigos clave, parientes de personas que deambulan por nuestro mismo territorio, cuando no afectos directos del investigador, que con su sola presencia desafían la condición pretérita de los idos que el relato histórico incluye.

La historia reciente cuestiona la afirmación hecha por de Certeau acerca de que “la escritura [*histórica*] sólo habla del pasado para enterrarlo. Es una tumba en doble sentido, ya que con el mismo texto honra y elimina. Hace muertos para que en otra parte haya vivos (...) Como sustituto del ser ausente y encierro del genio maléfico de la muerte, el texto histórico desempeña un papel de actuación excepcional” (de Certeau, 1993:117). Con la posibilidad de interrogar a los vivos acerca de la muerte, revela lo que el refugio epistemológico parecía dejar atrás: la Historia tanto entierra como desentierra. “Yo estuve en la muerte, pero no me morí”, me dice Tita, una anciana que estuvo desaparecida durante la última dic-

tadura militar.¹ Una viva contradice al relato que al explicar la lógica del campo de concentración la entierra para “hacer vivos”. Ella está viva, ha comido conmigo y reído con mis chistes, y sin embargo esa convivencia con los muertos que para ella es algo que late es escrita porque debe ser parte de un pasado.

El viaje más *literal* al reino de los muertos es el del Equipo Argentino de Antropología Forense, que desentierra restos NN para devolverles una identidad. En un sentido metafórico, los historiadores pueden hacer algo parecido: exhuman para dar nombre a aquello que fue llamado de otra forma.

La voz de los sobrevivientes de un campo de concentración, contemporáneos a los lectores de un libro de Historia *aunque allí lo lean como algo pasado*, son aquello que la escritura histórica permite formalmente neutralizar: la presencia de la muerte en la vida cotidiana, y de un elemento inexplicable como parte constitutiva de aproximaciones mentales a la realidad que presumen de poder explicarlo todo. Inseguridad que es doble, entonces, porque es tanto epistemológica como existencial.

Podríamos decir que el *ritual del entierro* que de Certeau ve en la escritura de la Historia² es tanto más efectivo cuanto mayor es la distancia con los muertos que busco tranquilizar, y añadiríamos, cuanto es explicable, racional y aceptable (por los argumentos que sea) es esa muerte.

¿Qué sucede con esa tranquilidad en el contexto de la historia reciente? ¿Cuál es el lugar del historiador cuando los muertos aún no son polvo, sino ausencias que originan búsquedas, palabras en las bocas de los vivos que aún asisten a citas con la esperanza de un encuentro postergado?

Para reafirmarse como ciencia, la Historia, al igual que otras disciplinas, ha debido ser capaz de diferenciarse, construyéndose como autónoma a la realidad

1 Recordemos que en el discurso oficial de la época un desaparecido, según el presidente de facto Jorge Rafael Videla, “no tiene entidad”, *no está ni vivo ni muerto, está desaparecido*. Esa zona difusa es tanto un territorio *utópico* como *ucrónico*. Por otra parte, numerosos testimonios relatan cómo los represores repetían una y otra vez que “ellos decidían quién vive y quién no”, que “eran Dios”, una alteración de la ley natural materializada en el campo.

2 “En el sentido etnológico y cuasi religioso del término, la escritura representa el papel de un *rito de entierro*; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso (...) Marcar un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente *lo que queda por hacer*, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos” (de Certeau, 1993: 116-117).

que estudia y en la que interviene, “ha constituido el *todo* como su *resto*, y ese resto se ha convertido en lo que llamamos cultura” (de Certeau, 1996:10). Desde esa posición de distancia con el objeto (protegida por la *técnica*), por otra parte, se piensan buena parte de las actividades humanas como resistencias o pervivencias de lo antiguo: “Esta separación organiza la modernidad” –sostiene de Certeau– La parcela en insularidades científicas y dominantes sobre un fondo de ‘resistencias’ prácticas y de simbolizaciones irreductibles al pensamiento”.

Sin embargo, cuestiones como la muerte, la subjetividad o las artes dificultan esta visión dualista entre lo racional/racionalizable y lo irracional/subjetivo, y materializan esa contradicción en las prácticas de algunas ciencias: “algunos reconocimientos ya hacen el inventario de las regiones fronterizas y enlazan lo claro y lo oscuro (son los discursos grises de las ciencias mixtas llamadas ‘humanas’, relatos de expediciones que tienden a volver asimilables –si no es que pensables– y a identificar las noches de la violencia, de la superstición y de la alteridad: historia, antropología, patología, etcétera); *la división que las instituciones científicas han producido entre lenguas artificiales de una operatividad regulada y hablas del cuerpo social jamás ha dejado de ser un centro de guerras o de compromisos*” (El subrayado es mío).

Ese “espacio de guerras o compromisos”, cabe destacar, es aquel que el método busca eludir y reducir, pero sobre todo dominar. La historia habla de hombres concretos en situaciones que también lo son, construye un *lugar*, dice de Certeau, “susceptible de ser circunscrito como *algo propio* y de ser la base donde administrar las relaciones con *una exterioridad* de metas o amenazas (los clientes o los competidores, los enemigos del campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación, etcétera). Esta acción es claramente racional (“cartesiana”, dice el autor) y “constituye *una victoria del lugar sobre el tiempo*. Permite capitalizar las ventajas adquiridas, preparar las expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias. Es un dominio del tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo” (de Certeau, 1996:42).

Esa visión estratégica de *victoria sobre el tiempo* desde un lugar es lo que da a la Historia el lugar de enunciación científica. Pero este, dice de Certeau, es un no lugar, una abstracción. En consecuencia, se daría la paradoja de que para legitimar un lugar entre otras ciencias, la Historia debería dejar de serlo. Esto porque “al instalar la historia en un no-lugar, se prohíbe a la historia hablar de la sociedad y de la muerte, es decir, se le prohíbe ser historia” (de Certeau, 1993:82).

Para hacer historia, para escribirla, el historiador debe historizarse, es decir, partir de su contexto, de su cotidiano. Pero al sacar a la Historia del no lugar desde el que manipula sus materiales, la coloca en situación de ser también objeto de su práctica y, a la vez, la somete a estas fuerzas subjetivas, resistentes o arcaicas, que forman parte del mundo social. En este sentido, además, al ser la escritura de la historia una escritura sobre muertos, coloca al historiador en el borde de aquello que no se puede nombrar, en la zona gris para la que no hay palabras sino eufemismos, lo obliga a enfrentar aquello que no se conoce pero que debe ser narrado: la muerte.

La muerte ajena y distante

La escritura ha sido para la Modernidad el principal modo de apropiación de la realidad, y una técnica exitosa para asegurar el control sobre los individuos y sus cuerpos:

La práctica escrituraria ha asumido un valor mítico en estos últimos cuatro siglos al reorganizar poco a poco todos los dominios donde se extendía la ambición occidental de hacer su historia y, así, hacer la historia (...) El origen ya no es lo que se cuenta, sino la actividad multiforme y murmurante de producir el texto y de producir la sociedad como texto (de Certeau, 1996:147).

Pero el dominio escriturario no es total. La historia permite escribir sobre los idos, pero es un territorio que no es controlable del todo. No hay palabras para el *después*, ni para el *tránsito* de la vida a la muerte, y la *influencia de los muertos* (como una nostalgia, como un temor) escapa a las reglas del texto aunque acompaña a las personas. Frente a esta dificultad se destaca la función del texto histórico. Al inscribir vidas y muertes en una narrativa, en un orden cronológico, la historia “crea relatos del pasado que son el equivalente de los cementerios en las ciudades; exorciza y confiesa una presencia de la muerte en medio de los vivos” (de Certeau, 1993:103). Fija esa presencia inasible, es capaz de “hacer la historia” (...) y al mismo tiempo de ‘contar historias’, es decir de imponer las coacciones de un poder y de proporcionar escapatorias” (Ibidem). Es una escapatoria a la perplejidad frente a lo desconocido, aun frente a lo que se teme, pero también define un espacio de disputa: en tanto son los vivos quienes hablan por los muertos, y tanto ‘hacemos’ como ‘contamos’ historias; esa escapatoria puede ser el relato escogido, el objeto historiado, la vida recuperada, el muerto evocado, el recorte analítico mediante el trabajo del historiador.

La constitución de un *resto observable* desde las distintas ciencias fue un proceso general de control, de dominio del hombre sobre la Naturaleza. Las relaciones con los muertos y la Muerte acompañaron este proceso. Hasta el siglo XVII, la convivencia con los vestigios de la muerte era algo cotidiano:

Las gentes que visitaban la iglesia, o los mercachifles de los tenderetes del cementerio –pues las galerías de los cementerios solían servir de mercado– corrían el riesgo de tropezarse a cada paso con algún despojo humano caído de un osario u olvidado por un sepulturero” (Ariès, 1982:121). Hombres y mujeres se preparaban para morir, sobre todo en una época en la que cualquier enfermedad más o menos grave era una certeza de muerte. Sin embargo, a lo largo de los siglos XVIII y XIX se desarrolló un largo proceso de toma de distancia, de abandono de esa coexistencia, tanto física (con los agonizantes y los despojos) como espiritual. Se establece “toda la distancia conjurada del horror a los muertos y de una nueva religión inventada en el ínterin, la nuestra (...) El culto moderno a los muertos es un culto del recuerdo dedicado al cuerpo, a la apariencia corporal (...) Asimilado tanto por las iglesias cristianas como por los materialismos ateos, el culto a los muertos se ha convertido hoy en la única manifestación religiosa común para creyentes e incrédulos de cualquier confesión. Nació en el mundo de las Luces, se desarrolló en el mundo de las técnicas industriales, poco predispuestas a la expresión religiosa, y sin embargo arraigó con tanta naturalidad que la gente olvidó sus orígenes (Ariès, 1982:127-130).

Si bien los despojos pueden ser racionalizados y nombrados (por ejemplo, el proceso de modernización de los cementerios en los Estados Unidos, durante el siglo XIX),³ para la muerte y sus vísperas no hay palabras. Por eso se elude aquello que no puede ser completamente nombrado, se aleja a los vivos de un tránsito acerca del cual no hay experiencia:

los moribundos son proscriptos porque son marginales de la institución organizada por y para la conservación de la vida (...)

3 Ver al respecto Kristin Ann Hass, *Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial*, Berkeley, University of California Press, 1998. Capítulo 3: “Seashell Monuments and Cities for the Silent. American Funerary Traditions”

Con la muerte en suspenso, el moribundo cae fuera de lo pensable, que se identifica con lo que se puede hacer. Al salir del campo que circunscriben las posibilidades de intervención, entran en una región de insignificancia. Nada puede decirse allí donde nada puede hacerse (de Certeau, 1996:207-208).

La sociedad moderna “ha privado de su muerte al hombre (...) y se la devuelve únicamente cuando ya no la utiliza para turbar a los vivos” (Ariès, 1982:143). De este modo elimina su limitación para nombrar el proceso y *protege* a los vivos frente a una realidad que tanto muestra su finitud como su incapacidad de comprensión. Sin embargo, las sociedades deben dar cuenta de la muerte. Desde la literatura y desde el discurso científico se construye un utillaje discursivo y conceptual, aunque expuesto a la contradicción de esa parcela de realidad que no puede controlar:

La muerte que no se dice puede escribirse y encontrar un lenguaje, aun cuando, en este trabajo del gasto, retorna constantemente la necesidad de poseer por medio de la voz, de negar el límite de lo infranqueable que articula entre ellas presencias diferentes, de olvidar en un conocimiento la fragilidad que instaura en cada sitio su relación con las demás (de Certeau, 1996:212).

Un ejemplo de esta posibilidad es el discurso patriótico, que surge con fuerza desde mediados del siglo XIX. Fue clave para la constitución de numerosas repúblicas modernas y construyó toda una mitología de los muertos por la Patria, apropiándose de los caídos en guerras pasadas.⁴

Sin embargo, este relato de los ciudadanos en relación con su Nación, la muerte idealizada de finales del siglo XIX y que alimentó a las multitudes al inicio de la Primera Guerra Mundial, fue contradicha brutalmente por los enfrentamientos y matanzas masivas que caracterizaron el siglo XX. Podemos ver los desafíos que enfrenta la escritura para dar cuenta de lo que ve. La predisposición para la guerra, se sintetiza en este fragmento, muy popular en los años iniciales de la guerra, del poeta Rupert Brooke (Brooke, 1994:148):

4 Para el caso argentino ver Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 290 y ss. Para una mirada internacional, George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memories of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

If I should die, think only this of me:
That there's some corner of a foreign field
That is for ever England. There shall be
In that rich earth a richer dust concealed;
A dust whom England bore, shaped, made aware,
Gave, once, her flowers to love...

Pocos años después uno de sus admiradores, Siegfried Sassoon (Sassoon, 1958) escribía en un tono bien distinto. Desde el poema de Brooke las sociedades occidentales habían tenido posibilidad de conocer las formas atroces de enfrentamiento que caracterizaron la Primera Guerra Mundial sintetizadas en la guerra de trincheras. Una forma de narrar la muerte de los combatientes, presente en Brooke, ya no es posible. La guerra moderna, vista en 1917, es otra cosa, *no puede ser escrita como antes*:

I knew a simple soldier boy
Who grinned at life in empty joy,
Slept soundly through the lonesome dark,
And whistled earthly with the lark.

In winter trenches, cowed and glum,
With crumps and lice and lack of rum,
He put a bullet through his brain,
No one spoke of him again.

You smug-faced crowds with kindling eye
Who cheer when soldier lads march by,
Sneak home and pray you'll never know
The hell where youth and laughter go.

Entre Brooke, que coloca la muerte por la Patria como lo más excelso, y Sassoon, que habla de un suicidado ante lo que, ve se produce un cambio en la experiencia acerca de la muerte y sus racionalizaciones, por lo tanto, un desfase en las posibilidades de la escritura para relatarlo. Una guerra millonaria en muertos obligó a apelar a nuevas formas para contarla, y reveló la incapacidad

5 Sólo en el cementerio militar de Tyne Cot, en Yprès, hay 34.000 nombres de desaparecidos británicos, producto de las batallas por el Saliente entre 1914 y 1918. En el Osario de Douamont, en Verdun, se acumulan los restos de doscientos mil alemanes y franceses sin identificar. Los hallazgos de restos continúan hoy.

de las prácticas sociales para acercarse a los miles de muertos. Introdujo también, a través del efecto devastador de los explosivos y el barro, la figura de los desaparecidos, por decenas de miles.⁵ Una de las respuestas sociales fue el retorno a prácticas antiguas, un intento por ingresar al mundo negado por lo racional: visitar a los muertos en su región, comunicarse con los seres queridos arrancados del hogar para siempre mediante los espiritistas y los mediums, que proliferaron durante la posguerra.⁶

La Primera Guerra Mundial inauguró un siglo de muertes masivas. Los miles de muertos y sus deudos, los millones de heridos y mutilados, y desarrollos tecnológicos como la fotografía y el cine, o la masificación de la prensa, instalaron con fuerza esa experiencia en la cultura occidental. No obstante, el paso del tiempo permitió su asimilación mediante prácticas que sentaron modelos para las guerras posteriores: estandarización de los cementerios de guerra, la elección de un soldado desconocido para homenajear a todos, la instalación de fechas conmemorativas. Luego del impacto brutal fueron hallados medios colectivos de incorporación del conflicto a la historia, que pudo ser narrado cuando fue asimilado al pasado:

Sólo el fin de una época permite enunciar eso que la ha hecho vivir, como si le hiciera falta morir para convertirse en libro. Entonces escribir (ese libro) es tener que avanzar a través del terreno enemigo, en la región misma de la pérdida, fuera del dominio protegido que había dividido la localización de la muerte en otra parte. Es producir frases con el léxico de lo perezado, en la proximidad y hasta en el espacio de la muerte. Es *practicar* la relación entre gozar y manipular, en ese intervalo donde una pérdida (un lapsus) de la producción de bienes crea la posibilidad de una espera (una creencia) sin apropiación pero ya agradecida (de Certeau, 1996:215).

De este modo, una guerra es un alto en un continuo, en un sentido común que asigna al devenir histórico una cualidad de progreso inmanente. La guerra decisiva desde el punto de vista de las historias individuales (la guerra que mató al hermano, al esposo, al padre) es transformada, de algún modo, es un accidente.

6 Ver el interesante análisis de Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Capítulo 3: "Spiritualism and the 'Lost Generation'".

El historiador, la escritura y los muertos

El historiador que escribe sobre sucesos de hace diez o veinte años, convive con ese pasado que su tarea debe enterrar. Avanza sobre “el suelo mortífero donde se traza su acción itinerante”, y al igual que el escritor, “es también el moribundo que intenta hablar. Pero en la muerte que sus pasos inscriben sobre la página en negro (y ya no en blanco), sabe, puede decir el deseo que espera del otro el exceso maravilloso y efímero de sobrevivir en una atención que él mismo altera”

Cuando nos ocupamos de procesos que implican la muerte violenta de varias personas, o, más específicamente, de su desaparición,⁷ este suelo mortífero cobra la forma de rostros y voces identificables. Como en la cita de Ítalo Calvino, el mundo de los muertos se parece en forma inquietante al que atravesamos todos los días para ir a trabajar o enseñar. La función que socialmente cumple nuestra tarea, ese rito de entierro, no nos satisface, o por lo menos genera un gran dolor: somos los moribundos acerca de los que escribimos; las voces que los reclaman o extrañan no tienen la forma de la palabra impresa, sino que las escuchamos y vemos las bocas que articulan esos pedidos. El temblor frente a los bombardeos en un cerro no es un párrafo más o menos logrado en unas memorias, sino una realidad que obliga a interrumpir una conversación. La derrota de un grupo ya no es un anónimo parte policial, un acta judicial (o no sólo eso), sino un nervioso movimiento de manos sobre una mesa, durante una entrevista, ayer mismo.

Al investigar sobre el pasado reciente el historiador entierra, pero también exhuma. Muestra aquello que no estamos acostumbrados, o que no queremos ver: la muerte que convive con nosotros. En los vivos que interroga, encuentra las marcas de un hecho ineluctable de nuestras vidas: su finitud. Esa sensación incómoda se complementa con otra: la exhumación abre el camino a una apropiación; incorporar un pasado a nuestra historia es también reconocer en el dolor ajeno el propio, la posibilidad de un gesto de humanidad:

La historiografía se sirve de la muerte para enunciar una ley (del presente) (...) Con su narratividad proporciona a la muerte una representación, que al instalar la carencia en el lenguaje, fuera de la existencia, tiene valor de exorcismo contra la

7 Es perturbador pensar las relaciones entre el ocultamiento/extrañamiento de los cuerpos de las víctimas (y aun de su muerte, en tanto “desaparecidos”) y el proceso de alejamiento de los hombres de su propia muerte y la de sus semejantes que describe Ariès. La desaparición pasa a ser “un adelanto” de la muerte, y a la vez una negación de la misma.

angustia. Pero *por su manera excepcional de actuar*, llena la laguna que ella misma representa, y utiliza el lugar para imponer al destinatario un querer, un saber y una lección (...) Los muertos de los que habla se convierten en el vocabulario de un trabajo que se va a comenzar (de Certeau, 1996:117-118).

La laguna que se llena es el proceso de dar sentido al pasado al narrarlo. La “ley que se enuncia”, entonces, depende en gran medida de los nombres que se le asignen al relato histórico en la narración que se construye (“hacemos historias y contamos historias”).

La cultura posee gran cantidad de elementos para dar cuenta de la muerte, aun de aquellas más inexplicables. Pero las vidas de los muertos, narradas por el trabajo del historiador, pueden confrontar con las formas elegidas para dar cuenta de su muerte, porque este produce al destruir, y al introducir nuevos elementos realiza la posibilidad de que el contenido (el dato, la historia) desgaste la forma (el modelo cultural para relatar una matanza, un juicio histórico).

En la historia reciente confluyen dos elementos complejos: la muerte traída de la mano por los relatos de los vivos, o por los muertos mismos evocados por estos, y la *historicidad tangible* de nuestro trabajo, palpable a partir de esa convivencia y de las resistencias subjetivas de los testigos a transformar las heridas en pasado. Es una historia al límite de sus posibilidades y a la vez ubicada en el limes de lo que con nuestro utillaje cultural podemos explicar.

El trabajo sobre sucesos recientes demuestra lo incompleto del proceso de dominio del hombre sobre su realidad en su extremo: la muerte. El recurso frente a esto pasa a ser su transformación en texto, aunque incompleta, desde la literatura y desde la ciencia. Las respuestas de esta última, sobre todo, son necesarias para la reproducción social:

desde hace tres siglos, se ha necesitado esta división de la vida y de la muerte para que sean posibles los discursos saturados de la ambición científica, capaces de capitalizar el progreso sin sufrir la falta del otro. Pero únicamente su transformación en instituciones de poder les ha permitido constituirse (de Certeau, 1996:212).

De algún modo, ese poder está minado por el trabajo que revitaliza lo inaprensible y a la vez finito de las creaciones humanas. Pero no es una voluntad de destruc-

ción sino un impulso vital el que lleva al investigador a esa zona dolorosa y sombría. Cree que los recursos de su ciencia lo ayudan en la tarea, le permiten racionalizar la ausencia que estudia, a la que se expone, que enfrenta. Caminar por esa tierra de nadie entre la vida y la muerte, entre los vivos y los muertos, es una posibilidad de llamar la atención de los primeros acerca de los rápidos procesos de olvido y recuerdo que obliteran historias personales que aún son urgentes para otros semejantes.

Allí es donde el historiador encuentra los límites que le impone su propia tarea y las herramientas que ha elegido para ella. Porque el escritor puede soñar con una victoria:

Toda versión es inefable, y todo hecho es tangible. En el escoliasta hay un eterno aspirante a demiurgo. Su soberbia es castigada con la tautología. El único modo de escapar al hecho ineluctable de la muerte en masa de las aves, sería imaginar que hemos presenciado la hecatombe durante un sueño. Pero no nos sería dable interpretarlo, puesto que no sería un sueño verdadero.

Sólo nos queda el hecho consumado. Con nuestros ojos las miramos muertas sobre la tierra. Más que el terror que nos procura la hecatombe, nos llena de pavor la imposibilidad de hallar una explicación al monstruoso hecho. Nuestros pies se enredan entre el abatido plumaje de tantos millones de aves. De pronto, todas ellas, como en un crepitar de llamas, levantan vuelo. La ficción del escritor, al borrar el hecho, les devuelve la vida. Y sólo con la muerte de la literatura, volverían a caer abatidas a tierra (Piñera, 2003).

Pero esta certeza no es posible para el historiador. Si como señala de Certeau, “el lugar que se conceda a la técnica coloca a la historia del lado de la literatura o del lado de la ciencia” (de Certeau, 1993:82), la narración y explicación de esa muerte que duele y está presente es la demostración del daño, del dolor, de la ausencia, de lo que sólo puede ser escrito porque sucedió.

Bibliografía

Aries, Philippe. (1982) *La muerte en Occidente*. Barcelona, Argos Vergara.

- Brooke, Rupert. (1994) "The Soldier". EN: *The Works of Rupert Brooke*. London, The Wordsworth Poetry Library.
- De Certeau, Michel. (1993) *La escritura de la Historia*. México, Universidad Iberoamericana.
- (1996) *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana.
- Piñera, Virgilio. (2003) "La muerte de las aves". EN: Brasca, Raúl y Chitarroni, Luis (selección). *Textículos bestiales*. Buenos Aires, Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.
- Sassoon, Siegfried. (1958) "Suicide in the Trenches". EN: *Collected Poems*. London, Faber and Faber.

Empuñar las cartas, empuñar las armas*

Rossana Nofal

Investigadora del CONICET, Profesora de
Literatura Hispanoamericana de la
UNT, Integrante del Núcleo Memoria del IDES.

La “Carta abierta de un escritor a la Junta militar” y la “Carta a mis amigos”¹ de Rodolfo Walsh, son dos modulaciones iniciales del testimonio en Argentina. Ambas escrituras exponen la expresión de lo íntimo en el espacio público. Un yo que se ubica en un espacio biográfico² para hablar la muerte aun en el momento mismo de su acontecimiento.

El testimonio es un género de cruces múltiples; la escritura de Walsh propone la incorporación del género epistolar en el discurso testimonial. Ambas cartas son públicas y tienden más a lo documental que a lo textual; no son portadoras de mensajes sino de “comunicaciones” que intentan reemplazar la inevitable presencia de un destinatador y un destinatario. Hay un orden y un mandato en la voluntad de decir “la verdad”. Las tensiones entre lo privado y lo público atraviesan el géne-

* Este trabajo es también un testimonio de la imaginaria y las obsesiones del sujeto a cargo de la operación crítica sobre el género; las descripciones se alternan con otras preocupaciones sobre la militancia y la violencia revolucionaria de los '70. Lo que sigue es un trazado de dudosa sintaxis que no oculta los conceptos leídos y los relatos de las experiencias vividas por otros.

1 En todos los casos sigo las ediciones de las cartas que hace Roberto Baschetti. (1994) *Rodolfo Walsh, vivo*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor). Walsh no firmaba sus partes de guerra, a excepción de estas cartas.

2 Arfuch, 2002: 23.

ro, sobre todo en los testimonios marcados por la centralidad del cuerpo. La posibilidad de incorporarlos al campo de las memorias sociales se enfrenta con la paradoja de expone el acto de represión que violó la intimidad en un ámbito público³.

La semántica de la *Carta abierta...* denuncia la falacia del discurso militar en torno a los enfrentamientos y pone de manifiesto el carácter estatal, masivo y sistemático de la desaparición de personas, el cautiverio clandestino de prisioneros políticos, su tortura, su eliminación sin juicio, los fusilamientos que se escondían bajo los supuestos “intentos de fuga” de prisioneros⁴. Walsh escribe esta carta en marzo de 1977, al cumplirse un año del golpe militar que derrocó a Isabel Perón, y la lleva a las direcciones de los diarios y revistas, pero nadie la publica⁵. Después de enviar por correo los primeros ejemplares en un buzón de Plaza Constitución, cae en una emboscada de la Armada. Walsh se resiste y lo matan.

La escritura testimonial disputa un territorio en el espacio mismo de la literatura. Un terreno propio, con estructuras particulares que se identifican como categorías diferentes a las de la ficción, a la vez que reivindican un terreno del arte directamente relacionado con la política. Walsh imagina un género que responde al desarrollo general de las estructuras del sentir⁶ de intelectuales de los '70 que consideran imposible hacer de la literatura un arte desvinculado de la política.

Walsh define el testimonio y la denuncia como categorías artísticas y en este gesto se emparenta con el programa de una “literatura de fundación” que Miguel Barnet propone en 1966, originada en lo que denominaba “novela testimonio”, uno de cuyos méritos es la “supresión del yo del escritor o del sociólogo”⁷. La nove-

3 Sobre el tema ver el desarrollo de Elizabeth Jelin 2002

4 Ver Emilio Crenzel, Document de Travail de la Chaire, MCD, Número 2004-01.

5 El texto se difundió “mano a mano”, en copias caseras, y el 19 de abril de 1977 se publicó en Circular de Contrainformación, N°. 2, Oficina de Prensa y Difusión del Partido Montonero. En abril de 1978 la revista Con Todo, N°1/1, s/lugar, la editó. “Nadie reprodujo la carta –dice Horacio Verbitsky-, que encontré muchos años después en uno de los archivos de los grandes diarios. Sólo el Buenos Aires Herald y Ariel Delgado informaron de su desaparición” (Vinelli, 2002: 99)

6 Apelo al concepto de “estructura de sentimientos” en el sentido que le da a esta noción Raymond Williams: un concepto que trata de expresar los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente. (1977:150-158)

7 “La novela testimonio. Socioliteratura”, en: René Jara y Hernán Vidal, 1986. Testimonio y literatura: Mineapolis, Minnesota. p.280-302 Comparto en este punto los postulados de Claudia Gilman sobre poéticas y políticas de los géneros (2003: 341-344).

la-testimonio repone el agotamiento de la novela como instrumento de conocimiento. En el testimonio prima el conocimiento de la realidad, a la cual el autor-testigo imprime un sentido fundamentalmente histórico. Escritura de la urgencia y escritura revolucionaria son dos de las marcas identitarias más importantes en la constitución del género; Walsh aporta las reglas del género y la voluntad de supresión de la obligación antropológica del lugar de enunciación del testimonio. A diferencia de Barnet, que apela a la figura del testigo en el marco de una revolución triunfante, Walsh escribe desde el lugar del protagonista de una derrota.

La escasa documentación oficial y los huecos en la memoria colectiva le permiten a los escritores jugar con la evidencia imaginativa y armar los textos del género. Frente al relato de los sobrevivientes, se trata de trabajar a partir de los vacíos e imaginar los silencios. El testimonio se enfrenta con algo más complejo que la representación del pasado próximo; nace con el mandato de percibir experiencias ajenas, assimilarlas y construirlas como experiencias próximas. Hay una voluntad de exponer las tensiones entre mostrar y esconder, exponer y silenciar, hacer hablar al informante incluso más allá del “silencio conspirativo” de los movimientos de la violencia revolucionaria.

Carta a mis amigos supone la exposición del cuerpo muerto de su hija, como el de un ángel vestido de blanco que grita y desafía. Aquí el autor se convierte en el escultor; Walsh restablece el aura al devolver el escenario ritual en que esa muerte tiene lugar; restituye la experiencia al hecho representado y emerge otra práctica en la escritura: la política. El semblante de Vicki está en la mirada de su verdugo.

El comunicado del Ejército que publicaron los diarios no difiere demasiado, en esta oportunidad, de los hechos. Efectivamente, Vicki era Oficial 2ª de la organización Montoneros, responsable de la *Prensa Sindical* y su nombre de guerra era Hilda. Efectivamente, estaba reunida ese día con cuatro miembros de la Secretaría Política, que combatieron y murieron con ella. (Walsh..., 188)

El dibujo del cuadro corresponde a un soldado menor “un conscripto”; un sujeto que habla porque reconoce haber sido testigo de un acontecimiento de dimensiones extrañas, inexplicables en su marco de referencias; en este narrador pone el autor una de las marcas constitutivas del género: la urgencia por contar.

El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraba una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella

se reía. (...) De pronto –dice el soldado– hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camisón. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad, no me deja dormir. “Ustedes no nos matan, dijo, nosotros elegimos morir”. Entonces ella y el hombre se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros. (Walsh..., 190)

El testigo percibe la singularidad del episodio y narra su experiencia ante la inmolación. Walsh borra las marcas de identidad de esta voz; la reproduce estilizada, no le asigna marcas de credibilidad, borra los nombres y las referencias concretas a un sujeto particular. El soldado existe sólo en el mundo textual, es parte de la ficción de memoria de la víctima. Su voz se reintegra al texto cuando se permite dudar y cuestiona la naturaleza de la risa de Vicki. Si en la referencia de la mirada parece desafiante y desacralizadora, en la voz narradora se acerca al cuestionamiento.

La metralleta era una Halcón y mi hija nunca había tirado con ella, aunque conociera su manejo por las clases de instrucción. Las cosas nuevas, sorprendentes, siempre la hicieron reír. (Walsh..., 190)

Las dimensiones de la violencia superan las experiencias previsibles frente a las armas en el entrenamiento. Este relato se emparenta con el género de literatura militante en el sentido usual del término, a saber, un discurso de movilización en nombre de una causa y de una organización encargada de ejecutarla; sin embargo, esta experiencia se escribe cuando su autor cuestiona la política de guerra de la conducción de la organización Montoneros⁸. La paradoja del oxímoron de una niña jugando con las armas lleva a pensar el relato como la presentación de un

8 Ver la colección de documentos escritos por Walsh en enero de 1977, en donde evalúa la situación de las tropas y llama a replegarse. Critica fundamentalmente los tonos triunfalistas de la conducción y la falta de vinculación con el pueblo. Construye una hipótesis de resistencia y convoca al “tránsito de la guerra a la resistencia” (Documentos... 229. El subrayado me pertenece) como forma de preservación de las fuerzas populares, incluida su vanguardia de lo contrario, sólo queda el exterminio de los cuadros. Llama a poner “énfasis sobre los millares de pequeñas victorias más que sobre las operaciones espectaculares en que se fundamentan las grandes represalias. (...) Propone como estrategia de guerra la propaganda infatigable por medios artesanales: “Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FAL y la Energa, las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño” (234).

caso de “crimen contra la humanidad”. Todo uso militante correría el riesgo de restringir el alcance legítimo y universal de la denuncia del manuscrito biográfico. El tono de conmemoración que tiene la Carta a mis amigos le permite integrar en el enunciado episodios de los que no ha sido testigo directo.

Abajo ya no había resistencia. El coronel abrió la puerta y tiró una granada. Después entraron los oficiales. Encontraron una nena de algo más de un año, sentadita en la cama, y cinco cadáveres. (*Carta a mis amigos...* 191)

La mirada que expone la emergencia de lo siniestro es la de los verdugos, posición que aparece integrada en la red política de Walsh. Las acciones de resistencia que se relatan ponen en diálogo dos espacios: la moral de oficiales subalternos frente a la moral revolucionaria. El escritor-padre escribe los actos heroicos de los militantes y reivindica una resistencia organizada del lado de los revolucionarios. Walsh cuestiona los relatos de una resistencia desprovista de sentido, peligrosa, y efectivamente expresada en algunos de los relatos de la organización Montoneros sólo para sus miembros y simpatizantes: “Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella.” (*Carta a mis amigos...* 191)

Las cartas son un nuevo relato sobre la resistencia y apelan al montaje de redes alternativas de circulación. No es entonces el acto heroico en sí mismo sino la escritura del discurso amoroso sobre la muerte de la hija lo que organiza el límite del decir. La enumeración del despojo de los condenados abre la *Carta abierta*:

La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años. (*Carta abierta...* 241)

La reflexión sobre la muerte desencadena la acción pública de la denuncia y el desafío al dictador Videla. Frente a los destinatarios “amigos”, la Carta abierta... abre fuego en el campo de los enemigos⁹. Walsh es el vengador, el restaurador de la jus-

9 Es significativo en este punto el final de la carta, en donde diseña el ámbito de circulación: “Esto es lo que

ticia en el único ámbito posible: el espacio público y la circulación clandestina. El verdugo de la *Carta a mis amigos* se convierte en el victimario en la *Carta abierta* que no aparece deslumbrado por las acciones guerrilleras, por su moral ni por la legitimidad de las acciones violentas. Los miembros de la junta de gobierno no pertenecen a esa zona gris e indefinida de los conscriptos y oficiales de la *Carta a mis amigos*. La *Carta abierta al dictador* y el tono de desafío implica la conversión del testimonio en una máquina de guerra capaz de acelerar el enfrentamiento político¹⁰. La publicación clandestina de la *Carta abierta* permite, en la imposibilidad de restaurar la justicia, abrir al menos la posibilidad de una comprensión.¹¹

La identidad de Rodolfo Walsh, escritor, estaba ya constituida, antes de la dictadura, en torno a la relación con la literatura argentina en 1970; ese mismo campo se enfrenta, después del 76, con un nuevo problema: dar forma a una realidad que ha superado todo lo que se puede imaginar. Es entonces que se constituye un género específico de “literatura testimonial”¹² con voces desmembradas, voces de los vencidos, voces de la derrota, voces recuperadas tras fatigosos trabajos de la memoria. Escritor y periodista son dos oficios que aparecen invertidos en las cartas. Si la *Carta a mis amigos* se juega en el espacio artístico de la construcción de un cuerpo inmolado, La *Carta abierta de un escritor...* abruma con cifras y datos precisos de la geografía represiva a la vez que denuncia un elemen-

quería decirles a mis amigos y lo que desearía que ellos transmitieran a otros por los medios que su bondad les dicte.” (Walsh, 191) Cadena Informativa era un recurso artesanal en su estructura y funcionamiento, apelaba a la reproducción de la información a mano, a máquina, con mimeógrafo. “Escribíamos y hacíamos las copias en papel Manifold, que es el papel más finito, con una máquina de escribir manual y cinco, seis carbónicos para hacer la mayor cantidad de copias posibles. Eso era Cadena Informativa”, concluye. (Walsh citado en Vinelli: 2002, 99)

- 10 “Lo que diferencia a la guerra de la resistencia es la respuesta a la pregunta sobre el poder. La guerra pone en el orden del día la conservación del poder que se dispone a la toma del poder que se carece. La resistencia cuestiona los efectos inmediatos del orden social, incluso por la violencia, pero al interrogarse por el poder, responde negativamente porque no está en condiciones de apostar por él. El punto principal en su orden del día es la preservación de las fuerzas populares hasta que aparezca una nueva posibilidad de apostar al poder (...) La obtención de ese objetivo de supervivencia está ligada a la desaceleración del enfrentamiento militar y a la aceleración del enfrentamiento político a partir del ingreso en el mismo de fuerzas actualmente espectadoras” (Walsh, Documentos... 228)
- 11 Sigo aquí los postulados de Michel Pollak y Natalie Heinich “El testimonio” en Actes de la Recherche en Sciences Sociales N°62/63, Junio de 1986.
- 12 Pollak habla de la “literatura de la atrocidad” con posterioridad a 1945, en la cual estas problemáticas promovidas desde el principio por escritores sobrevivientes, han sido retomadas por otros para constituir un objeto de reflexión.

to borrado en las memorias posteriores: los crímenes económicos. Con noticias verdaderas y documentadas, Walsh hace un inventario de las acciones de represión clandestina e incluye la primera lista de torturas y sus testimonios; hay un regodeo en espectáculo de la destrucción.¹³

La primera persona clásica de memorias y relatos de campañas militares se convierte en un elemento fundamental al momento de dar cuenta de las marcas particulares del relato testimonial; la lógica de la guerra está en el discurso directo de la carta; Walsh actúa como vengador pero sin armas. Frente a tamaño desafío, el victimario no puede no matarlo. Es un enfrentamiento desigual; el texto no silencia las huellas que delatan la autoría; frente a todo lo borrado impone el nombrar.

Ambas cartas están dirigidas a sujetos plurales y circulan en horizontes públicos. Convocan una variedad de significaciones asociadas tales como interior/exterior; propio/común, en donde lo público se asimila a lo político. Walsh transgrede el sentido privado del género epistolar y lo disgrega en la multiplicidad de lo social. Lo público, los intereses comunes, los espacios compartidos y los códigos de la militancia, coexisten con el supuesto secreto de lo privado. El cuerpo de Victoria abre, necesariamente, la división de ambos espacios.

La carta se convierte en un mensaje cifrado; no es un soldado con su arma, es un escritor con sus letras el que sale al campo de batalla a matar. La narración sobre el delito del Estado se inaugura con un listado de cifras precisas: “15.000 desaparecidos, 10.000 presos, 4000 muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror” (*Carta...* 242) frente al enemigo el odio es el único sentimiento moralmente aceptable, *La carta* es también una enumeración de condenas hecha por el mismo condenado. Puede leerse como un documento del último acto dramático de resistencia antes de su muerte, aunque creo que es funda-

13 “La falta de límite en el tiempo ha sido completada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares químicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despieceamiento, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la piqueta, el “submarino”, el soporte de las actualizaciones contemporáneas. Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar la guerrilla justifica los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica, en la medida en que el fin original de extraer información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.” (*La Carta...* 243-244)

mentalmente una declaración de guerra que no guarda para sí el privilegio de la defensa. Opera la batalla en el terreno enemigo; al librarla recoge sólo sus desventajas: desata las fuerzas abrumadoramente mayoritarias del dictador. Si en la construcción del enemigo de *Carta a mis amigos* había apelado a exponer un desacuerdo en las filas enemigas, este gesto se vuelve imposible frente a la junta de gobierno. A partir de allí, de ese ataque a un gobierno ilegítimo en su origen y a la denuncia de la ilegalidad de sus acciones, sólo queda esperar las represalias. El escritor altera las reglas del secreto y anonimato que caracterizan la organización clandestina; en las condiciones límites de sentirse acosado en la ciudad, la *Carta abierta...* expone, en su extremo opuesto, las dudas sobre las posibilidades de una resistencia organizada.

El acto individual de Walsh tiene todas las características necesarias como para convertirse en un mito, a través del martirio de una hija y un padre, personaje no menos mítico en el campo de los hombres. No es entonces el acto heroico en sí mismo, sino la escritura y el amor que lo hacen posible, los que aparecen como valores susceptibles de ser apreciados como lugar de enunciación en el género testimonial. En ambas escrituras, en tanto escritos de un sobreviviente, hay una heroización de las víctimas, tan característica de la retórica del militante. El preludeo a la carta dirigida a la junta es un escrito autobiográfico que invoca razones personales para escribir y reconquistar la libertad de la palabra.

Desde lo más íntimo, desde los crímenes sobre los cuerpos, hasta los crímenes sobre un sistema y un futuro, Walsh testimonia la muerte como un protagonista; su escritura se erige en la venganza capaz de sobrevivirlo. Frente a la moral de una hija combatiente y víctima, se coloca en el lugar de escritor que cuenta los hechos en tantas memorias, en tanto acto de guerra contra la dictadura. Estas notas hacen del testimonio de Walsh, un escrito documental de naturaleza inédita, capaz de escapar de las simplificaciones y de formas de narraciones que tienden a fijarse como estereotipos. Con una lógica de la guerra subvierte el libreto; al desmontar los eufemismos de la junta, ejecuta la venganza. Como documentos de guerra las cartas impugnan el discurso enemigo: donde *ustedes* dicen extremistas yo digo militante; donde *ustedes* dicen combate, yo digo ejecuciones... “en estos enunciados, se agota la ficción”. Inventario de verdades y cifras, exposición de territorios ocupados por el enemigo, las cartas inscriben en el imaginario del género una posibilidad constitutiva: sólo puede contar el verdadero cuento de la muerte quien ha llegado al fondo y ya no está.

Bibliografía

- Arfuch, Leonor. (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Crenzel, Emilio. (2004) "Cartas a Videla: una exploración sobre el miedo el terror y la memoria". EN: *Document de Travail de la Chaire*, MCD, Número 2004-01.
- Gilman, Claudia. (2003) *Entre el fusil y la pluma*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.
- Levi, Primo. (1989) *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Muchnik.
- Ludmer, Josefina. (1999) *El cuerpo del delito*. Buenos Aires, Perfil.
- Nofal, Rossana. (2002) *La escritura testimonial en América Latina*. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras UNT.
- Pollak, Michael. (1990) *L'expérience concentrationnaire*. París, Métailié.
- René Jara and Hernán Vidal editores (1986) *Testimonio y literatura*. Minneapolis, Minnesota, Institute for the Study of Ideologies and Literature.
- Vinelli, Natalia (2002) ANCLA. *Una experiencia de comunicación clandestina orientada por Rodolfo Walsh*. Buenos Aires, La rosa blindada.
- Williams, Raymond. (1980) *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.

Los relatos de la memoria: Córdoba y la última dictadura militar

María Paulinelli

Profesora Titular Plenaria de la Cátedra de
Movimientos Estéticos y Cultura Argentina de la
Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

La consideración de *Detrás del vidrio* de Sergio Schmucler y *En estado de memoria* de Tununa Mercado, relatos de Córdoba en los noventa, posibilita reconocer la existencia de una cierta memoria que habla del acontecimiento de la última dictadura militar. Pero, a su vez, esa memoria se dice, se habla, se profiere, desde enunciaciones que ponen en práctica estrategias, recursos, procedimientos que interpenetran sujeto individual/sujeto colectivo.

Una cierta memoria

Ambos relatos son enunciados como actos de memoria. Desde una enunciación en primera persona privilegian el carácter propio de las experiencias vividas en el dinamismo de una historicidad que –como tal– trasvasa la individualidad de dichas enunciaciones en la inclusión de estas experiencias como las de un grupo o generación. De allí la relación memoria individual/memoria colectiva que necesariamente emerge y que se ratifica en otras “marcas” o “señales” en los textos; pero también el reconocimiento de que ambos relatos orillan la referencialidad de un acontecimiento histórico particular: el período 73-83, con las consiguientes resoluciones de exilio y represión. Es el reconocimiento de esta referencialidad pero vinculado al sentido del acontecimiento en cuanto “la historia de la memoria y de las representaciones ulteriores de dicho acontecimiento” (Rousso, 2000) lo que permite tomar

estos relatos como elementos del proceso social que inciden en la construcción permanente de dicho acontecimiento, y en consecuencia ratifican su dinamismo estructurador.

Son relatos –pues– que desde un lugar determinado, particularizan una cierta memoria, pero que –por cierto– inciden en la peculiaridad de una enunciación que busca mostrar en el tiempo de la escritura el trabajo indisoluble de la memoria y el olvido.

Enunciación que como tal reitera su particularidad de la historia relatada en el reconocimiento de

esa fuerza performativa de la memoria –su propiedad de ins-
taurar una realidad que como tal no preexiste a su interven-
ción– que se articula al acontecimiento de su enunciación,
momento único y singular. (Arfuch, 2000:35)

De tal manera ambos textos inciden en la construcción del acontecimiento referenciado, pero ratifican la unicidad de una enunciación que es paradójicamente la conjunción de experiencias individuales y colectivas en ese carácter de relato que las define.

Ahora bien ¿cuál es ese lugar desde donde se habla? ¿Cómo es esa “cierta memoria” que pueden relatar desde sus voces? Los textos analizados lo hacen desde particularidades significativas. Metaforizan esas posibilidades. Lo diseñan prolijamente en su escritura.

Detrás del vidrio remite en la referenciación de los acontecimientos relatados en el texto a dos situaciones paradigmáticas: el viaje a México de Abel, el protagonista, que implica la ruptura con su pasado militante y la apertura a su nueva condición de exiliado. Pero también remite al último encuentro con su hermano Pablo antes de su desaparición definitiva. Ambas representan situaciones límites que inciden en la estructura narrativa, pero que además infieren un cierto sentido de lo irremediable, mejor, de lo irrecuperable. Esa es, quizás, una de las significaciones de “detrás del vidrio”: la irreversibilidad de lo pasado. Pero puede, también, metaforizar la imposibilidad de mirar directamente y en consecuencia de representar el pasado como fue. De allí el acto de escritura como artefacto mediador que enuncia cómo se dice que fue y por qué se lo ve así; es decir cómo se lo representa en la memoria. Esto explica y justifica la inclusión de discursos que rodean, completan, añaden, buscan totalizar una enunciación que se desplaza por

otras voces y otros discursos en el paso de lo individual a la experiencia de un grupo o generación. De allí la resonancia con otras voces, la multiplicidad de enunciados, la variabilidad de registros –las estrategias discursivas– a partir de esa situación de imposibilidad que es a su vez la reversión a una posibilidad: la completitud de una memoria colectiva, que escarba, busca, se conforma con las modalidades actuales de la memoria archivo, la memoria deber y la memoria distancia en las caracterizaciones con que Pierre Nora explica las construcciones de la memoria en las sociedades contemporáneas. (cfr. Nora, 1984)

Construcciones que significan dónde y cómo se hace la memoria: deliberadas, voluntarias, desde lo individual y subjetivo; que ponen el acento enunciativo en el carácter de archivo. “... en lo más preciso de la huella, lo más material del vestigio, lo más concreto de la grabación, lo más visible de la imagen.” (Nora, 1984:6) De allí las transcripciones de los distintos discursos, las prolijas descripciones de lugares, objetos, gestos que conviven en esta preservación de un tiempo y un espacio como configuración testimonial de una experiencia y que se visualizan en las estrategias enunciativas empleadas. Recursos que ratifican el sentido colectivo de una memoria que busca referenciaciones, otras enunciaciones para totalizar las imposibilidades, los huecos de lo irremediable. Pero también la memoria deber en cuanto “la obligación de acordarse y de recubrir de pertenencia el principio y el secreto de la identidad.” (Nora, 1984: 9) Es decir “el hacerse cargo”, el enunciar una memoria que lo trasciende y lo compromete por entero. Eso explica el sentido del texto:

Camino, le digo a Pablo, para llegar ahí donde no sé qué brillo, qué reflejo, qué sombra me puede decir algo”... “Algo que me diga un poco más que la voz que no se detiene y que me dice: mira esa ventana, mira esa farmacia, mira esa puerta...”(Schmucler, 2000:221)

Y memoria distancia, ya no en la elaboración de una continuidad retrospectiva sino en la evidencia de una discontinuidad. Como bien lo señala Pierre Nora: “la pérdida de un principio explicativo único, nos precipitó en un universo estallado. Sin saber de qué estará hecho el pasado una inquieta incertidumbre transforma todo en huella, indicio posible. Nuestra percepción del pasado es la apropiación vehemente de lo que sabemos que ya no es nuestro. En definitiva es el desciframiento de lo que somos a la luz de lo que ya no somos más.” (Nora, 1984:11) Esto se reitera en las estrategias discursivas (como consideraremos luego) pero también se enuncia puntualmente:

Nunca pude recuperar nada; quedó un hueco, así, para siempre. Así un hueco que no se deja de estar. (Schmucler, 2000:222)

De allí entonces la estructura del texto que enuncia una memoria –de uno y de todos– como posibilidad de la imposibilidad de representación. Metáfora pues esa “detrás del vidrio” que es a la vez, el diseño de “cierta memoria posible”, virtualizada en la escritura.

Estado de memoria

La significación aparece señalada en el texto. “Hay un largo período de los retornos, el de la evocación, pautada por señales que se producen a cada paso, como si una masa de significaciones hubiese estado a la espera de quien la excitara para desencadenarse irrefrenable. Se sale a la calle en estado de memoria ya sea que se la bloquee o se la deje en libertad para prenderse a los datos de la realidad.” (Mercado, 1998:86) Es decir, una situación –el estado– en donde el movimiento, la movilidad, un proceso –la memoria– se virtualizan, se presentizan en esos requerimientos de la realidad conducentes a un olvido/recuerdo en ese bloquear dejar en libertad.

Los dieciséis fragmentos de ese único relato que es el texto –el de ese estado de memoria– particularizan las implicancias de la memoria individual como las ligazones de la memoria colectiva. Pero lo hacen siempre desde el reconocimiento de una “cierta memoria” que se vincula a esa significación explicitada. Una “cierta memoria” que en esa formulación remite al uso de ese participio (estar/estado) y a las posibles significaciones que la ecuación memoria/olvido tiene respecto a la forma de nombrar o enunciar. Resulta imprescindible, entonces, remitirnos a las consideraciones de Ricoeur sobre la memoria/olvido que definen “al olvido como el recurso inmemorial del trabajo del recuerdo.” (Ricoeur, 1999:56) Para eso es que reconoce dos formas paradójales de olvido. Uno, el inexorable –que no se limita a impedir o a reducir la evocación de los recuerdos, sino que “trata de borrar la huella de lo que hemos aprendido o vivido” (Ricoeur, 1999:53)– se vincula pues con la idea de desaparición, de destrucción, y en consecuencia con la idea de génesis y temporalidad. De allí el sentido de lo que “ya no es”. Por lo que puede definirse como “el arruinamiento de toda conquista, de toda experiencia en esa inexorable derrota, a modo de combate retardado.” (1999:54)

Otro, que “se trata de aquello que nunca podremos conocer realmente y que, sin embargo, nos hace ser lo que somos: las fuerzas creadoras de la vida, las

fuerzas creadoras de la historia, el origen.” (1999:54) Corresponde a la memoria la capacidad de combatirlo. Pero es a su vez el olvido que preserva, que posibilita la memoria. “Al igual que la espera sólo es posible sobre la base del estar a la expectativa; el recuerdo sólo lo es sobre la base del olvidar y no a la inversa, pues lo sido a modo de olvido abre primariamente el horizonte dentro del cual el *Dasein* perdido en la exterioridad de aquello por lo que se preocupa, puede recordar.” (Heidegger citado por Ricoeur, 1999:55) De allí que para designar este “tiempo del olvido” use el participio del verbo ser. Es decir decimos del pasado que ha sido. Hacemos así referencia a su completa anterioridad respecto a todo acontecimiento fechado, recordado u olvidado. “Nada puede impedir que lo que ya no es haya sido.” (Ricoeur, 1999:55)

El olvido, que según Heidegger condiciona el recuerdo se encuentra vinculado a esta posibilidad de designación como “sido”, como participio. Por lo que –paradójicamente– el concepto de olvido como recurso inmemorial posibilita la recuperación del pasado. Es entonces que Ricoeur establece la continuidad de las categorías: “carácter de sido, olvido, poder ser más propio y repetición-recuperación.” (1999:56) Es decir la remisión al participio sido/estado (en el caso del texto que nos ocupa) ratifica ese carácter de recurso inmemorial que está y que puede potenciarse en acto a partir de la repetición-recuperación. Este juego temático sido/estado desde la comprensión “ya no es” /sido es lo que nos permite entender esa cierta memoria que metaforiza Tununa Mercado en su texto. Es por eso, entonces, que su relato/sus relatos buceen, indaguen en la profundidad de una memoria basada en un olvido de lo que preexiste y en consecuencia conforma ese “estado”.

Una metáfora expresa esa cierta memoria. En “*Cuerpo de pobre*” se habla de una imagen “que se le ocurría: la marcha va dejando atrás, en dobleces regulares y a un ritmo implacable, un recorrido que se parece al de la memoria, hecho de postas, relevos, súbitos oscurecimientos bajo arboledas tupidas, puntos ciegos en el horizonte, enormes pozos de sombra, tenues resplandores que parecen disipar la noche en ciernes y dotarla de luz.” (Mercado, 1998:28) La materialidad de las comparaciones remite a ese trabajo de la memoria que se ratifica en lo construido: “Hacia atrás, a medida que avanzamos, va quedando, así lo imaginaba, una gigantesca vela henchida por el viento (y cribada por el tiempo), un telón por el que las partículas se cuelan hasta desaparecer muy lejos y muy a nuestras espaldas.” (Mercado, 1998:28) Y es en el proceso de escritura que la facticidad de la memoria se resuelve: “como si apenas pretendieran tener una legitimidad en esa primera página que yo escribía.” (Mercado, 1998:28) Proceso que alude a una cierta memoria resultado indisoluble de un particular “estado”: “No desplegaban sus

historias grandilocuentes sino que dejaban sentir, en su pura singularidad, los ademanes, palabras y actos menores que habían tenido alguna significación para mí, los gestos más representativos, por así decirlo, que los unían a mí.” (Mercado, 1998:28) Esto permite entender la estructura del texto en cuanto concéntricas recurrencias a una memoria cuyo proceso de conformación es la sustancia misma del enunciado. Por eso la enunciación privilegia ese proceso que en forma similar a la metáfora explicitada habla de una cierta memoria; una memoria posible en la repetición-recuperación del poder ser más propio desde un estado que fundamentalmente tiene ese carácter: haber estado. Participio.

Ambos textos singularizan una cierta memoria. Particularizan –en consecuencia– las enunciaciones que las referencian. *Detrás del vidrio* a partir de la imposibilidad de ... revertida en la posibilidad de a través de la escritura. *En estado de memoria* en la alborozada referenciación de un estado que encuentra en la escritura la posibilidad de la legitimidad de una memoria, su memoria.

Estrategias

Ambos relatos son enunciaciones en primera persona. El texto de Schmucler enuncia la historia de un adolescente en la Argentina “comprometida” de los setenta. Relata así una experiencia individual. Pero, esta enunciación se imbrica con otros discursos que completan esa representación. La inclusión de la marcha peronista, de canciones militantes, de estribillos y consignas, de un relato en *Idische zeitung* que, acompañadas de diversas estrategias narrativas –la transcripción de cartas (del mismo protagonista, de su hermano, de su madre, de otros integrantes de su generación) las alusiones a noticias de los diarios de la época, descripción de fotografías, etc.– completan esa representación de cómo se dice que fue. A su vez, el uso de recursos, como la transcripción de un diario presuntamente autobiográfico, junto con los textos de “un portafolio negro” añaden a esta representación el sentido de por qué se lo ve así. Es que el relato no solamente construye los acontecimientos en la referenciación a la facticidad de determinadas situaciones –identificables en las marcas del texto para la contextualización espacial temporal– sino que la enunciación vuelve una y otra vez sobre reflexiones e interpretaciones que completan ese trabajo de la memoria de recuperación, pero también de resignificación del pasado, en esa resultante transmisión que supone la enunciación del texto.

Ahora bien, esta mixturación de discursos en la transcripción o en el uso de las estrategias señaladas supone el trasvaso o la versatilidad de la identificación entre esa primera persona singular –ese protagonista individual– y el yo colectivo

-el de una generación- que, en el uso del nosotros, referencia así la pertenencia a determinado grupo. De allí el carácter de legitimación que adquiere si se acuerda que “en casi todas las sociedades el conocimiento generacional es una fuente muy importante para la legitimación social.” (Tonkin, en Anrup, 2001:14)

El texto de Mercado rodea en incontables, innumerables círculos ese estado de memoria. De donde la fragmentariedad de los relatos que componen un único texto: el de cierta memoria. Uno de los textos, “Celdillas” lo metaforiza. La puntillosa descripción del panal es la imagen elegida para mostrar el recorrido de la memoria “como algún otro general dispositivo humano que no está situado en un lugar del cuerpo, sino en los espacios vagos de la llamada mente.” (Mercado, 1998:57) Pero a su vez en sucesivas y permanentes refracciones: “Espacios de encaje, cadenas que se aparean, combinaciones incesantes de lo cóncavo y lo convexo, de geometrías en las que una línea disparada por el lápiz al azar sobre el papel se repliega, espontánea, sobre sí misma y convoca a otra a encerrarse en su interior y aun a otra a rodearla y a reproducir, a su vez, con otras líneas quebradas en medio círculo, formaciones similares en un desarrollo creciente.” (Mercado, 1998:58) Y así van diseñando los procedimientos, los tenues recorridos que la memoria hace y que se reproducen una y otra vez en los relatos, pero que en éste -en particular- busca señalar “las zonas prohibidas de la memoria para ubicar el momento en el que la superficie de la celdilla recibe la marca siniestra.” (Mercado, 1998:62) Y entonces a la palabra, se le asocia un efecto, una acción. Es que la especie “es proliferante”. Las imágenes se retrotraen hasta llegar al recuerdo inicial: una fotografía de campos de concentración que vio, cuando era niña.

Pero también están otras formas de funcionamiento. Una ubicación espacial y temporal y a partir de allí las resonancias, la permanencia de esas resonancias: “Después, todo lo que ha sucedido a partir de ese primer puente en la noche, en la epifanía del encuentro o en la pesadumbre de la pérdida, ha tenido la resonancia de esa figura.” (Mercado, 1998:63) la demarcación de escenas: “Los puntos de inflexión de esa vida y de las marcas que dejaron en mi recuerdo se suceden a partir del 7. La primera escena es en Bahía Blanca.” (Mercado, 1998:29... “En otra escena...” (30) Pero también la incidencia de esta cierta memoria: “Una vida en la que cada segmento está referido a lo que dijo, hizo o señaló alguien, al mandamiento de otro surgido en el instante en que se ejerce una acción sobre la realidad, una vida así se convierte en algo religioso: se invoca, se cita, se liga o se alude; una se va transportando con todo el mundo a cuestas.” (Mercado, 1998:31) La rememoración a partir de asociaciones: gestos, palabras, hechos: “En el recuerdo del otro no se rescata su persona completa sino simples, y aparentemente efíme-

ras modalidades que, en algún instante, también fútil en apariencia, se manifestaron.” (Mercado, 1998:29)

Esquematizando podríamos hablar de distintas estrategias en esa evocación de sucesos precisos ocurridos o ficcionalizados que giran alrededor de la situación individual o se transfieren al nosotros de los exiliados. Pero también el trabajo de la escritura en la elaboración de la memoria. Es decir un estado de memoria personal y colectivo, un traspaso de la singularidad a la diafanidad del nosotros. Y entonces, esta cierta memoria, tal como señaláramos, es la del exilio, la represión, la ausencia, “el rasgo siniestro”.

Esa “cierta memoria” a que aluden ambos relatos, genera estrategias particulares: en la representación de cómo se dice que fue, el texto de Schmucler; en la afirmación de cómo expresarla, el texto de Tununa Mercado.

Conjeturas

El progresivo distanciamiento temporal va señalando transformaciones en la memoria colectiva de la dictadura. A la teoría de los dos demonios, sucedió la de la reconciliación desde la memoria oficial, construidas en conmemoraciones y representaciones. Al final de los noventa estos textos señalan otras “ciertas” memorias que vuelven sobre la posibilidad de la memoria para construir subjetividades, evadiéndose así de las visiones dictadas y ordenadas del sistema. Recuperan la vitalidad de las existencias que sintieron, amaron, soñaron, odiaron, vivieron en la cotidianeidad... cotidianeidad que les fue negada desde las instancias de poder relegándolos a los oscuros y quietos campos del exilio y represión. Ambos textos juegan con esos no lugares, no tiempos, no existencias. Se alzan como propuestas de recuperar vidas comunes, hombres comunes, relatos comunes. Por eso esa cierta memoria deja de lado el heroísmo, los discursos contruidos para intentar relatar desde las posibilidades y legitimaciones que da la escritura.

Ciertas memorias ambas, pero significativas en el reconocimiento de sus límites y espacios.

Ciertas memorias, ambas, pero particularizadas en enunciaciones que siguen construyendo el acontecimiento pero ahora desde la simpleza y al mismo tiempo multiplicidad de lo humano.

Bibliografía

- Anrup, Roland. (2000-2001) "Historia y memoria". EN: *Anales*, N° 3-4. Instituto Iberoamericano. Universidad de Göterborg.
- Arfuch, Leonor. (2000) "Arte, memoria, olvido". EN: Revista *Punto de vista*, N° 68. Buenos Aires.
- Feld, Claudia. (2000) "Entrevista con Henry Rousso". EN: Revista *Puentes*, Año 1, N° 2.
- Mercado, Tununa. (2000) *En estado de memoria*. Alción Editora, Córdoba.
- Nora, Pierre. (1984) *Entre memoria e historia*. París, Gallimard, Universidad Nacional del Comahue, traducción de Fernando Jumar.
- Ricoeur, Paul. (1999) *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid, Editorial de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Schmucler, Sergio. (2000) *Detrás del vidrio*. Madrid, Siglo XXI Editores.

Los papeles de la burocracia como camino para la aparición del testimonio: el caso de la morgue judicial

María José Sarrabayrouse Oliveira

Docente en la carrera de Ciencias Antropológicas de
la Universidad de Buenos Aires.

**El caso de la morgue judicial:
jueces, médicos forenses y libros
copiadores**

El objetivo de este artículo es presentar el caso de un expediente judicial iniciado a fines de la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983) y a partir del mismo discutir algunas cuestiones referentes al testimonio jurídico. El análisis de esta causa forma parte de la investigación de doctorado que estoy llevando a cabo sobre el funcionamiento del fuero penal durante el terrorismo de estado. En la presentación del mencionado proyecto he sostenido que una de las formas posibles para la reconstrucción de las prácticas y costumbres funcionales, así como de las estrategias políticas y/o administrativas que fueron puestas en juego en el ámbito tribalicio durante el estado terrorista, es el análisis de la tramitación de causas judiciales, en tanto procedimientos típicos del sistema de administración de justicia.

Michel Foucault sostiene que la investigación sobre el modo en que se ejerce el poder no debe centrarse exclusivamente en los aparatos e instituciones del Estado, ni en lo que él denomina “edificio jurídico de la soberanía”, sino en las múltiples formas de dominación y sometimiento, como así también en los distintos modos de resistencia. O sea que para analizar el ‘cómo’ del poder es necesario indagar sobre el modo en que funcionan y circulan las relaciones de

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

poder en sus extremos menos jurídicos, a través de las relaciones y prácticas de los agentes. Entiendo que un análisis antropológico del poder judicial debería abordar las prácticas y rutinas de sus actores así como las relaciones sociales existentes entre los grupos que lo conforman, y no sólo las leyes y normativas que regulan ese ámbito. En este sentido, trabajar con causas penales y con los tribunales inferiores que llevaron a cabo su tramitación –atendiendo a “otras” relaciones que desbordan el ámbito meramente jurídico–, permite enfocar la problemática del poder desde una perspectiva que lo analiza en sus manifestaciones menos espectaculares y que permite la indagación sobre las rupturas y continuidades en la administración de justicia¹.

Stanley Cohen –en su análisis de la problemática de los crímenes perpetrados por el estado en regímenes previos– plantea la distinción existente entre *conocimiento* y *reconocimiento*, sosteniendo que

(...) el reconocimiento es lo que le sucede al conocimiento cuando se lo adopta oficialmente y entra en el terreno de lo público (...) La mayoría de la gente sabía en el momento qué había sucedido en el pasado y mantuvo esta información en su conciencia y memoria privada (...) El deseo –al menos para algunos– fue convertir este conocimiento privado en reconocimiento oficial y público (1997:570).

Desde esta definición creo que es posible pensar acerca de las implicancias que tienen las causas judiciales en los casos de terrorismo de Estado, como así también sobre la imperiosa necesidad que tienen las víctimas de que se conozca la ‘verdad’ sobre lo sucedido. En función de lo dicho he formulado como hoja de ruta para el análisis del caso que veremos a continuación, la siguiente pregunta: ¿Cómo lograr que el ‘conocimiento’ individual y silencioso de los hechos se convierta en ‘reconocimiento’ oficial?

1 Los pocos trabajos que se han realizado sobre funcionamiento del Poder Judicial durante la última dictadura militar se han centrado, fundamentalmente, en los fallos de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. En esos fallos se ve claramente la sumisión de la Corte Suprema a las decisiones supraconstitucionales y su deserción del estado de derecho, a partir del reconocimiento de legitimidad del gobierno de facto y de las facultades legislativas que él mismo se atribuía: sin embargo poco nos dicen sobre las prácticas cotidianas de funcionarios y empleados judiciales durante el régimen dictatorial.

La punta del iceberg

En noviembre de 1982, abogados del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)² presentaron una denuncia contra la morgue judicial por la existencia de serias irregularidades en su funcionamiento durante el período 1976-1980. Según constaba en la acusación, la morgue había realizado autopsias, solicitado certificados de defunción al registro civil y realizado inhumaciones de cadáveres NN, sin dar intervención al juez competente sino a autoridades militares³.

En realidad, esta presentación judicial denunciaba hechos que constituían un ‘secreto a voces’ que corría hace años por los pasillos de tribunales. Como relató metafóricamente una entrevistada, la gente que circulaba por el Palacio sabía que “mientras arriba [en los tribunales] rechazaban los hábeas corpus, abajo [en la Morgue] ordenaban inhumar los cuerpos de los mismos que habían rechazado”. Muchos de los que ‘sabían’, consideraban el secreto como parte de las ‘cotidianas irregularidades’ de la época; otros, se mostraban abiertamente a favor de las ‘anomalías’ a las que, en realidad, no consideraban como tales; finalmente estaban quienes conocían los hechos, los consideraban aberraciones y prueba de los crímenes de la dictadura, pero se encontraban frente al dilema de cómo actuar en ese momento o, en otras palabras, cómo lograr que los relatos dichos en voz baja, los comentarios, los corrillos se convirtieran en un hecho político. Era necesario transformar los *hechos* en *expediente*, y para ello había que encontrar el momento político preciso.

La presentación en el CELS de los familiares de Norberto Gómez –un médico desaparecido en 1976 cuyo cadáver había pasado por la morgue judicial–, fue el caso que propició las condiciones para que ese organismo fuera denunciado. Los padres de Gómez habían recibido, en el año 1982, dos citaciones del Consejo de Guerra Especial Estable solicitando entreguen la partida de defunción de su hijo. Norberto Gómez había desaparecido en 1976 y, a pesar de la presentación de un hábeas corpus y del inicio de una causa por privación ilegítima de la libertad, los reclamos de sus parientes nunca tuvieron respuesta. Es recién con esta ‘solicitud’ del Consejo de Guerra Especial Estable, que se enteran “oficialmente” que su hijo había muerto en un supuesto enfrentamiento. Ante tal situación, se comunican con Augusto Conte Mac Donnell y acuden al CELS para saber cuáles eran los pasos a seguir. Finalizaba el año 1982.

2 Organismo de derechos humanos creado en 1979

3 Para un desarrollo exhaustivo de la causa de la morgue judicial ver Sarraýrouse, 2003

Cuando los abogados del CELS acuden a tribunales para pedir la reapertura de la causa iniciada por privación ilegítima de la libertad en julio de 1979 –y archivada con un sobreseimiento a los tres meses– descubren que el expediente ya había sido reabierto en otra oportunidad.

Recapitulando esa historia es posible reconstruir que el 14 de noviembre de 1979, el juzgado N° 3 en el que tramitaba la causa de Norberto Gómez –archivada hacía ya un mes–, recibe una nota del jefe de la División Búsqueda de Personas Desaparecidas como respuesta a una de las diligencias judiciales realizadas en su momento. En este oficio se informaba que “Gómez (*había fallecido*) el 1/5/77 en jurisdicción de la comisaria 32, en causa ley 20840 atentado, resistencia a la autoridad, homicidio 79 c/p tomando intervención el juzgado Tribunal Militar” (fs. 133. Causa Penal⁴ –CP–). Producto de la aparición de estas nuevas pruebas, el 3 de diciembre de 1979, el expediente es reabierto y, como primera medida, se pide que la reparación que había brindado los datos ampliara la información. Es así que en una nueva nota, la División Búsqueda de Personas comunica que

según información suministrada por la cría.³², el 18 de marzo de 1977, a las 3,25 hs. se produjo un enfrentamiento armado en la calle Labardén al 300 con elementos de la organización proscripta montoneros, las cuales eran dos parejas e interviniendo en el hecho la Justicia Militar, Grupo de Tareas 3/4 de la Armada Nacional (fs. 137, CP).

En la causa figuraba también el parte policial dirigido a la jefatura, en el que se hablaba de un supuesto enfrentamiento en el que habían “*muerto cuatro subversivos*” –uno de ellos era Gómez– y donde se dejaba constancia de la *remisión de los cadáveres a la morgue judicial*. También había copias de las autopsias de los cuatro NN, las cuales fueron solicitadas inmediatamente por el juzgado n° 3 a la morgue judicial.

El director de la morgue judicial, en 1979, remitió las autopsias al juzgado explicando que

las fichas dactiloscópicas fueron remitidas al Registro Civil, en cumplimiento del requisito exigido por la tramitación habitual, en la oportunidad en que la Dirección Médica solicitara las respectivas Licencias de Inhumaciones, para efectuar con posteridad los entierros

4 De ahora en adelante CP

por la vía administrativa (...) Con respecto a las autopsias, informo a V.S. que fueron realizadas por los Dres. Laszcana y el suscripto, entonces en funciones de médico forense y que los respectivos protocolos necrópsicos fueron enviados con fecha 18 de marzo de 1977 a la Justicia Militar -Armada Argentina- Grupo de Tareas 3 y 4, autoridad militar que dispuso las obducciones de los cadáveres y sus ulteriores inhumaciones por vía administrativa (fs.149. CP)

La información que brindaban las autopsias -correcta y minuciosamente realizadas por los médicos forenses-, dejaba en clara evidencia que las personas muertas en el supuesto tiroteo, en realidad habían sido fusiladas y sometidas a torturas previas. En la descripción de los cadáveres se destacaban los siguientes signos: barba de ocho días; estómago vacío; múltiples disparos de bala que daban cuenta de la existencia de varios tiradores; heridas cortantes en cara, abdomen, tetillas, brazos; hematomas; inclusive uno de los cadáveres revelaba que un disparo había sido dirigido directamente a la boca ya que se encontró pólvora en la lengua (Cfr. Sarrabayrouse, 2003)

Finalmente, el 7 de octubre de 1980, el juzgado resuelve un nuevo sobreseimiento provisorio. Sin embargo, esta resolución deja constancia de que se encontraban ante un caso de secuestro y desaparición y no frente a un enfrentamiento, como informaba el parte policial⁵. Esta decisión judicial dejaba abierta la posibilidad de la reapertura de la causa en caso de que se presenten nuevos elementos de prueba.

Fue así que el expediente descansó en el archivo dos años más hasta que los abogados del CELS y los familiares de Gómez se encargaron de desempolvarlo⁶.

5 "Valga al respecto, la observación de que los cuatro cadáveres objeto de autopsia en relación con el argumentado tiroteo presentan, a través del estudio médico-forense llevado a cabo, los "caracteres secundarios" en el orificio de entrada de los proyectiles, reveladores -en principio- de disparos "a boca de jarro" y a "quemarropa", esto es, a una distancia de 1 a 3 centímetros. Tales son la herida confusa con orificio irregular y estrellado y la cavidad -con pérdida de sustancia- debida al despegue de los tegumentos (...) Circunstancia que nada se compagina con el profuso parte policial de fs.45/6" (fs. 219, C.P.).

6 Es importante aclarar que los familiares de Gómez nunca fueron notificados por el juzgado de la primera reapertura de la causa en noviembre de 1979. Esto no quita la importancia de toda la investigación judicial

El pedido de la partida de defunción solicitada por el Consejo de Guerra Especial Estable a los padres de Gómez sumado a la prueba producida entre 1979 y 1980 por el juzgado, en un contexto donde la dictadura mostraba claros indicios de debilitamiento, permitieron el inicio de dos nuevas causas: una penal –por el homicidio de Gómez– y una administrativa –por las irregularidades burocráticas en la morgue⁷. A partir de estas tramitaciones judiciales, decenas de médicos forenses, empleados y funcionarios judiciales fueron citados para prestar su declaración y así reconstruir los pasos burocráticos seguidos en los casos de los cadáveres de desaparecidos. Simultáneamente se presentaron los familiares de Gómez y de otros desaparecidos que lentamente fueron ‘apareciendo’ en los registros burocráticos⁸.

Los múltiples datos aportados por los distintos testigos permitieron reconstruir cuáles fueron los pasos administrativos seguidos en el “tratamiento” de los cadáveres de desaparecidos ingresados en la morgue por orden de las fuerzas armadas. Sintéticamente, el procedimiento era el siguiente: una vez realizada la autopsia, el Cuerpo Médico Forense enviaba a la Cámara del Crimen la nómina de las obducciones realizadas así como los informes de las mismas, junto con un oficio en el que se solicitaba especificaran el destino al que se debían remitir los informes de las autopsias *solicitadas por autoridades militares*; estos oficios eran devueltos al decanato de la Morgue con la indicación de que fueran entregadas “*directamente a las autoridades que las hubiesen requerido*” (fs. 316), o sea al Cuerpo I de Ejército; los médicos forenses cumplían la orden de la Cámara y prolijamente guardaban una copia de cada una de las autopsias realizadas. Pasado un tiempo, la Cámara facultó al Cuerpo Médico Forense para que remitiese las autopsias directamente a las Fuerzas Armadas, sin solicitar previamente autorización, ni enviar el listado de autopsias. Sin embargo, los médicos forenses continuaron enviando durante un largo tiempo la mencionada nómina. El objetivo –según el relato de los propios médicos– era que la instancia superior “*tomara conocimiento del trabajo cumplido*” y simultáneamente reparase en el recargo de tareas que se había producido en el último período a raíz del ingreso de estos “nuevos” cadáveres enviados por las Fuerzas Armadas. Simultáneamente, los

realizada, pero tampoco se puede omitir el hecho de que los familiares fueron dejados al margen de la suerte seguida por su hijo.

7 Estos expedientes incorporaron los sumarios judiciales iniciados en los años ‘79 y ‘80.

8 Otro de los casos que surge en la causa es el de María Victoria Walsh –hija del escritor Rodolfo Walsh– cuyo cadáver también había pasado por la morgue judicial en septiembre de 1976 –sin intervención del juez correspondiente– “para su depósito y posterior entrega a los deudos” (fs. 238, CP) (Cfr. Tiscornia y Sarrabayrouse, 2001 y Sarrabayrouse, 2003)

originales eran directamente entregados a la autoridad requirente –es decir, las autoridades militares– tal como la Cámara había ordenado. Sin embargo, los libros copiadores –donde figuraban las autopsias realizadas– siguieron acumulándose en algún rincón de la morgue esperando ser redescubiertos.

La reconstrucción de estos hechos que develaban parte del accionar del poder judicial en los casos de desaparecidos, llevó al procesamiento del entonces presidente de la Cámara del Crimen, Mario Pena, así como del secretario y de la prosecretaria administrativa de la misma instancia, Carlos Guardia y Susana Corbacho de Abelson. Finalmente, en 1986, Pena fue sobreseído por prescripción de la causa⁹ en tanto los otros dos procesados fueron objeto de un sumario administrativo¹⁰.

Las consecuencias de la causa y algunas discusiones

Decenas de registros burocráticos existentes en este caso (partidas de defunción, memorandos, libros copiadores, autopsias, telegramas) se convirtieron en herramientas jurídicas de prueba y abrieron de esta manera la posibilidad de los testimonios.

En el caso de la Argentina, si bien no existieron “archivos de la represión” al estilo de los descubiertos en Brasil o en Paraguay –con informes sobre episodios de tortura o transcripciones textuales de juicios militares–, lo que sí existió es documentación producida por distintas oficinas estatales, que permitió dar cuenta del recorrido burocrático seguido por algunos hechos vinculados al terrorismo de Estado. A partir del registro cuasi compulsivo y burocrático de cada uno de los detalles de la represión –por repugnantes que estos fueran– se pudo conservar un testimonio escrito de los hechos sucedidos, abriendo un camino hacia el *conocimiento* y la posibilidad del *reconocimiento social* (Cohen, 1997).

El caso de la morgue permite abrir la discusión sobre los límites en la responsabilidad de aquellas personas que –durante período dictatoriales– ‘sólo’ cumplían con su burocrática y rutinaria tarea, tema subsumido, a su vez, en la discusión más amplia acerca de la “banalidad del mal” (Arendt, 2000). De hecho, gran parte de la discusión judicial sobre la responsabilidad de jueces, camaristas, médicos forenses y empleados judiciales, giró en torno a la carátula de la causa: ¿se tra-

9 Los motivos del sobreseimiento serán vistos en el próximo apartado.

10 Cuando se inició la causa en 1982, Pena ya no formaba parte del poder judicial.

taba sólo de una ‘violación de los deberes de funcionario público’ o había complicidad, por parte de ciertos funcionarios, con el terrorismo de Estado, con ‘homicidios agravados y privación de la libertad agravada’? En contra de los intereses de familiares y organismos de derechos humanos que postulaban la connivencia de ciertos funcionarios judiciales con las acciones de los militares, ‘ganó’ la primera postura y la causa penal finalmente fue “cerrada”, en la medida en que el delito ‘triumfante’ –violación de los deberes de funcionario público– había prescrito. Gran parte de las justificaciones en los testimonios de los funcionarios, se encontraba en lo que ellos consideraban una ‘modificación de la pirámide jurídica’, explicación que les permitía sostener que ninguno de los burócratas judiciales en cuestión, había hecho nada fuera de lo que ‘debía’ hacer en ese momento¹¹.

El problema del papel de la burocracia en los regímenes dictatoriales y la discusión sobre la responsabilidad, es necesario analizarlos –particularmente en el caso del poder judicial en la Argentina– tomando en consideración tanto la continuidad de los funcionarios judiciales antes, durante y después de la dictadura como las prácticas de los mismos. Desde esta óptica, las continuidades y rupturas al interior de la justicia en situaciones de quiebre institucional o retorno al orden democrático, deben ser pensadas prestando particular atención a lo que Da Matta denomina el “universo de las relaciones personales”. Este universo, caracterizado por lealtades que se sostienen en la amistad, en el parentesco o en el compañerismo, aparece como un factor estructural antes que como una falencia o una deformación del sistema. Muchas de las relaciones sociales que allí se despliegan –sostenidas en lealtades, deudas y favores surgidos a raíz de distintas obligaciones– atraviesan los posicionamientos políticos e ideológicos de los actores judiciales. Es necesario considerar “*el marco más amplio de las conductas de los individuos y de las relaciones sociales en las que están insertos*” (Sigaud, 1996:2) para de esta manera romper con la tendencia –que presentan algunos científicos sociales– de aislar las con-

11 Quien fuera secretario del juzgado donde tramitó la causa de la morgue y posteriormente juez, me relató en una entrevista que el fiscal de la causa le había solicitado “el sobreseimiento definitivo en la causa y respecto del encausado [el presidente de la Cámara del Crimen Mario H. Pena] con la expresa declaración que la formación de la causa no afectaba el buen nombre y honor. Por lo que consideraba que había cambiado la pirámide jurídica en ese momento, es que el señor, este funcionario, no había hecho nada fuera de lo que tenía que hacer”. En el pedido que figura en la causa, confirmando los dichos de mi entrevistado, el mencionado fiscal sostenía lo siguiente: “Cabría preguntarse si han sido culpables de encubrimiento los señores jueces que, durante 1976 y 1977, ante la interposición de acciones de “hábeas corpus”, dieron crédito a las respuestas negativas acerca de privaciones de la libertad formuladas por el Poder Ejecutivo Nacional y los Comandos de las Fuerzas Armadas, cuando ahora es posible afirmar que muchas de ellas fueron falsas (...) No podía saber el Dr. Mario H. Pena –en 1976 y 1977– que varios de los denominados enfrentamientos

ductas examinándolas sólo a la luz del cumplimiento o no cumplimiento de las normas jurídicas. Pensar las conductas en términos del “deber ser” impide comprender los comportamientos que se están examinando, constatando, solamente, que no se corresponden con lo que sería deseable. En otros términos, los individuos no responden exclusivamente a “normas jurídicas” sino a “otras normas” que revelan sus relaciones con otros individuos.

En la causa trabajada, la investigación comenzó a realizarse durante la dictadura y continuó durante la democracia. O sea, la instrucción judicial se realizó con todos los actores implicados en sus puestos de trabajo, sin que los familiares de las víctimas fuesen tomados como parte querellante y con el secreto de sumario impuesto durante prácticamente todo el trámite judicial. Sin lugar a dudas este fenómeno influyó directamente sobre los distintos testimonios. Así, en la lectura de los mismos, es posible ver cómo la reconstrucción de los hechos está teñida de distintos tipos de justificaciones sobre las acciones pasadas de las personas que testimonian. En algunos casos, directamente se validaba el ‘estado de excepción’: uno de los interrogados se escudó sosteniendo que él *“entendía que la justicia militar era autoridad competente, en virtud de las disposiciones legales en ese entonces vigentes que le atribuían específicamente el conocimiento de hechos criminales como autoridades de instrucción y decisión”* (declaración de un Camarista, fs.371v). En otros, lo que se pretendía demostrar era la responsabilidad limitada que les otorgaba el hecho de *“ser sólo un eslabón en la cadena”* (empleado judicial, fs.523). Así, ante la realización de la autopsia de un cadáver remitido por autoridades militares, uno de los médicos forenses sostuvo que:

Esta actividad (la autopsia) se desarrolló en forma de práctica normal, es decir, en el ambiente habitual, con el correspondiente protocolo, con el personal habitual:

con bandas subversivas ocultaban homicidios dolosos, ni podía sospechar que los hechos no iban a ser investigados imparcialmente por los tribunales militares, cuya competencia, respecto del juzgamiento de los llamados delitos de carácter subversivo, se le imponía en virtud del régimen de las leyes 21.264, 21.268, 21.272, 21.460, 21.461 y 21.463 (...) Bien era verosímil, por consiguiente, que el encausado reconociera jerarquía nacional o federal a la jurisdicción castrense (...) El rigor objetivo del comienzo cede ante la ubicación del sujeto en el tiempo de los hechos y el contexto en que se encadenaron sus actos. Porque si el Dr. Mario H. Pena creyó, como debe suponerse, en la licitud de los procedimientos de la autoridad militar que ejercía un mandato conforme a derecho, el archivo de las copias de los informes de autopsias no significaba sino una sucesión de diligencias de mero trámite, sin contenido alguno que importara el entorpecimiento intencional de la acción de la justicia según los requisitos del art. 277 del CP” (fs.1391 vta.C.P.).

obductores, ayudante y personal de limpieza, fotógrafos, técnicos radiólogos, etc. Además la circunstancia de hallarse los cadáveres en la mesa de autopsias con sus correspondientes protocolos, importaba que se habían satisfecho todos los recaudos administrativos previos y concomitantes a la admisión de los cuerpos (fs.366).

Finalmente, hubo quienes, posicionándose desde el lugar de las consecuencias posteriores del registro burocrático, sostuvieron que

...con las perspectiva de hoy, la realización de las autopsias arrojó algún resultado positivo en cuanto permitió identificar cierto número de cadáveres. La metodología y el interés en estas autopsias, según sobrados testimonios, no difiere de otro tipo de autopsias que se realizaban a los mismos fines (secretario, fs.423)

Probablemente no sea posible saber cuántas personas en tribunales conocían, efectivamente, lo que en la morgue judicial estaba sucediendo; cuántas sabían pero fingían no saber; cuántas optaron por cerrar –preventivamente– ojos, oídos y boca; cuántas –en mayor o menor medida– se habían convertido en ‘detentores de secretos’.

Tribunales no era un universo cerrado. Muchos papeles circulaban de oficina en oficina, dejando rastros de la sangre derramada y –simultáneamente– cubriendo la responsabilidad de los médicos que habían hecho las autopsias (sin autorización judicial), mediante una notificación a las autoridades jerárquicas. Eran demasiadas las “marcas” como para no saber nada de lo que sucedía. Así lo atestigua uno de los médicos forenses que fue llamado a declarar:

El Sr. Presidente de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional, actuante durante el año 1977, tuvo conocimiento de la realización de autopsias por órdenes emanadas de autoridades militares, por cuanto en esa época, en mi carácter de Vice-Decano del Cuerpo Médico Forense y acompañando al Sr. Decano Dr. Avelino do Pico, lo entrevistamos a fin de requerirle acrecentara el número de profesionales que integraban el Cuerpo Médico Forense, habida cuenta –entre otros argumentos– del aumento de tareas que significaba dar cumplimiento a las necropsias ordenadas por las autoridades militares (fs.223)

A modo de conclusión: El testimonio jurídico y las voces de los testigos

Más allá del “fracaso jurídico” que pudo significar la conclusión de la causa con el sobreseimiento de Pena, interesa destacar las múltiples consecuencias secundarias que tuvo la tramitación de la causa de la morgue (Tiscornia y Sarraibayrouse, 2001)¹², particularmente el modo en que los distintos tipos de registros burocráticos pueden convertirse en herramientas jurídicas de prueba que abran paso a la posibilidad de los testimonios, no sólo de las víctimas, sino de los “perpetradores” mismos, así como de otras personas que fueron testigos presenciales de esa misma historia. Son estos testimonios –con sus olvidos, relatos, omisiones y justificaciones– los que colaborarán en la construcción de una verdad histórica, la que a su vez formará parte de una memoria colectiva.

En el ámbito jurídico, ese espacio atiborrado de normas, reglas y códigos, donde lo normativo es la clave de interpretación, los hechos que serán objeto del debate judicial se transforman en ‘ley’ perdiendo “complejidad empírica para convertirse en cosa juzgable” (Pita, 1995). De este modo, lo jurídico adquiere un grado de autonomía tal, que se separa del conflicto concreto que le dio origen haciendo que la persona que era ‘sujeto’ de una relación particular (conflictiva) se convierta en ‘objeto’ del procedimiento judicial.

En su análisis del juicio a los ex comandantes en la Argentina, Jelin hace mención de esta particular metamorfosis mediante la cual “las víctimas se transformaron en “testigos”, los represores se tornaron los “acusados”, y los actores políticos debieron transformarse en “observadores” de la acción de jueces que se presentaban como autoridad “neutral” que definía la situación según reglas legítimas preestablecidas” (2001:13)

¿A través de qué procedimientos se logra esa metamorfosis? La transformación de los hechos concretos en hechos judiciales, de los relatos personales en declaraciones testimoniales, se lleva a cabo a través de rituales judiciales que se valen

12 “Como corolario de este expediente la Universidad de Buenos Aires le inició un juicio académico a Pena (fs.1623); Abelson y Guardia fueron suspendidos preventivamente en sus funciones y no se los ratificó en sus cargos por una resolución del año 1986; un importante número de funcionarios que habían integrado la Cámara del Crimen durante la dictadura no consiguió el acuerdo del Senado para que los reasignaran en sus cargos durante el gobierno constitucional; la causa de Gómez y las de otras personas que pasaron por la morgue se sumaron a las pruebas presentadas en el juicio a las juntas militares, constituyendo parte de la prueba por la que se condenó a Jorge Rafael Videla por homicidio; varios cadáveres de desaparecidos pudieron ser identificados y sus cuerpos devueltos a sus familiares.” (Sarraibayrouse, 2003)

de una cantidad de marcadores y artefactos físicos, discursivos y corporales que sostienen la división entre conflicto real y conflicto procesal (Sarrabayrouse, 2001).

En el juicio a las juntas, gran parte de la prueba jurídica se construyó sobre el relato de las víctimas. Si bien esto implicó el reconocimiento de sus voces y de su derecho a hablar, el testimonio debía adquirir una ‘forma’ judicial.

Lo que no podía ser demostrado (el acto de agresión) debía ser narrado, pero en condiciones precisas y controladas, de modo que lo que se denunciaba pudiera ser verificado. De hecho, lo aceptable como prueba jurídica es la herida corporal. Los sentimientos y el sufrimiento no pueden ser medidos o incluidos (Jelin y Kauffman, 2001:14)

En síntesis, podríamos decir que el testimonio judicial es una narrativa personal de una experiencia vivida o vista pero que al pasar por el tamiz jurídico queda quebrado en múltiples pedazos y componentes:

el requerimiento de identificación personal, el juramento de decir verdad, la descripción detallada de las circunstancias de cada acontecimiento. El discurso del/a testigo tiene que desprenderse de la experiencia y transformarse en evidencia. (Jelin y Kauffman, 2001:14)

Sin lugar a dudas, las posibilidades para la escucha testimonial están fuertemente marcadas por los climas sociales y políticos que permean los distintos momentos históricos. En contextos propicios, la instancia judicial se transforma en escenario desde el cual poder dar ‘lecciones al mundo’, construir relatos que conformen lo que –probablemente– se convertirá en historia oficial. Es justamente esta perspectiva en el análisis de los juicios, la que no debemos perder de vista. Porque antes que la ‘búsqueda de la verdad’, los juicios por crímenes de Estado deben ser visualizados como respuestas políticas brindadas por los Estados y los distintos sectores sociales intervinientes ante determinadas coyunturas.

En el juicio a las juntas, no sólo los relatos de los testigos se construyeron como pruebas, sino que gran cantidad de documentos elaborados por la burocracia estatal (tal el caso de la causa de la morgue con toda la información que la constituía: habeas corpus, partidas de defunción, autopsias, expedientes iniciados por privación ilegítima de la libertad) fueron presentados como evidencia fundamental y necesaria para un procedimiento judicial proveniente de una tradición de rai-

gambre netamente escriturista (cfr. Bovino 1998; Martínez 2000; Sarrabayrouse 1998). El peso de la prueba escrita en la tradición jurídica argentina coloca en un lugar central a la evidencia documental, haciendo que gran parte del sostén del testimonio judicial se base en la existencia de pruebas documentales. Es así que en la causa de la morgue judicial los informes de las autopsias, archivados en el Cuerpo Médico Forense, fueron la evidencia escrita que permitió la aparición de esas voces que podían contar una historia conocida por los pasillos de tribunales pero que todavía no tenía un espacio para ser relatada y escuchada.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. (2000) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, Lumen.
- Cohen, Stanley. (1997) "Crímenes estatales de regímenes previos: Conocimiento, responsabilidad y decisiones políticas sobre el pasado". EN: *Nueva Doctrina Penal*, 1997/B. Buenos Aires, Editorial del Puerto.
- Da Matta, Roberto. (1980) *Carnavais, malandros e herois*. Rio de Janeiro, Ed. Zahar.
- Foucault, Michel. (1979) *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- Jelin, Elizabeth. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Colección: Memorias de la represión. Madrid, Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth y Kauffman, Susana. (2001) "Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino". EN: *Revista Entrepassados*, N° 20/21, Buenos Aires, pp. 9/34,
- Levi, Primo. (2000) *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, Biblos.
- Martínez, Josefina. (2000) *Reformas y reformadores. El lugar de los juristas expertos en la arena política de las reformas policiales y judiciales*. Ponencia presentada en el Sexto Congreso Argentino de Antropología SOCIAL / VI CAAS. Simposio: Antropología Política y Jurídica. Mar del Plata, 14 a 16 de septiembre.
- Pita, María Victoria. (1997) Informe de avance UBACYT (mimeo)
- y Sarrabayrouse O., María J. (1997) *Los hechos y las leyes. Derecho estatal y sensibilidades legales*. Publicación del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.
- Sarrabayrouse O., María J. (1998) *Poder Judicial: Transición del escriturismo a la oralidad*. Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. (mimeo). Buenos Aires.

- (2001) “Culturas jurídicas locales: Entre el igualitarismo y las jerarquías”. EN: *Cuadernos de Antropología Social. Antropología de la Cultura*. Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 13, Agosto.
- (2003) “Poder judicial y dictadura. El caso de la morgue judicial”. EN: *Cuaderno n° 4. Memoria y dictadura*. Facultad de Filosofía y Letras y Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Sigaud, Lygia. (1996) “Direito e Coerção Moral no Mundo dos Engenhos”. EN: *Estudos Históricos*, vol.9 N° 18.
- Tiscornia, Sofía y Sarabayrouse O., María José. (2001) “Los gritos del silencio”. EN: *Revista Encrucijadas*, Universidad de Buenos Aires, nro.11; Buenos Aires.

Documentos

- Causa penal: 40.357/82. Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Criminal de Instrucción n° 10. Gómez, Salvador María Elena /Gard de Antokoletz, María Adela s/denuncia por inf. Art. 248 CP
- Causa administrativa: S 1306 Corte Suprema de Justicia de la Nación – Superintendencia Judicial. Abogados de la Capital s/solicitan investigación administrativa con referencia a actuaciones que habrían sido cumplidas por la Morgue Judicial

El “nombre de guerra”

La actividad clandestina
y las representaciones
sobre la persona
en la memoria
de las experiencias
de lucha armada
en los '70

Mariana Tello

Cursa la Maestría en Antropología. Museo de Antropología. Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Este artículo se enmarca en una investigación más amplia que analiza, desde una perspectiva antropológica, la memoria sobre las experiencias de lucha armada en los '70 en Argentina¹. En la pregunta inicial de la investigación la violencia estaba en el centro de mi apreciación sobre la actividad política en aquella época; al avanzar en el trabajo de campo surgió la necesidad de ampliar la mirada, de pensar en la violencia como una parte, quizá la más tabú, de una actividad más ampliamente denominada, en las categorías nativas, como militancia².

La idea de militancia como una forma de posicionarse en el mundo y actuar sobre él es algo que atraviesa todo el pensamiento político moderno (Vasconcelos; 2000; Camurça; 1997) pero en este caso es necesario considerar el rasgo distintivo de este tipo de participación política: al implicar una actividad socialmente

1 Esta investigación, que es mi tesis de Maestría en Antropología, UNC, se titula “La vida en fuego. Un análisis antropológico sobre la violencia y la política en las experiencias de lucha armada en los '70.” y está dirigida por la Dra. Ludmila Da Silva Catela.

2 El mundo de la militancia en estas organizaciones puede ser considerado como una cultura, un conjunto de representaciones y prácticas capaz de otorgar significación a muchos aspectos de la vida de las personas que se involucraron en ella, desde el dar una cierta trascendencia a la vida individual hasta elecciones clásicamente consideradas como privadas, como la pareja y los amigos.

sancionada, por estar relacionada con la violencia, se trataba de una militancia *clandestina*³.

El objeto de este artículo será analizar, en el marco de la memoria sobre la militancia clandestina, las modificaciones en las representaciones sobre la persona que ésta implicó; representadas en este caso por el cambio de un nombre legal por un nombre “de guerra”. El “nombre de guerra”, que en las categorías nativas designa al nuevo personaje que representaría el militante en la clandestinidad y las experiencias que enmarcan a esta “conversión” resultan buenos para pensar los cambios que en general se daban en las prácticas y representaciones dentro de esta nueva vida, de esta nueva cultura en la que ingresaban los militantes, con sus reglas y su moralidad propia. Al mismo tiempo esta situación, que se puede catalogar de excepcional dentro de las formas de clasificación elaboradas en nuestras culturas para identificar a los individuos, resulta reveladora de las condiciones normales de la identificación y sus reglas.

Así, el primer apartado se ocupa de hacer una breve descripción etnográfica del contexto en el que se sitúan estas memorias, y de las relaciones entre violencia y política que enmarcan estas experiencias. El segundo apartado avanza sobre el mundo de la clandestinidad y de la legalidad, como dos universos de significaciones, tal como son recordados; para concluir el análisis en las modificaciones que introducía la vida en la clandestinidad en las mismas personas, centrándose en el cambio de nombre como punto revelador de las fluctuaciones de la identidad entre uno y otro mundo.

Algunas apreciaciones acerca de la violencia

La violencia en nuestras sociedades, y en las ciencias sociales dentro de ellas, constituye un tema que ofrece dificultades para su comprensión (Neiburg; 1999). Mediante el proceso civilizatorio el Estado llega a monopolizar el ejercicio de la violencia legítima con la creación de órganos específicos para el ejercicio de la misma (Elias; 2001); la violencia ejercida por parte de civiles es sancionada. En el mencionado proceso, donde las sociedades nacionales llegan a pensarse a sí mismas como “naturalmente” pacificadas, la violencia llega a ser considerada un fenómeno anormal, aunque los episodios de violencia en estos contextos disten de ser

3 El modo de funcionamiento de las organizaciones, por lo tanto, responde a las características adjudicadas históricamente a las sociedades secretas (Mauß; 1974), cuya acción es oculta y requiere en sus miembros una serie de modificaciones en sus prácticas previas.

esporádicos. A nivel individual el ejercicio de la violencia también es reprimido, y llega a provocar sentimientos de desagrado, vergüenza y culpa en las mismas personas⁴.

Por lo dicho, la violencia deviene en un tema tabú, y se transforma en un problema de difícil comprensión a nivel sociológico⁵ y de difícil enunciación por parte de los que han estado implicados en estos hechos.

Desde la perspectiva aquí abordada, la violencia es pensada de modo positivo (Elias; 2001), como una forma de relación entre individuos y grupos que provoca fuerzas de fusión y fisión entre los mismos (Evans Pritchard; 1977). Desde la perspectiva antropológica al mismo tiempo, el análisis da preponderancia al punto de vista nativo, es decir a las representaciones sobre la violencia, la política y los valores asociados a estos objetos sociales que los agentes construyen. Por lo tanto, la perspectiva aquí abordada pretende, desde la etnografía, realizar una mediación conciente entre la teoría y la empiria que permita analizar los significados inherentes al objeto de estudio (Guber; 2001).

Para comprender las representaciones sobre la violencia y la política que regían la acción de las organizaciones político militares⁶, y consiguientemente las modificaciones que esto implicaba para las personas, es preciso analizar el significado y las relaciones entre violencia y política que los ex militantes construyen, así como describir el funcionamiento y estructura de las organizaciones⁷.

4 Elias (2001) introduce la noción de “doble vínculo” para caracterizar este proceso donde la represión del ejercicio de la violencia comienza por imponerse a un nivel macro primero y luego a nivel de cada individuo. De este modo, la prohibición del ejercicio de la violencia se materializa tanto a nivel social como en la intimidad de cada persona provocando sentimientos específicos.

5 Neiburg (1999) ha señalado que los cientistas sociales no estamos exentos de las representaciones y reacciones que causan en la sociedad en general los hechos de violencia, por lo cual, respecto a estos temas, el distanciamiento necesario para realizar un análisis científico requiere de un arduo trabajo de construcción de esa distancia, siendo la etnografía y la comparación los métodos para relativizar la carga moral y las tomas de posición que adquieren los hechos de violencia en nuestras sociedades.

6 “Organizaciones político militares” es la expresión que goza de mayor consenso entre los militantes a la hora de nominar a las comunidades a las que pertenecieron, en oposición a otras como “organizaciones armadas” u “organizaciones guerrilleras”. Estas últimas excluyen en la nominación el componente político que los ex militantes buscan recalcar en su descripción de los motivos de este tipo de acción política en aquel momento.

7 Para reconstruir etnográficamente el funcionamiento de las organizaciones utilicé dos tipos de fuentes, por un lado los relatos de los entrevistados, que en este punto es muy homogénea y por otro la consulta de bibliografía relativa a estas organizaciones (Gillespie; 1987; Pozzi; 2000)

En las categorías nativas la acción de las organizaciones es recordada como una actividad que implicaba la violencia pero dentro de otras representaciones regidas por lo “político”⁸. La violencia era considerada una forma de hacer política y las acciones militares respondían por un lado a la identidad de la organización y por otro a un impacto (planificado y posteriormente evaluado) sobre la población en general.

En cuanto a las estructuras organizativas, las organizaciones aquí analizadas (PRT-ERP y Montoneros) contaban con subagrupaciones, “políticas” y “militares”, estas últimas relacionadas con el ejercicio de la violencia y consiguientemente clandestinas. Si bien en el PRT-ERP había por un lado un “partido” y por otro un “ejército”, el ejército estaba subordinado a las decisiones del partido. Montoneros no exhibía esta división, pero llamaba a sus frentes legales “agrupaciones de masas”, a diferencia de sus “formaciones especiales” dentro de la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo”. En ambas agrupaciones los militantes debían realizar actividades “políticas”, a la vez que se incluían en acciones armadas.

Al interior de las mismas, el desarrollo militar y la “formación política” de cada individuo jugaban un papel preponderante en la definición de jerarquías. Así, de las cúpulas se esperaba que fuesen agentes especializados que, a la vez que eran “cuadros políticos”, habían alcanzado un gran entrenamiento militar. En los relatos, el prestigio, el “carisma” de los líderes recordado en la actualidad tiene gran relación con estas dos esferas, así como con significados relacionados con la heroicidad y la “entrega” a la causa.

El grado de clandestinidad de los militantes, del que nos ocupamos en este artículo, variaba sustancialmente de acuerdo a sus jerarquías y al nivel de involucramiento en las acciones militares. Los “fundadores” de las organizaciones realizaron

8 Esta perspectiva, desde el presente, debe ser confrontada con los discursos oficiales que durante los últimos 25 años impusieron una mirada sobre la acción de las organizaciones centrada en la violencia, como una actividad bárbara e irracional. La versión oficial sobre la violencia previa al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 se materializa en el prólogo al *Nunca Más*, redactado por Ernesto Sábató, el mismo, unificó bandos bajo la consigna de la violencia sin introducir ningún tipo de matiz acerca de las inclinaciones políticas de los “bandos”, salvo el de pertenecer a la “extrema derecha” o a la “extrema izquierda”. Esta versión simplificadora de ese período histórico sentó argumentos éticos e historiográficos que funcionaron como marcos interpretativos en la sociedad en general. La necesidad de revertir esta representación es uno de los aspectos más generalizados en la motivación de testimoniar de la mayoría de los militantes.

tareas militares y estuvieron en la clandestinidad desde un principio; en estos casos, las tareas militares se complementaban con una actividad política “interna”, que consistía en la discusión y planificación de acciones, cosa que coincidía con su ubicación jerárquica dentro de la organización.

Al margen de las cúpulas de las organizaciones, los “cuadros medios” y las “bases” dentro de la estructura organizativa piramidal, se iban sumergiendo en diversos niveles de clandestinidad según el grado de involucramiento en la actividad militar y su compromiso en tareas “de masas” que desempeñaban dentro de la organización. Para los militantes medios el quedar cada vez más clandestinos, dependía de la tarea que realizasen, de las decisiones de la organización y de circunstancias azarosas, como las “caídas” en manos del enemigo. Según el grado de clandestinidad se modificaban progresivamente otras categorías estructurales de la cultura, como la de persona, materializada en el cambio de nombre propio. El cambio de nombre, que refleja en estos casos un cambio radical de pertenencia y la entrega casi total a la causa, formaba parte de una serie de rituales que, poco a poco introducían a estas personas en este nuevo mundo y en sus reglas⁹.

Estructuralmente, violencia y política, legalidad y clandestinidad, suponen clasificaciones (Durkheim; 2003), polos de representaciones constitutivos del mundo de la militancia que dan forma a las memorias, al mismo tiempo que implican marcos desde donde evaluar, desde el presente, las experiencias pasadas. En los siguientes apartados ahondaré en lo que significaba la actividad legal y la clandestina. Ambos ámbitos de acción resultan buenos para pensar la relación entre violencia y política como dos polos de representaciones que van modificándose, en los relatos de los ex militantes, según la radicalización de las organizaciones y de los militantes dentro de ellas.

La sociedad del secreto y sus efectos sobre la identificación

Mirta, una ex militante montonera, al llegar a mi casa mira todo alrededor y repara en mi biblioteca. Después de observar-

9 La clandestinidad constituía un universo en sí mismo dentro del mundo de la militancia, hasta con un lenguaje propio, y esto constituye un indicio de que este universo puede ser tomado como una cultura. Durante todo el desarrollo de este artículo veremos que la clandestinidad suponía una jerga propia, empleada en todas las entrevistas ni bien se comienza a hablar de la clandestinidad pero también incorporada al lenguaje habitual de estas personas, que refleja formas de clasificación de ese mundo que, a causa de mis preguntas sobre ciertos términos, los entrevistados se ven en la obligación de “traducir”.

la me advierte sobre el peligro de tener “ese tipo de libros”¹⁰ y me dice que mi casa hubiera tenido, en aquel momento, rasgos de una casa “de subversivos”. (Diario de campo, diciembre de 2001)

Contacto a Enrique Gorriarán Merlo, ex dirigente del PRT-ERP, para hacerle una entrevista, lo hago por medio de otra entrevistada, es ella quien hace el contacto sin que yo tenga participación en el mismo, le explica mi interés y mi procedencia como garantía de “confiabilidad”, pero nunca tengo acceso a su teléfono, se limita a concertar un encuentro conmigo mandándome un mensaje “el jueves a las 4 de la tarde nos vemos en esta dirección”. Al llegar, constaté que no era su casa, sino la de un amigo suyo que se la prestaba para dar entrevistas. El secreto persistió, no reveló nunca donde vivía, las dos sesiones de entrevista fueron realizadas en ese lugar. En mi interior viví toda la sensación de estar concurriendo a una “cita”¹¹: una cierta excitación por el misterio, inseguridad hasta que no comprobé que era el domicilio correcto. (Diario de campo; octubre de 2003)

Cuando empecé a contactarme con los ex militantes, algunas actitudes, sobre todo en instancias por fuera de las entrevistas, como sus recaudos para hablar de ciertos temas, el cambio en el tono de voz cuando hablaban de las acciones armadas, la desconfianza hacia algún personaje considerado como “de dudosa conducta política”, su reticencia a hablar de temas relacionados con la militancia por teléfono, me desconcertaban.

10 Refiriéndose a todos mis libros sobre la represión y la militancia y otros de literatura como los de Cortázar, García Marquez, Onetti o Galeano.

11 Una “cita” es el nombre con el que se denominaban a los encuentros clandestinos que concertaban los militantes. Las mismas se realizaban periódicamente, con una frecuencia y horario prefijados a fin de evitar los contactos telefónicos y en un lugar neutral (como un bar) para no identificar sus casas. Las citas en general se concertaban con el “responsable político” y tenían la función de actualizar e informar sobre las actividades de militancia, pero también de detectar “caídas” en el caso de que el militante dejara de concurrir a ellas. Esta modalidad se implementó también con las familias: cuando algún miembro estaba en la clandestinidad y los familiares perdían contacto con él, el mismo les hacía llegar la información de una fecha y un lugar donde encontrarse. En estos encuentros se debían evitar todos los signos que los identificaran como militantes; “no levantar sospechas” en las formas de hablar o de vestir, era un requisito para asegurar la supervivencia.

Con el tiempo comprendí que el paso por la experiencia de la clandestinidad deja sus huellas en el presente. Si bien ya no existe una situación de organización clandestina ni de represión equiparable a la de aquel momento, las huellas de la clandestinidad persisten en actitudes, formas de actuar, de identificar a un amigo o a un enemigo.

Las formas de identificación, adheridas a nombres, a objetos, a lugares, a las formas de hablar o vestir de las personas son examinadas por estas personas con una sutileza asombrosa. Podríamos decir que los mecanismos de identificación, como mecanismos prácticos de reconocimiento de la pertenencia social de grupos y personas por medio de un *habitus* o simplemente de una *hexis* corporal (Bourdieu; 1986), se manifiestan en estas personas de un modo más conciente, dando cuenta de las huellas de su paso por la situación de clandestinidad, donde estas prácticas formaban parte de todo un saber hacer.

Los recaudos implícitos en estas prácticas que otrora significaron la posibilidad de supervivencia, donde la lógica del enfrentamiento regulaba todas las facetas de la vida, se han vuelto un hábito. Hoy, cuando quizás esas circunstancias han cambiado, continúan esos resguardos, que aunque más atenuados manifiestan la presencia de un “enemigo” y de un enfrentamiento percibido como vigente, condicionando comportamientos, marcando las condiciones del habla sobre estos temas. Respecto de estas prácticas Margarita, quien militó en el PRT-ERP argumenta:

... los compañeros no quieren hablar porque ellos están vivos y los enemigos también, y todavía se tiene miedo a que los nombres queden asentados, todos queremos seguir viviendo aunque sea unos 20 años. Eso fue una guerra y perdimos y hay que aguantárselas. (notas de campo, Estocolmo, Julio de 2002)

Según lo que dice Margarita, los nombres propios de los relacionados con la lucha armada no deben quedar asentados. Dentro de la lógica del enfrentamiento, considerado vigente, revelar este elemento de identificación es considerado un dato “peligroso”.

Los ex militantes no suelen hablar de estas “sospechas” y recaudos en las instancias de entrevista; estas prácticas, en la actualidad, sólo son visibles cuando se comparte cierta cotidianeidad con ellos. Cuando se pregunta por las razones de la clandestinidad en aquellas épocas, la respuesta más corriente esgrime el argumento de la “seguridad”, frente al posible ataque del “enemigo”, encarnado por las fuerzas de seguridad.

La sanción con respecto al ejercicio de la violencia por parte de “civiles” o de ejércitos “extraoficiales” es usual, es una característica que Elias (2001) señala como constitutiva de los estados nacionales modernos. Pero en principio no estamos hablando de periodos donde el Estado Argentino usara “la ley” para sancionar los hechos de violencia, sino de periodos de dictadura y democracia en el que el mismo los consideraba a los “guerrilleros” un “enemigo interno” al que combatir, actuando también en la clandestinidad y sin resguardo de la ley¹². Como lo señala Margarita eso tenía para los sectores enfrentados, todas las características de una “guerra” y muchos de ellos recuerdan así el periodo previo al golpe de estado.

Pero al profundizar, los significados relacionados con la clandestinidad se vuelven más complejos. La clandestinidad, en sus recuerdos, tenía una doble faz, a la vez de “seguridad” o restricción y de posibilidad en el accionar político.

El solo pertenecer a una organización político militar ya era una identidad “secreta”. El involucramiento en una militancia que respondía a la actividad clandestina de la organización pasaba a ser “compartimentada”¹³, es decir oculta al general de la gente y compartida sólo con ciertos miembros de la misma organización.

12 A partir de la implementación de la llamada “Doctrina de Seguridad Nacional” los militantes son investigados por los servicios de inteligencia, perseguidos, detenidos y hasta muertos y desaparecidos, llegando al punto de convertirse esto en una política de Estado a partir del golpe de estado de marzo de 1976. Previo a esto ya se había dado una ofensiva generalizada hacia la militancia de izquierda, tanto desde el gobierno como desde sectores paramilitares, el llamado Operativo Independencia implementado desde marzo del 75 en Tucumán para “aniquilar a la subversión” (Crenzel; 2001) y el accionar clandestino de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) hacia 1975 ya se había cobrado varios muertos y presos políticos. Hay que señalar que la persecución política hacia los militantes de ciertos sectores no es algo particular de la década del 60, sino que se registran experiencias anteriores, como la persecución a los militantes de la Resistencia Peronista y el plan CONINTES. Pero para las experiencias que se analizan en esta investigación, la Doctrina de Seguridad Nacional como política de estado es esencial, la misma se aplicó en muchos países del cono sur a partir de los 60. La misma, cuyos ideólogos fueron estadounidenses, consideraba al mundo dividido en dos potencias, una capitalista y liberal, y otra comunista, la cual atentaba contra todos los valores de la “civilización occidental y cristiana” a la que era preciso “eliminar”. A partir de ella, todos los militantes de izquierda fueron catalogados como “enemigos internos” y consecuentemente perseguidos, a la vez que los Estados Unidos proporcionaba a los agentes de estas naciones sudamericanas formación en “técnicas de contrainsurgencia” (Diario del Juicio a las Juntas N°4; junio de 1985 y Boccia Paz; 1999).

13 El funcionamiento compartimentado, celular, consistía en grupos de tres o cuatro personas con un

Pero para activar políticamente no se omitía la pertenencia a ciertas agrupaciones políticas, estudiantiles o sindicales, que eran las credenciales para actuar “legalmente” en ciertos ámbitos. Por otro lado, el grado de clandestinidad con que actuaba el militante tenía que ver directamente con la participación en acciones armadas, los miembros que desarrollaban estas acciones iban quedando, gradualmente, cada vez más “tapados”.

La entrada a la organización significaba necesariamente una ruptura, una especie de desdoblamiento en la vida de los militantes: el mantener una esfera de sus actividades en secreto era una forma de protección de sí mismos y de sus relaciones sociales; cada vez que aumentaba el compromiso en las mismas y el peligro asociado se agudizaba esta ruptura. Como señala Vasconcelos respecto a los militantes clandestinos en Brasil “para protegerse no debían refugiarse en una esfera privada sino en un espíritu de secta (...) buscar una nueva identidad ‘fluctuante’, elaborada en las intemperies de la vida cotidiana o en los escombros de la historia” (Vasconcelos; 2000:38). Cuanto más involucrada estaba una persona, más dependía del partido. Cuanto más perseguida, más debía romper con lugares y relaciones que pudieran alertar sobre su pertenencia y su identidad original.

También las “caídas” en manos del enemigo, aunque azarosas, son recordadas como verdaderos rituales de paso en el grado de clandestinidad a la vez que en las jerarquías organizativas. Las mismas significaban situaciones límite donde podían ponerse de manifiesto estas dos pertenencias de las personas, ya que los interrogatorios bajo tortura apuntaban a ello y a que los militantes revelaran el funcionamiento y la constitución de al menos el entorno directo al que pertenecían dentro de la organización. En estas situaciones el “silencio” de los militantes adquiría matices de heroicidad y al mismo tiempo, al ser evaluado positivamente dentro de las organizaciones, significaba ascensos en las jerarquías¹⁴.

Las organizaciones funcionaban como verdaderas “sociedades secretas” (Maus; 1974) que dotaban de nuevas identidades a las personas. En la clandesti-

“responsable”, jerárquicamente superior que “atendía políticamente” al resto de la célula y mantenía la comunicación hacia abajo y hacia arriba en la estructura piramidal. El usar nombres “de guerra” dentro de la misma organización tenía como fin resguardar la verdadera identidad de los otros miembros del grupo, en caso de que alguno cayera en manos del enemigo. Como señala Somigliana (2000) los interrogatorios bajo tortura apuntaban a sacar información sobre la identidad de otros militantes, de modo que los nombres “verdaderos” los sabían solo unas pocas personas.

14 Cabe la aclaración de que en el análisis de las “caídas” como rituales de paso dentro de las organizaciones,

nidad los militantes vivirían “fluctuando” entre las marcas de su pasado y el personaje que, inventado, permitiría su libertad y su supervivencia.

La persona y el personaje

Cuando me presentan a Luis Mattini y contacto con él para hacer una entrevista ocurre el primer desconcierto, nos sentamos en una de las oficinas donde él trabaja y comienzo a entrevistarlo. Comienzo la entrevista diciéndole “decime cómo te llamás y cuántos años tenés” a lo que él contesta “yo, de DNI me llamo Arnold Kremer”. Allí me quedo estupefacta. Al conocerlo un familiar mío me había presentado a Luis Mattini, yo había visto un libro sobre el PRT-ERP escrito por Luis Mattini, al entrar en su trabajo había preguntado por Luis Mattini y me habían indicado dónde encontrarlo sin el menor malentendido acerca de que persona se trataba, pero su nombre “oficial”, de DNI, no era Luis Mattini sino Arnold Kremer. (Diario de campo; julio de 2004)

Luis Mattini había sido el “nombre de guerra” de Arnold Kremer dentro de la militancia en el PRT-ERP, pese a que esa militancia no era una condición presente, ni mucho menos su condición clandestina, él seguía y sigue siendo identificado por medio de ese nombre. Este incidente motivó una serie de preguntas sobre la historia del nombre y el porqué es conservado hasta hoy. Luis me cuenta:

... aparece en Zarate el grupo de Silvio Frondizi, Praxis, era un grupo de intelectuales que estaba organizando gente, yo milité ahí los primeros tiempos y ya nos preparábamos para hacer una revolución, y sabíamos que la revolución iba a ser clandes-

me estoy refiriendo a aquéllas que se dieron en la etapa previa al golpe de estado ya que las mismas exhiben características muy diferentes a las que se manifestaron con posterioridad. En esta etapa, cuando los militantes eran capturados, pasaban por la tortura para luego ser “legalizados” en cárceles y ser “presos políticos”; en general no morían ni eran desaparecidos, según sus propios recuerdos esto era algo que se podía superar. Sin dudas, la representación sobre la muerte y las expectativas sobre los límites del “enemigo” se fueron modificando luego, cuando el accionar represivo llegó a tal nivel de deshumanización para con ellos que muchos de los entrevistados manifiestan que les resultó “inimaginable” lo que sucedió con posterioridad.

tina, por lo tanto hacíamos vida celular y nos poníamos seudónimos. Y yo elegí el nombre Luis porque miré la lista de todos los grandes tipos que andaban en la historia y Luis era el que menos frecuentemente aparecía, por esa idea de no agarrarme el nombre de un famoso... todos se ponían nombres de famosos y yo me lo puse porque siempre fui un gran admirador de Beethoven (se ríe) de todos modos era un famoso, pero no era un famoso de la... política. Así que cuando me incorporé al PRT en la clandestinidad me puse Mattini, porque siempre estaba cebando mate y un compañero empezó a decirme “che, matini” y quedó el nombre como una cargada y después, cuando tuve que elegir un apellido dije “bueno, Mattini” y le puse una doble t para hacerlo más...

Mariana:- Italianizado. Porque tu nombre me dijiste que era...

Luis: - Arnold Kremer, con K, porque mi abuelo era alemán, pero mi abuelo del lado de mi mamá era italiano, soy Kremer Balugano.

Luis relata una situación previa a su militancia en el PRT-ERP en la que ya se pensaba en la revolución como horizonte y por lo tanto adoptaba un funcionamiento clandestino, en este contexto, el cambio de nombre ya era una práctica usual en los militantes. Arnold, dice él, es un nombre alemán, seguido por un apellido también alemán que denota un linaje germánico, sin embargo al rebautizarse, él apela a dos continuidades con su historia, se pone Luis como Beethoven y Mattini, apellido que es la combinación de un apodo con fonética italiana como el de su apellido materno. El nombre de pila que elige es Luis, para esta nueva identidad no toma el nombre de un nombre de “famoso” de la militancia, sino de otro “famoso” admirado en su vida previa pero sin relación con la política¹⁵.

El acto de poner un nombre a una persona constituye el primer ritual de institución por el cual un individuo biológico pasa a tener una existencia social. El nombre propio en nuestras sociedades, corresponde a una identidad única, individual que sin embargo nos habla de la historia de un linaje. Pero por más que

15 Esta opción por nombres de personajes “famosos” o “admirados” tiene que ver con las propiedades que implica la nominación y su eficacia simbólica. Mediante este acto de bautismo se puede decir que se espera, de la persona nominada, características o destinos similares a los del portador original del nombre (Zonebend; 1981).

el nombre propio está ligado a una existencia legal que lo vuelve inalterable¹⁶, los nombres suelen cambiar en determinadas circunstancias vitales o inclusive la forma de nominar a un individuo suele cambiar de un grupo a otro, conjuntamente con el rol que ocupa en el mismo. También los apodos son una forma de nominar a un individuo dentro del grupo en base a alguna característica, así el Mattini de Luis es un derivado de una “cargada” por su característica afición al mate, dentro de la organización.

El cambio de nombre dentro de la clandestinidad difiere de estas circunstancias “normales” en que las personas cambian de nombre sólo en términos de grado; cuanto más clandestino se estaba más se debía ocultar la identidad original y más radicalmente opuesta debía ser la identidad asumida. Así relata Luis:

... me voy un año a un curso de entrenamiento a Cuba (...) regresé al país en el 72 como semi clandestino... porque ahí se habían dado caídas, yo no estaba muy seguro y empecé a usar el nombre de Luis Mattini en una situación bastante complicada, porque lo que hicimos con mi mujer fue mudarnos de Zárate a Escobar, que es una ciudad que está más lejos, pero ella mantenía su nombre y se cambió de escuela, y mis hijos mantenían... en el ínterin nació mi hijo varón, ella se mantenía legal y yo me movía por todo el país con documento falso, entonces me acostumbré a ser dos personas...

Mariana- ¿Tenías el nombre de Luis Mattini en el documento?
Luis- No, tenía por lo menos tres: el que tenía, otro el que me daban en el partido y otro con el que viajaba, que con ese podía hacer cualquiera... (Luis)

El ir a Cuba a entrenarse, constituye en su desarrollo político militar un ritual de paso (Turner; 1990) por el cual cambia su nivel de compromiso con la causa, su nivel de exposición a las “caídas” y consiguientemente su nivel de clandestinidad. En circunstancias normales, cada cambio en el nombre corresponde a un cambio de status o de grupo social. Luis señala que, al entrar en una militancia que, desde el comienzo se pensaba como “clandestina” ya eran entrenados en el uso de un seudónimo como norma de “seguridad”, aunque fuera en un estadio de prepara-

16 Zonabend (1981) ha analizado los componentes del nombre propio: en primer lugar el “patronímico”, el apellido, un invariable que tiene por función señalar la pertenencia de las personas a un grupo familiar, seguido por un nombre de pila.

ción de la actividad “verdaderamente” clandestina. Se rebautizaba al militante a la entrada a la organización, con un nombre “de guerra”, que servía para el funcionamiento interno y cuya función era la de mantener la “compartimentación”.

Con este nuevo paso en su grado de clandestinidad, Luis se acostumbra a ser “dos personas”, una unida a su familia y a la legalidad que esta mantenía y otra militante que, con nombre cambiado, activaba políticamente.

El tercer tipo de nombre que señala Luis refiere al nombre “falso”, que era acompañado de documentación igualmente falsa, y se empleaba para enfrentarse, en la acción clandestina, a los inevitables “controles” que el Estado y las fuerzas de seguridad emplean para con los ciudadanos. Los nombres “reales”, legales, entraban gradualmente en la oscuridad, conforme con el involucramiento total o parcial de las personas en la clandestinidad.

Estos artificios servían a la hora de evadir la persecución por parte de la policía o los “servicios de inteligencia”. Estos últimos rara vez tenían documentada toda la información sobre la identidad del individuo buscado por sus acciones clandestinas; podían poseer el “alias”, en lenguaje policial, y no el nombre legal o a la inversa, conjuntamente con otros elementos de identificación como fotos y huellas digitales.

La acción de la clandestinidad sobre la identidad tendía a alterar todos los elementos sobre los cuales se puede identificar a un individuo, desde los nombres hasta las características físicas, desde las historias personales y los grupos de pertenencia hasta sus objetivaciones, como títulos, curriculum, y documentación en general. Las organizaciones llegaron a contar con áreas específicas tendientes a la falsificación de documentos, al cambio de apariencia de las personas, a la regulación de sus migraciones para no ser detectados en lugares donde ya eran conocidos, o dicho en la jerga, en los que estaban “quemados”.

Estos elementos, alterados por la vida en la clandestinidad, contradicen la representación que tenemos sobre la identidad, materializada en el nombre propio, como el de un inmutable que produce una sensación de constancia sincrónica y diacrónica dentro de los múltiples roles que puede desempeñar un individuo a lo largo de su vida; sin embargo resultan reveladores de aspectos sociológicos sobre la identidad y la identificación.

Un individuo es un ser social y cobra existencia solo dentro de un grupo; el acto de institución del bautismo es el que otorga esta identidad primigenia. La

entrada en la clandestinidad y el cambio de nombre refleja en la mayor parte de los entrevistados una ruptura con el grupo “de origen” por excelencia, el familiar. Hay un cambio de gente con la que se comparten relaciones cercanas, cambios geográficos que literalmente los “alejan” de la familia y los lugares conocidos, hay una adulteración de la historia previa y hasta una reformulación casi total en los hábitos de vida.

La entrada en la organización puede ser analizada como las consagraciones que, en una época anterior, se realizaban en nombre de lo religioso. La “proletarización” de los militantes implicaba una especie de “voto de pobreza”, haciéndolos vivir una vida que en términos económicos resultaba mucho más sacrificada que la que habían tenido en sus grupos de origen. Esta vida implicaba un desapego por las cosas y los lugares; el tener un “ideal” que primaba sobre todas las cosas, entraba en tal contradicción con lo “material”, que obligaba a ser desapegado de las cosas más elementales que regulan la vida cotidiana.

La protección que en otras circunstancias se encontraba en la esfera privada era otorgada por el partido, combinada con el alto riesgo de las acciones clandestinas, significaba una especie de “clausura” en los espacios de relaciones suministradas por la organización, donde los compañeros pasan a cumplir el rol que cumplía la familia.

Como señala Vasconcelos (2001) la clandestinidad tiene casi los mismos mecanismos que un funcionamiento de secta; de este modo, un cambio de nombre, como ritual de institución, manifiesta un cambio radical de vida, consagrado a “la causa”.

Mariana- ¿Qué querés decir con eso de la entrega?

Luis- El hecho de que se tomó la militancia con una *pasión* que era el centro de la vida, el resto giraba alrededor. Yo no digo ni que tenga que ser así ni que no pueda ser así, lo que digo es que fue así: el centro de la vida era la militancia, después el resto, la educación de los hijos, la familia, los amigos, todo giraba en torno a eso, se condicionaba por eso, y estábamos convencidos de que íbamos a tomar el poder y que ciertas cosas las íbamos a hacer después de tomar el poder.

No es raro que un cambio tan radical significara una “entrega” y fuera hecho con “pasión”. La “pasión”, presente en todos los testimonios, es la fuerza con la que se caracteriza a la actividad militante, “pasión” que, tomada en un sentido religioso,

permitía también sobrellevar los sacrificios y hasta la posibilidad de muerte en pos de una utopía.

En el caso de Luis, donde la militancia estaba en el “centro de la vida”, donde su principal pertenencia estuvo y está atada a lo político, el nombre de guerra ha terminado por devorar al nombre legal.

Cuando regresé a la Argentina pensé en reinsertarme legalmente, porque jugar a clandestino sin ninguna organización que me proteja es una pelotudez... entonces yo jugué a la legal, cuando vi que los juicios a los militares y a los guerrilleros pasaron y yo no entré en los juicios me inserté con todo (...) pero cuando el Pelado (Gorriarán) hace la Tablada, hacía poquito que yo estaba acá se *podrió todo*, porque estaba este fiscal Victorica, que perseguía, que me sacó una nota en los diarios ‘este señor Arnold Kremer, que se hace llamar Luis Mattini, que es el segundo hombre del ERP y está prófugo de la justicia’ ¡Yo no! Yo estaba en Buenos Aires, vivito y coleando y todavía no entendía que había pasado con La Tablada, entonces la gente del PC me hizo un hábeas corpus con la justicia a ver si estaba perseguido... y entonces sale al hábeas corpus negativo pero Crónica lo titula ‘el periodista Luis Mattini...’ ah, si, sigamos, yo sigo siendo Luis Mattini, como hasta ahora.

Al no contar ya con la seguridad que le otorgaba el partido y con el cambio de coyuntura política, Luis apela a la protección del Estado, usando su nombre legal. Pero a pesar de “legalizarse,” los mecanismos por los cuales es identificado socialmente hacen que su seudónimo sea más efectivo a tales fines. Su nombre legal solo será empleado para situaciones donde lo “oficial” está de por medio o para relaciones muy próximas y previas a la militancia, como con su madre, con sus hijos. Para el resto del mundo, el mundo “político” donde se desenvolvió y se desenvuelve; Luis habla de su persona mucho más que Arnold.

El cambio de nombre también traía consigo una alteración en una dimensión del tiempo biográfico: el relato sobre los orígenes. La identidad asumida en la clandestinidad iba acompañada por un relato de los orígenes que, mitad verdadero y mitad falso, completaba el armado del personaje. También los proyectos, aquello que constituye un destino deseado, se filtraban por otras vías simbólicas,

particularmente en el nombre elegido para los hijos. Así relata Cristina, ex militante del PRT-ERP, la elección del nombre de su hija:

Mariana- ¿Por qué le pusiste Viviana a tu hija?

Cristina- Por una compañera que se llamaba, con nombre y apellido porque para mí es un honor, Viviana Beguán. Esa compañera me incorpora a mí al PRT, y me marcó mucho ella. Viviana me incorpora al PRT (...) fue una compañera y yo creí que estaba muerta y estaba en la cárcel de Coronda (...) yo ya estaba embarazada, si era un varón no tenía idea de que nombre le iba a poner, pero Viviana fue por ella. Te cuento del segundo nombre, cuando yo estaba en el hospital llegaron una pareja de compañeros y me dicen “¿Ya nació? ¿Viviana sola le vas a poner?”, “Si ¿por que?”, “Por que no le ponés Inés”, esa era yo...

Mariana- ¿Ese era tu nombre de guerra?

Cristina- Si. “Bueno”, dije yo, los quería tanto a ellos... y es hermoso el nombre Inés, Viviana Inés le puse...

Mariana- ¿Por qué el nombre de una compañera que pensabas muerta?

Cristina- En honor a ellos, por los recuerdos, porque en la vida, así como vos me preguntás “¿Por qué se llama así?” es como un reaseguro de que te vas a acordar siempre de ellos... ¿Qué son tus hijos? Es tu proyección de vida y el nombre también es una proyección, queda a través del tiempo, siempre te van a preguntar “¿Por qué se llama Viviana?”, “Por esto”. (Cristina)

Los militantes, en su mayoría, bautizaron a sus hijos con nombres relativos al mundo de la militancia, evocando con una sola palabra la vida de algún “héroe”, desde los íconos como Ernesto o María Eva hasta los de amigos próximos, caídos por “la causa”. En lo que relata Cristina se puede ver lo que analiza Vasconcelos (2000) al referirse a una militante brasileña que tuvo a su hija en la clandestinidad: “un poco de simbolismo heroico podría ser grabado en el nombre de la hija que expresaría en aquel momento todo un significado y al mismo tiempo traería eternos recuerdos”. El nombre de los hijos era una hebra de sentido que ataba pasado y futuro, escapando a los condicionamientos de la clandestinidad. Muchos niños, al haber nacido en la “ilegalidad” fueron “asentados” con los apellidos falsos que llevaban sus padres en aquel momento, pero en los nombres de pila se revela la fuerza de esta nueva pertenencia. Los apellidos familiares (muchas veces

“recuperados” luego de la legalización de sus padres) podían cambiar, pero los nombres de pila persistían. Los nombres de los hijos ya no eran elegidos, conforme a la tradición de recalcar un linaje a partir de la referencia a parientes próximos, sino de integrantes de esta nueva comunidad.

Estos nombres se tornaron también una forma de conjurar a la muerte que constituía una moneda corriente dentro de las organizaciones. El poner a un hijo el nombre de un compañero “caído” por la causa en cierta forma lo immortalizaba, daba continuidad simbólica a su existencia y al proyecto que éste encarnaba. La idea de “continuidad” atada a la nueva generación se manifiesta en este ritual de institución donde el nombre constituye la fuerza que actúa sobre el destino de la persona que se nomina.

La actividad política clandestina suponía una serie de rupturas con el mundo habitual que tenían las personas antes de su entrada a las organizaciones. Esta ruptura de un orden naturalizado resulta reveladora de una serie de aspectos que, en circunstancias “normales” constituyen representaciones, formas de ver el mundo y a las personas y grupos dentro de él. La clandestinidad representa un nuevo “mundo” que se asienta sobre el original y fluctúa sobre éste pero con prácticas y representaciones propias, modificando aspectos relacionados con clasificaciones muy elementales como el tiempo, el espacio y la persona (Durkheim; 2003).

De todas las transformaciones que implicaba la clandestinidad, las más ricas a fines analíticos son las que recaían sobre las propias personas, alterando representaciones tan constitutivas como la identidad individual¹⁷ y todas sus manifestaciones. Si miramos a las propias personas como centro del análisis, existen otros elementos que aquí no han sido analizados pero que también eran modificados al tiempo que se cambiaba de nombre: el tiempo biográfico y el espacio (un sentido de pertenencia y la relación naturalizada con el lugar “de origen”), eran dimensiones constitutivas de la cultura que se modificaban junto con la representación sobre la “persona”.

17 Para Michel Pollak (1992) la construcción de la identidad individual tiene tres elementos esenciales: una unidad física (el cuerpo de la persona) o de pertenencia (en el caso de un grupo); tiene continuidad en el tiempo (en el sentido físico, moral y psicológico) y un sentimiento de coherencia (o sea, que los elementos que conforman a un individuo están unificados).

Bourdieu (1998) señala que el sentido de la identidad da coherencia sincrónica y diacrónica a las experiencias de un individuo. El yo, como identidad práctica, funciona como unificador de existencias y experiencias dispares dentro del espacio social y a lo largo de “una vida”. La sociedad contiene una serie de instituciones destinadas a individualizar y hacer reconocible a una persona dentro de los sucesivos cambios que ésta puede sufrir.

El Estado cuenta con numerosas estructuras que documentan rigurosamente la existencia social, objetivada en la existencia “legal”, de una persona. Este tipo de identidad que se materializa en un nombre propio asentado legalmente, en un número de documento de identidad único e intransferible al nacer la persona, sirve como elemento unificador, más allá de los diferentes acontecimientos que modifican el status de las personas y sus consiguientes “estados civiles”.

Es interesante recalcar esto, ya que el universo de la clandestinidad se opone al de la legalidad, y genera toda una serie de contradicciones entre la identidad legal y la clandestina y consecuentemente en las formas de identificación de las personas. Al entrar en la misma, se suponen una serie de alteraciones en todos los elementos convencionales de la identificación: el cambio de nombre, de aspecto físico y de *hexis corporal* en general, suponen el armado de un “personaje” que se representa, al introducir un hiato en la constancia en la trayectoria de una persona, pero que sólo difiere de los mecanismos “normales” de cambio en aspectos de la identidad en el grado en que esta ruptura se realiza.

La identidad de las personas, desde la conformación de los Estados Nacionales, se halla íntimamente ligada a un registro y control legal. La “identificación” de las personas forma parte de los mecanismos por los cuales el Estado por un lado garantiza cierta seguridad jurídica y por el otro controla los mecanismos de circulación de ciertos capitales.

A su vez, las formas de identificación implementadas a partir del surgimiento del Estado Nación llegan a tener consecuencias en la identidad subjetivamente percibida. Así el nombre propio, legalmente inalterable, da constancia a una serie de experiencias e identidades dispares en la trayectoria de un individuo. El caso aquí analizado, da cuenta de la arbitrariedad en las formas de identificación y, por su radicalidad, revela las fluctuaciones y manipulaciones en las formas de identificación que se dan en circunstancias normales.

Bibliografía

- Boccia Paz, Alfredo. (1999) "‘Operativo Cóndor’ ¿Un ancestro vergonzoso?". EN: *Cuadernos para el Debate*, N° 7, Programa de Investigaciones Socioculturales en el Mercosur; IDES, Buenos Aires, 1999.
- Bourdieu, Pierre. (1986) "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo". EN: *Materiales de Sociología Crítica*, Madrid, Ed. La Piqueta.
- Camurça, Marcelo. (1997) "Imaginario, símbolos e rituais nos movimentos organizações comunistas: por uma antropologia interpretativa da esquerda". EN: *Revista Religião e Sociedad*, Rio de Janeiro.
- Crenzel, Emilio. (2001) "Memorias enfrentadas. El voto a Bussi en Tucumán; Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán; Tucumán". EN: *Diario del Juicio a las Juntas*, N° 4, Junio de 1985, Buenos Aires, Ed Perfil.
- Durkheim, Emile. (2003) *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Alianza Editorial.
- Elias, Norbert. (2001) *El proceso de la civilización*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (1997) Terrorismo na Republica Federal da Alemanha - expressão de um conflito social entre gerações. EN: *Os Alemaes. A luta pelo poder e a evolução do habitus nos seculos XIX E XX*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Evans Pritchard, E. E. (1977) *Los Nuer*. Barcelona, Ed. Anagrama.
- Gillespie, Richard. (1987) *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires, Ed. Grijalbo.
- Guber, Rosana. (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Argentina, Grupo Editorial Norma.
- Mauss, Marcel. (1974) Uma categoria do espírito humano: a noção de pessoa, a noção do "eu". EN: *Sociologia e Antropologia Volume I*, EPU-EDUSP, São Paulo.
- Neiburg, Federico. (1999) O naciocentrismo das ciencias sociais e as formas de conceituar a violencia política e os processos de politização da vida social. EN: *Dossier Norbert Elias*, Ed da Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Pollak, Michael. (1998) Memória, esquecimento, silêncio. EN: *Revista Estudos Históricos* N° 3: *Memoria*, São Paulo; Associação de Pesquisa e Documentação Histórica.
- (1992) Memoria e identidade social. EN: *Rev. Estudos Históricos*, N° 5. Rio de Janeiro.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro. (2000) *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires, Ed. Eudeba.

- Somigliana, Carlos. (2000) "Apuntes sobre la importancia de la actuación del Estado burocrático durante el período de desaparición forzada de personas en la Argentina". EN: Revista *Taller*. N° 14, Argentina.
- Turner, Victor. (1990) *La selva de los símbolos*. España, Ed. Siglo XXI.
- Vasconcelos, José Gerardo. (2000) *Memórias da saudade: Busca e Espera no Brasil Autoriário*. São Paulo, Annablume Editora.
- Zonabend, Françoise. (1981) "¿Por qué nominar? Los nombres de las personas en un pueblo francés". EN: Lèvi Strauss, Claude. *Seminario La identidad*, Barcelona, Ed. Petrel.

La apropiación de “menores”: entre hechos excepcionales y normalidades admitidas

Carla Villalta

Integrante del equipo de Antropología Política y Jurídica, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Becaria de Conicet.

Introducción

La apropiación de niños ocurrida en la Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983) revistió determinadas regularidades que han llevado a denunciar la existencia de un plan sistemático puesto en marcha a través de múltiples procedimientos ilegales.

En este trabajo nos proponemos indagar en algunos de los argumentos y procedimientos que se utilizaron, durante el terrorismo de Estado, para llevar a cabo la apropiación de niños, y la sustitución de su identidad. Partimos de la idea de que estas prácticas aun en su caracterización de excepcionales y como parte de un plan político-ideológico que se implantó en la sociedad argentina, no han “caído del cielo” sino que cristalizaron a partir de elementos existentes en nuestra sociedad. Por lo tanto, retomando un sugerente planteo de Hannah Arendt en relación con el totalitarismo, entendemos que “el proceso de su comprensión también implica clara, y quizá primordialmente, un proceso de auto-comprensión” (1995:32).

Sin dejar de reconocer las particulares características que asumió en la Argentina la instauración de un “estado de terror”, consideramos que para comprender cómo fue posible que se llevaran a cabo estas prácticas criminales, debemos orientar nuestra mirada a las redes de relaciones socia-

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

les y al sustrato de prácticas que actuaron como condiciones de posibilidad de las mismas.

En este sentido, nos parece útil retomar el planteo de Giorgio Agamben en cuanto este autor sostiene, con relación a la estructura de los *campos* de exterminio, que antes que preguntarse “hipócritamente” cómo fue posible cometer delitos tan aberrantes en relación con unos seres humanos

sería más honesto y sobre todo más útil indagar atentamente acerca de los procedimientos jurídicos y dispositivos políticos que hicieron posible llegar a privar tan completamente de sus derechos y de sus prerrogativas a unos seres humanos, hasta el extremo de que el llevar a cabo cualquier acción contra ellos no se consideraba ya como un delito (2001:40).

Por lo tanto, a partir de esta hipótesis, nuestro objetivo es explorar, por un lado, las prácticas de larga duración y las sensibilidades y representaciones sociales sobre un determinado sector de la infancia que han predominado en nuestra sociedad, y –por otro– los procedimientos jurídicos y dispositivos políticos que actuaron como condiciones de posibilidad para el desarrollo de estas prácticas criminales. Ello supone a la vez que realizar una reconstrucción de las formas que históricamente asumió la sustracción y el reparto de niños en hogares para su normalización y moralización, atender a las particularidades que asumieron durante el terrorismo de estado las prácticas de apropiación de niños. Consideramos además que, desde esta perspectiva, es posible interrogarnos acerca de las continuidades y rupturas que sintetizan las *prácticas de apropiación de niños*, inscriptas en un determinado “ambiente cultural”, constituido por un entramado de relaciones específicas y por una serie de nociones y sentidos acerca de la niñez, la autoridad y el estado.

En este trabajo el análisis se centrará en algunas de las prácticas judiciales, institucionales y sociales que se desplegaron en torno a la apropiación de niños. Realizamos en primer término una breve reconstrucción histórica, que tiene por objetivo identificar procedimientos y categorías de larga data en nuestra sociedad acerca de la considerada “infancia abandonada”. En segundo lugar, analizamos dos casos de secuestro de niños ocurridos en la última dictadura militar. En el primero de los casos seleccionados, a partir de la identificación de los procedimientos y rutinas de distintos organismos estatales que intervinieron sobre la vida de los niños secuestrados, nuestro objetivo es analizar el papel de la trama burocrática estatal en la consecución de las prácticas de apropiación de menores. Mientras que a partir de la descripción del segundo caso, nuestra intención es indagar en un sistema previo de creencias y

representaciones sociales sobre un determinado sector de la infancia que, de alguna forma, permitió inscribir estas prácticas en el universo de lo socialmente admitido.

Teniendo en cuenta que “la experiencia del ejercicio de la violencia en manos de un Estado terrorista es, posiblemente, una de las experiencias más definitorias para la estructuración de una sociedad fragmentada y autoritaria” (Tiscornia, 1998:208), considero que el análisis de cómo este poder se ejerció, se desplegó y se extiende hasta hoy, resulta fundamental para intentar comprender aquello que se presenta como monstruoso e incomprensible.

Procedimientos, instituciones y categorías

Las instituciones dedicadas a la “minoridad” reconocen en nuestro país una extensa trayectoria. Si bien algunas de ellas datan de la época colonial, es en las primeras décadas del siglo XX cuando se multiplican y sus procedimientos comienzan a gozar de una mayor formalidad, dada por la sanción de normativas, creación de instituciones públicas y establecimiento de atribuciones específicas para determinados funcionarios, ya fueran jueces, defensores de menores o autoridades de casas de reclusión¹.

A partir de esos momentos se comienza a consolidar una trama jurídico-institucional que tiene por objeto a un determinado sector de la infancia definido como los “menores”; esto es, los niños pobres, “carentes de educación” y cuyas familias eran juzgadas –por los funcionarios de turno– como no aptas para su crianza. La categoría clasificatoria “menor”, por lo tanto, se aplicó tanto a los niños que se encontraban vagando en la vía pública, vendiendo diarios, pidiendo limosna como a aquellos que eran “delincuentes”, consecuencia obligada –desde esta perspectiva– de aquella “infancia en peligro”. Tal categoría se destinó también a los niños que crecían en orfanatos, institutos de la caridad o asilos, pues sus padres los habían entregado en razón de la situación de pobreza por la que atravesaban.

Hace ya casi un siglo tales conductas y comportamientos, esto es la vagancia o la entrega de niños, pasan a constituir un *problema* para las elites, las cuales –en un proceso que reconoce diversas disputas e intereses contrapuestos– terminarán por restringir la extensión de la *patria potestad*, sosteniendo que los padres que no fueran aptos para la crianza de sus hijos debían ser suspendidos de su ejercicio.

1 Para una historia de las normativas especiales para infancia en Argentina, ver García Méndez (1997), Larrandart (1990); Fellini (1996). Para un estudio de las instituciones públicas destinadas a menores, Cicerchia (1996), Guy (2001), Moreno (2000), Gómez (2001).

Así, en nombre de una empresa moralizadora, plagada de buenas intenciones, que tuvieron por meta el bienestar de los niños, distintos individuos investidos de autoridad por el Estado fueron facultados para representar y decidir sobre el destino de los niños y jóvenes, que se encontraran en una “situación de abandono o peligro moral y/o material”. Asumiendo su tutela, tales individuos estaban, y aún están, habilitados a separar a los niños de sus familias –cuando fueran conceptualizadas como medios “nocivos e inmorales”–, recluirllos en algún instituto para lograr su reinserción social, darlos en adopción a familias que se encargaran de su crianza y educación, y de esta forma, sancionar a aquellos padres que por diversos motivos –casi nunca atendibles por las autoridades administrativas o judiciales– habían “abandonado” a sus niños².

Encontramos en esta historia, que hemos expuesto demasiado sintéticamente, otra categoría que merece nuestra atención: la de “abandono”. Aunque ambigua, la misma reconoció refinamientos y distinciones. Una de éstas, formulada por un jurista en aquel contexto de pujanza positivista y auge criminológico de principios de siglo XX, es la que refiere la existencia de dos subtipos de abandono: el material y el moral. La distancia se establecía de la siguiente manera: “Entre los abandonados materialmente deberán clasificarse los huérfanos, los expósitos, los abandonados, que pueden encontrarse en condiciones de vagancia o mendicidad y abandono absoluto; entre los abandonados moralmente pueden encontrarse los vagos, los que no concurren a las escuelas, los maltratados, los que viven en malas condiciones de ambiente moral, los mendigos, las prostitutas; como se comprende, la permanencia en estos estados morales lleva forzosamente a la depravación y a la anormalidad”³. Por lo tanto, la separación entre abandono material y moral estaba construida para entender y separar a los niños que no tenían relación familiar directa con los padres, de aquéllos que teniéndolos eran *desatendidos* por éstos. La polisemia de esta categoría se vuelve aun más notoria al indagar las situaciones en las cuales ha sido aplicada. Todavía hoy, en la red jurídico-institucional dedicada a la infancia, el “abandono” de un niño remite tanto a la entrega voluntaria que sus padres hacen de él, ya sea a una institución pública o a otra familia, como a las situaciones en las que el niño no está criado y educado con los cuidados y atenciones que se le *deberían* brindar.

De esta forma, la definición de una situación como de abandono –que tiene como correlato la categoría de padres negligentes, también por demás amplia y ambigua (Fonseca y Cardarello, 1999)– ha sido el primer eslabón de un dispositi-

2 Para un análisis de casos de reclamo de menores por sus madres, ver Guy, 1998.

3 Bullrich, Eduardo (1922) en Asistencia social de menores, citado en Gómez, 2001.

vo jurídico-burocrático destinado a normalizar a familias y niños pobres. Esta categoría, que merecería un extenso trabajo de reconstrucción genealógica, ha abierto amplias posibilidades de intervención porque –parafraseando a Christie (1993)– siempre ha existido una reserva ilimitada de situaciones de este tipo, ya que cualquier situación puede definirse como de *abandono*, desde que la misma se *convierte* en tal a partir de ser categorizada de esta forma⁴.

La fecundidad de las categorías de abandono o desamparo ha dado surgimiento pues a múltiples prácticas judiciales, institucionales y sociales destinadas a socorrer y regenerar a los niños y jóvenes. Estas prácticas fueron desarrolladas durante el transcurso del siglo XX por distintas instituciones, entre las que se cuentan juzgados de menores y de familia, ministerio público, institutos, organismos administrativos, policía especializada; es decir, a lo largo del siglo se fue consolidando una red institucional que albergaba a múltiples actores habilitados para intervenir sobre la vida de los “menores”, pudiendo incluso proceder a su *secuestro*⁵ cuando lo estimasen conveniente para asegurar su bienestar.

En ningún caso, sin embargo, se trata de instituciones homogéneas con una direccionalidad única y lineal, tal como podría desprenderse de una exposición sintética como ésta. Aquéllas, tanto como los actores que las construyeron, se vieron atravesadas por debates, disputas de poder y distintas posturas ideológicas que matizaron el discurso sobre la *infancia abandonada* y a lo largo de esta historia transformaron, resignificaron y reinterpretaron sus prácticas en relación con la infancia.

Sin embargo, si atendemos a la dimensión de larga duración de estas prácticas y tenemos en cuenta la perdurabilidad de algunas de las categorías que se construyeron en torno a ellas, podemos discernir que lo que ha prevalecido es una potente lógica acompañada de una sensibilidad particular, según la cual determinados niños *necesitan ser tutelados*. Tal lógica tutelar, que se ha visto secundada por una actitud *salvacionista* hacia los niños desamparados, como horizonte cognitivo y conceptual ha conducido a conceptualizar a los individuos como objetos de intervención, reforzado relaciones asimétricas, y ha constituido un modo de apro-

4 No obstante, esta variedad de situaciones que pueden ser definidas como “de abandono” reconoce limitaciones. Estos límites están dados generalmente por el perfil socio-económico de los padres que hacen “abandono” de sus niños.

5 Tal el término utilizado, aun actualmente, para operar la separación de los niños de sus familias. En los oficios judiciales es común encontrar la siguiente expresión, que asemeja a los niños a una “cosa”: “Librese mandamiento a fin de que el Oficial de Justicia de la zona que corresponda (...) se constituya en el domicilio sito en X y proceda al secuestro del menor X.”

piación de conflictos y de sujetos por parte de aquellos individuos que investidos de autoridad reafirman su posición en la creencia de que “el superior siempre sabe lo que es bueno para el inferior” (Da Matta, 1980). Lógica que ha impregnado tanto las prácticas institucionales y judiciales como las prácticas sociales en relación con la infancia.

Instaurada la última dictadura militar, en el año 1976, y en el contexto de terror impulsado en esos momentos por el Estado, cuyos mecanismos represivos se extendieron capilarmente a toda la sociedad, esta lógica –hipostasiada en aquellas particulares condiciones– parece haber servido de base para desarrollar un plan sistemático de apropiación de niños. A su vez, debemos tener en cuenta que el circuito de la minoridad –ese recorrido institucional compuesto de hospitales, institutos, juzgados– no fue desarticulado. Estos organismos públicos –con cesantías, despidos, desapariciones entre sus empleados, y con intervenciones militares que designaban sus autoridades– continuaron con sus tareas habituales. Por ellos pasaron algunos de los niños, que luego sus abuelas y familiares buscarán incesantemente. Y como veremos, si algunos de estos niños fueron rápidamente encontrados por sus familiares; otros, por el contrario, se vieron sometidos a transitar el *recorrido habitual* que estas instituciones reservan para la “minoridad”.

Por tanto, podemos pensar que aquellas categorías, sensibilidades, instituciones y procedimientos que hemos descrito, se convirtieron en condiciones de posibilidad, como hipótesis –no causas, mucho menos orígenes–, de la apropiación sistemática de niños ocurrida durante la última dictadura militar. Un montaje preparado para que se desarrolle la tragedia.

Para desarrollar esta hipótesis, a continuación analizaremos dos casos. El análisis del primer caso, nos posibilita describir cuál fue el papel de la trama jurídico-burocrática en la consecución de estas prácticas; mientras que en el segundo, a partir de focalizar en los argumentos que se desplegaron con motivo del juicio a los apropiadores de una niña, es posible observar cómo fue utilizada aquella actitud *salvacionista* que mencionáramos, por quienes desarrollaron las prácticas de apropiación y sustitución de identidad de los niños, hijos de quienes se desaparecía y se mataba.

Los casos

Caso 1

El viernes 24 de febrero de 1978 Carlos A. recibe una llamada de su cuñado, en la cual le relata que la noche del 22 de febrero fuerzas conjuntas habían realizado

un operativo en su casa. Él había podido escapar pero desconocía la suerte de su mujer y sus dos hijos⁶.

Sin ningún otro dato, Carlos comienza a investigar qué podría haber sucedido con su hermana Juana y con los hijos de ésta, Camilo y Silvia. Por comunicaciones con familiares lejanos, algunos de ellos pertenecientes al Ejército y otros a la Iglesia, se dirige al Comando del Primer Cuerpo de Ejército, en donde no lo atienden y le dicen que vuelva el lunes siguiente. También se comunica con un primo suyo y con la esposa de éste, ligados al ejército. Si bien ninguno de ellos poseía información acerca de lo que había sucedido con su hermana y sus sobrinos, la mujer –que era miembro de la cooperadora de un instituto de menores– le aconseja que pregunte en el instituto de la calle Donato Álvarez 550 de la Capital Federal, ya que era común que las fuerzas de seguridad derivaran allí niños que habían quedado solos después de las detenciones de sus padres. Carlos así lo hace, pero quien estaba a cargo del instituto niega que hubiesen ingresado dos niños con las características que él señalaba.

El lunes se presenta nuevamente en el Comando del Primer Cuerpo y expone la situación de su hermana y de sus sobrinos. Al día siguiente mediante un llamado telefónico es citado al Comando. Ese día le entregan en sobre cerrado una nota con carácter reservado, y le dicen que debía presentarla en el instituto de menores ubicado en Donato Álvarez 550, llamado “Borche de Otamendi” dependiente de la Secretaría Nacional del Menor.

El martes 28 de febrero se dirige al instituto y entrega el sobre a la Directora de la institución. Esta mujer luego de leer la nota, hace llamar a dos menores. Ellos eran Camilo de 5 años y Silvia de 3, quienes habían sido remitidos al instituto el día 23 de febrero por la Policía Federal, en calidad de “menores abandonados en la vía pública”, a disposición de la Secretaría del Menor. No obstante el reconocimiento que Carlos hace de los niños y éstos de su tío, la directora plantea que no podía dejarlos ir con él y que debía presentar una nueva nota en donde se autorizara el egreso de los niños, ya que la que había presentado –firmada por el Coronel Roberto Roualdes, jefe de la Subzona Capital Federal del Primer Cuerpo de Ejército– sólo lo autorizaba para reconocerlos. También le informa que los

6 La descripción de este caso la realizo a partir de la información de una de las causas judiciales que me encuentro analizando como parte de la tarea de recopilación y sistematización de expedientes judiciales sobre casos de localización y restitución de niños desaparecidos. Esta tarea de selección y sistematización de causas forma parte de mi trabajo de investigación para el doctorado.

niños iban a ser derivados al instituto “Lasala y Riglos”, ya que eran menores de 6 años y su instituto no albergaba a niños tan pequeños.

Una semana después, mediando una nueva autorización del ejército, pudo retirar a los dos niños del instituto “Lasala y Riglos”, haciéndose cargo de la tenencia provisoria de los mismos. La tenencia definitiva de los niños y el discernimiento de la tutela a favor de una tía materna recién se produce dos años más tarde, en el año 1980, cuando deja de intervenir sobre los menores la Secretaría del Menor.

Hasta aquí un breve relato de los hechos, tal como los viviera Carlos A., quien en el año 1982 inicia una causa de hábeas corpus en favor de su hermana Juana⁷. En esta causa el juez interviniente, además de librar oficios a las distintas fuerzas de seguridad para obtener información respecto del paradero de Juana, indaga en los procedimientos seguidos en relación a los niños. Así, observamos que la directora de la institución una vez que hubo recibido a los niños con una nota de la comisaría 47, en la cual se consignaba que habían sido “hallados abandonados en la calle Navarro entre Habana y Bolivia”, el 27 de febrero se comunica telefónicamente con esa seccional para obtener más datos acerca de los niños. En relación con esa comunicación, la directora firma una nota dirigida a su superioridad, la Supervisión Sectorial de Institutos, en la que informa: “El oficial de guardia informó que consideraran a los niños como *abandonados* en la vía pública, no como extraviados. Entrevistados los menores sólo manifiestan llamarse Camilo y Silvia desconociendo el apellido. Camilo dice que su casa, de material, fue destruida por una tormenta y que solo quedó sana la cocina; habla de soldados que se llevaron a sus padres, pero que ‘no están presos’. (...) No se pudieron obtener datos concretos de familiares directos” (fs. 20, Causa 516). Sin embargo, tres días antes, su tío se había acercado al instituto procurando información sobre sus sobrinos.

Otro dato que aporta la causa está relacionado con el procedimiento habitual que se seguía en los casos de “menores abandonados”. El juez de esta causa cita a declarar al funcionario de la Secretaría del Menor, que figuraba en la nota remitida por la policía al instituto “Borche de Otamendi” derivando a los menores Camilo y Silvia. Este funcionario a la pregunta del juez referida a por qué no se había dado intervención a la justicia de menores en el caso de estos niños, responde que no recuerda el caso en particular

pero en caso de que esto hubiera sucedido, *como ocurre habitualmente*, se deriva a los menores al Instituto Borch de Otamendi para su posterior derivación al Instituto Lasala y

7 Armelin, Juana s/hábeas corpus, Causa 516.

Riglos; que en estos casos no se da intervención judicial por cuanto los menores no han cometido delito alguno y tiene entendido que el Servicio Nacional del Menor se encuentra facultado para internar a los chicos abandonados a su disposición [esto es, asumiendo su tutela] y reitera, sin la intervención judicial, *que esto ocurre habitualmente por lo menos desde hace unos cuarenta años* o sea desde que se desempeña en dicha repartición (resaltado nuestro, fs. 37, Causa 516).

Asimismo este funcionario informa que cuando se presenta un familiar para solicitar la entrega de un menor internado a disposición del Servicio del Menor, es necesario que acredite fehacientemente el vínculo y que en el presente caso

dicho requisito fue cumplimentado con el oficio que obra a fs. 22, por el cual el Ejército avala el parentesco invocado⁸, desconociendo el declarante y presuntamente también en el Servicio la razón de la intervención de dicha autoridad castrense (fs. 37, Causa 516).

A su vez, durante el período comprendido entre fines de febrero de 1978 y marzo de 1980 como los niños estuvieron “tutelados” primero por la Secretaría Nacional del Menor y luego por el Consejo Provincial del Menor de la provincia de Buenos Aires, las autoridades de estos organismos requirieron amplios “informes socio-ambientales” de los hogares donde se encontraban, así como “autorizaron” su cambio de residencia. Es sugerente además que, en este período, la Supervisión Sectorial de Institutos de la Secretaría del Menor dirija una nota al Comando del Primer Cuerpo de Ejército en la cual informa que los niños Camilo y Silvia viven con Carlos A., pero que su abuela paterna ha solicitado que convivan con ella, por lo cual para decidir en esta situación la institución solicita al Coronel Roualdes informe si “dichos menores se encuentran a disposición de ese Comando” (fs. 104, Causa 516).

En relación con las declaraciones y documentación descripta lo que se observa es que los distintos funcionarios administrativos que intervinieron en la vida de los niños “cumplieron su tarea”, y lo hicieron así por cuanto *siempre* se había hecho de ese modo. De esta forma, más allá del relato de uno de los niños,

8 Se refiere a la nota firmada por el Cnel. Roberto Roualdes, jefe de la Subzona Capital Federal del Primer Cuerpo de Ejército, en la que autoriza que Carlos Armelin reconozca a los niños, acreditando que se trataba del “tío carnal de los menores”.

la directora del instituto de menores sin previas indagaciones al respecto –salvo la comunicación con la seccional– ingresa a los menores al instituto como “abandonados”, tal como los había definido la policía, y dispone su traslado a otro instituto. A su vez, como acreditación del parentesco que invocaba su tío fue determinante, para el reconocimiento y la constatación del vínculo, la nota que con carácter reservado había firmado el jefe de la subzona Capital Federal del Primer Cuerpo de Ejército; mientras que se le exige una nueva autorización de las mismas autoridades –a las que reconocían como instancia jerárquica superior, en esos momentos– para poder recuperar a sus sobrinos. El mismo sentido cobra la consulta efectuada por la Supervisión Sectorial de Institutos referida a si Camilo y Silvia “pertenecían” al Comando, indagación que los funcionarios realizan previamente a autorizar un cambio de residencia de los niños.

A raíz de la investigación que realiza posteriormente Carlos pudo reconstruir que la madrugada en la que detienen a su hermana, sus sobrinos quedan al cuidado de una vecina. Horas más tarde, cuando el operativo ya había finalizado y habían sido retirados los camiones, las ametralladoras y el personal militar que rodeaban toda la manzana, dos militares se dirigieron a la casa de la señora y retiraron a los niños respondiendo a esta vecina, que solicitaba se los dejaran a ella: “*estos niños no nos pertenecen*”. Los dos niños fueron llevados entonces al Batallón de Arsenales 601 de Villa Martelli, de donde fueron retirados por policías de la comisaría 47 y llevados al Instituto Borchez de Otamendi, en calidad de “menores abandonados en la vía pública”.

Tal como se desprende de este caso, diversas fueron las instituciones públicas por las que pasaron los niños que fueron secuestrados junto con sus padres. Juzgados de menores, dependencias de ministerios, organismos administrativos, hospitales; instituciones e individuos que en su quehacer cotidiano se sujetaron al poder dictatorial de turno, no sólo cumpliendo órdenes impartidas en esos momentos, sino también desarrollando sus tareas rutinarias, siguiendo los *procedimientos habituales*, tales como –en el caso descrito– comunicaciones a instancias jerárquicas superiores, traslados de niños a otras instituciones en razón de su edad, realización de informes socio-ambientales, entre otras actividades a través de las cuales esos hechos que parecerían excepcionales eran *normalizados* una vez filtra-

9 Entre otros casos, podemos citar: el de las hermanas Tatiana Ruarte Britos y Laura Jotar Britos a quienes la policía retiró de la plaza donde su madre había sido secuestrada y las ingresó como NN a un instituto de menores de Villa Elisa y a la Casa Cuna, respectivamente; y que fueron adoptadas seis meses después. También Jorgelina Laura Planas fue internada en un hogar de menores por orden de la Dra. Delia Pons del Juzgado de

dos por la maquinaria burocrática. Normalización que puede ser pensada en los términos que plantea Hannah Arendt en relación con la “banalidad del mal”, como un complejo proceso que produce una transformación de lo monstruoso en banal y por lo tanto en cotidiano. Un proceso que al “transformar a los hombres en funcionarios y simples ruedecillas de la maquinaria administrativa, y, en consecuencia deshumanizarlos” (Arendt, 2000:437) es característico de toda organización burocrática. Una red institucional por la cual pasaron muchos de los niños desaparecidos, que –como pudo reconstruirse posteriormente- fueron ingresados en institutos de menores o en hospitales y dados en adopción en aquellos años⁹.

Sin embargo, también debemos señalar que esta organización burocrática estaba compuesta por personas que, en muchos casos, se cuestionaron, interrogaron, sospecharon y realizaron gestiones para ubicar a los familiares de estos niños. Por ejemplo, una asistente social que trabajaba en un juzgado de menores en aquella época, relata el caso de un niño de 5 años que fue derivado por la policía:

A nosotros nos llegó (...) un chiquito que fue encontrado en la calle, que dicen que lo encuentran en la calle perdido y lo traen al juzgado. Cuando la asistente social lo entrevista, el nene dice que no estaba perdido, dice ‘entraron en mi casa, rompieron todo’. Inmediatamente lo ponemos al tanto al secretario (...) El chiquito va a un instituto. Y le decía a la gente del instituto ‘yo busco a mi abuela’ (...) Pasa un tiempo en el instituto, y discutíamos qué se hace, se entrega en adopción, no se entrega, una serie de discusiones al respecto, y deciden buscar porque el chiquito decía que él sabía dónde estaba el jardín de infantes donde iba. Entonces deciden buscar el jardín, el nene dice ‘queda al lado de tal lado’, lo llevan, y cuando llegan la gente le dice ‘este nene es de tal lado’, entonces así reconstruyen un poco la historia, hablan con los vecinos. (...) finalmente aparece la abuela. La mamá estaba detenida pero legalmente. Y bueno, vuelve con su familia. (Ex asistente social de Tribunal de Menores de Provincia de Buenos Aires).

Menores N° 1 de Lomas de Zamora, y fue dada en adopción a los pocos meses. El caso de Sebastián Ariel Juárez es significativo pues la mencionada jueza lo internó en el hogar de menores “Casa de Belén”, lugar en el que permaneció 7 años hasta su localización en 1984. Un caso de características similares es el de Emiliano Ginés a quien, a pesar de conocer su identidad, la jueza Pons internó en la Casa Cuna de La Plata. Andrés La Blunda ingresó en abril de 1977 a un Juzgado de Menores de San Isidro y fue dado en adopción al poco tiempo. Emiliano Carlos Tortrino fue internado en Casa Cuna por orden judicial y fue dado en adopción por un juzgado de menores de Capital Federal, aun cuando sus abuelos ya lo habían localizado.

Otro testimonio también da cuenta del recorrido institucional al que se sometió a algunos niños cuando sus padres fueron secuestrados. Una trabajadora social que, entre los años 1975 y 1980, se desempeñó en la Secretaría del Menor y la Familia, relata un caso de dos niños cuyos padres habían sido secuestrados:

Claro, nos llegaban algunas cosas que eran en todo caso extrañas, no era el chico de la calle común que llegaba mucho, pero nos llegaron algunos chicos con esta situación, bueno, en ese momento principios del '76 mucho no se sabía determinadas cosas (...) En determinado momento nos llegan dos chiquitos, los traen un día a la noche, un nene y una nena, eran por ahí las 6 de la tarde, con una idea de hacer el informe rapidísimo porque había problemas con los padres, todo muy oscuro ¿no? y tenían los abuelos en Salta, y había que llevarlos a Salta. (...) Nos llegan dispuestos desde el juzgado para hacerles el informe social y psicológico rápido. Bueno ahí los chicos cuentan, eran muy chiquitos los nenes, el nene de 5 o 6 años y la nena de 3 una cosa así, muy asustados y entonces el nene cuenta cómo habían entrado unos señores con ametralladoras, habían tirado tiros al aire y se habían llevado a la mamá y al papá. Bueno nosotros en ese momento lo que hicimos fue comunicarnos con los abuelos. (Ex Trabajadora social de la Secretaría del Menor y la Familia)

Tanto la descripción de este caso como los relatos que hemos citado nos permiten apreciar que las prácticas de secuestro y apropiación de niños desarrolladas durante la dictadura se engarzaron en una trama institucional-burocrática destinada –desde mucho tiempo atrás– a la “minoridad”. Una trama en la cual algunos niños siguieron el destino habitual reservado a los menores –encierro en instituciones y adopción– y otros pudieron ser vinculados con sus familias biológicas.

En este sentido, y si tenemos en cuenta que las dos variantes principales de la apropiación ilegal de niños fueron la “inscripción falsa” y la “adopción”, podemos considerar que los casos de apropiación no sólo combinaron las formas *legales* con las *clandestinas*, sino que también revelan –como analizaremos a continuación– su confluencia con otros factores de larga data en nuestra sociedad que de alguna forma permitieron inscribir estas modalidades en el universo de lo socialmente admitido.

Caso 2

A partir de cierto momento del embarazo estas prisioneras pasaban a ocupar un cuarto con camas, una mesa con sillas, ropa, y podían permanecer allí con los ojos descubiertos y hablar. Días antes del alumbramiento, los marinos le hacían llegar a la madre un ajuar completo, a veces muy hermoso, para su bebé. El parto se atendía con un médico y respetando ciertos requerimientos de asepsia, anestesia y cuidados generales. La madre le ponía nombre a su hijo y daba las indicaciones para que lo entregaran a la familia. Este trato dificultaba la comprensión del destino final de madre e hijo. Las atenciones hacían presuponer que ambos vivirían o que, cuando menos, el bebé sería respetado. La realidad era muy otra: la madre solía ser ejecutada pocos días después del alumbramiento y el bebé se enviaba a un orfanato, se daba en adopción o, eventualmente, se entregaba a la familia. Quedaba así limpia la conciencia de los desaparecidos: mataban a quien *debían* matar; preservaban la otra vida, le evitaban un hogar subversivo y se desentendían de su responsabilidad (Calveiro, 1999:82).

Como plantea Pilar Calveiro, preservar a los niños de un “hogar subversivo” fue el argumento utilizado por los represores para sustraer la identidad de los niños, despojarlos de sus padres y entregarlos a personas que, en la mayoría de los casos, se encontraban ligadas al poder militar o eran integrantes de las fuerzas represivas. A su vez sobre la base de este argumento, posteriormente, en los procesos de restitución de niños a sus familias biológicas se desplegó otro que ponía énfasis en la innecesariedad de que esos niños fueran restituidos, ya que sus “familias de crianza” además de haberles proporcionado una buena educación y posición económica, los habían criado con amor y *salvado* de la situación en la que se encontraban cuando eran pequeños.

En el año 2001, se llevó a cabo un juicio oral y público contra un matrimonio de apropiadores de una menor de edad¹⁰. Esta niña secuestrada, desaparecida y posteriormente apropiada a los 8 meses de edad, había estado detenida en el cen-

10 La descripción de este caso la realizo sobre la base de los registros de la observación que realicé del juicio oral y público de la causa, en la cual resultaban imputados Ceferino Landa y su esposa Mercedes Moreira, que se conoció como “caso Poblete”.

tro clandestino de detención “El Olimpo” en noviembre del año 1978 junto con su madre y su padre que continúan desaparecidos. La detención-desaparición de la niña se extendió hasta que, a los dos o tres días de su secuestro, fue retirada del lugar por represores –que actuaban en ese campo– con la promesa de que iba a ser entregada a sus abuelos maternos. Claudia Victoria Poblete, por el contrario, fue entregada a un teniente coronel que era integrante del Comando de Cuerpo de Ejército I y a su esposa, quienes la anotaron como hija propia, mediante la presentación de un acta de nacimiento falsa firmada por un médico militar, a partir de la cual obtuvieron así una nueva partida de nacimiento y un documento de identidad.

Una vez restituida la identidad a la joven, en febrero de 2000, comienza al año siguiente el juicio oral en el que se imputa a sus apropiadores los delitos de falsificación de documento público, supresión de estado civil, y retención y ocultamiento de un menor de 10 años de edad. La audiencia pública se extendió durante siete días, en los que se sucedieron como testigos los familiares de Claudia, militares retirados ex-compañeros de tareas del imputado, y numerosos ex detenidos-desaparecidos que habían visto a Claudia y a sus padres en el campo “El Olimpo”.

Al momento de los alegatos, una vez que tanto la querella como la fiscalía habían “calificado” los hechos y solicitado condena, la defensa de los imputados expuso su alegato basando su discurso tanto en la necesidad de “reconciliación” y de evitar “enfrentamientos estériles”, cuanto en aseverar que la acción de los imputados había estado motivada por intereses “humanitarios”. Argumentó que sus defendidos habían actuado con un “equivocado sentido de la piedad”, pero que los había motivado a ello “la situación de desamparo moral y material en que se encontraba la niña”. Así las cosas, esta abogada finalizó su alegato argumentando que el tribunal debería tener en cuenta como circunstancias atenuantes, llegado el momento de dictar condena, “el amor y el afecto” prodigado a Claudia por sus apropiadores, tanto como su “excelente educación”.

11 En el caso de los mellizos Reggiardo Tolosa restituidos a su familia biológica en el año 1993, tales argumentos fueron publicitados insistentemente en algunos programas televisivos y radiales (por ej., Chiche Gelblung, Daniel Hadad y Marcelo Longobardi, Bernardo Neustadt). En estos programas los jóvenes expresaron su deseo de vivir con los Miara (sus apropiadores), porque éstos “les habían dado todo su amor”. Con una cuidadosa selección de imágenes y palabras estos programas criticaron la decisión del juez de restituir a los mellizos a su familia y “expresaron comprensión por los apropiadores, a quienes llamaban ‘padres del amor’ y para los que inclusive inventaron una nueva expresión: ‘padres históricos’” (Arditti, 2000:203).

Tales argumentos que no son originales ni novedosos en casos de restitución de niños apropiados ilegalmente durante la última dictadura militar¹¹, tampoco tienen su origen en casos de estas características, sino que poseen una profundidad histórica mucho mayor. Consideramos que a partir de este caso es posible observar cómo los tópicos de un discurso sobre la *infancia pobre y abandonada* fueron utilizados para intentar justificar la apropiación ilegal de niños; es decir, las imágenes de *medios nocivos e inmorales* de las que daban cuenta los minoristas de principio de siglo, se trasladaron en esos momentos a los “hogares subversivos” y de “vida moral desordenada” del discurso militar. En este sentido, abundantes son los testimonios de integrantes de organismos de derechos humanos que señalan que, en las entrevistas mantenidas en aquellos años como parte de su tarea de búsqueda de los niños, distintos funcionarios les dijeron que no se preocuparan por los niños ya que se encontraban con “una buena familia que los mandaba a colegios privados”¹².

Como hemos planteado, en nuestro país, a partir de la utilización de la categoría de *situación de peligro moral y material*, y del desarrollo de distintas prácticas que tuvieron como objeto a un sector de la infancia conceptualizado como pasible de encontrarse en una situación de “abandono”, distintos individuos investidos de autoridad por el Estado han decidido sobre la vida de los menores, internándolos en establecimientos de reclusión, privando a sus padres biológicos de la patria potestad, o entregándolos en adopción a familias pudientes que se encargarán de proporcionarles una “buena educación”. En todos estos casos prevaleció la noción de que esos menores necesitaban regenerar sus hábitos, ya que provenían de lugares no aptos para su crianza y sus padres, en consecuencia, debían ser privados del derecho de tales. Así, en relación con un determinado sector de la infancia se construyó una actitud *salvacionista* que se basó en prácticas diversas que tuvieron por objetivo la separación de esos niños de su medio familiar y social.

En función de la retórica de “hacer el bien” que, según Cohen (1988), se basa en los tópicos de la “ayuda y el socorro” y es aplicada a aquellos a quienes se define previamente como “necesitados”¹³, se han construido estas explicaciones *morales y emotivas* que han servido como sólidos recursos argumentales que posibilitaron encubrir y hasta naturalizar las prácticas de apropiación de determinados niños. Eufemismos con los cuales se designaron, distorsionando y alterando su

12 Entrevista a abogada integrante de un organismo de derechos humanos.

13 Según este autor, esta retórica al poner de relieve un supuesto “estado de necesidad” se ancla en la dimensión de la tutela antes que en la de la justicia, justificando así intervenciones arbitrarias y sin plazos determinados (Cohen, 1988)

sentido, toda una gama de prácticas de entrega, cesión, adopción o inscripciones falsas de menores.

Durante el período del Estado terrorista estas falaces explicaciones fueron utilizadas al perpetrar el plan sistemático de robo y apropiación de niños, en un contexto en el cual con el argumento de la defensa de “la familia” (Filc, 1997), se desmembraron –por la desaparición y muerte de algunos de sus integrantes y por el secuestro y apropiación de otros- aquellos grupos familiares clasificados como “subversivos” y por lo tanto “peligrosos”. Esta construcción de una infancia apropiada como una infancia “abandonada” se llevó a cabo sobre la base de un sistema de creencias y representaciones sociales que posibilitó también formas de consentimiento y apoyo hacia aquellos que se presentaban no sólo como “salvadores de los niños” sino como “salvadores de la patria”.

Considero que rastrear estos argumentos, analizar los procedimientos de poder en que se han traslapado e indagar en su sentido y en las conceptualizaciones debido a las cuales han gozado de cierta legitimidad en nuestra sociedad, permite abordar desde otra perspectiva el análisis de las prácticas de desaparición y apropiación ilegal de niños ocurridas durante el Estado terrorista. Una perspectiva que permita considerarlas como parte integrante de la sociedad en la cual se sucedieron, reconociendo incluso la continuidad o prolongación extrema de determinadas prácticas que gozaban de legitimación en nuestra sociedad. Ya que como plantea Pilar Calveiro,

pensar la historia que transcurrió entre 1976 y 1980 como una aberración; pensar en los campos de concentración como una cruel casualidad más o menos excepcional, es negarse a mirar en ellos sabiendo que miramos a nuestra sociedad, la de entonces y la actual (1999:159).

Consideraciones finales

Comenzamos este trabajo planteando como idea que las prácticas desarrolladas durante la última dictadura militar en relación con los niños, hijos de quienes se desaparecía y se mataba, han podido cristalizarse a partir de elementos presentes en nuestra sociedad. Desde esta perspectiva hemos analizado dos casos de secuestro de niños para indagar cuáles han sido los procedimientos utilizados, las categorías empleadas para clasificarlos, los dispositivos institucionales, y las creencias sociales y sensibilidades a las que se ha apelado.

Analizar este tema desde esta perspectiva, que hace las veces de hipótesis de trabajo, entendemos que merece dos aclaraciones. Por una parte, sostener que las prácticas de apropiación de niños en nuestro país poseen una larga tradición e indagar por tanto en las categorías construidas para clasificar tanto a una franja de la infancia –los “menores”–, como a sus familias, si bien posibilita observar determinadas continuidades en la forma que han asumido, esto es en el ropaje con el cual se presentan y se justifican, no nos debería llevar a pensar –no lo estamos planteando– que tales prácticas de apropiación de niños han sido una copia idéntica de sí mismas en todos los casos. Antes bien, consideramos cómo lo hemos señalado en nuestra breve reconstrucción histórica de categorías y procedimientos, que ellas han dado vida a una potente lógica que revestida de la retórica “de hacer el bien” ha posibilitado operar la separación de los niños de su medio social, impugnar y/o destituir a sus padres de su condición de tales, y dar cabida a innumerables prácticas sociales tales como las inscripciones falsas y la venta y el tráfico de niños en razón de que, según este razonamiento, siempre los niños estarán mejor en el seno de familias que puedan proporcionarles los cuidados y educación *convenientes*. Si las prácticas que se han desarrollado en los tribunales, institutos de menores, lugares de reclusión de niños, más allá de sus regularidades, no han sido iguales en los distintos momentos históricos, menos aún lo son –respecto a ellas– las prácticas criminales de la última dictadura militar. No estamos proponiendo pasar el rasero a lo largo de la historia para igualar prácticas y sensibilidades, de las cuales comprenderíamos, si así fuera, aún menos. Reconociendo sus diferencias, estamos planteando que ellas no pueden ser comprendidas si sólo las consideramos como hechos excepcionales y las aislamos del contexto histórico y de la trama de relaciones en la cual se desarrollaron.

Por otro lado, al analizar la trama jurídico-burocrática, esto es la red de instituciones a la que se destinaron muchos de los niños desaparecidos, entendemos que el concepto de “banalidad del mal” puede ser útil para dar cuenta de cómo se normalizaron determinados hechos que de otra forma hubieran sido excepcionales. Por lo tanto, como hemos planteado, no consideramos que se haya tratado de una confabulación de funcionarios, jueces y operadores dispuestos a llevar adelante un plan sistemático de apropiación de niños. Por el contrario, son también muchos los ejemplos de personas que cuestionaron, reflexionaron y se asombraron ante lo que estaba aconteciendo y que pudieron realizar vinculaciones entre los niños y los familiares que, luego del secuestro de sus padres, los estaban buscando.

Como intentamos demostrar en el análisis de casos, estamos planteando que las prácticas de secuestro, sustracción y sustitución de identidad de los niños se insertaron en determinadas redes de relaciones sociales y de poder, se entrela-

zaron con dispositivos jurídico-políticos y con una estructura institucional-burocrática, tanto como con nociones y sentidos ya existentes en nuestra sociedad en relación con un determinado sector de la infancia. Sin embargo, si en la dimensión de las continuidades es posible identificar tales elementos, consideramos que, en relación a lo ya existente, las rupturas fundamentales que marcan estas prácticas criminales fueron desplegadas en un Estado terrorista que introdujo en distintos niveles de la sociedad un “estado de excepción”, en el cual norma y hecho se volvieron *indiscernibles*.

Un estado de excepción –en el que todo se vuelve verdaderamente posible, al decir de Agamben (1998)– que posibilitó la sistematicidad en la ejecución de un plan a gran escala de apropiación de niños. Una acción institucional y estructurada, desarrollada a partir de la implantación de un proyecto político-ideológico destinado a disciplinar a la sociedad. Acciones de disciplinamiento que se engarzaron en una normalidad admitida, que en el caso de los niños desaparecidos fue la de los procedimientos y rutinas burocráticas, la de las nociones *salvacionistas* sobre una niñez que se construyó como proveniente de “medios nocivos” y “desamparada”.

Por último, si tales modalidades represivas pudieron ser inscriptas en el universo de lo socialmente admitido por su confluencia con prácticas de larga tradición en nuestra sociedad, el insistente trabajo de denuncia, búsqueda, localización y restitución de niños llevado adelante por Abuelas de Plaza de Mayo posibilitó conferir una enorme visibilidad y problematizar estos actos criminales. Si bien el objetivo de este trabajo no ha sido indagar sobre este tema, debemos señalar que en la construcción de la memoria sobre la violencia ejercida por el Estado terrorista, la labor de Abuelas marca un antes y un después en la forma de tratamiento del tema de la apropiación de menores, esto es, del concepto de los niños como propiedad.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. (2000) *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos.
- (2001) *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia, Pre-textos.
- Arditti, Rita. (2000) *De por vida, historia de una búsqueda. Las Abuelas de Plaza de Mayo y los niños desaparecidos*. Buenos Aires, Grijalbo.
- Arendt, Hannah. (1995) *De la historia a la acción*. Buenos Aires, Paidós.

- (2000) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, Lumen.
- Bokser, Mirta y Guarino, Mirta. (1992) *Derecho de niños o legitimación de delitos*, Buenos Aires, Colihue.
- Calveiro, Pilar. (1999) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- Cohen, Stanley. (1988) *Visiones de control social*. Barcelona, PPU.
- Christie, Nils. (1993) *La industria del control del delito ¿La nueva forma del holocausto?*. Buenos Aires, Del Puerto.
- Da Matta, Roberto. (1980) *Carnavais, malandros e herios*. Río de Janeiro, Zahar.
- Filc, Judith. (1997) *Entre el parentesco y la política: familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires, Biblos.
- Fonseca, Claudia y Cardarello, Andrea. (1999) "Direitos dos mais e menos humanos". EN: Revista *Horizontes Antropológicos*, año 10, N° 5, Porto Alegre.
- Guy, Donna. (1998) "Madres vivas y muertas, los múltiples conceptos de la maternidad en Buenos Aires". EN: Balderston, Daniel y Guy, Donna (comp.) *Sexo y sexualidades en América Latina*. Buenos Aires, Paidós.
- Herrera, Matilde y Tenenbaum, Ernesto. (1990) *Identidad, despojo y restitución*. Buenos Aires, Contrapunto.
- Larrandart, Lucila. (1991) "Prehistoria e historia del control socio-penal de la infancia". EN: Bianchi, M. y García Méndez, E. (comp.), *Ser niño en América Latina. De las necesidades a los derechos*. Buenos Aires, Galerna.
- Moreno, José Luis (comp.). (2001) *La política social antes de la política social*. Buenos Aires, Prometeo.
- Tiscornia, Sofía. (1998) "La seguridad ciudadana y la cultura de la violencia". EN: AAVV, *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Vianna, Adriana. (1997) "Clasificações Sociais, Polícia e Minoridade. Distrito Federal, 1919-1929". EN: Seminario *Ciencias Sociales, Estado y Sociedad*, Programa de Posgraduación en Antropología Social / Museu Nacional / UFRJ y Departamento de Ciencias Sociales de la École Normal Supérieure de Paris, Río de Janeiro.

Notas para una biografía socio-intelectual de Maurice Halbwachs

Gustavo Sorá

Investigador de CONICET - Museo de
Antropología de la Universidad Nacional de
Córdoba.

Pensar Halbwachs a partir de Halbwachs. Esta revista es una evidencia entre tantas que muestran que la historia ha reconocido su sociología de la memoria como una cumbre de su obra. Tras la lectura de *Los cuadros sociales de la memoria* (1925) o de *La memoria colectiva* (1950) es de suponer que el lector se preguntará cómo ha sido el proceso selectivo que marcó a Halbwachs como un clásico, y cómo y por qué se recortan esos estudios del conjunto de textos e intereses que el autor pudo haber creado en vida. Las premisas de sus estudios sobre la memoria permitirían develar hasta qué punto la historia intelectual es guardiana de la Historia: rara vez va más allá de los textos que quedan; de las “teorías” que sirven para poner en juego un autor del pasado sobre los tableros académicos del presente. Violenta así registros olvidados, experiencias que no se imprimen lo suficiente y que formarían parte de una tradición en constante riesgo de desaparición.

Las notas biográficas de este texto se ordenan a partir de un hecho registrado: la adhesión de Halbwachs a la Escuela Sociológica Francesa. Considero que esta relación es antes reconocida que conocida y que sería preciso sondear en el fondo del sentido para Halbwachs (tanto o más como sentimiento nativo que como problema semiótico) cuando en 1930 afirmó que él era “más durkheimiano que Durkheim”.¹ En primer lugar

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

1 Citado en Fournier, 1994, p. 633. La monumental biografía del sobrino de Émile Durkheim y principal promotor del reconocimiento de la llamada

esa creencia fue una manifestación particular de un hecho ya general de la historia de las ciencias sociales en Francia: esta tradición nacional es en gran medida una historia de filósofos renegados, de “*agregés en philosophie*” que para redescubrir lo universal se mancharon las manos con la historia, las sociedades, los documentos, la etnografía, la estadística. En el postfacio a *Los cuadros sociales de la memoria*, Gérard Namer demuestra en detalle las líneas de ruptura que siguió Maurice Halbwachs para cuestionar la filosofía de la memoria de Henri Bergson.² Es por ello que debe subrayarse el hecho de que los estudios de la memoria de Halbwachs son antes que nada “una sociología”, y esta cobra toda su especificidad como una producción engarzada en los aportes del grupo de personas que gravitaron en torno a Émile Durkheim desde fines del siglo XIX.

El encanto de Halbwachs hacia Bergson se gestó en su formación inicial en la Escuela Henri-IV, en la École Normale Supérieure, en los seminarios del Collège de France. Pero temprana también fue su aproximación al grupo de *L'Année Sociologique*. Este anuario fue publicado entre 1898 y 1913 y fue un catalizador de los proyectos de Durkheim. La rigurosa división de tareas y el enorme trabajo académico que gestó alrededor de la revista marcó a fuego la trayectoria de todos los que participaron de ese emprendimiento. Su objetivo fue publicar *mémoires* (memorias), denominación francesa para los trabajos monográficos originales, y reseñas.³ Maurice Halbwachs comenzó a colaborar en *L'Année* en 1905. Pero las huellas materiales, impresas, de su aproximación a los intelectuales de este equipo datan al menos de 1900, cuando comenzó a escribir reseñas en *Notes Critiques. Sciences Sociales*, un boletín bibliográfico editado por la Société Nouvelle de Librairie et d'Édition y dirigido por François Simiand. *Notes critiques* permitió evacuar uno de los pretenciosos objetivos de *L'Année*: la reseña de “toda” la producción internacional de las ciencias sociales. Ambas ediciones fueron interdependientes. Al igual que Halbwachs, Simiand había sido “norma-

“Escuela Sociológica Francesa”, ofrece un conjunto detallado de datos sobre la progresión de las carreras de todos los miembros de *L'Année Sociologique*. Este trabajo busca inscribirse en lo que Michael Pollak denomina “una biografía socio-intelectual” (Pollak, 1996). La pertinencia de esta perspectiva es mayor si se tiene en cuenta que Pollak es autor de una obra original en el campo de estudios sobre la memoria (Cf. da Silva Catela, 2005). Por otra parte, este trabajo puede caracterizarse como “notas” en la medida en que no fue usado todo el repertorio de estudios biográficos consagrados a la obra de Maurice Halbwachs. Para un panorama de ese conjunto bibliográfico, véase Namer 2004a, p. 353 y Fleury, 2004, pp. 120-121.

2 Namer 2004a, pp. 345-428.

3 En el análisis de los doce volúmenes editados, Philippe Besnard (1998: 14) contabilizó la publicación de 18 monografías, 4.800 reseñas de libros y 4.200 libros indicados, sin comentarios.

lien”⁴ y era uno de los principales colaboradores de *L'Année*. Namer le atribuye al encuentro con Simiand la principal orientación de las perspectivas de Halbwachs hasta 1914: “Simiand personifica la entrada de Halbwachs en el grupo durkheimiano, la pasión por la sociología económica y por la economía política de su tiempo, y el descubrimiento de la importancia teórica de la estadística”.⁵

Junto a las experiencias académicas en pos de las ciencias sociales se superponen otras dimensiones de la vida de Maurice Halbwachs en su aproximación a “los durkheimianos”: el origen judío y la acción socialista. La “identidad” de Halbwachs con Durkheim y con Mauss llega hasta el origen igualmente alsaciano y judío.⁶ Nació en Reims en 1877 y su padre fue un profesor alemán. La identificación entre Maurice Halbwachs, Marcel Mauss, Henri Hubert, Lucien Herr, Robert Hertz se moldeó bajo el clima del caso Dreyfus, tomado como un combate revolucionario contra la Iglesia, la reacción, la disciplina y la tradición. François Simiand, al igual que Durkheim, además era muy amigo del líder socialista Jean Jaurés. Aquellos jóvenes dedicaron gran parte de su labor a la militancia y a la escritura sobre las “cuestiones sociales” de la hora. Al tiempo que inició su colaboración en *L'Année Sociologique*, Halbwachs comenzó a escribir para la *Révue Syndicaliste* creada en 1905 por Albert Thomas y en la *Révue Socialiste* (1910). A partir de 1908 formó parte del grupo de estudios socialistas que organizó Robert Hertz e inició su colaboración en el diario de Jaurés *L'Humanité* en el cual Mauss era miembro del Consejo de Administración. La acción de estos sociólogos-socialistas gestó la elección de dos parlamentarios en los comicios de 1914.⁷

4 En Francia las instituciones de enseñanza son el centro de promoción de amistades y alianzas de decisivo impacto en la diferenciación de toda fracción de elite. Se denomina normaliens a los egresados de la École Normale Supérieure, institución considerada en la cima de las que forman especialistas en humanidades y ciencias sociales. Sobre el dominio ejercido por los normaliens en el sistema universitario y cultural francés desde el siglo XIX, véase Karady, 1976, p. 295 -nota 2.

5 G. Namer, 2004a, p. 359.

6 En El suicidio el propio Durkheim reflexiona sobre la correlación que se produce entre la situación de minoría en la diáspora y el desarrollo de vocaciones intelectuales en el judaísmo. Se trata de un pasaje privilegiado para comprender en qué medida al convertir una misión familiar que le prescribía el rabinato (entre los Durkheim se verifica la presencia de rabinos por ocho generaciones) en una carrera académica, Émile Durkheim formó una figura carismática que se imponía como “un padre laico”, según juicios de época. Por otro lado, en su estudio sobre la obra de Halbwachs, Namer afirma: “resulta significativo el origen judío de un gran número de creadores de esta cultura de la memoria” (Namer, 2004a: 346). Entre otros cita a Mahler, a Bergson, a Freud.

7 Uno de ellos fue Albert Thomas, quien durante la guerra fue Ministro de Armamentos y llamó a Halbwachs y a otros sociólogos próximos como colaboradores (Durkheim, 1998, pp. 408 y 449).

Pero la inclusión en el grupo de *L'Année* sobresale por sobre toda otra experiencia por el grado en que representó una “reconversión intelectual radical” para los miembros de la generación de Halbwachs: “Se puede decir que todos los verdaderos alumnos de Durkheim –es decir todos aquellos entre los colaboradores de *L'Année* que no pertenecían a su generación– han hecho una reconversión intelectual radical antes de poder obtener un puesto universitario relacionado con su nueva especialidad. Este hecho tal vez sea la medida más significativa de la cohesión del equipo y de la centralidad del proyecto durkheimiano sobre las carreras de sus miembros”.⁸ Esta afirmación de Victor Karady orienta el objetivo de estas notas: observar y comprender el desplazamiento de Maurice Halbwachs en el espacio académico-intelectual generado a partir de los proyectos de Durkheim: desde joven colaborador de *L'Année Sociologique* a inicios del siglo XX, hasta devenir el principal editor de los *Annales Sociologiques* a fines de los años 30, última manifestación impresa de esa experiencia colectiva sin parangón en la historia de las ciencias sociales. Para ello observo la trayectoria de Maurice Halbwachs a partir de dos clases de hechos decisivos en la formación de una posición y proyecto intelectual: la edición y la cátedra, lo publicado pero también las experiencias en proyectos académico-editoriales y las posiciones progresivas en el campo académico. Considero que estas dimensiones permiten rescatar del olvido textos, intereses, prácticas y representaciones que son producto de la unidad sociológica más inmediata en la que Halbwachs desarrolló su trabajo y que generalmente son o desconocidas u olvidadas en las apropiaciones de la obra de este autor.⁹

En el plano de “las ideas”, la originalidad de la obra de Halbwachs emergió de su *diferencia* con relación a las de Bergson y Durkheim, los dos autores a los que más estrechamente unió la suya y los que, en la visión de Karady, han sido los más influyentes en la diferenciación de las ciencias sociales y humanas francesas en la primera mitad del siglo XX.¹⁰ Antes que una elección “teórica” por Bergson o

8 Karady, 1976, pp. 309, 310 y nota 108. Namer también considera las particularidades de la solidaridad al interior de este grupo e historiza el análisis al advertir que “el grupo, tal como es vivido por los contemporáneos de Halbwachs” no tiene nada que ver con la sociedad científica francesa contemporánea (Namer, 2004a, p. 357).

9 Estas notas se “limitan” a la trayectoria intelectual de Halbwachs ante la dificultad de acceder a datos sobre la vida familiar y cotidiana, dimensión fundamental y generalmente obviada en los estudios sobre las “ideas”. Se puede postular, por ejemplo, que en gran medida el destino de Halbwachs y “los durkheimianos” hubiera sido diferente si Durkheim no hubiera hecho un “buen casamiento”. Un emprendimiento tan arriesgado como *L'Année Sociologique* pudo apoyarse en la “tranquilidad material” que proveyó la dote de 100.000 francos recibidos por su casamiento con Louise Dreyfus (cf. Charle, 1984).

10 Karady 1976: 268.

Durkheim, Namer demuestra que la amplitud de problemas y de autores que también inspiraron a Halbwachs (Marx y Weber por sobre otros) está en la base de su capacidad de síntesis, en la heterodoxia de su pensamiento y en la fecundidad de una obra que va más allá de los estudios sobre la memoria. A inicios de siglo Halbwachs trabajó sobre la monadología de Leibniz, un autor central en la filosofía de Bergson.¹¹ Progresivamente desarrolló el interés por investigar la clase obrera y los métodos estadísticos, en el terreno de la economía política. Dicho referente empírico introducía de manera inédita problemas socialistas a la reflexión universitaria. Los resultados aparecieron en dos libros: *“Las expropiaciones y los precios de los terrenos en París”* (1909) y *“La clase obrera y los niveles de vida. Investigación sobre la jerarquía de las necesidades en las sociedades industriales contemporáneas”* (1912).¹² De modo paralelo a los aportes de Simmel sobre las clases y el intercambio en *La filosofía del dinero*, Halbwachs buscó renovar los fundamentos del socialismo liberándolo de la monocausalidad económica. Siguiendo las rupturas abiertas por una investigación como *El suicidio* de Durkheim, Halbwachs privilegió el análisis de problemas del presente. En ello radicó una de las principales innovaciones de las disciplinas que introdujeron las reformas universitarias republicanas desde fines del siglo XIX (economía política, derecho constitucional e internacional, geografía descriptiva, ciencias de la educación y sociología), frente al culto del pasado en las humanidades clásicas dominantes.¹³ Para Gérard Namer, en las tesis sobre la clase obrera ya se esbozó el interés de Halbwachs por los estudios sobre la memoria.¹⁴

La relación entre Bergson y Durkheim en la obra de Halbwachs señala una tensión cuyo efecto positivo fue una fuerte autonomía de pensamiento, tal como demuestra el distanciamiento logrado en un trabajo como *“La doctrine de*

11 Para Gérard Namer, Halbwachs fundamentalmente toma de Leibniz una noción de pluralidad de los tiempos sociales. Esta aproximación se gestó durante una estadía académica en Tübingen, adonde había sido enviado por Henri Bergson para investigar datos en la correspondencia de Leibniz para su obra *Materia y memoria*. Cf Namer, 2004b: 91.

12 El trabajo sobre la clase obrera fue la tesis doctoral de M. Halbwachs. La tesis secundaria también fue publicada por la Librería Félix Alcan: *La théorie de l'homme moyen. Essai sur Quételet et la statistique morale* (La teoría del hombre medio. Ensayo sobre Quételet y la estadística moral).

13 Karady, 1976: 273.

14 “Desde 1912 Halbwachs considera que la clase obrera se encuentra totalmente incorporada en el presente y excluida de la memoria colectiva (...) Si conocer la clase obrera es fundamental para un socialista en 1912, resulta esencial comprender en 1920 cómo la conciencia de clase puede nacer del conflicto entre la memoria del pasado y las exigencias del presente” (Namer, 2004a: 375-376).

Durkheim” de 1916.¹⁵ Abatido por la muerte en guerra de su hijo André a fines de 1915, Durkheim se reconfortó con el trabajo de Halbwachs como una distinción en medio de los duros ataques que continuaba sufriendo su proyecto en el frente académico, aún dominado por adversarios de su tiempo como Jean Izoulet o por herederos de sus oponentes, como Henri Bergson,¹⁶ quienes desde el Collège de France¹⁷ promovían una filosofía social, una psicología sociológica. Durkheim murió el 15 de noviembre de 1917. En la guerra cayeron amigos y colegas como

15 Publicado en la *Révue Philosophique* que dirigía Lucien Lévy-Bruhl. Gérard Namer sugiere que en ese trabajo sobre Durkheim, Halbwachs produce su propia autonomía de pensamiento al proponer la noción de “evaluación de las ideas sin principio de autoridad” (Namer, 2004a: 359).

16 El trabajo de Wolf Lepenies sobre el campo académico francés en el cual se diferenció la sociología de Durkheim, muestra algunas relaciones necesarias para comprender la posición antagónica de Henri Bergson. Este no se movió del campo filosófico, no pretendió trascender el lugar de esta disciplina hacia las ciencias sociales. Pero su posición fue próxima a la de Gabriel Tarde. En el cambio de siglos Tarde disputaba con René Worms y Émile Durkheim “la supremacía de la sociología francesa” (Lepenies, 1996: 60). El autor de *Las leyes de la imitación* (1890) fracasó en transformar el nombre de su cátedra de filosofía moderna del Collège de France en una de psicología sociológica. A inicios de siglo Henri Bergson trabajaba vinculado a Gabriel Tarde y al morir este en 1904 “heredó” dicha cátedra. Una manifestación de este vínculo es el prefacio que Bergson escribió para el libro *Les grands philosophes français et étrangers* que organizaron los hijos de Tarde con una selección de textos de su padre. Hacia 1916 la oposición Durkheim–Bergson era reproducida por los usos de las obras de estos académicos en las disputas durante la guerra. En un momento de crisis, las principales críticas a Durkheim se referían al carácter “republicano” (oficial) de su doctrina. En la visión de Lepenies, el tipo ideal de estas críticas fueron proferidas por el escritor (librero y editor) Charles Péguy, quien afirmaba que “un puñado de historiadores mediocres y un grupo de sociólogos terroristas representan apenas una parte de la Sorbonne, aquella que ciertamente habla, agita y dogmatiza, pero no trabaja” (citado en Lepenies, 1996: 75). Es frente a esa creencia que “Henri Bergson se tornó tan importante para Péguy y muchos anti-sociólogos del cambio de siglos (...) En Bergson saludaban el renacimiento de una metafísica que debería proteger la razón de las garras de los sociólogos”. Finalmente, para no caer en el binarismo moral de las oposiciones intelectuales, es preciso agregar que Bergson a su vez era combatido por la Iglesia Católica (ibidem).

17 Como se verá, los durkheimianos sólo accedieron a puestos en el Collège de France a partir de 1930. Para comprender los efectos de legitimación y consagración de los saberes que se generan en esa institución cumbre del sistema de enseñanza francés, sería preciso describir sus particularidades. Apenas señalo que se trata de un establecimiento bajo directa responsabilidad del Jefe de Estado que promueve autonomía con relación a las disputas de las Universidades y de las Escuelas de Altos Estudios. Su prestigio también se liga con la antigüedad de sus antecedentes (que remontan al Collège Royal de 1530) y con la importancia concedida a partir de 1870 como una estructura acorde para revertir en el terreno académico la competición con las Universidades alemanas (Cf. Almeida, 1999).

Robert Hertz. Durkheim y *L'Année Sociologique* ya no estaban. Los durkheimianos ocupaban sólo algunas de las principales cátedras universitarias en las que podían enseñarse ciencias sociales.¹⁸ Marcel Mauss asumió lentamente un trabajo de reorganización. A partir de entonces, como veremos, Maurice Halbwachs jugó un rol central en la transmisión de este legado académico, ético e intelectual.¹⁹ Sus ventajas temporales estuvieron unidas a una retirada al interior: en 1919 obtuvo un puesto como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Estrasburgo, que estaba armando cuadros para instaurar una “nueva Sorbona” en provincias. Esta fue la tercera cátedra (después de las fundadas por Durkheim en Bordeaux y en la Sorbona) que permitió una formación en sociología, aun cuando apenas otorgaba un certificado libre de sociología general. Desde allí participó en el lanzamiento de una revista socialista sobre cooperativismo y de la refundación de *L'Année Sociologique* (Segunda Serie). Esta fue iniciativa de 30 “aliados” que en 1923 fundaron un Institut Français de Sociologie bajo la dirección de Marcel Mauss: la mayoría eran filósofos que supieron “abdicar aquellos sistemas abstractos de los que hablaba Condillac”.²⁰ Cada miembro se posicionaba en una de las cinco rúbricas que dividían las líneas de interés de los editores: Halbwachs se ubicó en sociología económica y en morfología social.²¹ Al igual que en la primera serie, la librería Félix Alcan también editó la colección de libros “*Travaux de L'Année Sociologique*”: el primero fue *La educación moral* de Durkheim; el segundo *Les cadres sociaux de la mémoire* de Halbwachs; el tercero *Les danses et légendes de la Chine ancienne* de Marcel Granet. La siguiente imagen de la contraportada de uno de los libros editados por Alcan (*L'Ame primitive* de L. Lévy-Bruhl, 1927) permite recuperar un sistema de títulos, autores, temas, objetos no considerado en las apropiaciones de dichas obras desde el presente.²²

18 Paul Fauconnet y Celestin Bouglé eran profesores en la Sorbona; Marcel Mauss continuaba en su cátedra de Religiones de los pueblos no civilizados en la 5ª Sección de la École Pratique de Hautes Études; François Simiand era profesor de Historia de los hechos y de las doctrinas económicas en la 4ª Sección de la misma institución.

19 Es por ello que para comprender los desplazamientos de la posición de Halbwachs es preciso observar su correspondencia con las posiciones y disposiciones de Marcel Mauss, por sobre todas las otras del espacio social generado al interior del grupo de *L'Année* y al exterior del mismo.

20 Según René Maunier, uno de los miembros, citado en Fournier 1994: 494. Aparte de los filósofos de formación había seis historiadores, tres etnólogos, tres juristas, dos geógrafos y dos lingüistas (ibidem).

21 Las principales rúbricas eran sociología general; sociología religiosa; sociología jurídica; sociología económica y diversos (que incluía morfología social, tecnología, lingüística y estética). (Cf. Fournier 1994: 492).

22 ¿Cómo se explica que a más de cien años de Saussure o a más de 30 de *La arqueología del saber* de Foucault no se tengan en cuenta las relaciones entre tales unidades de significación, las cuales forman el sistema específico que envuelve a un autor y a una obra en un tiempo y espacio específicos? Los catálogos editoriales son objetos indispensables para reconstruir los sistemas de referencia que desgrana la historia de las ideas (sobre esta cuestión, véase Sorá, 1997: 165).



En el catálogo de Alcan, los “*Trabajos de L'Année*” aparecían como una sección de la “*Bibliothèque de philosophie contemporaine*”. Las elecciones editoriales evidencian claramente la jerarquía de representaciones eficaces para “dar al público” las novedades impresas. Nuevamente vemos que en este caso las ciencias sociales se desprenden de lo filosófico, forma de clasificación dominante, de mayor aceptación pública. Este movimiento genético de diferenciación también emerge de las otras revistas donde publicaban los durkheimianos.²³ La edición de *Los cuadros sociales de la memoria* fue (una *mémoire*!) ladeada de otras dos publicaciones que confirmaban el conjunto de temas e intereses que se cruzaban en el proyecto intelectual de Halbwachs: *Les origines du sentiment religieux d'après Durkheim*, en el cual sintetiza y somete a crítica los aportes de *Las formas elementales de la vida religiosa* y *Le cal-*

cul des probabilités à la portée de tous,²⁴ un texto de divulgación realizado con Maurice Fréchet. Si bien *Los cuadros* no explayan un método estadístico, esta herramienta subyace como una guía indispensable para conocer los hechos sociales. Para Marcel Mauss el conocimiento estadístico de Halbwachs lo destacaba como un faro para los nuevos desafíos teóricos del grupo. En “*Divisiones y proporciones de las divisiones de la sociología*”²⁵ Mauss afirmaba: “En el fondo, todo problema social es un problema

23 Los trabajos de Halbwachs “*La doctrine de Durkheim*”, “*Matière et société*” y “*L'expérimentation statistique de probabilités*”, aparecieron en la *Révue Philosophique* que dirigía Lucien Lévy-Bruhl, quien abrió su revista a los investigadores de *L'Année*. Lo mismo realizó Celestin Bouglé con la *Révue de métaphysique et morale* (cf. Fournier, 1994: 466-467). Como sociólogos conversos, estos agentes hacían de la filosofía un objeto de disputa disputas. Bouglé había sido el primer autor publicado por la primera serie de la colección “*Travaux de L'Année sociologique*”. En 1920 impulsó la enseñanza de la sociología en las escuelas normales primarias y en 1934 asumió la dirección de la *École Normale Supérieure*. Todos estos hechos deben ser pensados como triunfos progresivos de los sociólogos, bajo un clima de constante hostilidad de los filósofos establecidos que pensaban que la sociología no podía servir de fundamento a la moral; que sus efectos serían “*nefastos*” (ibidem).

24 “*El cálculo de probabilidades al alcance de todos*”.

25 Este texto apareció en *L'Année* en 1927 y marcó un ápice de la reorganización teórica de los durkheimianos.

Alli Mauss presenta el nuevo plan del anuario, jerarquiza objetos y métodos de investigación, y reconfigura las

estadístico (...) Las operaciones estadísticas no sólo son un medio para medir sino la vía para analizar todo hecho social”.²⁶ Esta afirmación se condice con la creciente autoridad reconocida a Halbwachs desde mediados de los años 20 en los proyectos institucionales, editoriales y académicos de los durkheimianos. Desde entonces deseó regresar a París. En 1928 se sintió legitimado para presentar su candidatura a la cátedra de filosofía social que quedó vacante al morir Jean Izoulet. Para los durkheimianos el asalto de esta cátedra pasó a ser una misión, una cuestión de honor. En 1897 se desencadenó el “*misérable affaire Izoulet*”, calificación de Durkheim para denunciar el nombramiento del filósofo en la cátedra que entonces se creó en el Collège de France bajo el nombre de filosofía social. El autor de las reglas del método aspiraba a ese puesto. Desde inicios de esa década ansiaba instalarse en París. En 1894 Alfred Espinas, su antiguo aliado en Bordeaux, se le anticipó a un puesto en la Sorbona y en 1899 Gabriel Tarde también entró como filósofo al Collège de France. Desde entonces el arribo de Durkheim (y de su sociología) a París y a la cima del prestigio académico significó una empresa extremadamente dura. Halbwachs se bajó de la candidatura al saber que Marcel Mauss también concurriría a la elección. Mauss buscaría transformar esa cátedra en una de etnología y Halbwachs calculaba que pronto se abrirían nuevos lugares para presentarse y crear una cátedra de “estadística moral”. Esta denominación proyectaba toda una provocación para los filósofos tradicionales. La elección de Mauss se dio recién en segunda vuelta hacia 1930. “Evento decisivo; más decisivo aún en la medida en que las

fronteras de las disciplinas sociales en el seno de las ciencias y las humanidades. Halbwachs lee en “Las divisiones...” páginas de primer orden y festejó la demarcación de la sociología de la psicología colectiva à-la Blondel.

26 Marcel Mauss, “Divisiones y proporciones de las ciencias sociales”, citado en Fournier 1994: 535.

Recordemos que una de las manifestaciones de un hecho social es su frecuencia o, en otras palabras, que sea “numeroso”. Tal percepción de Mauss era correlativa a una mayor aproximación de los durkheimianos con la antropología y la sociología norteamericanas posibilitada, en un aspecto material, por los recursos y las políticas académicas introducidos en territorio europeo por la Fundación Rockefeller. Esta instaló oficinas en París en 1917 y sus principales agentes franceses fueron el jurista Charles Rist y Marcel Mauss. En 1926 Marcel Mauss viajó a los Estados Unidos invitado por la Fundación Rockefeller. Visitó Nueva York, Boston, New Haven, Chicago, Washington y Philadelphia y conoció personalmente, entre otros, a Franz Boas, Edward Sapir, Franklin Giddings, Robert Park y John Dewey. En 1929 escribió: “Las estadísticas en Francia están mal hechas. No hay una regla uniforme, los cuadros están falseados en función de fines interesados. Para concluir, hay que reconocer la utilidad superior de los métodos cuantitativos en las ciencias sociológicas (...) Pero este conocimiento cuantitativo debería estar mucho más desarrollado. En los Estados Unidos se han establecido estadísticas de una multitud de hechos, hasta la frecuentación de las iglesias y de los cines. En Italia la enseñanza de la estadística es mucho mejor que la nuestra. No nos hacemos más que una mínima idea de lo que sería posible en este campo.” (Mauss, 1971: 175).

resistencias han sido obstinadas”: así Halbwachs le manifestaba su regocijo a Mauss, en carta enviada desde Chicago en noviembre de 1930.²⁷ Meses antes se había abierto un nuevo puesto al Collège de France y Mauss postuló a Halbwachs, quien no vio chances claras de entrar en la concurrencia con Georges Davy y prefirió apostar a un nombramiento en la Sorbona al lado de Célestin Bouglé. Ese año Halbwachs publicó otro libro que lo afirmó como intérprete y uno de los principales herederos de Durkheim a los ojos de los pares y de los opuestos. Se trató de *Les causes du suicide*, editado por Alcan con prefacio de Mauss. El propio autor exigió que el lanzamiento fuera paralelo a una reedición de *El suicidio* de Émile Durkheim. En 1933 Halbwachs fue el autor de otro libro editado por Alcan: *L'évolution des besoins dans la classe ouvrière*.²⁸ A esta altura queda clara la recursividad de Halbwachs para retornar sobre sus temas de investigación (clase obrera, estadística, memoria) en una espiral de conocimiento cada vez más refinado.

A pesar del esfuerzo de Marcel Mauss en la planificación de la segunda serie de *L'Année Sociologique*, los pocos números aparecidos fueron muy difíciles de organizar. No hubo renovación de “cuadros” y los miembros del Institut Française de Sociologie naturalmente habían diversificado los frentes de trabajo con relación a sus apuestas juveniles. La producción de Mauss y otros se fragmentó a finales de los años 20 en el boletín del Instituto. Bouglé y Facounet, los durkheimianos de la Sorbona, lanzaron el desafío de cerrar la serie y crear una nueva revista. A pesar del fracaso de la segunda serie de *L'Année*, su historia y la organización de funciones que marcó al interior del grupo formado alrededor de Durkheim pasaron a ser modelares en otras disciplinas y generaciones, tal como demuestra el acercamiento de los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch cuando en 1929 lanzaron los famosos *Annales d'histoire économique et sociale*. Estos profesores de Estrasburgo solicitaron la colaboración de Mauss, Simiand y Halbwachs. Sólo este último aceptó ingresar en el comité de redacción, lo cual no le impidió sumarse a las discusiones para recrear una revista de ciencias sociales. Después de un par de años de planificación, los *Annales Sociologiques* aparecieron en 1934. En el aspecto financiero, la publicación fue sostenida por un subsidio de 60.000 francos de la Fundación Rockefeller otorgado a Maurice Halbwachs para el periodo 1935-1940. Halbwachs fue el Secretario de Redacción y principal organizador, especialmente a partir de 1935 cuando se instaló en París luego de ingresar como profesor a la Sorbona.²⁹ En el seno de la revis-

27 Citada en Fournier 1994: 588.

28 La evolución de las necesidades en la clase obrera.

29 Allí ocupó la cátedra de Historia económica y social en lugar de Célestin Bouglé, quien a su vez fue nombrado Director de la École Normale Supérieure. En Estrasburgo Halbwachs fue reemplazado por Georges Gurvitch, un filósofo de origen ruso que desde mediados de los años 20 frecuentaba a los durkheimianos.

ta se invirtió la relación Mauss-Halbwachs. Ahora era éste el que rogaba al autor de la teoría general de la magia para que aportara algo sobre sociología religiosa para “dar la impresión de continuidad” con *L'Année*.³⁰ Nuevamente el desafío de los *Annales* fue reactualizar el legado durkheimiano ante el nuevo estado de las ciencias sociales. La división de secciones mostraba continuidad: sociología general a cargo de C. Bouglé; sociología religiosa bajo supervisión de Mauss; sociología jurídica organizada por G. Ray; sociología económica dirigida por F. Simiand y Morfología social, tecnología y estética a cargo de M. Halbwachs. Si bien Alcan deseaba editar un solo volumen anual, los organizadores prefirieron segmentar la publicación en fascículos por sección temática. Solamente Halbwachs colaboró en todas las rúbricas, lo que demuestra su dinamismo en París. En cierta medida este grupo volvió a introducir novedades en terreno francés a través de una publicación y por contrastes con los desarrollos en la tradición anglosajona. En la visión de Fournier, la revista buscó “darle a su disciplina una orientación netamente empirista y abierta a la gestión de los problemas sociales, y, como en los Estados Unidos, profesionalizarla”.³¹ La Fundación Rockefeller financiaba la edición y también los viajes que acentuaban el acercamiento a la sociología y la antropología realizada en Estados Unidos. En 1931, cuando emergieron los debates para crear el nuevo proyecto, desde Chicago Maurice Halbwachs opinaba: “¿Podemos aún salvar a *L'Année*? Me parece que eso depende de ustedes. Sería bueno que les mostremos a nuestros amigos americanos que existimos. Entre ellos la sociología es verdaderamente una realidad”.³² Entre otras cosas la tradición anglosajona reafirmaba las apreciaciones de Mauss sobre método y trabajo empírico que en 1925 destacaron la ventaja de Halbwachs entre ellos. El “*Fragmento de un plan de sociología general descriptiva*” escrito por Marcel Mauss abrió el primer número de los *Annales Sociologiques*. Al igual que en “Las divisiones...” con las que abrió la segunda serie de *L'Année*, allí presentó, un programa de trabajo colectivo que buscaba “sustituir las rúbricas vagas y

30 Citado en Fournier 1994: 647.

31 Fournier 1994: 648. Victor Karady califica de semi-fracaso la imposibilidad de los durkheimianos de profesionalizar las ciencias sociales en el cuadro de un sistema universitario dominado por el humanismo clásico en las Facultades de Letras (que aún así abrieron lugar a aquellas disciplinas “republicanas” que promovieran la investigación “desinteresada”) y por los intereses políticos y sociales en las de Derecho (que restringían la aceptación de los conocimientos sociales aplicables a la racionalización del Estado, como las ciencias políticas): “(...) fracasarán frente a la tarea de organización profesional de la investigación y también en sus esfuerzos de asegurarle un grado suficiente de autonomía institucional” (Karady, 1976: 297).

32 Citado en Fournier 1994: 639. Si la legitimación de una Escuela Sociológica Francesa en el campo académico francés aún era ambivalente, en el escenario internacional de fines de los años 20 ya era sinónimo de ciencias sociales francesas; tal como documenta, por ejemplo, el capítulo XII de la Historia de la etnología de Robert Lowie (México, Fondo de Cultura Económica 1946 [1937]).

variadas por un plan de investigaciones y de observaciones”; “filosofar es inútil mientras haya tanto para conocer y para saber; cuando falta tanto por hacer para comprender”. La propuesta que impuso Marcel Mauss fue observar y ordenar.³³ La marca de Halbwachs en los *Annales* se expresó por una mayor representatividad de trabajos de sociología económica, entre los cuales apareció el suyo sobre “*La théorie générale de Keynes*” (1940).

En 1935 murió François Simiand y dejó un lugar en el Collège de France que había que defender. Mauss nuevamente postuló a Halbwachs pero este prefirió asentar su lugar en la Sorbona donde podría formar discípulos. El regreso a París fue acompañado de múltiples reconocimientos: en 1935 fue incorporado como miembro del Instituto Nacional de Estadísticas; en 1936 en la Oficina Internacional del Trabajo y en 1937 como delegado de la Sociedad de Naciones. Los libros que publicó Halbwachs desde la segunda mitad de los años 30 ampliaron los puntos recurrentes de su espiral de conocimiento: en 1938 publicó otro “ensayo sobre las clases sociales”;³⁴ en 1939 y en 1941 dos libros en los que rehace su crítica a Bergson y avanza en la demostración de las “leyes de la memoria”: *La mémoire chez les musiciens* y *La topographie légendaire des Évangiles en terre sainte*.³⁵ La

33 Si bien Mauss no realizó trabajo de campo, fue, junto a Paul Rivet, un ferviente promotor de expediciones etnográficas desde la fundación del Institut d’Ethnologie en 1925. Los cursos sobre método etnográfico de Mauss en el Instituto de Etnología fueron sistematizados por Denise Paulme y fueron editados como *Manual de etnografía* (París, Payot, 1947). Esta orientación, así como las apreciaciones positivas de los durkheimianos sobre los métodos entre las ciencias sociales norteamericanas aportan otra evidencia más sobre las arbitrariedades escritas por Claude Lévi-Strauss al pensar sus continuidades y rupturas frente a la Escuela Sociológica Francesa (véase, por ejemplo, Karady, 1971 y Sigaud 1999). En *Tristes Trópicos* Lévi-Strauss (1997: 63) recuerda el rechazo que le producía –en el mismo año de 1935!!– la demanda de los elites paulistas por actualizarse sobre la doctrina de la escuela durkheimiana, mientras que él pensaba en las novedades anglosajonas que introduciría a partir de las etnografías de Boas, de Kroeber, de Lowie. Aquí la reflexión sobre Lévi-Strauss es del todo pertinente en la medida en que su conversión de la filosofía a la etnología (en una de sus reflexiones se refiere a “la rápida repugnancia que me alejó de la filosofía y me hizo aferrarme a la etnología...” ibidem, pp. 56-57) confirma la hipótesis sobre el alcance estructural de tales “conversiones” (o el carácter modelar de las trayectorias à-la Durkheim, Mauss, Halbwachs y demás) en la historia de las ciencias sociales francesas. Pierre Bourdieu y otros tantos permitirían cubrir todo el siglo XX.

34 *Analyse des mobiles dominants qui orientent l’activité des individus dans la vie sociale*. París, Librairie du Recueil Sirey, 1938. Traducido como *Las clases sociales* en 1950 por el Fondo de Cultura Económica (Col. Breviarios n° 32, traducción de Max Aub).

35 “La memoria de los músicos” y “La topografía legendaria de los Evangelios en tierra santa”. Gérard Namer (2004: 94 y 95) reseña estos trabajos en “La sociología del tiempo”.

elección de Halbwachs al Collège de France en la cátedra de Psicología social, finalmente se produjo en 1944, poco tiempo antes de su deportación y exterminio en el campo de concentración de Buchenwald, en marzo de 1945.

Este texto buscó desplegar un mínimo conjunto de relaciones sociales, de contextos institucionales y de proyectos editoriales ineludibles para enmarcar “la vida y obra” de Maurice Halbwachs. En campos académicos e intelectuales de antigua afirmación y amplia autonomía como el francés, las condiciones que así se revelan persisten como legados que informan los contornos y estrategias de legitimación de obras posteriores. Las posibilidades de innovación en tales casos se generan en los raros casos de autores que, como Maurice Halbwachs, pueden reformular las grandes síntesis y no pasan sin sentido las pruebas del tiempo, de la historia y de la memoria.

Bibliografía

- Almeida, Ana. (1999). “O Collège de France e o sistema de ensino francês”. EN: Catani, Afrânio y Martínez, aulo (orgs.) *Sete ensaios sobre o Collège de France*. pp. 15-30. San Pablo, Cortez.
- Besnard, Philippe y Fournier, Marcel. (1998) “Introduction”. EN: Durkheim, Émile. *Lettres à Marcel Mauss*, pp. 1-19. París, PUF.
- Charle, Christophe. (1984). “Le beau mariage d'Émile Durkheim. Actes de la Recherche”. EN: *Sciences Sociales*, n° 44, pp. 44-49.
- Da Silva Catela, Ludmila. (2005) “Presentación de la edición”. EN: Pollak, Michael. *Memoria, silencio, olvido*. La Plata, Ediciones Al Margen.
- Durkheim, Émile. (1998) *Lettres à Marcel Mauss*. París, PUF.
- Fleury, Laurent. (2004) “Una sociología de las emociones”. EN: *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, n° 32, pp. 99-121.
- Fournier, Marcel. (1994) *Marcel Gauss*. París, Fayard.
- Karady, Victor. (1976) “Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un semi-échec”. EN: *Revue Française de Sociologie*, vol. XVII, n°2, pp. 267-311.
- . (1971) “Presentación de la edición”. EN: Mauss, Marcel. *Obras*, tomo I, pp. 11-55. Barcelona, Barral.
- Lepenies, Wolf. (1996 [1985]) *As três culturas*. San Pablo, Edusp.
- Lévi-strauss, Claude. (1997 [1955]) *Tristes Trópicos*. Barcelona, Paidós.
- Mauss, Marcel. (1971) “Divisiones de las ciencias sociales”. EN: *Obras*, tomo III. Barcelona, Barral.
- Namer, Gérard. (2004) “Postfacio”. EN: Halbwachs, Maurice. *Los cuadros sociales de la memoria*, pp. 345-428. Barcelona, Anthropos.

- (2004) “La sociología del tiempo”. EN: *Historia, antropología y fuentes orales*, n° 32, pp. 91-97.
- Pollak, Michael. (1996) Max Weber: “Elementos para una biografía sociointelectual (Parte I)”. EN: *Mana. Estudos de Antropologia Social*, n° 1 (2), pp. 59-95.
- Sigaud, Lygia. (1999) As vicissitudes do ‘ensaio sobre o dom’. EN: *Mana. Estudos de Antropologia Social*, n° 2 (5), pp. 89-123.
- Sorá, Gustavo. (1997) “Tempo e distâncias na produção editorial de literatura”. EN: *Mana. Estudos de Antropologia Social*, n° 2 (3), pp. 151-181.

Memoria individual y memoria colectiva*

Maurice Halbwachs

Recurrimos a los testimonios para corroborar o invalidar, pero también para completar, aquello que sabemos de un acontecimiento acerca del cual ya estamos de alguna manera informados, y del que, sin embargo, muchas circunstancias nos siguen resultando oscuras. Ahora bien, los primeros testigos a quienes siempre podemos apelar somos nosotros mismos. Cuando una persona dice: “no puedo creer lo que veo con mis propios ojos”, siente que conviven en ella dos seres: uno, el ser sensible, es como un testigo que viene a contar aquello que vio ante mí que no lo he visto realmente, pero que tal vez lo he visto antes, y, quizá también, me he formado una opinión basándome en los testimonios de los otros. Así, cuando regresamos a una ciudad en la que estuvimos anteriormente, aquello que percibimos nos ayuda a reconstruir un cuadro del que muchas partes estaban olvidadas. Si lo que vemos hoy tuviera lugar en el marco de nuestros recuerdos precedentes, estos recuerdos se adaptarían, inversamente, al conjunto de nuestras percepciones actuales. Todo sucede como si enfrentáramos testimonios diversos. Y precisamente porque, a pesar de algunas divergencias, coinciden en lo esencial, podemos reconstruir un conjunto de recuerdos de tal modo que resulten reconocibles.

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

* Este texto es la traducción del capítulo 2 del libro
La mémoire collective de Maurice Halbwachs.
Traducción de Pablo Gianera.

Ciertamente, si nuestra impresión puede fundarse no sólo en nuestro recuerdo sino también en los de los otros, la confianza en la exactitud de nuestro recuerdo será mayor, como si una misma experiencia fuera reiniciada ya no únicamente por la misma persona sino por varias. Cuando nos reencontramos con un amigo del que la vida nos separó sentimos primero cierta dificultad al reanudar el contacto con él. Pero luego, cuando evocamos juntos distintas circunstancias que cada uno de nosotros recuerda –y que no son las mismas aunque se refieran a los mismos acontecimientos– ¿no conseguimos pensar nuestro recuerdo en común, y no cobran más relieve los hechos pasados, no creemos revivirlos con más fuerza porque ya no estamos solos para representarlos, como los vemos ahora, como los hemos visto antes, cuando los observábamos al mismo tiempo con nuestros ojos y con los de un otro?

Sin embargo, nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y nos son recordados por otros, ya se trate de acontecimientos en los que sólo nosotros hemos estado implicados o bien de objetos que sólo nosotros hemos visto. Es que, en realidad, nunca estamos solos. No es necesario que otros hombres estén allí, que se distingan materialmente de nosotros, puesto que tenemos siempre con nosotros y en nosotros una cantidad de personas que no se confunden. Llego por primera vez a Londres y paseo en sucesivas ocasiones, a veces con un compañero, a veces con otro. Puede ser un arquitecto, que me hace notar los edificios, sus proporciones, su disposición. Otra veces se trata un historiador: me entero de que esta calle se trazó en tal época, que en esta nació un hombre famoso, que ocurrieron, aquí o allá, hechos importantes. Con un pintor, soy sensible a la tonalidad de los parques, a la línea de los palacios, de las iglesias, a los juegos de luz y sombra sobre las paredes y las fachadas de Westminster, del templo, sobre el Támesis. Un comerciante, un hombre de negocios me arrastra a las calles populosas de la ciudad, me obliga a detenerme en las tiendas, las librerías, los grandes almacenes. Pero aunque ninguno me hubiera acompañado, basta con que hubiera leído descripciones de la ciudad hechas desde todos estos distintos puntos de vista, que se me hubiera aconsejado ver tales aspectos, o, simplemente, que hubiera estudiado un mapa. Supongamos que paseo completamente solo. ¿Podría decirse que, de este paseo, no puedo conservar recuerdos individuales que no son míos? Sin embargo, paseo solo únicamente en apariencia. Al pasar frente a Westminster, pensé en lo que me había dicho mi amigo historiador (o, lo que viene a ser lo mismo, lo que había leído en un libro de historia). Al cruzar un puente, consideré el efecto de perspectiva que mi amigo pintor me había señalado (o que me había conmovido en un cuadro, en un grabado). Caminé, en consecuencia, orientado por el pensamiento de mi mapa. La primera vez que estuve en Londres, frente a St. Paul o Mansion House, sobre el Strand, en los alrededores de la Court's of Law, muchas impresio-

nes me recordaban las novelas de Dickens que había leído en mi infancia: paseaba entonces con Dickens. En todos esos momentos, en todas esas circunstancias, no puedo decir que estaba solo, que reflexionaba solo, puesto que en el pensamiento me reubicaba en tal o cual grupo, el que componía con este arquitecto, o con este pintor (y su grupo), con el geómetra que había diseñado ese mapa, con un novelista. Otros hombres tenían estos recuerdos en común conmigo. Es más, me ayudan a recordarlos: para recordar mejor, vuelvo a ellos, adopto momentáneamente su punto de vista, vuelvo a entrar en su grupo, del cual sigo formando parte, puesto que encuentro en mí muchas ideas y formas de pensar a las que no habría llegado solo y a través de las cuales permanezco en contacto con ellos.

De esta manera, para confirmar o evocar un recuerdo, los testigos –en el sentido ordinario del término, es decir, individuos presentes bajo una forma material y sensible– no son necesarios.

Por otra parte, tampoco serían suficientes. Ocurre, en efecto, que una o más personas, al reunir sus recuerdos, pueden describir con suma exactitud hechos u objetos que vimos al mismo tiempo que ellas, y reconstruir incluso toda la secuencia de nuestros actos y nuestras palabras en circunstancias definidas, sin que nosotros recordemos nada de todo eso. Se trata, por ejemplo, de un hecho cuya realidad es indiscutible. Se nos aportan pruebas claras de que tal acontecimiento se produjo, que estuvimos presentes, que participamos activamente. Sin embargo, esta escena sigue resultándonos extraña, como si cualquier otra persona hubiera estado en nuestro lugar. Para volver a un ejemplo que se nos objetó, hay en nuestra vida una serie de acontecimientos que no pudieron dejar de suceder. Es cierto que un día fui por primera vez al colegio, un día entré por primera vez a una clase, en cuarto año, en tercer año, etc. Con todo, aunque este hecho pueda localizarse en el tiempo y en el espacio, aunque padres o amigos me hicieran un relato exacto y fiel, me encuentro en presencia de un dato abstracto al que me resulta imposible vincular con algún recuerdo vivo: no recuerdo nada. Y no reconozco tampoco un determinado lugar por el cual pasé ciertamente una o más veces, a determinada persona con quien ciertamente me encontré. No obstante, los testigos están allí. ¿Sería su papel entonces totalmente accesorio y complementario, y me servirían sin duda para precisar y completar mis recuerdos, pero a condición de que estos reaparezcan primero, es decir, se hayan conservado en mi espíritu? Pero no hay nada que deba asombrarnos. No basta que haya asistido o participado en una escena de la cual otros hombres eran espectadores o protagonistas para que, más tarde, cuando sea recordada ante mí, cuando reconstruyan puntualmente la imagen en mi espíritu, esta construcción artificial se anime repentinamente y adopte la forma de una cosa viva, y que la imagen se transforme en recuerdo.

Frecuentemente, tales imágenes –que nos son impuestas por nuestro ámbito– modifican la impresión que podemos conservar de un hecho antiguo, de una persona que conocimos antes. Es probable que estas imágenes reproduzcan inexactamente el pasado, y que el elemento o la parcela de recuerdo que se encontraba antes en nuestro espíritu sea su expresión más exacta: a algunos recuerdos reales se les añade así una masa compacta de recuerdos ficticios. Por el contrario, puede ocurrir que los testimonios de los otros sean los únicos exactos, y que corrijan y rectifiquen nuestro recuerdo, a la vez que se incorporan en él. En uno y otro caso, si las imágenes se funden tan íntimamente con los recuerdos, y si parecen pedir prestada a éstos su sustancia, pasa que nuestra memoria no era una tabla rasa, y que nos sentimos capaces, por nuestras propias fuerzas, de percibir, como en un espejo empañado, algunos rasgos y contornos (acaso ilusorios) que nos devolvieran la imagen del pasado. De la misma manera que resulta necesario introducir un germen en un medio saturado para que cristalice, en este conjunto de testimonios exteriores a nosotros es necesario añadir una suerte de simiente de rememoración para que se transforme en una masa consistente de recuerdos. Si, por el contrario esta escena parece no haber dejado, como se dice, ningún rastro en nuestra memoria, es decir, si en ausencia de esos testigos nos sentimos enteramente incapaces de reconstruir una parte cualquiera, aquellos que nos lo describan podrán hacernos entonces un cuadro vivo, pero no será jamás un recuerdo.

Cuando decimos que un testimonio no nos recordará nada si no permanece en nuestro espíritu algún vestigio del acontecimiento ocurrido que se trata de evocar, no queremos dar a entender que el recuerdo, o alguna de sus partes, deba pervivir en nosotros tal como es, sino solamente que, dado que tanto nosotros como los testigos formamos parte de un mismo grupo y pensamos en común algunos aspectos, seguimos en contacto con ese grupo y somos aún capaces de identificarnos con él y de confundir nuestro pasado con el suyo. Podría decirse también: es preciso que, desde ese momento, no hayamos perdido el hábito ni el poder de pensar y de recordar en cuanto miembros de aquel grupo del cual ese testigo y nosotros mismos formábamos parte, es decir, situándonos en su punto de vista y utilizando todos los conceptos que son comunes a sus miembros. Consideremos a un profesor que ha enseñado en un colegio durante diez o quince años. Se encuentra con uno de sus antiguos alumnos y apenas si lo reconoce. Éste le habla de sus antiguos compañeros. Recuerda los lugares que ocupaban en los distintos bancos del aula. Evoca diversos acontecimientos escolares que tuvieron lugar en esa aula y durante ese año: los éxitos de tales o cuales, las extravagancias y travesuras de tales otros, ciertas partes del curso, explicaciones que afectaron o interesaron especialmente a los alumnos. Ahora bien, es posible que el profesor no conserve recuerdo alguno de todo eso. Sin embargo, su alumno no se equivoca. Por otra parte, es

rigurosamente cierto que aquel año, durante todos los días, el profesor tuvo bien presente el cuadro que le ofrecía el conjunto de los alumnos, así como la fisonomía de cada uno ellos, y todos estos acontecimientos o incidentes que modifican, aceleran, rompen o retrasan el ritmo de la vida en el aula, y hacen que ésta tenga una historia. ¿Cómo pudo olvidar todo eso? ¿Y cómo puede suceder que más allá de un reducido número de reminiscencias bastante vagas, las palabras de su antiguo alumno no despierten en su memoria ningún eco del pasado? Es que el grupo que constituye una clase es esencialmente efímero, por lo menos si se considera que la clase comprende al maestro y a los alumnos a la vez, y ya no es la misma cuando los alumnos –acaso los mismos– pasan de una clase a otra y se encuentran en otros bancos. Terminado el año, los alumnos se dispersan y esta clase definida y particular no volverá a formarse jamás. No obstante, se impone una distinción. En el caso de los alumnos, sobrevivirá aún algún tiempo; por lo menos, se les presentará frecuentemente la ocasión de pensar en el pasado y recordarlo. Tomando en cuenta que tienen aproximadamente la misma edad y quizá pertenecen al mismo medio social, no olvidarán que estuvieron ante el mismo profesor. Las informaciones que les comunicó llevan su impronta; cuando vuelvan a pensar en esa época, a través y más allá de los conceptos, redescubrirán por lo general al maestro que se las reveló y a sus compañeros de clase que las recibieron al mismo tiempo que ellos. Para el maestro, en cambio, las cosas serán muy distintas. Cuando estaba en clase, ejercía su función: ahora bien, el aspecto técnico de su actividad no tiene más relación con una clase que con otra. En efecto, mientras que el profesor dicta, de un año a otro, la misma clase, cada uno de sus años de enseñanza no se opone tan nítidamente a los demás como para los alumnos cada uno de sus años de colegio. Nuevas para los alumnos, sus enseñanzas, sus exhortaciones, sus reprimendas, incluso sus muestras de afecto con algunos de ellos, sus gestos, su acento, sus propias bromas, no representan para él sino una serie de actos y maneras de ser habituales y derivadas de su profesión. Nada puede fundar un conjunto de recuerdos relativo a una clase más que a otra. No existe ningún grupo duradero del cual el profesor siga formando parte, acerca del cual tenga la oportunidad de volver a pensar, ni un punto de vista en el que pueda reubicarse para recordar el pasado.

Pero lo mismo ocurre en todos los casos en los que otros reconstruyen para nosotros los acontecimientos que vivimos juntos, sin que podamos recrear el sentimiento de *déjà vu*. Entre estos acontecimientos –aquellos que estaban ligados a ellos y nosotros mismos– existe efectivamente una discontinuidad, no solamente porque el grupo en el seno del cual los percibíamos entonces ya no existe materialmente, sino porque no lo hemos pensado más, y porque que no tenemos medio alguno de reconstruir su imagen. Cada uno de los miembros de esta socie-

dad se definía, ante nuestros ojos, por el lugar que ocupaba en el conjunto de los demás, y no por sus relaciones, que ignorábamos, con otros ámbitos. Todos los recuerdos que podían nacer dentro de la clase se apoyaban mutuamente, y no en recuerdos exteriores. En consecuencia, la duración de esa memoria estaba limitada forzosamente a la duración del grupo. Si subsisten, no obstante, testigos; si, por ejemplo, antiguos alumnos recuerdan y pueden intentar hacer recordar a su profesor aquello que él ya no recuerda, es porque dentro de la clase, con algunos compañeros, o fuera de la clase, con sus padres, formaban pequeñas comunidades más reducidas, y por eso mismo más duraderas; y porque los acontecimientos de la clase interesaban también a estas sociedades más pequeñas: tenían su repercusión, dejaban rastros. Pero el propio profesor estaba excluido; o, en todo caso, si los miembros de estas sociedades lo hubieran incluido, él no se habría enterado.

¿Cuántas veces no ocurre, en efecto, que en sociedades de cualquier naturaleza que los hombres forman entre sí, uno ellos no se hace una idea exacta del lugar que ocupa en el pensamiento de los otros, y cuántos malosentendidos y desilusiones no tienen su origen en esta diversidad de puntos de vista? En el orden de las relaciones afectivas, donde la imaginación juega un papel central, un ser humano que es muy querido y que ama moderadamente, no advierte sino muy tardíamente, o tal vez nunca, la importancia que se le atribuye a sus menores gestos, a sus palabras más insignificantes. Aquél que más ama recordará después declaraciones y promesas de las que el otro no conserva recuerdo alguno. Esto no es siempre efecto de la inconstancia, la infidelidad, la imprudencia. Se trata simplemente de que estaba menos comprometido que el otro en esa sociedad fundada en un sentimiento desigualmente compartido. De la misma manera, un hombre muy piadoso, cuya vida fue puramente edificante y que fue santificado después de su muerte, quedaría pasmado si retornara a la vida y conociera su leyenda: ésta se compuso, sin embargo, con la ayuda de recuerdos preciosamente conservados y redactados con fe por aquellos con los que pasó parte de su vida. En este caso, es probable que muchos de los acontecimientos recogidos, que el santo no reconocería, no hubiesen ocurrido; pero algunos de ellos, que acaso no lo hubiesen conmovido porque concentraba su atención en la imagen interior de Dios, conmovieron a quienes lo rodeaban puesto que su atención recaía sobre todo en él.

Pero podemos también estar interesados, en cierto momento, tanto como en los otros e incluso más que en ellos, en tal acontecimiento y no conservar, sin embargo, ningún recuerdo, hasta el punto de no reconocerlo cuando nos lo describen, porque, desde el momento en que se produjo salimos del grupo que lo observó y ya no volvimos a entrar en él. Se dice de algunas personas que viven siempre en el presente, es decir: que no se interesan sino por las personas y las

cosas del ámbito en el que se mueven en un determinado momento, y que están en relación con el objeto actual de su actividad, empleo o distracción. Terminado un asunto, concluido un viaje, ya no piensan en quienes fueron sus socios o compañeros. Se ven luego absorbidas por otros intereses e implicadas en otros grupos. Una suerte de instinto vital los obliga a desviar su pensamiento de todo aquello pueda distraerlos de sus preocupaciones actuales. A veces, las circunstancias son tales que estas personas giran de alguna manera en un mismo círculo y son llevadas de un grupo a otro, como en esos viejos pasos de baile donde cambiando continuamente de bailarín nos reencontramos con el mismo a intervalos regulares. Así, no las perdemos sino para reencontrarlas y, dado que la misma facultad de olvido se ejerce alternativamente en detrimento y en ventaja de cada uno de los grupos que estas personas atraviesan, se puede decir que se las reencuentra enteramente. Pero sucede también que siguen de allí en adelante un camino que ya no se cruza con aquel que abandonaron y que las aleja incluso cada vez más. Ocurre entonces que si más tarde nos encontramos con miembros de la sociedad que se convirtieron ahora en extraños, no conseguimos reconstruir con ellos el antiguo grupo. Es como si abordáramos un camino que se recorrió anteriormente, pero de manera sesgada; como si se lo observara desde un punto de vista desde el que nunca antes se lo había percibido. Resituamos los diversos detalles dentro de otro conjunto constituido por nuestras representaciones del momento. Parece que arribamos a un nuevo camino. En efecto, los detalles no adoptarían su sentido precedente sino en relación a otro conjunto que nuestro pensamiento ya no abarca. Podremos recordar todos los detalles y su orden respectivo. Es del conjunto de donde será necesario partir. Ahora bien, eso ya no nos resulta posible porque, desde hace mucho tiempo, estamos alejados de eso y sería necesario que nos remontáramos muy atrás.

Todo sucede como en el caso de esas amnesias patológicas que se refieren a un conjunto bien definido y limitado de recuerdos. Se ha constatado que, a veces, luego de una conmoción cerebral, se verifica un olvido de todo un período, por lo general anterior a la conmoción, que se remonta a una determinada fecha, mientras que se recuerda todo el resto. O bien se olvida toda una categoría de recuerdos del mismo orden, cualquiera sea el momento en que se los adquirió: por ejemplo, todo lo que se sabía de una lengua extranjera y de ésta solamente. Desde el punto de vista fisiológico, este fenómeno parece explicarse no por el hecho de que los recuerdos de un mismo período o de una misma especie se localicen en tal parte del cerebro, que sería la única dañada; más bien, la función cerebral del recuerdo debe ser afectada en su conjunto. El cerebro deja entonces de realizar algunas operaciones –y éstas solamente– del mismo modo que un organismo debilitado no está ya en condiciones, durante cierto tiempo, de caminar, de

hablar, de asimilar los alimentos, aun cuando sus otras funciones subsistan. Pero se podría decir también que lo afectado es la facultad general de entrar en relación con los grupos que componen una sociedad. Nos desvinculamos entonces de uno o varios de ellos, pero de ellos únicamente. Todo el conjunto de recuerdos que tenemos en común se extingue bruscamente. Olvidar un período de vida es perder contacto con los que entonces nos rodeaban. Olvidar una lengua extranjera supone no estar ya en condiciones de comprender a quienes de dirigían a nosotros en esa lengua, ya se tratara de personas vivas y presentes o de autores cuyas obras leíamos. Cuando nos dirigíamos a ellos adoptábamos una actitud definida, de la misma manera que en presencia de cualquier grupo humano. Ya no depende de nosotros adoptar esa actitud. Podremos encontrar ahora alguien que nos asegure que aprendimos bien esa lengua y, hojeando nuestros libros y nuestros cuadernos, descubrir en cada página una prueba irrefutable de que tradujimos ese texto, que sabíamos aplicar esas reglas. Nada será suficiente para restablecer el contacto interrumpido entre nosotros y todos los que se expresan o escribieron en esta lengua. No tenemos ya suficiente capacidad de atención para permanecer en relación con este grupo y a la vez con otros, con los cuales tenemos sin duda una relación más actual y estrecha. Por otra parte, no hay por qué asombrarse de que estos recuerdos se diluyan y se anulen al mismo tiempo. Es que forman un sistema independiente, puesto que son los recuerdos de un mismo grupo, ligados y apoyados mutuamente; y este grupo es netamente distinto de todos los otros, de modo que podemos, al mismo tiempo, estar dentro de todos estos y fuera de aquél. Menos brutalmente, en ausencia de desordenes patológicos, nos alejamos y nos aislamos poco a poco de algunos ámbitos que no nos resultan remotos pero de los que conservamos apenas un recuerdo muy vago. Podemos definir todavía en términos generales los grupos con los cuales nos relacionamos. Pero ya no nos interesa, porque en el presente todo nos separa de ellos.

Supongamos ahora que hicimos un viaje con un grupo de compañeros que no hemos vuelto a ver después. Nuestro pensamiento estaba entonces a la vez muy cerca y muy lejos de ellos. Charlábamos con ellos. Nos interesábamos por los detalles de la ruta y por los distintos avatares del viaje. Pero, al mismo tiempo, nuestras reflexiones seguían un curso que les escapaba. En efecto, llevábamos con nosotros sentimientos e ideas que tenían su origen en otros grupos, reales o imaginarios: es con otras personas con quienes conversábamos interiormente; recorriendo este país, lo poblábamos, en el pensamiento, con otros seres: tal lugar, tal circunstancia asumían entonces ante nuestros ojos un valor que no podían tener para quienes nos acompañaban. Más adelante, quizás, nos encontraremos con uno de ellos y hará alusión a ciertas particularidades de este viaje, que recuerda y que también nosotros deberíamos recordar. Pero olvidamos todo lo que él evoca y que se

esfuerzo en vano por hacernos recordar. En cambio, nos acordaremos de aquello que experimentábamos entonces a espaldas de los demás, como si esta clase de recuerdo hubiese dejado una impresión más profunda en nuestra memoria porque no tenía relación sino con nosotros. En este caso, por un lado, los testimonios de los otros serán impotentes para reconstruir nuestro recuerdo suprimido; por otro, recordaremos, aparentemente sin el apoyo de los otros, impresiones que no comunicamos a nadie.

¿Se deriva de esto que la memoria individual, en tanto se opone a la memoria colectiva, es una condición necesaria y suficiente del acto de recordar [*rappel*] y del reconocimiento de los recuerdos [*souvenirs*]? De ninguna manera. Porque si ese primer recuerdo es suprimido, si ya no nos resulta posible recobrarlo, es que, desde hace mucho tiempo, nosotros no formábamos parte del grupo en cuya memoria éste se conservaba. Para que nuestra memoria reciba la ayuda de la de los otros, no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: es necesario también que ella no haya dejado de coincidir con sus memorias y que existan bastantes puntos de contacto entre una y las otras para que el recuerdo que nos recuerdan pueda reconstruirse sobre una base común. No alcanza con reconstruir pieza por pieza la imagen de un acontecimiento del pasado para obtener un recuerdo. Es necesario que esta reconstrucción se opere a partir de datos o nociones comunes que se encuentren en nuestro espíritu así como en el de los otros, puesto que pasan sin cesar de éstos a aquél y a la inversa, lo que sólo es posible si formaron y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así es posible comprender que un recuerdo pueda ser, a la vez, reconocido y reconstruido. ¿Qué me importa que los otros estén dominados aún por un sentimiento que yo experimentaba antes con ellos antes y que hoy ya no experimento más? No puedo despertarlo en mí porque, desde hace tiempo, mis antiguos compañeros y yo no tenemos nada en común. Una memoria colectiva más vasta, que incluía la mía y la de ellos, sencillamente desapareció. Del mismo modo, sucede a veces que hombres a quienes acercaron las necesidades de una obra común, la dedicación de uno de ellos, el ascendiente de alguno, una preocupación artística, etc., se separan enseguida en varios grupos: cada uno de éstos es sumamente limitado para conservar todo lo que ocupó el pensamiento del partido, del cenáculo literario, de la asamblea religiosa que anteriormente los contenía a todos. Por eso se dedican a un aspecto de este pensamiento y no conservan el recuerdo sino de una parte de esta actividad. De ahí surgen varios cuadros del pasado común que no coinciden y de los cuales ninguno es realmente exacto. En efecto, desde que se separaron ninguno de ellos puede reproducir todo el contenido del antiguo pensamiento. Si ahora dos de esos grupos vuelven a entrar en contacto, lo que les falta precisamente para entenderse y confirmar mutuamente los recuerdos de ese pasado de vida común es la

facultad de olvidar las barreras que los separan en el presente. Un malentendido pesa sobre ellos, como en el caso de dos hombres que se encuentran y que, como suele decirse, no hablan ya la misma lengua. En cuanto al hecho de que conservemos impresiones que ninguno de nuestros compañeros de aquella época puede conocer, no constituye una prueba de que nuestra memoria puede bastarse y no tener siempre necesidad de apoyarse en la de los demás. Supongamos que en el momento en que salimos de viaje con unos amigos nos encontrábamos obsesionados por una viva preocupación, que ellos ignoraban; absorbidos por una idea o por un sentimiento, todo lo que afectaba nuestros ojos o nuestros oídos se relacionaba con eso: nutríamos nuestro pensamiento secreto con todo aquello que, en el campo de nuestra percepción, pudiera guardar algún tipo de relación. Si pensamos más tarde en ese viaje, no puede decirse que nos situaremos en el punto de vista de quienes lo hicieron con nosotros. Aun a ellos mismos no los recordaremos sino en la medida en que estuvieran comprendidos en el horizonte de nuestras preocupaciones. Así, cuando se entra por primera vez en una habitación a la caída de la noche, cuando vemos las paredes, los muebles y todos los objetos hundidos en una penumbra, esas formas fantásticas o misteriosas permanecen en nuestra memoria como el cuadro apenas real del sentimiento de inquietud, sorpresa o tristeza que nos acompañaba en el momento en que afectaban nuestras miradas. No bastaría con revisar la habitación a plena luz del día para recordárnoslo: sería necesario que imagináramos al mismo tiempo nuestra tristeza, nuestra sorpresa o nuestra inquietud. ¿Era entonces nuestra reacción personal en presencia de estas cosas aquello que las transfiguraba hasta tal punto respecto de nosotros? Si se quiere, sí; pero con la condición de no olvidar que nuestros sentimientos y nuestros pensamientos más personales buscan su fuente en ámbitos y circunstancias sociales definidos; y que el efecto de contraste provenía sobre todo de lo que buscábamos en esos objetos, no aquéllos que nos eran familiares, sino los que se vinculaban a las preocupaciones de otros hombres cuyo pensamiento se aplicaba por primera vez a esta habitación con nosotros.

Si este análisis es correcto, el resultado al que nos conduce permitiría quizá responder a la objeción más seria, y por otra parte más natural, a la que nos exponemos al afirmar que sólo tenemos la capacidad de recordar cuando nos situamos en el punto de vista de uno o de varios grupos y nos ubicamos nuevamente en una o más corrientes de pensamiento colectivo.

Se nos concederá, tal vez, que un gran número de recuerdos reaparecen porque otros hombres nos los recuerdan; se nos concederá, incluso, cuando estos hombres no están materialmente presentes, que se puede hablar de memoria colectiva siempre que mencionemos un acontecimiento que tenía un lugar en la

vida de nuestro grupo y que consideramos; y que consideramos también ahora, en el momento en que lo recordamos desde el punto de vista de este grupo. Tenemos derecho a pedir que se nos conceda este segundo punto, puesto que tal actitud mental sólo es posible en un hombre que forma o formó parte de una sociedad y porque, al menos a la distancia, sufre aún su influjo. Basta que no podamos pensar en tal objeto para que nos comportemos como miembro de un grupo, para que la condición de este pensamiento sea obviamente la existencia del grupo. Esta es la razón por la que, cuando un hombre entra a su casa sin estar acompañado por alguien, sin duda durante algún tiempo “él ha estado solo”, según la lengua corriente. Pero sólo lo estuvo aparentemente, puesto que, incluso en este intervalo, sus pensamientos y sus actos se explican por su naturaleza de ser social y él no ha dejado ni un instante de estar encerrado en esa sociedad. La dificultad no reside allí.

Pero no hay recuerdos que reaparezcan sin que, de alguna manera, sea posible ponerlos en relación con un grupo, porque el acontecimiento que reproducen fue percibido por nosotros mientras estábamos solos, no en apariencia, sino realmente solos, y cuya imagen no se ubica en el pensamiento de un grupo de hombres. ¿Los recordaremos (espontáneamente por nosotros mismos) colocándonos en un punto de vista que no puede ser otro que el nuestro? Aunque hechos de este tipo fueran muy raros, e incluso excepcionales, bastaría que pudieran certificarse algunos para demostrar que la memoria colectiva no explica todos nuestros recuerdos y, acaso, que no explica por sí sola la evocación de cualquier recuerdo. Después de todo, nada prueba que todos los conceptos y las imágenes prestadas a los medios sociales de los que formamos parte, y que se producen en la memoria, no cubren, como una pantalla de cine, un recuerdo individual, aun cuando no lo percibamos. Toda la cuestión consiste en saber si tal recuerdo puede existir, si es concebible. El hecho de que se produjera, incluso una única vez, bastaría para demostrar que nada se opone a que se produzca en todos los casos. Existiría entonces, en la base de todo recuerdo, la evocación de un estado de conciencia puramente individual que –para distinguirlo de las percepciones en las que ingresan elementos del pensamiento social– admitiremos que se llama *intuición sensible*.

“Experimentamos alguna inquietud”, decía Charles Blondel, “en ver eliminar, o casi, del recuerdo todo reflejo de esta *intuición sensible* que no es, seguramente, toda la percepción, sino que, a pesar de todo, es el preámbulo obviamente indispensable y la condición *sine qua non*... Para que no confundamos la reconstrucción de nuestro propio pasado con la que podemos hacer del de nuestro prójimo, para que este pasado empírica, lógica y socialmente posible nos parezca identificarse con nuestro pasado real, es necesario que por lo menos en algunas de sus

partes haya algo más que una reconstrucción hecha con materiales prestados.” (*Revue philosophique*, 1926:296.)

Désiré Roustan, por su parte, escribía:

Si se limitan a decir: cuando alguien cree evocar el pasado hay el 99 % de reconstrucción y el 1% de evocación verdadera; este residuo del 1% que resistiría a su explicación, bastaría para poner nuevamente en cuestión todo el problema de la conservación del recuerdo. ¿Ahora bien, puede evitarse este residuo?

Es difícil encontrar recuerdos que nos lleven a un momento en que nuestras sensaciones no eran más que el reflejo de los objetos exteriores, donde no existían ninguna de las imágenes, ninguno de los pensamientos por los cuales dependíamos de los hombres y de los grupos que nos rodeaban. Si no recordamos nuestra primera infancia, es que en efecto nuestras impresiones no pueden relacionarse con ningún soporte, en tanto no somos aún un ser social.

Mi primer recuerdo, dijo Stendhal, es haber mordido la mejilla o la frente de la Sra. Pison-Dugalland, mi prima, mujer de veinticinco años que era muy gorda y colorada... Veo la escena, pero seguramente porque inmediatamente me llamarían criminal y dirían que habría cometido un crimen.

Del mismo modo, se acuerda que un día pinchó a una mula que lo derribó.

Faltó poco para que se muriera”, decía a mi abuelo. Me imaginó el acontecimiento, pero probablemente no se trata de un recuerdo directo, sino que sólo recuerdo la imagen que me formé de la cosa muy tempranamente, en la época en que me hicieron los primeros relatos (*Vie de Henri Brulard*, p. 31 y 58).

Sucede lo mismo con muchos supuestos recuerdos de la infancia. El primero recuerdo al que creí durante mucho tiempo poder remontarme, era nuestra llegada a París. Tenía entonces dos años y medio. Subíamos la escalera por la noche (el departamento estaba en el cuarto piso), y nosotros, los niños, decíamos en voz alta que en París se vivía en un sótano. Ahora bien, es posible que uno de nosotros haya hecho esta observación. Pero era natural que nuestros padres, a quienes la

observación les resultó graciosa, la hayan retenido y nos la hayan relatado más adelante. Veo aún nuestra escalera iluminada: pero la he visto después muchas veces.

Veamos ahora un acontecimiento de la infancia contado por Benvenuto Cellini al comienzo de sus *Memorias*:

no es cierto que sea un recuerdo. Si lo reproducimos es porque nos ayudará a comprender mejor el interés del ejemplo que seguirá, y sobre el cual insistiremos. “Tenía alrededor de tres años, cuando mi abuelo Andrea Cellini aún vivía y había pasado ya los cien. Un día, habíamos cambiado el caño de una pileta y había salido un enorme escorpión sin que nos diéramos cuenta. Se había deslizado al suelo y se había escondido debajo de un banco. Yo lo vi, corrí hacia él y lo atrapé. Era tan grande que la cola y las dos pinzas no cabían en mi mano. Me contaron que corrí muy alegre hacia mi abuelo diciendo: ‘Mira, abuelo, la linda langosta que encontré’. Advirtió inmediatamente que era un escorpión, y casi se muere del susto. Me lo pidió con mucha delicadeza; pero yo lo apretaba cada vez más fuerte, llorando, porque no quería dárselo a nadie. Mi padre, que estaba también en la casa, salió gritando. En su estupefacción, no sabía cómo actuar para que ese animal venenoso no me quitara la vida; de pronto, vio una tijera. La tomó y, mientras me hablaba cariñosamente, cortó la cola y las pinzas del escorpión. Cuando me salvó de este peligro, consideró el acontecimiento como un buen presagio.” Animada y dramática, esta escena se desarrolla íntegramente dentro de la familia. Cuando el niño toma el escorpión, no imagina que se trata de un animal peligroso: es una pequeña langosta, como aquéllas que sus padres le mostraron, que le hicieron tocar, como si fuera un juguete. En verdad, un elemento extraño, venido del exterior, ha entrado en la casa, y su abuelo y su padre reaccionan cada uno a su manera: los llantos del niño, las súplicas y actitudes cariñosas de los padres, su angustia, su terror, y ulterior explosión de alegría: reacciones familiares que definen el sentido del acontecimiento. Admitamos que lo recuerda: la imagen se reubica en el marco familiar, porque desde el comienzo estaba enmarcada en ella y jamás salió de allí.

Escuchemos ahora a Charles Blondel.

Me acuerdo –dice– que cuando era niño, al explorar una casa abandonada, me hundi bruscamente en un estanque oscuro lleno de agua hasta la mitad; y puedo reconocer más o menos fácilmente dónde y cuando sucedieron las cosas, pero aquí mi saber es completamente secundario a mi recuerdo.

Entendemos que el recuerdo se presentó como una imagen que no estaba localizaba. No es entonces pensando primero en la casa, es decir, situándose en el punto de vista de la familia que la habitaba, que podemos recordarlo; sobre todo tomando en cuenta que, nos dice M. Blondel, nunca le contó este incidente a sus padres, y que está seguro de no haber vuelto a pensar en él.

En ese caso –agrega– necesito reconstruir el entorno de mi recuerdo, pero no necesito reconstruir el propio recuerdo. Parece realmente que, en los recuerdos de este tipo, tenemos un contacto directo con el pasado, que precede y condiciona la reconstrucción histórica. (*op. cit.*, p. 297).

Ese relato se distingue nítidamente del anterior, dado que Benvenuto Cellini nos indica, en primer lugar, en qué tiempo y lugar se ubica la escena que recuerda, cosa que M. Blondel ignora totalmente cuando evoca su caída en un pozo lleno hasta la mitad. E incluso insiste en eso. Pero quizás no sea ésta la diferencia esencial entre uno y otro. El grupo del cual el niño formaba parte íntimamente, en aquella época, y que no deja de contenerlo, es la familia. Ahora bien, esta vez el niño salió de la familia. No sólo no ve ya a sus padres, sino que puede parecer incluso que ellos no están presentes en su espíritu. En todo caso, no intervienen en la historia, porque no fueron informados o porque no le confirieron la suficiente importancia para conservarlo en su recuerdo y contárselo más tarde a quien lo protagonizó. ¿Pero basta para decir que realmente estaba solo? ¿Es cierto que la novedad y lo vívido de la impresión –impresión dolorosa de abandono, impresión extraña de sorpresa en presencia de lo inesperado y de lo nunca visto o experimentado– explican que su pensamiento se haya desviado de sus padres? ¿No será, por el contrario, porque era un niño, es decir, un ser más íntimamente ligado que el adulto a la red de los sentimientos y pensamientos domésticos, que se encontró repentinamente en una situación de desamparo? Pero entonces pensaba en los suyos y no estaba solo sino en apariencia. Poco importa, entonces, que no recuerde en qué época precisa y qué lugar se encontraba y que no pueda relacionarlo con un marco espacial y temporal. Es el pensamiento de la familia ausente aquello que

suministra el marco, y el niño no tiene necesidad, como dice Blondel, “de reconstruir el ámbito de su recuerdo”, puesto que el recuerdo se presenta en ese ámbito. Que el niño no se haya dado cuenta, que su atención no se haya fijado, en ese momento, en este aspecto de su pensamiento; que más tarde, cuando el hombre evoque este recuerdo de infancia, tampoco lo note, no tiene nada de asombroso. Una “corriente de pensamiento” social es por lo general tan invisible como el aire que respiramos. Sólo reconocemos su existencia, en la vida normal, cuando nos resistimos; pero un niño que llama a los suyos y que necesita su ayuda, no le ofrece resistencia.

Blondel podría objetarnos, con razón, que aparece en el hecho que recuerda un conjunto de particularidades sin relación alguna con aspectos de su familia. Al explorar un estanque oscuro, cayó en un pozo lleno de agua hasta la mitad. Supongamos que al mismo tiempo tuviese miedo de estar lejos de los suyos.

Lo esencial del hecho, detrás del cual todo el resto parece borrarse, es esta imagen que, en sí misma, se presenta completamente alejada del ambiente doméstico. Ahora bien, es la conservación de esta imagen lo que sería necesario explicar. Efectivamente, en cuanto tal, se distingue de todas las otras circunstancias en las que me encontraba cuando me di cuenta de que estaba lejos de los míos; donde me volvía hacia el mismo medio, y hacia el mismo ‘entorno’, para encontrar ayuda. En otras palabras, no advertimos cómo un marco tan general como una familia podría reproducir un hecho tan particular.

En estas formas que son los marcos colectivos impuestos por la sociedad, dice también Blondel, resulta necesaria una materia. ¿Por qué no admitir simplemente que esta materia existe realmente, y no es otra que todo aquello que, precisamente, en el recuerdo no tiene relación alguna con el marco, es decir, las sensaciones e intuiciones sensibles que revivirían en ese cuadro? Cuando Pulgarcito fue abandonado en el bosque por sus padres, pensó ciertamente en ellos; pero se le ofrecían mucho otros objetos: siguió uno o varios senderos, subió a un árbol, percibió una luz y se acercó a una casa abandonada, etc. Cómo resumir todo esto en simples observaciones: ¿se perdió y no encontró a sus padres? Si hubiera seguido otro camino, encontrado otras cosas, el sentimiento de abandono habría sido el mismo y, sin embargo, habría conservado otros recuerdos.

A lo que nosotros diremos que, cuando un niño se extravía en un bosque o en una casa, todo sucede como si, arrastrado hasta entonces en la corriente de

pensamientos y sentimientos que lo vinculan a los suyos, se encontrara preso al mismo tiempo de otra corriente que lo alejara de ellos. De Pulgarcito puede decirse que permanece en el grupo familiar puesto que lo acompañan sus hermanos. Pero se pone a la cabeza de ellos, los cuida, y los dirige, es decir, del lugar de niño pasa al de padre; entra en el grupo de los adultos, y no por eso deja de ser un niño. Pero esto se aplica también a aquel recuerdo que evoca Blondel, y que es a la vez un recuerdo de niño y un recuerdo de adulto; puesto que el niño se encontró por primera vez en una situación de adulto. En cuanto niño, todos sus pensamientos estaban a la altura de un infante. Acostumbrado a juzgar los objetos exteriores mediante conceptos que recibía de sus padres, su asombro y su temor procedían de la dificultad que experimentaba para reubicar en su pequeño aquello que ahora veía. Adulto era en el sentido de que, al no estar los suyos a su alcance, se encontraba en presencia de objetos nuevos e inquietantes para él, pero seguramente que no lo eran, por lo menos con la misma intensidad, para una persona adulta. Es posible que haya permanecido muy poco tiempo en el fondo de ese corredor oscuro. No por ello dejó de estar en contacto con un mundo que volverá a encontrar más tarde, cuando estuviera librado a sí mismo. Por otra parte, hay a lo largo de toda la infancia muchos momentos en que nos enfrentamos a lo que no es ya la familia; ya sea porque chocamos o somos heridos en el contacto con los objetos, o bien que debamos someternos y doblegarnos a la fuerza de las cosas, de modo que pasamos ineluctablemente por toda una serie de pequeñas experiencias que constituyen una preparación para la vida adulta: es la sombra que proyecta sobre la infancia la sociedad de los adultos; e incluso más que una sombra, puesto que el niño puede ser llamado a tomar parte de preocupaciones y responsabilidades cuyo peso recae generalmente sobre hombros más fuertes que los suyos; y que es entonces colocado, por lo menos temporalmente, en el grupo de aquéllos que son más viejos que él. Esta es la razón por la que decimos a veces de algunos hombres que no tuvieron infancia, porque la necesidad de ganarse el sustento, impuesta a muy corta edad, los obligó a entrar en las regiones de la sociedad donde los hombres luchan por la vida, mientras que la mayoría de los niños ni siquiera saben que tales regiones existen, o bien porque a consecuencia de una muerte conocieron una cierta clase de sufrimiento reservada por lo general a los adultos, y debieron enfrentar la situación en el mismo plano que ellos.

El contenido original de tales recuerdos, y que los destaca entre todos los otros, se explicaría así por el hecho de que se encuentran en el punto de intersección de dos o varias series de pensamientos, que las vinculan a su vez con grupos diferentes. No bastaría con decir: en el punto de intersección de una serie de pensamientos que nos relaciona con un grupo (aquí la familia) y de otra que comprende solamente las sensaciones que nos llegan de las cosas: todo sería puesto en cues-

ción nuevamente, dado que, al no existir esa imagen de las cosas sino para nosotros, una parte de nuestro recuerdo no se apoyaría en ninguna memoria colectiva. Pero un niño tiene miedo a la oscuridad, o cuando se extravía en un lugar desierto, porque puebla ese lugar de enemigos imaginarios, porque en el medio de la noche teme encontrar no sabe qué seres peligrosos. Rousseau cuenta que una noche de otoño muy oscura, Lamercier le dio la llave del templo y le pidió que fuera a buscar una Biblia que había dejado en el púlpito.

Al abrir la puerta percibí en la bóveda una cierta resonancia que yo creí semejante a voces y que comenzó a ablandar mi coraje. Una vez abierta la puerta, yo quería entrar; pero después de dar apenas unos pasos, me detuve. Al advertir la profunda oscuridad que reinaba en ese vasto lugar, fui presa de un terror que me erizó el cabello. Tropezaba entre los bancos, no sabía ya dónde estaba y, sin encontrar ni el púlpito ni la puerta, caí en una confusión inexpresable.

Si el templo hubiera estado iluminado, se habría dado cuenta de que no había nadie y no habría tenido miedo. Para el niño, el mundo no está nunca vacío de seres humanos, de influencias benéficas o malignas. A los puntos (y las épocas) donde estas influencias se encuentran e intersecan, corresponderán tal vez, en el cuadro de su pasado, las imágenes más distintas, porque un objeto que iluminamos sobre las dos caras y con dos luces nos revela más detalles y se impone más fuertemente a nuestra atención. (Que un miembro de una sociedad penetra en otra, que los pensamientos que vinculan la una y la otra se encuentran).

No insistamos más en los recuerdos de la infancia. Podríamos alegar un gran número de recuerdos de adultos tan originales y que se presenta con tal carácter de unidad, que parecen resistir a toda descomposición. Pero, en el caso de estos ejemplos, nos sería siempre posible denunciar la misma ilusión. Que tal miembro de un grupo forma parte al mismo tiempo de otro grupo; que los pensamientos que tiene del uno y del otro se encuentran repentinamente en su espíritu; por hipótesis, sólo él percibe ese contraste. ¿Cómo creería entonces que no se produce en sí una impresión sin medida común con lo que pueden experimentar los otros miembros de estos dos grupos, si éstos no tienen otro punto de contacto que él? Por su parte, este recuerdo está comprendido a la vez en dos marcos; pero uno de estos marcos le impide ver el otro, e inversamente: fija su atención en el punto donde se encuentran, y no llega a percibirlos a ellos mismos. Es por eso que, cuando se pretende encontrar en el cielo dos estrellas que forman parte de constelaciones diferentes, satisfecho de haber trazado una línea imaginaria de una

a otra, nos figuramos con placer que el mero hecho de alinearlas de este modo confiere a su conjunto una especie de unidad; sin embargo, cada una ellas no es más que un elemento incluido en un grupo y, si pudimos encontrarlas, es porque ninguna de las constelaciones estaba en ese momento oculta por una nube. De la misma manera, por el hecho de que dos pensamientos, una vez aproximados, y porque contrastan entre sí, parecen reforzarse mutuamente, creemos que forman un todo que existe por sí mismo, independientemente de los conjuntos de donde provienen, y no percibimos que en realidad consideramos a la vez a los dos grupos, pero cada uno desde el punto de vista del otro.

Retomemos ahora la suposición que desarrollamos anteriormente. Hice un viaje con personas conocidas desde hacía poco tiempo y que estaba destinado a volver a verlas luego de prolongados intervalos. Viajábamos por placer. Pero yo hablaba poco, y no escuchaba casi nada. Tenía el espíritu absorbido por pensamientos e imágenes que no podían interesar a los otros, que los ignoraban porque se vinculaban a mis padres, a mis amigos, de quienes estaba momentáneamente alejado. Así entonces, personas que amaba, que tenían los mismos intereses que yo, toda una comunidad a la cual me hallaba estrechamente ligado se encontraba introducida, sin saberlo, en un cierto ámbito, envuelta en acontecimientos, asociada con paisajes que les eran enteramente extraños o indiferentes. Consideremos entonces nuestra impresión. Se explica indudablemente por aquello que estaba en el centro de nuestra vida afectiva o intelectual. No obstante, ésta se desarrollaba en un marco temporal y espacial y en medio de circunstancias sobre las cuales nuestras preocupaciones de entonces proyectaban su sombra, pero que, por su parte, modificaban el curso y el aspecto: como las casas construidas al pie de un monumento antiguo, y que no tienen la misma edad. Cuando recordamos luego este viaje, no nos colocamos, desde luego, en el mismo punto de vista que nuestros compañeros, puesto que ante nuestros ojos el viaje se resume en una secuencia de impresiones que sólo nosotros conocemos. Pero tampoco puede decirse que nos situamos únicamente en el punto de vista de nuestros amigos, nuestros padres, nuestros autores preferidos, cuyo recuerdo nos acompañaba. Mientras avanzábamos por el camino de montaña a lado de personas de cierto aspecto físico, de cierto carácter; cuando participábamos distraídamente en su conversación, y nuestro pensamiento permanecía en el interior de nuestro antiguo ámbito, las impresiones que se sucedían en nosotros eran como otros tantos modos particulares, originales, nuevos, de considerar a las personas que queríamos y los vínculos que nos unían a ellas. No obstante, en otro sentido, estas impresiones, precisamente porque son nuevas y contienen muchos elementos extraños al curso previo y a lo más íntimo del curso actual de nuestros pensamientos, son también extrañas a los grupos que nos ligan más estrechamente. Éstas los expresan pero, al mismo

tiempo, no los expresan de esa manera sino a condición de que ya no estén materialmente allí; pues todos los objetos que vemos, todas las personas a quienes oímos acaso no nos afectan sino en la medida en que nos hacen sentir la ausencia de los primeros. Este punto de vista, que no es ni el de nuestros compañeros actuales ni plenamente y sin mezcla el de nuestros amigos de ayer y de mañana, ¿cómo no distinguirlo de unos y de otros para atribuirnoslo? ¿No es cierto que aquello que nos afecta, cuando evocamos esa impresión, es lo que, en ella, no se explica por nuestras relaciones con tal o cual grupo, aquello que sobresale en su pensamiento y en su experiencia? Sé que ésta no podría ser compartida, ni aun descubierta, por mis compañeros. Sé también que, bajo esa forma y dentro de ese marco, no habría podido serme sugerida por los amigos, los padres, en los que pensaba en el momento al que yo me transporto ahora por la memoria. ¿No se trata entonces de un residuo de impresión que escapa tanto al pensamiento como a la memoria de unos y de otros, y no existe sino para mí?

En el primer plano de la memoria de un grupo se destacan los recuerdos de los acontecimientos y las experiencias que conciernen al mayor número de sus miembros y que resultan ser de su propia vida, de sus relaciones con los grupos más cercanos, con los que tienen un contacto más frecuente. En cuanto a aquellos que conciernen a un pequeño número, y a veces a uno solo de sus miembros, aunque estén comprendidos en su memoria –ya que, por lo menos en una parte, se producen dentro de sus límites– quedan en segundo plano. Dos seres pueden sentirse estrechamente ligados y tener en común todos sus pensamientos. Si, en determinados momentos, sus vidas transcurren en ámbitos diferentes –aunque puedan, por cartas, descripciones o relatos darse a conocer detalladamente las circunstancias en que se encontraban cuando no estaban en contacto– sería necesario que se identificasen uno con el otro para que todo aquello que, a partir de sus experiencias, les resultaba extraño se asimilara en su pensamiento común. Cuando Mlle. de Lespinasse le escribe al conde de Guibert, puede hacerle entender aproximadamente lo que siente lejos de él, pero sólo en las sociedades y ambientes mundanos que él conoce, porque se identifica también con éstos. Puede considerar a su amante, como también ella puede considerarse a sí misma, situándose en el punto de vista de estos hombres y mujeres que lo ignoran todo de su vida novelesca; y él puede considerarla también, como ella misma se considera, desde el punto de vista del grupo oculto y cerrado que ellos constituyen. Con todo, él está lejos y, sin que lo sepa, pueden producirse en la sociedad que ella frecuenta muchos cambios de los que sus cartas no le ofrecerán una idea acabada, de modo que algunas de sus conductas, en presencia de estos ámbitos mundanos, se le escapan y se le escaparán siempre: no basta que él la ame, como la ama, para que las descubra.

Un grupo entra generalmente en relación con otros grupos. Hay muchos acontecimientos que derivan de contactos, y muchas nociones que no tienen otro origen. A veces, esas relaciones o esos contactos son permanentes o, en todo caso, se repiten con cierta frecuencia, se prolongan durante largo tiempo. Por ejemplo, cuando una familia vive mucho tiempo en una misma ciudad, o cerca de los mismos amigos; ciudad y familia, amigos y familia constituyen sociedades complejas. Nacen entonces los recuerdos, comprendidos en dos marcos de pensamiento que son comunes a los miembros de dos grupos. Para reconocer un recuerdo de este tipo, es necesario formar parte al mismo tiempo de uno y de otro. Se trata de una condición que cumple, durante algún tiempo, una parte de los habitantes de la ciudad, una parte de los miembros de la familia. Sin embargo, es desigual en distintos momentos, según sus intereses se refieran a la ciudad o a la familia. Y basta, por otra parte, que algunos de los miembros de la familia dejen esta ciudad, se muden a otra, para que tengan menos facilidad que recordar aquello que no conservaban sino porque se hallaban inmersos al mismo tiempo en dos corrientes convergentes de pensamientos colectivos, mientras que ahora experimentan casi exclusivamente la acción de una de ellas. Por lo demás, dado que solamente una parte de los miembros de uno de esos grupos está incluida dentro del otro –y recíprocamente–, cada una de esas dos influencias colectivas es más débil que si se ejerciera sola. En efecto, no es el grupo entero; la familia, por ejemplo, no es más que una fracción que puede ayudar a uno de los suyos a recordar este orden de recuerdos. Es preciso que nos encontremos o estemos en condiciones tales que permitan a esas dos influencias combinar mejor su acción para que un recuerdo reaparezca y sea reconocido. Se desprende de aquí que parezca menos familiar, que percibamos menos claramente los factores colectivos que lo determinan, y que se tenga la ilusión de que está menos sometido que los otros al poder de nuestra voluntad.

Solemos atribuirnos, como si no tuviesen su origen sino en nosotros, las ideas y reflexiones, o los sentimientos y las pasiones, que nos fueron inspiradas por nuestro grupo. Tenemos, entonces, tan buena afinación con aquéllos que nos rodean que vibramos al unísono, y no sabemos dónde se encuentra el punto de partida de las vibraciones, si en nosotros o en los otros. ¡Cuántas veces manifestamos, con una convicción que parece enteramente personal, opiniones extraídas de un diario, de un libro, o de una conversación! Éstas se ajustan tan bien a nuestras manera de pensar que nos causaría horror descubrir quién es el autor, y que no somos nosotros. “Ya habíamos pensado en eso”: no nos damos cuenta de que no somos sino un eco. Todo el arte del orador consiste acaso en propiciar en quienes lo escuchan la ilusión de que las convicciones y que los sentimientos que despierta en ellos no les fueron sugeridos de afuera, que nacieron de ellos mismos, que

él solamente descubrió lo que se elaboraba en el secreto de sus conciencias y no hizo más que prestarle su voz. De una u otra manera, cada grupo social se esfuerza en mantener una persuasión semejante en sus miembros. ¿Cuántos hombres tienen suficiente espíritu crítico para discernir, en aquello que piensan, la parte que pertenece a otros, y confesarse a sí mismos que, la mayoría de las veces, no agregan nada propio? Algunas veces ampliamos el círculo de sus amistades y de sus lecturas, reconocemos el mérito de su eclecticismo que nos permite ver y conciliar los diferentes aspectos de ciertas cuestiones; suele suceder también que la dosificación de nuestras opiniones, la complejidad de nuestros sentimientos y nuestras preferencias no son más que la expresión del azar que nos puso en relación con grupos diversos u opuestos, y que la parte que representamos de cada modo de pensar está determinada por la intensidad desigual de las influencias que, separadamente, ejercieron sobre nosotros. De cualquier manera, en la medida en que cedemos sin resistencia a una sugerencia exterior, de afuera, creemos pensar y sentir libremente. Es así que la mayoría de las influencias sociales a las cuales obedecemos suelen pasarnos desapercibidas. Pero es igual, y acaso con más razón, cuando en el punto de encuentro de varias corrientes de pensamiento colectivo que se intersectan en nosotros se produce uno de estos estados complejos donde queremos ver un acontecimiento único, que no existiría salvo para nosotros. Es un hombre en viaje, que repentinamente se siente dominado por influencias que emanan de un medio extraño a sus compañeros. Es un niño que se encuentra, por un concurso inesperado de circunstancias, en una situación que no es de su edad, y cuyo pensamiento se abre a sentimientos y a preocupaciones de adultos. Es un cambio de lugar, de profesión, de familia, que no interrumpe del todo los lazos que nos vinculan a nuestros antiguos grupos. Ahora bien, sucede que en un caso similar las influencias sociales se tornan más complejas, porque cuanto más numerosas, más entrecruzadas. Es una razón para que se los desenmarañe menos claramente, y que se los distinga de manera más confusa. Se percibe cada ámbito a la luz del otro o de los otros, al mismo tiempo que al suyo, y se tiene la impresión de que él se resiste. Sin duda, de este conflicto o de esta combinación de influencias, cada una de ellas debería resurgir más nítidamente. Pero dado que estos ámbitos se enfrentan, se tiene la impresión de que no están comprometidos ni en uno ni en otro. Lo que queda en primer plano es la extrañeza de la situación en la que se encuentra, que basta para absorber el pensamiento individual. Este acontecimiento se interpone, como una pantalla, entre ella y los pensamientos sociales cuya conjugación lo ha elaborado. No puede ser comprendido plenamente por ninguno de los miembros de esos ámbitos, si no por mí mismo. En este sentido, me pertenece, y en el momento en que se produce intentaré explicarlo por y para mí. Podría admitir, a lo sumo, que las circunstancias, es decir, el encuentro de estos ámbitos, sirvieron de ocasión, permitieron la producción de un acontecimiento

comprendido desde hace tiempo en mi destino individual, la aparición de un sentimiento que estaba en potencia en mi alma. Puesto que los otros lo ignoraron, y no tuvieron (imagino) ninguna parte en su producción, más tarde, cuando reaparezca en mi memoria, tendré sólo un modo de explicarme su retorno: es que, de una u otra manera, se había conservado tal cual en mi espíritu. Pero no es el caso. Estos recuerdos que nos parecen puramente personales se distinguen de los otros por la mayor complejidad de las condiciones necesarias para que sean recordados; pero no se trata de una diferencia más que de grado.

A veces nos limitamos a observar que nuestro pasado incluye dos clases de elementos: aquéllos que nos es posible mencionar cuando lo queremos, y aquéllos que, por el contrario, no obedecen a nuestra llamada. En realidad, de los primeros se puede decir que pertenecen al dominio común, en el sentido de que lo que nos es familiar o fácilmente accesible, lo es también a los otros. La idea de que nos representemos lo más fácilmente posible, compuesta por elementos tan personales y particulares como se quiera, es la idea que tienen los otros de nosotros, y los acontecimientos de nuestra vida que están siempre presentes para nosotros también se han marcado en la memoria de los grupos que tenemos más cerca. Así pues, los hechos y nociones que nos duele menos recordar pertenecen al ámbito común, al menos en el caso de uno o algunos ámbitos. Estos recuerdos son entonces de “todo el mundo”, y es porque podemos apoyarnos en la memoria de los otros que somos capaces en cualquier momento, y cuando lo queramos, de recordarlos. En segundo lugar, de aquello que no podemos recordar voluntariamente, diremos que no está en los otros, si no en nosotros. Por extraño y paradójico que parezca, los recuerdos que nos resultan más difíciles de evocar son justamente aquéllos que no nos conciernen sino a nosotros, que constituyen nuestro bien más exclusivo, como si no pudieran escaparse a los otros sino a condición de escapárenos también a nosotros mismos.

¿Diremos que nos ocurre lo mismo que a alguien que encerró su tesoro en una caja fuerte cuya cerradura es tan complicada que ya no consigue abrirla, que no encuentra ya la clave del candado, y que debe confiar en el azar para hacerla reaparecer? Pero existe una explicación más natural y más simple. Entre los recuerdos que evocamos a voluntad y aquéllos que parecemos no haber capturado, se encontrarían realmente todos los grados. Las condiciones necesarias para que unos y otros reaparezcan sólo difieren por el grado de complejidad. Éstos están siempre a nuestro alcance porque se conservan en grupos donde somos libres de entrar cuando queramos, en pensamientos colectivos con los cuales siempre permanecemos en estrecha relación, aunque todos sus elementos, todas las conexiones entre estos elementos y los caminos más directos de unos a otros nos son fami-

liares. Éstos nos son menos y más raramente accesibles, porque los grupos que nos los ofrecerían son más distantes, y sólo entramos en contacto con ellos de manera intermitente. Hay grupos que se asocian, o que se encuentran a menudo, aunque podemos pasar de uno a otro, o estar al mismo tiempo en uno y en otro; las relaciones son tan reducidas, tan poco visibles, que no tenemos ni la ocasión ni la idea de seguir los caminos desdibujados por los que se comunican. Ahora bien, es sobre tales caminos, sobre tales sendas ocultas, que encontraríamos los recuerdos que son nuestros, de la misma manera que un viajero puede considerar suyos un manantial, un grupo de rocas, un paisaje que no se alcanza sino saliendo del camino, de encontrar otro por un sendero mal trazado y poco transitado. Los atractivos de estos atajos pertenecen a dos caminos y los conocemos: pero resulta necesario algo de atención, y tal vez algo de azar para encontrarlos; y podemos recorrer muchas veces uno y otro sin tener la idea de cómo buscarlos, sobre todo cuando no se puede contar con los paseantes que siguen algunos de estos caminos, puesto que no se preocupan en ir a donde los conducirían los otros.

No temamos volver sobre los ejemplos que dimos. Veremos que los elementos de estos recuerdos personales, que parecen pertenecernos en exclusividad, pueden encontrarse y conservarse en ámbitos sociales definidos, y que los miembros de estos grupos (de los que no dejamos de formar parte) sabrían descubrirlos y mostrárnoslos si les preguntáramos. Nuestros compañeros de viaje no conocían a los padres, a los amigos a quienes habíamos dejado detrás. Pero podían notar que nosotros no nos implicábamos totalmente con ellos. Sentían en algunos momentos que estábamos en su grupo como un elemento extraño. Si nos encontramos con ellos más adelante, podrán recordarnos que en tal parte del viaje estábamos distraídos, o que habíamos formulado una reflexión, pronunciado palabras que indicaban que nuestro pensamiento no estaba completamente con ellos. El niño que se perdió en el bosque, o que se vio en algún peligro que le despertó sentimientos de adulto, no dijo nada a sus padres. Pero estos pudieron advertir que, después del incidente, él ya no era tan descuidado como de costumbre, como si una sombra hubiese pasado sobre él, y que atestiguaba una alegría de reencontrarlos que no era ya la de un niño. Si pasé de una ciudad a otra, los habitantes de ésta no sabían de dónde venía, pero antes de que me hubiera adaptado a mi nuevo medio, mis miedos, mis curiosidades, mis ignorancias no escaparon a toda una parte de su grupo. Indudablemente, estos rastros apenas visibles de acontecimientos sin gran importancia para el ámbito en sí mismo, no atrajeron durante mucho tiempo su atención. Sin embargo, una parte de sus miembros los encontraría, o sabría al menos dónde buscarlos, si les contase el acontecimiento.

Es más, si la memoria colectiva extrae su fuerza y su duración del hecho de tener como soporte un conjunto de hombres, son sin embargo los individuos quienes recuerdan, en tanto miembros del grupo. De esa masa de recuerdos comunes, y que se apoyan entre sí, los recuerdos que aparecerán con más intensidad en cada uno de ellos no son los mismos. Diríamos que cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que ocupo, y que el lugar mismo cambia según las relaciones que mantengo con los otros ámbitos. No sorprende entonces que no todos aprovechen del mismo modo el instrumento común. Sin embargo, cuando intentamos explicar esta diversidad, volvemos siempre a una combinación de influencias que son, todas, de carácter social.

De estas combinaciones, algunas resultan extremadamente complejas. Es por eso que no depende de nosotros hacerlas reaparecer. Es necesario confiar en el azar, esperar que varios sistemas de ondas –los ámbitos sociales donde nos desplazamos materialmente o en pensamiento– se crucen de nuevo y hagan vibrar de la misma manera en que lo hicieron antes ese instrumento registrador que es nuestra conciencia individual. Pero la clase de causalidad es la misma aquí, y no podría ser diferente a lo que fue en otro tiempo. La sucesión de recuerdos, incluso de los más personales, se explica siempre por los cambios que se producen en nuestras relaciones con los distintos ámbitos colectivos, es decir, en definitiva, por las transformaciones de esos ámbitos, cada uno por separado y en su conjunto.

Diremos que es extraño que por más sorprendente que sea el carácter de unidad irreductible de los estados, nuestros recuerdos más personales resulten de la fusión de tantos elementos diversos y separados. En primer lugar, para la reflexión, esta unidad se convierte en una multiplicidad. Decimos a veces que, en un estado de conciencia verdaderamente personal, encontramos, profundizándolo, todo el contenido del espíritu visto desde un determinado punto de vista. Pero por contenido del espíritu deben entenderse todos los elementos que señalan sus relaciones con los distintos ámbitos. Un estado personal revela así la complejidad de la combinación de donde salió. En cuanto a su unidad aparente, ésta se explica por una ilusión bastante natural. Los filósofos demostraron que el sentimiento de la libertad se explicaría por la multiplicidad de las series causales que se combinan para producir una acción.

Para cada una de estas influencias, concebimos que otra pueda oponerse; creemos entonces que nuestro acto es independiente de todas estas influencias, puesto que no está bajo la dependencia exclusiva de ninguna de ellas, y no percibimos que en realidad se desprende de su conjunto, y que está siempre dominado

por la ley de la causalidad. Aquí, del mismo modo, como el recuerdo reaparece por efecto de varias series de pensamientos colectivos intrincados y enmarañados, y no podemos atribuirlo exclusivamente a ninguna de ellas, lo suponemos independiente, y oponemos su unidad a su multiplicidad. Es como suponer que un objeto pesado, suspendido en el aire por una cantidad de hilos tenues y entrecruzados, permanece suspendido en el vacío, donde se sostiene por sí mismo.



Márgenes

Cambio social y racionalidad

La perspectiva
de Gino Germani

Gustavo Ortiz

Investigador del CONICET y profesor de
Universidad Nacional de Río Cuarto.

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

1. El problema

En una periodización con marcados rasgos convencionales, se suele distinguir las siguientes etapas en el pensamiento social latinoamericano¹: 1. La de los precursores, que abarcaría desde comienzos del siglo 19 hasta mediados del siglo 20, formulada en el género literario del ensayo, con un lenguaje en el que se entremezclan elementos de filosofía social y política que tematizan, de una manera generalmente contrapuesta, los problemas de los países de la región, recogidos taxativamente en la conocida expresión “civilización o barbarie”; 2. La de la “sociología científica”, cuyos comienzos –datados en la segunda parte de los años 50– marcarían los de la institucionalización de la disciplina, conformada por teorías con contenido empírico y susceptibles de confrontación con la realidad en base a estándares metodológicos compartidos, fuertemente influida por Weber y el estructural-funcionalismo norteamericano, y cuya

1 Sobre las tres primeras etapas, véase Werz, N., *Pensamiento sociopolítico moderno en América latina*, ed. Nueva Sociedad, Caracas 1995, p. 104 y ss. Germani propuso inicialmente esta clasificación; véase *La sociología en América latina: problemas y perspectivas*, ed. Paidós, Bs. As. 1965. También, un primer panorama en Marsal, J. F., *Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX*, CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 1979, pp.206-209. Sobre el cuarto período, Jorge Larraín, *Identidad y Modernidad en América Latina*, ed. Océano, México 2004, p. 42 y ss.

figura representativa fue Gino Germani; 3. La de la sociología crítica, que en gran medida se define por contraposición a la sociología científica y se vertebra sobre la dupla dependencia-liberación, ocupando la segunda parte de los sesenta y toda la década de los setenta, y con dos variantes para el planteo y la solución del problema básico enunciado: una, de corte nacionalista y otra, orientada por el marxismo; 4. La última, que empieza a gestarse con los procesos de democratización en los 80, que tiende a sacudirse una presunta carga “ideológica” de las dos posiciones anteriores e inicialmente adopta un sesgo pragmático, para después concentrarse en las diferentes demandas que provienen del fenómeno de la globalización y del neoliberalismo, dando lugar, finalmente, ya entrados los 90, a enfoques postmodernos que recaen preferentemente sobre problemas de identidad social.

A pesar de los distintos contextos en los que las mencionadas etapas tienen lugar y del estatuto cognoscitivo claramente diferenciado que exhiben cada una de las perspectivas, pareciera haber, especialmente en las tres primeras, algunos rasgos comunes. Así, por ejemplo, pretensiones holistas, características de la filosofía social y también de los clásicos de la sociología; una marcada orientación prescriptiva o normativa –aún en las teorías que se reclaman empíricas– encaminada a incidir en los actores sociales, a fin de resolver situaciones de desarrollo claramente perceptibles en la región; y como consecuencia de lo antes dicho, propuestas sobre las necesarias transformaciones sociales que tendrían que darse, y que asumen, según los casos, características de cambio o de revolución. Por cierto, el cambio social supone modificaciones fragmentarias y progresivas de la sociedad; la revolución, por el contrario, apuesta a transformaciones radicales y rápidas.

Las teorías sobre el cambio o la revolución social, fueron explícitamente discutidas e implementadas entre los años 55 y 85, pero mantienen su vigencia aún en la actualidad. Y continuarán teniéndola, con una modalidad específicamente latinoamericana, al menos hasta tanto se alcancen procesos sostenidos y autosustentables de desarrollo. En efecto, la vigencia de una teoría depende, antes que nada, del comportamiento de la realidad social sobre la que recae, la que –dadas ciertas condiciones– actúa como última instancia de validación. Así las cosas, las teorías revolucionarias han sufrido una devaluación más fuerte que las teorías del cambio, por un lado, resultado del colapso del marxismo en sus concreciones históricas, y por el otro, de su inevitable crisis teórica².

2 Valdria la pena hacer un balance de la situación teórica del marxismo en América Latina, de su capital cate-
gorial y de sus estrategias metodológicas que, en buena medida, pertenecen ya a las reservas de las ciencias
sociales. Sobre el tema, véase el prolijo y completo informe de Raúl Fornet-Bentancourt, *O marxismo na
America Latina*, ed. Unsinos, Sao Leopoldo 1994.

También las teorías del cambio social fueron impactadas, en su momento, por los comportamientos adversos y dispares de la realidad social latinoamericana. La pregunta es si quedan, en las mismas, residuos que puedan ser recuperados y eventualmente utilizados en reformulaciones que, por cierto, enfrentarían situaciones hoy configuradas de distinta manera. En efecto, por una parte, el contexto internacional contemporáneo las desafiaría a proponer modelos de desarrollo autónomo frente a los nuevos procesos de globalización y a los embates del neoliberalismo, desconocidos en las décadas en las que surgieron. Por otro parte, para llevar a cabo las tareas aludidas, las teorías del cambio social, entre otros aspectos, tendrían necesidad de reconstruir sus antecedentes y de localizar sus aciertos y desaciertos; en una estrategia semejante, asoma la propuesta de Gino Germani, objeto de esta comunicación.

La suposición de fondo que me ha inducido a fijarme en la teoría de Germani acerca del cambio social, es la importancia que le acordaría, en la efectivización del mismo, a los actores sociales, y en definitiva, a los componentes culturales que, en forma de sistemas normativos, orientan sus acciones, inscriptos en el trasfondo del proceso de modernidad y de secularización, tal como son reconstruidos por Max Weber, quien, como se sabe, ejerce sobre Germani una reconocida influencia.

Para tratar el tema consignado, procederé de la siguiente manera. A continuación, expondré la perspectiva de Germani, especialmente la referida al cambio social. Posteriormente, voy a recordar las objeciones que se le hicieron y a mostrar como algunas de ellas permanecen vigentes, otras quedan devaluadas y unas últimas podrían ser recuperadas, si se las inscribiera en una teoría ampliada de la racionalidad. Este último aspecto lo desarrollaré en las conclusiones, en las que vincularé el problema del cambio social con el de la racionalidad práctica; allí, haré una mención especial a Weber, a quien Germani tiene en cuenta cuando habla del cambio social como característica de las acciones y de las instituciones sociales, y también a Habermas, a quien Germani no cita, pero que aparece como referencia ineludible cuando se discute sobre esta cuestión.

2. Germani, sobre el cambio social

Voy a exponer las principales ideas de Germani sobre el cambio social. Lo haré en forma de tesis, tal como él las enuncia con ocasión de su intervención en la *Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia*, organizada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, en 1978 y en otros textos³. Según

3 Publicadas en "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna", en *Crítica & Utopía latinoamericana*

lo dijera, la teoría del cambio, en Germani, se inscribe en una teoría más amplia acerca de la modernización y de la secularización, con una marcada influencia weberiana. Sus afirmaciones centrales son las siguientes:

- Las definiciones formales de modernización y secularización son casi las mismas, pero deben ser vistos como procesos históricos ocurridos a lo largo de milenios dentro de una cultura particular; es decir, no obedecen a un proceso evolutivo universal. Representan una orientación, pero no la única ni probablemente la mejor.
- La sociedad moderna es única entre todos los tipos de sociedad porque atenúa y tiende a eliminar el carácter sagrado de sus principios básicos, sus sistemas de valores, sus normas, sus actitudes y sus modelos de conducta.
- Ciertos grados y formas de secularización han sido comunes a todas las sociedades occidentales. La secularización occidental no permanece limitada a miembros de una elite o a una parte especial de ella, como en otras civilizaciones no occidentales, sino que tiende a expandirse a todos los sectores. La distinción entre un saber esotérico y exotérico se mantiene en forma muy rígida y tiene que ver con el carácter sagrado adjudicado a las creencias, normas y valores.
- En los pueblos no occidentales, las elecciones, los cambios y las innovaciones tienden a evitar la ruptura completa con el pasado; intentan ser una continuación de creencias institucionalizadas. Lo que puede cambiarse, tiene límites. En todo caso, se preserva un conjunto mínimo de creencias. En la cultura occidental, estos límites no existen, al menos en teoría. La tendencia es extender la secularización a todas las instituciones y prácticas.
- La secularización que le interesa resaltar, abarca tres rasgos principales: 1. La acción electiva, basada en la decisión individual. La acción electiva sigue siendo una forma de conducta socialmente regulada, pero que se distingue de la acción prescriptiva en cuanto que las nor-

de Ciencias Sociales, El Cid Editor, Buenos Aires 1979, pp. 25-63. También *Política y Sociedad en una época de transición*, Paidós, Bs. As. 1954, cap. 4. Sobre "secularización", del mismo Germani, véase *Modernization; Industrialization*, vol. IX de la Encyclopaedia Britannica.

mas que la orientan son criterios de elección u opción, y no modelos de conducta atribuidos de un modo rígido a cada situación socialmente definida. Esos criterios de elección pueden ser racionales (en sentido instrumental) o emocionales. Poseen una racionalidad instrumental en el ámbito de la política, de la ciencia, de la economía y de la sociología, pero aceptan criterios emocionales en la esfera íntima e individual, como el matrimonio, la vocación profesional y las preferencias estéticas, en donde el objetivo sería alcanzar definidos niveles de individuación. 2. El segundo rasgo del proceso de secularización tiene que ver con la institucionalización o legitimación del cambio. Este tiene características cuantitativas, en el sentido que abarca una extensión ilimitada de instituciones y áreas de comportamiento. Pero lo más importante de todo es que el elemento prescriptivo de la acción electiva –el marco normativo mismo– puede ser elegido, puede ser cambiado. Con la extensión progresiva de la secularización, los fines y valores centrales acaban de ser vistos como artefactos humanos modificables, susceptibles de cambio y más precisamente de cambio deliberado y planeado. El cambio llega a ser legitimado, aceptado o normalmente, deseado. En las sociedades no occidentales, el cambio es negado o fuertemente resistido y en todos los casos, visto como ilegítimo y sacrilego. 3. El tercer aspecto se relaciona con la emergencia de nuevas esferas institucionales, creciente especialización de normas y de roles y creciente autonomización de valores dentro del sistema social. La interdependencia entre las diversas instituciones tiende a crecer con la especialización

- Aunque los rasgos tradicionales se mantengan o tiendan a fusionarse con los modernos, es un hecho que la secularización, por su propia naturaleza, tiende a extenderse a toda la sociedad.
- En las sociedades pre-industriales, hay un claro predominio de las acciones prescriptivas, mientras que en las industriales, la mayoría de las acciones son electivas. De esto se sigue que en las primeras, el cambio tiende a ser considerado una violación de normas tradicionales, mientras que en las segundas es visto como un fenómeno normal, al que el marco normativo regula y fomenta.
- Todos los cambios (los geográficos, institucionales, sociales y motivacionales) se llevan a cabo de manera asincrónica, es decir, se producen a

“distintas velocidades”, por lo que dan lugar a la coexistencia de formas tradicionales y modernas.

- Por otro lado, pareciera que ninguna sociedad puede prescindir de un núcleo de valores y normas en los que se arraiguen criterios para las elecciones y que regulen el cambio, sin rupturas catastróficas.
- Si el núcleo central también se expone a cambios, entonces habría que buscar mecanismos para llevar a cabo tales cambios.
- En occidente, al desaparecer los principios religiosos y dinásticos, la nación y las normas y valores correspondientes llegaron a constituir un componente esencial del núcleo prescriptivo inmodificable. La nación llega a constituirse en última ratio, en organismo total infinitamente superior a los individuos.
- Hipótesis general: la tensión estructural implícita en la sociedad moderna entre la creciente secularización, generadora de cambios continuos por un lado, y la necesidad de mantener un núcleo central prescriptivo mínimo, suficiente para garantizar la integración, por el otro, constituye un factor general causal de crisis catastróficas, que al eliminar los insuficientes mecanismos de control de los conflictos, llevan a salidas destructivas de la democracia.

Hasta aquí, las tesis centrales de Germani sobre el cambio social. A continuación, voy a recordar algunas objeciones que las mismas provocaron.

3. Las objeciones

Hay un retrato de Germani que lo representa como a un sociólogo funcional al capitalismo y a la situación de dependencia; esta caracterización proviene de dos frentes. Uno interno, según el mismo lo identificaba, conformado por un sector de la *intelligenza* antipositivista, “con anclajes en la fenomenología, el neotomismo y el existencialismo”, por grupos de derecha, ligados a la fuerzas armadas y al clero, y por grupos de izquierda, que le reprochaban haber aceptado un subsidio de la Fundación Ford. El otro, externo, que le endilgaba su afiliación a la sociología científica, tal como se denominara a las corrientes norteamericanas afín al estructural-funcionalismo. Las imputaciones procedentes del frente interno –así denominado por su pertenencia institucional a la Universidad de Buenos Aires– están sobrecargadas ideológicamente y no merecen ser consideradas. Las objecio-

nes provenientes del frente externo, básicamente de los dependentistas, tienen formulaciones aparentemente más académicas.

Por empezar, reconocen a Germani el mérito de haber reaccionado a una retórica especulativa, intentando hacer ciencia rigurosa por medio de la utilización de una metodología y de unas técnicas empíricas depuradas, con el objeto de contribuir al esclarecimiento del proceso de modernidad en América Latina, pero le reprochan los siguientes aspectos⁴. En primer lugar, haber importado modelos teóricos y supuestos metodológicos, producidos en los Estados Unidos, reduciéndose a aplicarlos a la nueva realidad, sin una adaptación realista. En segundo lugar, que esa falta de adaptación se explicaría por una inicial deformación ideológica: el supuesto que los países latinoamericanos –excepto un par de ellos– no habían pasado de la tradición a la modernidad. En tercer lugar, que el cambio de un estadio a otro, según Germani, debía darse de la misma forma en que había ocurrido en los países desarrollados, brillantemente expuesta por Max Weber. En cuarto lugar, que la noción de modernidad, que en Weber designa un acontecimiento histórico único, en el que se daría la confluencia impredecible y casual de una serie de elementos, pierde en Germani su radicación histórica y adquiere dimensiones universales, constituyéndose en un modelo imprescindible. Por último, que el dualismo tradición-modernidad se daría, según Germani, de una manera diferenciada: habría países y regiones más o menos tradicionales y otros más o menos modernos, dando lugar a lo que se llamará “sociedades en transición”, las que serán definidas en función de la predominancia de elementos inhibidores o retardatarios del cambio o de elementos modernizadores.

He incluido en este texto los reparos, los más importantes que, en su momento, se formularon a la teoría de Germani. Lo he hecho porque se dieron y en cuanto tal, corresponde recordarlos, pero no para ensayar una especie de contrapunto entre ambas posiciones y finalmente, dictaminar en favor de una o de otra. Tal posibilidad supondría perspectivas enteramente neutrales, la existencia de criterios pertinentes de evaluación, y un contexto no sobrecargado de intereses ideológicos y de conflictos políticos como aquél en el que se estableció la polémica. Más razonable, metodológicamente, es continuar con algunos comentarios, encaminados especialmente a definir con mayor claridad los rasgos de su teoría del cambio social.

4 Véase Sotelo, I., *La sociología en América latina. Estructura y problemas*, ed. Tecnos, Madrid 1975, p. 17 y ss.

4. Los comentarios

Respondiendo a la primera de las objeciones y de una manera contundente, como era su estilo, Germani sostuvo la necesidad de la objetividad científica y criticó la tendencia a caracterizar el empleo de teorías sociológicas internacionales como de “colonialismo interno”⁵. En mi opinión, tanto en el cuestionamiento, como en la respuesta, despuntan dos problemas. Por un lado, se plantea la cuestión acerca del estatuto de las teorías sociológicas y de sus pretensiones cognoscitivas, y en consecuencia, del presunto valor universal de sus categorías y conceptos o de su inevitable radicación histórica. Por otro lado, se presenta la pregunta acerca de si Germani hizo un traslado mecánico del estructural-funcionalismo, o intentó adaptarlo a la situación latinoamericana. La primera cuestión continúa siendo disputada; la segunda, provocó reconocimientos más o menos unánimes, coincidentes todos en que sería incorrecto afirmar que Germani se conformó con importar un aparato conceptual y unas técnicas de investigación surgidas en situaciones históricas diferentes, sin preocuparse de su adaptación a América Latina. Germani pretendía hacer sociología científica, esto es, empírica, y en ese sentido, latinoamericana.

Pareciera, con todo, que su idea de la sociología como ciencia empírica está trabajada en el marco del estructural-funcionalismo. En efecto, la sociología, en Germani, tiene que ver con comportamientos regulares y previsibles; estas regularidades pueden formularse estadísticamente, recogiendo el comportamiento empírico que se da con mayor frecuencia, o pueden construirse en forma de patrones normativos⁶. Estos patrones normativos suponen que los comportamientos están orientados por “sistemas de valores”, en donde los valores tienen un alcance universal; la sociología se ocuparía de estos valores institucionalizados, que se han vuelto obligatorios para la acción social. Así las cosas, la sociología empírica de Germani se diferencia de la sociología como ciencia de la realidad, en Weber. La realidad weberiana está determinada significativamente, y el significado se mueve en un registro prioritariamente hermenéutico, no funcional o adaptativo.

Las “teorías de la modernización” o del “cambio o transición social”, de las que la propuesta de Germani formaba parte, estudian preferentemente, pues, la estructura normativa de las sociedades latinoamericanas, a la que reducían los valores culturales. Esta idea estructural-funcionalista, aplicada como un esquema abstracto, postula el abandono de la cultura y de los valores tradicionales y su

5 Germani, G., *La sociología en América latina. Problemas y perspectivas*, ed. Paidós, Bs. As 1964, pp. 3-17.

6 Germani, G., *La sociología científica*, ed. Instituto de Investigaciones Sociales, México 1956, p 46

reemplazo por los valores de la razón, la libertad, el progreso y la tolerancia. Define, valiéndose de pares de variables opuestas, modelos abstractos de sociedades desarrolladas y subdesarrolladas y concibe el cambio social como una transición ininterrumpida, a través de las mismas etapas por las que pasaron los países desarrollados. Es cierto que en Germani, un científico social agudo e inteligente, el optimismo inicial respecto a las posibilidades de cambio social siguiendo el modelo esbozado, decrece en los últimos tramos de su producción intelectual. Reconoce, por ejemplo, que el desarrollo alcanzado por las sociedades avanzadas no es el mejor ni el único y que es posible que en los países llamados avanzados, haya oportunidades de hallar soluciones más adecuadas a los graves problemas que encierra la sociedad industrial, “en todas sus versiones y formas”⁷. Ciertamente, hay un parecido con la desazón que Weber manifiesta frente al avance aparentemente indetenible de la racionalidad teleológica. A pesar de lo cual, Germani añade que no ha renunciado a los valores de la modernidad, y en nombre de esos valores, invita a suponer que las potencialidades del hombre no han sido agotadas por la cultura occidental.

También en Weber, más allá de la desazón que le provocan la pérdida del sentido y de la libertad en la que desemboca la modernidad capitalista, y de los escasos o inexistentes márgenes de maniobra que deja, una vez deglutido el ethos religioso que la alimenta y de los fundamentos cuasi-mecánicos que adopta⁸, pareciera haber ciertos indicios, especialmente en el ámbito de la acción política, que permitirían imaginar situaciones distintas, no hipotecadas por una racionalidad teleológica hegemónica.. Esto supondría que el proceso de modernización implantado en los países industrializados es único e irrepetible y sin alcances universales. Supondría, también, que cabe la posibilidad de modelos alternativos de modernidad, en los cuales se pudieran disminuir y controlar los efectos no deseados del capitalismo histórico. Y pareciera que esto autoriza a imaginar que una de las formas de concreción se daría si los países no desarrollados apelaran a sus reservas culturales y reconfiguran sus interacciones sociales, redefiniendo proyectos compartidos y coordinando sus acciones; ordenando y relanzando sus economías, ampliando sus márgenes de negociación externa e implementando una distribución equitativa y justa de la riqueza. Una teoría tal del cambio social, que mostrara sus condiciones de posibilidad, indicaría también sus instancias de validación. Y exigiría, entre otros aspectos, reconsiderar antecedentes teóricos fallidos, localizar sus aciertos y desaciertos y despejar malentendidos que pudieron dificultar

7 Germani. G., *Las condiciones sociales de la democracia*, op. cit., p. 25.

8 Véase Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, ed. Península, Barcelona 1975, p. 259.

una lectura correcta de los mismos. Es lo que he procurado hacer en esta comunicación, a la que añadiré las siguientes conclusiones, referidas a flancos débiles, en mi opinión, que ofrece la perspectiva estructural-funcionalista y que alcanzan a la teoría de Germani.

5. Las conclusiones

El enfoque funcionalista de sistemas ha sido objetado desde diferentes perspectivas⁹. Voy a referirme a las observaciones que le formula Habermas¹⁰; me parece que son las que muestran de forma más clara, ciertas insuficiencias directamente vinculadas a la modalidad que le imprime Germani.

Al introducir dos de las nociones claves de Germani para explicar el cambio social, las de acción *prescriptiva* y *electiva*, hice alusión a que las mismas tendían a reemplazar a las de *acción tradicional* y *acción racional*, las denominaciones empleadas por Weber. No se trata de una simple sustitución, sino de un desplazamiento metodológico; el enfoque hermenéutico weberiano de la acción social, entendida como un comportamiento dotado de sentido subjetivo, pero definido de una manera vinculante por la situación, se convierte en Germani en una orientación de la acción proveniente del sistema normativo. Es una lectura de Weber desde su recepción americana, según la cual la sociología se ocupa de la tradición cultural y de los sistemas de valores en la medida en que estos cobren fuerza normativa, Germani privilegia su interés por los marcos institucionales y los aspectos sociales –pero definidos funcionalmente– que condicionan el proceso de desarrollo de América latina.

Y sin embargo, lo que ocurre es que en la definición de las normas vigentes penetran siempre fragmentos de la tradición cultural. Si bien es cierto, como dice Habermas, que las ciencias sociales solo tienen que ver con contenidos transmitidos “en la medida en que éstos entran en las instituciones”¹¹, con todo, el sentido orientador de la acción, que configura las normas sociales, no puede ser ignorado, so pena de caer en un formalismo ahistórico y en un universalismo abstracto. En efecto, no se puede silenciar que los supuestos básicos de una teoría están penetrados de una precomprensión de las situaciones históricas, o en otras palabras,

9 Entre otras críticas, la conocida de Nagel, en *The Structure of Science*, London 1951, p. 403 y ss. Hempel se orienta en la misma perspectiva.

10 Véase Habermas, J., *La Lógica de las ciencias sociales*, ed. Tecnos, Madrid 1988, p. 135 y ss.

11 Habermas, J., op. cit., p. 169.

que en ellas existen interpretaciones valorativas de la propia situación. Las aplicaciones que hace Germani de los *efectos de demostración* y de *fusión* para explicar el cambio social en Argentina, indican que no puede evitar las referencias a las situaciones históricas, pero a las que define como variables de un comportamiento observable, despojados de contenidos intencionales.

Habermas¹² habla de “valores flotantes”, que no alcanzan a ser absorbidos por los sistemas normativos y que zafan a toda institucionalización; de valores culturales que alimentan utopías, las que, si bien en explicaciones basadas en comportamientos regulares pudieran a aparecer como casos límites o decididamente anómalos y desviados, no se las puede eliminar metodológicamente, ignorando su incidencia social; de deseos y pulsiones emergentes no integrados; de necesidades no absorbidas por los roles sociales, de ideologías y creencias que se configuran como imágenes de la realidad y alimentan las mismas acciones sociales, perfilan identidades y terminan solidificando clandestinamente sistemas valorativos y procesos de institucionalización, o haciéndolos estallar en mil pedazos; finalmente, de ese flujo de valoraciones que arrastra el lenguaje cotidiano y que termina penetrando las acciones y las interacciones sociales.

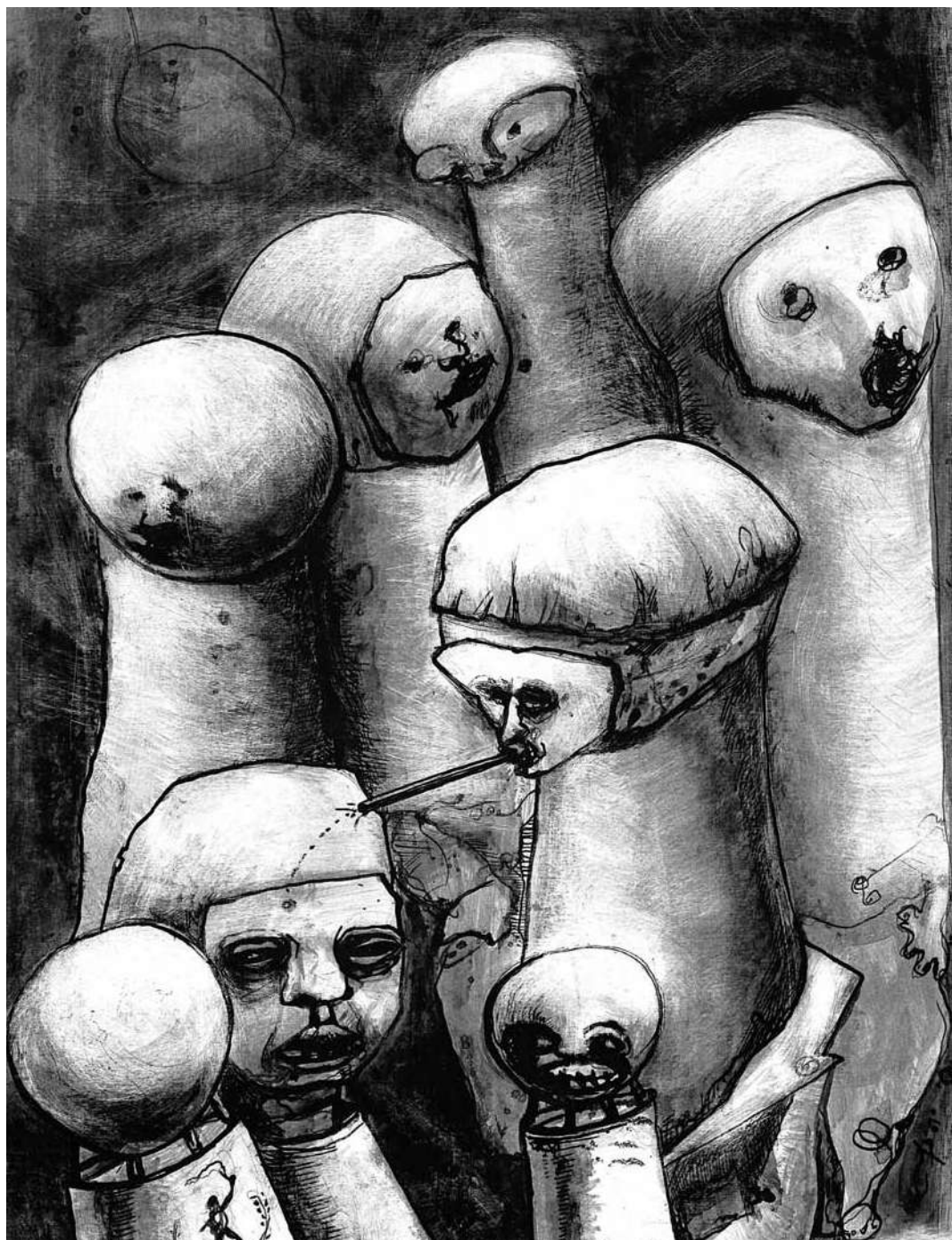
De ese núcleo de valores y de sentido que conlleva la cultura, no se puede disponer arbitrariamente; no se lo puede ignorar, como dije, pero tampoco sacralizar. Quedar pegados a ellos es intentar detener el tiempo, un gesto tan vacuo como intentar detener el sol con un movimiento de la mano. Lo que cabe, más bien, es el reconocimiento de su existencia y de su eficacia histórica. Ellos se vehicular y orientan las acciones sociales “desde abajo”, como predominantemente los presentó Weber; mientras los valores institucionalizados, de los que tomó nota Germani, lo hacen “desde arriba”.

De cualquier manera, la advertencia sobre su existencia e importancia y sobre la exigencia metodológica de integrarlos en las explicaciones sobre el cambio social, no resuelve todavía aquella situación generada por la hegemonía de la racionalidad medio-fin, de la que fueron perfectamente lúcidos tanto Weber como Germani, cada uno a su manera. Una salida posible es que la racionalidad hermenéutica, operante en la tradición cultural, y la racionalidad sistémica, que actúa coercitivamente sobre los actores, se articulen comunicativamente en el lenguaje y en las interacciones sociales, posibilitando consensos compartidos que definan un mismo plexo significativo, un mismo mundo, en el que se coordinen las acciones y se determinen las modalidades del cambio social.

12 Habermas, J., op. cit., p. 170.

Bibliografía

- Fornet Bentancourt, Raúl. (1994) *O marxismo na America Latina*. Sao Leopoldo, ed. Unsinos.
- Germani, Gino. (1954) *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós.
- (1956) *La sociología científica*. México, ed. Instituto de Investigaciones Sociales.
- (1962) “Modernization; Industrialization”. EN: *Encyclopaedia Britannica*, vol. IX.
- (1965) *La sociología en América Latina: problemas y perspectivas*. Buenos Aires, ed. Paidós.
- (1979) “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”. EN: *Crítica & Utopía latinoamericana de Ciencias Sociales*. Buenos Aires, El Cid Editor.
- (1964) *La sociología en América Latina. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, ed. Paidós.
- Habermas, Jürgen. (1988) *La Lógica de las ciencias sociales*. Madrid, ed. Tecnos.
- Larrain, Jorge. (2004) *Identidad y Modernidad en América Latina*. México, ed. Océano.
- Marsal, Juan Francisco. (1979) *Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX*. Madrid, CIS - Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Nagel, Ernst. (1951) *The Structure of Science*. London, Ed. Routledge.
- Sotelo, Ignacio. (1975) *La sociología en América Latina. Estructura y problemas*. Madrid, ed. Tecnos.
- Weber, Max. (1975) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, ed. Península.
- Werz, Nikolaus. (1995) *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Caracas, ed. Nueva Sociedad.



Memoria

Relevamiento de textos de memoria*

Memoria: Antologías periodísticas

- Salzano, Daniel, 1996. *Los días contados*. Op Oloop, Córdoba.

Reúne una selección de crónicas publicadas en *La Voz del Interior* en la sección “quiénes y cuándo”. Las breves estampas remiten a un especie de mitología personal en la que se cruzan los fantasmas del cine con los ídolos del deporte, la música y la política. Todo a partir del espacio de la memoria de Córdoba y su gente.

- Barón Biza, Jorge y Halac, Rosita 1999. *Los cordobeses al fin del milenio*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

El texto recopila artículos aparecidos en la década del 90 en Córdoba. A través de variada documentación que incluye la historia oral y los recuerdos personales se busca “transmitir lo que somos”, según los autores, es decir la vida de los cordobeses.

- Londero, Jorge, 2001. *Las Historias de don Boyero*. Alción Editora, Córdoba.

Resultan un conjunto de relatos vinculados a escenarios y personajes de Córdoba a partir del cruce entre referencialidad histórica y memoria colectiva. Estos artículos ya habían sido publicados en *La Voz del Interior*.

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

* Este relevamiento no pretende ser exhaustivo; se ha seguido como criterio para su elaboración, el registro literario o periodístico y la referencia a Córdoba.

Memoria de la dictadura: represión y exilio

- Dámaso Martínez, Carlos, 1982. *Hay cenizas en el viento*. Centro editor de América Latina, Buenos Aires.

En el marco de esta novela palimpséstica y polifónica, se realiza una representación del Cordobazo, a partir del cual se desatan una serie de interpelaciones acerca de nuestra conflictiva identidad cultural. Apelando a la memoria desordenada y fragmentada de una serie de hechos históricos, el texto traza una genealogía de la violencia y se interroga acerca de nuestra identidad, desde la muerte, la violencia y el enfrentamiento físico e ideológico con el otro. La identidad se construye como enigma a resolver, como clave que sólo se puede descifrar, indagando en nuestra paradójica y contradictoria historia cultural.

- López, Fernando, 1984. *Arde aún sobre los años*. Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

La permanencia de una memoria permite recuperar la historia de uno de los hechos más vergonzantes de la historia argentina reciente: la guerra de Malvinas. De allí, el rescate de sus protagonistas y de los acontecimientos en que se vieron involucrados.

- López, Fernando, 1984. *El mejor enemigo*. Narvaja Editor, Córdoba.

Siguiendo la estructura de la novela policial negra, el texto se convierte en una reconstrucción de los años de la dictadura en Córdoba. Los espacios y los tiempos, conjuntamente con los protagonistas se convierten en las pruebas irrefutables de la memoria que busca relatar lo que pasó.

- Yudicello, Lucio, 1985. *El derrumbe*. Alción editora, Córdoba.

Las transformaciones ideológicas, sociales y culturales que se suceden en nuestro país a principios de la década del 60; al igual que el inicio de las prácticas revolucionarias, las utopías comunistas y la militancia juvenil, pueden ser leídas en esta obra. A través de una historia de familia se representa en forma alegórica, una sociedad ordenada, conservadora que comienza a ser “invadida” por nuevos actores sociales que pugnan por adquirir legitimidad, derechos sociales y ocasionan el “derrumbe”.

- Gili, Carlos, 1986. *Remolinos de Sombras*. Ediciones Córdoba de la nueva Andalucía.

Se recrea en esta novela, compuesta por dos “nouvelles” (*Remolinos y Sombras*), el imaginario político y sociocultural de los años 60: los “remolinos” de una sociedad en proceso de cambio; los ideales, la militancia y la bohemia de la juventud; las utopías comunistas-socialistas; la activa participación de los movimientos obreros y estudiantiles y la violencia creciente de la sociedad que culminará en el estallido social del “Cordobazo”.

- Tello, Antonio, 1987. *De cómo llegó la nieve*. Tusquets editores, Barcelona.

La memoria de los hechos de violencia, el exilio y los desaparecidos, perpetrados durante las décadas del 60 y el 70 pueden ser leídos en esta novela. Procesos de fragmentación y polifonía discursiva generan ambigüedad, contrapuntos y dislocaciones que traducen la identidad escindida de una sociedad y una historia que necesita ser reconstruida desde la memoria. La nieve se presenta como un símbolo estructurante que connota imágenes de muerte, de frialdad y violencia. En la obra se interroga nuestra historia cultural para reflexionar acerca de la violencia y de los mecanismos de exclusión sobre los cuales se ha construido nuestra conflictiva identidad.

- Marimón, Antonio, 1988. *El antiguo alimento de los héroes*. Editorial Punto Sur, Buenos Aires.

La infancia, figura del padre, las viejas lecturas, el Cordobazo y la historia del SITRAC-SITRAM, una fotografía de René Salamanca, la represión y el exilio son los temas en que la memoria construye no sólo una peripecia personal –la del protagonista– sino la trayectoria de una generación.

- Mercado, Tununa, 1990. *En estado de memoria*. Alción editora, Córdoba.

Diversos relatos entrelazan la historia personal con la de la generación a la que pertenece. Un interrogación permanente sobre el sentido de la rememoración incide en ese estado de memoria con que el título direccionaliza una lectura sobre los recuerdos y sobre cómo recordar.

- Yudicello, Lucio, 1991. *Las Voces*. Editorial Galerna, Buenos Aires.

Esta novela se presenta como continuación de la historia desarrollada en *El derrumbe*. Luego del caos, llegan las “voces” de los sujetos desaparecidos, de los exi-

liados y de las “Madres de Plaza de Mayo” que procuran mantener viva la memoria de sus seres queridos. Tanto desde un plano discursivo, como temático, se hilvanan en la obra retazos sueltos e inconexos de nuestra historia nacional más reciente, procurando comprender el porqué de un país “cuartel” y de una sociedad que se agrieta a través del horror, la muerte y la violencia.

- Aguad, Susana, 1992. *Herrumbre y oro*. Ediciones Letra Buena, Buenos Aires.

En esta novela se representan los acontecimientos que culminaron con el derrocamiento del presidente Illia, en 1966. Se describe la Córdoba del golpe de Estado de Onganía y la mirada se centra sobre la juventud: su militancia, sus utopías, idealismos, proyectos sociales, pero también, sus “forzados exilios”.

- López, Fernando, 1992. *La noche de Santa Ana y otros relatos*. Editorial Lerner, Córdoba.

Los cinco relatos que componen en texto entretajan referencias a protagonistas y momentos precisos de la historia argentina con la ficcionalización de situaciones. La memoria aparece como el espacio privilegiado para la narración de otra historia, la del pueblo en su búsqueda de identidad.

- Negro, Norberto, 1992. *Yo... sólo cumplo órdenes*. Serie Sombras y Luces, Córdoba.

En esta novela-testimonio se reproducen experiencias carcelarias acontecidas durante la última dictadura militar. El absurdo y la arbitrariedad del poder se hallan ilustrados a partir del título de la novela. “Yo sólo cumplo órdenes” es la respuesta indiferente de los soldados que actúan respondiendo a órdenes que no siempre comprenden. A través de discursos irónicos y slogans propios de la época se cuestionan en la obra las prácticas de tortura, la intolerancia hacia el otro y la violación de los derechos humanos.

- Rivero, Pedro Adrián, 1995. *Los gallos del diablo*. Alción editora, Córdoba.

En esta obra se realiza una textualización de la violencia, el autoritarismo, las prácticas de poder, el dolor y el miedo que conformaron el imaginario de nuestros años 70, apelando a un discurso mítico y simbólico. El “gallo del diablo” que participa de la riña, se presenta como símbolo de violencia, de poder e ilegalidad. La escritura cuestiona dichas prácticas y se instituye como baluarte de la memoria,

pero también como un discurso utópico que, al igual que los gallos de Dios, anuncia un mensaje liberador y esperanzado en cada amanecer.

- Rodeiro, Luis, 1996. *Fantasías de bandoneón*. Edición de la cortada, Santa Fe.

Una compleja estructura en la que se superponen referencias literarias con acontecimientos de la década del 70; un análisis de situaciones y protagonistas –en especial de la organización– se alterna con textos de hondo sentido poético que visualizan una memoria centrada en la recuperación del peronismo.

- Pérez Esquivel, Adolfo, 1996. *Una gota de tiempo*. Ediciones Op Oloop, Córdoba.

El autor testimonia su participación en el servicio de paz y justicia para América Latina, con el agregado del drama personal que significaron la cárcel, la tortura, los vuelos de la muerte y los desaparecidos. Esto se mezcla con las memorias de su infancia.

- Bialet, Graciela, 1997. *Los sapos de la memoria*. Op Oloop ediciones, Córdoba.

La ficcionalización de una situación: un adolescente que se pregunta sobre los padres desaparecidos, posibilita valorar el sentido de la memoria en cuanto configuradora de la identidad individual, pero también como el espacio de la historia colectiva.

- Coletti, Juan, 1997. *El misterio de la fosa de los leones*. Ediciones del Fundador, Córdoba.

A través de un proceso de doble referencialidad histórica, este texto instaura una genealogía de la violencia, reproduciendo imágenes y prácticas inquisitoriales, llevadas a cabo en la Córdoba virreinal del siglo XVII. a fin de señalar que el horror, la tortura y la arbitrariedad del poder permanecen aún latentes en la Córdoba de los setenta.

- López, Fernando, 1998. *El enigma del ángel*. Narvaja editor, Córdoba.

En esta novela, lo fantástico se articula con el policial para realizar la narración de una historia, enmarcada en la Córdoba de la “Revolución Libertadora” (1955), en donde interviene un ángel que sufre la persecución de un agente poli-

cial. Se cuestionan en la obra las prácticas de violencia, despotismo y maniqueísmo hacia el otro, nuestra conflictiva identidad cultural, el accionar de las instituciones y la verdad que se perfila como enigma y entidad que se inscribe fuera del ámbito institucional.

- Gili, Edgardo, 1998. *El camuati*. Narvaja editor, Córdoba.

A través de esta obra, el narrador propone construir un lenguaje que permita iluminar “espacios oscuros” que se anidan en nuestra historia más reciente; en este caso, el robo y el secuestro de niños perpetrados durante la última dictadura militar. La escritura da cuenta de una historia silenciada y mutilada desde los discursos oficiales y permite denunciar la violencia, la traición, la muerte y la tortura operantes en el régimen. El “camuati” se presenta como un mítico oasis a través del cual resulta posible suturar los fragmentos sueltos de una historia, una memoria y una identidad.

- Gómez Melchionna, Susana, 1998. *Sagrada*. Narvaja editor, Córdoba.

La temática de los sujetos desaparecidos durante la última dictadura militar se presenta como eje estructurante de esta “nouvelle”, la cual se halla narrada en primera persona por una nieta que busca a su abuela desaparecida. Esta última se construye en forma mítica y se identifica con lo sagrado, la “pachamama”, la vida y la fertilidad. También se presenta como alegoría de la patria que desaparece y se desintegra, junto con sus hijos desaparecidos.

- Campra, Rosalba, 1998. *Los años del arcángel*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Distintos momentos y personajes de nuestra historia nacional son rescatados durante el recorrido mítico que un arcángel realiza sobre estas tierras (este país “sin terminar”) que le han sido asignadas por designio divino. Quebrando límites temporo-espaciales, el texto propone una búsqueda de identidad y una nueva lectura de la historia, focalizada desde los márgenes, los espacios domésticos y la voz del pueblo.

- *Informe CONADEP*, 1999, Córdoba.

El informe resume el accionar del terrorismo de estado en la provincia de Córdoba durante el periodo de la dictadura. El texto es una nueva edición que incluye además de un nuevo prólogo, el prólogo de la primera edición, un poema

interrogatorio, tres anexos con reproducciones de la muestra plástica “A 20 años del golpe” y fotografías de las actividades de asociaciones de derechos humanos y de algunos represores. Busca reeditar el informe pero acompañado de la memoria colectiva sobre dicho acontecimiento.

- Aguad, Susana, 1999. *Detrás del muro*. Nuevo Hacer Grupo editor latinoamericano, Buenos Aires.

Esta novela presenta como referente histórico, los hechos acontecidos durante el Mundial de Fútbol de 1978 y cuestiona la “dislocación”, el “contraste” que se genera entre los festejos, la euforia de una comunidad ante el evento deportivo y la actitud indiferente de esta última frente a la violencia, el horror y el número de desaparecidos que está dejando como saldo la dictadura militar.

- Campbell, S. H, 1999. *Trazos*. Edición de la subsecretaría de Cultura de la Provincia de Córdoba.

En esta obra se narran los avatares de una familia militante en partidos de Izquierda, después del Golpe de Estado de 1976. Una foto familiar despliega, a partir de la memoria, “trazos”, fragmentos de una historia personal en donde caben la muerte, la violencia y la experiencia del exilio. Apelando a recursos del Nouveau Roman, el narrador emplea nombres genéricos en la designación de los personajes y sigue los vericuetos de la memoria del protagonista, activada por los objetos que contempla.

- Schmucler, Sergio, 2000. *Detrás del vidrio*. Siglo XXI editores, Buenos Aires.

La experiencia de la represión y posterior exilio en la Córdoba de los 70 adquiere particularidades significativas en ese trabajo sobre la memoria que bucea mucho más allá, en la infancia, y se proyecta en un presente de ausencias todavía inexplicables.

- Bertaina, Eva Margarita, 2000. *Sor Li, la Papisa y el chino*. Alción editora.

La problemática del sujeto exiliado y la búsqueda de una identidad dislocada, indagando a través de la memoria, pueden ser leídas en esta novela en donde se evocan los violentos años 70. A través de la figura de un muñeco que adquiere características de un “fetiche”, se instaura la búsqueda de un “centro”, un “absoluto” que –al igual que la escritura– se perfila como espacio creativo, liberador y utópico, que mitiga las imágenes del horror y plantea una justificación estética de la vida.

- Flores, Rafael, 2000. *Otumba*. Ediciones de la Tierra, Madrid.

La experiencia del exilio perpetrado por razones políticas y la evocación del terruño que se realiza a partir de la memoria, pueden ser leídos en esta obra. Otumba se construye como una ciudad mítica, protagonista de la obra, paradigma identitario y representación de un país agrietado por la muerte y la violencia acaecidas durante la década del 70. Se reproducen en la obra experiencias de militancia sindical, imágenes carcelarias, persecuciones, torturas, muerte de amigos, entre otras.

- Lescano, Guillermo, 2000. *Días de arena*. Editorial Itaca, México.

La rememoración de un grupo en Córdoba, en los 70, incide en la caracterización signada por la represión y el exilio. La recuperación de una cotidianeidad compartida, además de las utopías y proyectos, permiten entender el por qué de los días de arena y su permanencia.

- Onofre Miranda, Carlos, 2002. *Denuncia anónima*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Ubicado en la década del 70, el texto se abre como una posibilidad de recuperación y construcción de una mirada distinta sobre esa década en la que las situaciones de confinamiento adquirieron relevancia.

- Vanella, Ignacio, 2002. *Chau Rodríguez. De vuelta a casa*. Editorial Dos Mundos, Córdoba.

La construcción de la memoria de los 70, adquiere particularidades significativas a partir de la referenciación de las experiencias sufridas por toda una generación.

- Andruetto, María Teresa, 2003. *La mujer en cuestión*. Alción editora, Córdoba.

A partir de la elaboración de un supuesto informe requerido, el texto conforma el espacio biográfico de Eva Mondino, una protagonista de los 70. Pero además en el dinamismo de la relación pasado/presente incursiona en la problemática de toda una generación, entonces y ahora.

Memorias individuales

- Echave, Ortúzar, 1991. *El gringo que venía de allá*. CECOPAL, Córdoba.

A partir de una compleja estructura que mixtura textos poéticos y documentos variados, las autoras se proponen hacer la biografía de Agustín Tosco. Interesa fundamentalmente el valor asignado a la memoria en los diversos testimonios que permiten delinear la trayectoria vital del sindicalista desaparecido.

- Perea, Patricia, 1995. *Peperina por Peperina*. Ediciones Op Oloop, Córdoba.

La autora, desde una marcada enunciación autobiográfica, rememora las nostálgicas épocas del surgimiento del rock, con el protagonismo que le cupo en esa imbricación lo cordobés (peperina) con lo nacional.

- Granado, Alberto, 1995. *Con el Che Guevara de Córdoba a La Habana*. Ediciones Op Oloop, Córdoba.

Los recuerdos posibilitan al autor mostrar la figura del Che en sus años de juventud. Fotografías ayudan en la recuperación de este enuciado que muestra a Córdoba como lugar privilegiado.

- Lavroff, Mario, 1995. *Atilio López, su lucha, su vigencia*. Edición del autor, Córdoba.

El texto recupera la memoria del desaparecido militante peronista. La enunciación de su vida y la ratificación de los aspectos con su compromiso con la causa popular, significan una forma de construir la memoria de Córdoba.

- Frías, Pedro J., 1996. *El tiempo pasado*. Edición del autor, Córdoba.

Autobiografía que reconstruye el paso del autor por el colegio Monserrat, la Acción Católica Argentina y su militancia política.

- Di Pascuale, Lucas y Halac, Gabriela, 2001. *H 31*. Ediciones del autor, Córdoba.

Considerado como un libro objeto, el texto busca diseñar la figura de Agustín Tosco, a partir de la memoria individual y colectiva. Ambas provocan

tanto el marco de época como la presencia de las memorias circulantes sobre el protagonista.

- Pereyra, Luis, 2002. *Memorias de un médico peronista*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Estas memorias incluyen un recorrido vital por la infancia, adolescencia, estudios universitarios, pero además suponen una reflexión sobre el compromiso político del autor en la política partidaria, analizando específicamente la coyuntura política de Carlos Menem.

- Mercado, Tununa, 2003. *La letra de lo mínimo*. Beatriz Viterbo editora, Rosario.

La estructura del texto incluye un prólogo, diversos capítulos y apartados que enfatizan la reconstrucción de una subjetividad. De allí, el rol que asume la memoria en ese buceo de aspectos de la vida de la autora que componen un espacio biográfico particular.

Memorias de la inmigración

- Gandolfo, Norma, 1982. *Nui, la Pampa Gringa. Nosotros, la Pampa Gringa (1887-1910)*. Aligrama ediciones, Córdoba.

En esta novela se delinean los rasgos representativos del espacio regional de la “Pampa Gringa”, ocupado principalmente, por población de origen inmigrante. A través de una historia familiar, se reproduce la historia de muchos colonos que lograron una emancipación económica y cultural. La anécdota, focalizada en la creación de la Colonia Milessi (hoy Brinckmann), nos permite indagar en la historia y reflexionar acerca de nuestra problemática identidad cultural.

- Battagliotti, Graciela, 1986. *De muerte natural*. Editorial de la Municipalidad de Córdoba.

A través de un discurso autobiográfico, se recrean en esta novela las vivencias de una muchacha de clase media alta (descendiente de familia de inmigrantes), acontecidas en un pueblo de provincia durante la década del 50. Los rígidos esquemas de clase, el maniqueísmo y las pautas de “status” que cercenan la libertad del individuo, propias de esta clase social surgida a partir de la burguesía inmi-

gratoria se hallan cuestionados en la obra y se presentan como fantasmas del pasado que “atan” y necesitan morir “de muerte natural”

- Blank, Boris, 1993. *La ruta del destino*. Lerner editora, Córdoba.

Esta novela focaliza su atención en torno a la inmigración judía, a través de la construcción de una “intrahistoria” en donde se recuperan anécdotas, relatos orales y testimonios de diversas familias judías que se asentaron en la ciudad y en la pampa cordobesa, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. El texto delinea una propuesta identitaria y se estructura alrededor del símbolo del “viaje” y la búsqueda de un destino, una “tierra prometida”.

- Mariotti, Maximiliano, 1996. *Los sueños antes de despertar*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Es una novela que centra su enunciado en la memoria de un inmigrante italiano, en la cual además se explicitan testimonios del autor.

- Gribaudo, Azucena, 1997. *Por derecho de muerte*. Lerner editora, Córdoba.

Inscribiéndose dentro del género policial, esta novela encauza una búsqueda de nuestra identidad cultural, focalizando su mirada en la figura del inmigrante-colonizador italiano. Se plantea en el texto una mirada crítica acerca del progreso, la soberbia, la ambición desmedida y la actitud fáustica del inmigrante que intenta desafiar los dictados de la tierra “india” y de la naturaleza, para obtener de ella finalmente, un puñado de nada y un derecho de muerte.

- Giorgi, Amanda, 1999. *Chispas de sentimientos: Una historia de inmigrantes*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

En esta novela de inmigración, a través de una historia de familia, se representa la problemática del colono arrendatario, quien fue víctima en muchas ocasiones, del abuso y de las arbitrariedades de poder por parte de los arrendadores. También se plantea la problemática del nomadismo que conlleva dicha situación. A través de una mirada evocadora y apelando a la memoria familiar, se rescatan en la obra valores tales como: el esfuerzo, el trabajo, la visión de futuro y la perseverancia del inmigrante que pobló nuestras pampas, pero también se mencionan los procesos de interculturación operados en el ámbito rural con el nativo criollo y el aprendizaje mutuo que surge a partir de esta relación.

- Silvestre, Saúl, 1999. Villa Fontana. *Los que la forjaron. 1924-1999*. Editora del Atlántico Sur.

El texto enuncia la historia de esa población cordobesa fundada en 1924. Ensambla narración cronológica, testimonio y relato de las costumbres de sus habitantes.

- Suez, Perla, 2000. *Letargo*. Editorial Norma, Buenos Aires.

Las historias de vida o de familia representan en forma alegórica, períodos históricos que dejaron huellas permanentes en la historia de un país. *Letargo* se estructura en torno a una familia judía, recién llegada a nuestro país durante las primeras décadas del siglo. La indagación en la memoria histórica y personal, en conjunción con la locura, se presentan como recursos para sobreponerse a la “ceguera”, el “Letargo” (Leté, Leteo) y el olvido voluntario que nos impiden reconocernos y asumir nuestra propia identidad.

- Ponce, José, 2001. *Vientos de la memoria*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Un conjunto de relatos reconstruyen las historias interrelacionadas de inmigrantes del sur de la provincia de Córdoba. Estas historias apuntan a recuperar la memoria colectiva y a dar cuenta de la construcción de la nación a partir de los proyectos de vida de los inmigrantes.

- Suez, Perla, 2001. *El arresto*. Editorial Norma, Buenos Aires.

Esta obra nos presenta un crudo testimonio de los vaivenes políticos que convulsionaron a nuestro país a principios del siglo XX y del rol actuado por la inmigración (en este caso, judía) dentro de dicho esquema político. Lucien Finz, hijo de inmigrantes rusos, resulta arbitrariamente arrestado y torturado, al ser calificado como un sujeto “anarquista” y “disolvente” del orden político, social y también de una identidad criolla, cuyos resortes de legitimidad comienzan a ser cuestionados por la incipiente burguesía inmigratoria.

- Guiu, Andrea, 2002. *El árbol de los muertos*. Alción editora, Córdoba.

La rememoración de la memoria individual posibilita la construcción de la memoria familiar, en constante referencia a la historia de los inmigrantes, quienes también participan de la identidad argentina.

Memorias históricas

- Rodríguez, Guillermo, 1981. *Encerrar la dama*. Editorial Pomaire, Buenos Aires.

La narrativa histórica, testimonial y biográfica, con cierta tendencia alegórica-simbólica se imbrican en esta novela que tiene como protagonista a la figura de Eva Perón. El ascenso del peronismo, los hechos acontecidos el 17 de octubre, la muerte de Eva, el embalsamamiento de su cadáver, la aparición, desaparición y trueque del mismo, pueden ser leídas en esta obra.

- Pagano, Mabel, 1991. *Lorenza Reynafé o Quiroga: La barranca de la tragedia*. Ada Korn editora, Buenos Aires.

Esta novela histórica focaliza su atención en Lorenza Reynafé, hermana de los sujetos a quienes se les atribuye el homicidio de Facundo Quiroga. En la obra se representa el convulsionado período histórico que rodea al asesinato del caudillo riojano y la “olvidada” imagen de una mujer que aboga inútilmente por ellos, sin poder evitar la muerte de los mismos.

- Carranza, Luis, 1996. *Yo, Luis de Tejeda*. Ediciones El Copista, Córdoba.

Escrito en primera persona el texto se propone recuperar un personaje histórico a partir de cierta semblanza autobiográfica que, por momentos, lo emparenta con un relato de memorias.

- Frías, Pedro J.

1989. Aproximaciones a las memorias de Córdoba. Editorial Lerner, Córdoba.
1996. El tiempo pasado. Edición del autor, Córdoba.

Ambos textos realizan un entramado entre la experiencia personal y los cruces con las referenciaciones de la historia, mostrando así la vinculación entre una memoria individual y la memoria colectiva.

- Baronetto, Luis Miguel, 1996. *Vida y Martirio de Mons. Angelelli*. Ediciones Tiempo Latinoamericano, Córdoba.

Esta obra nos presenta una biografía de Monseñor Angelelli, rescatando el carácter reflexivo, comprometido y audaz de su persona. Testimonios acerca de su trágica muerte, ocurrida en 1976 y “supuestamente” atribuida a un accidente, pue-

den ser leídos en la obra. Sabemos que la misma obedeció a causas políticas y se trató de un asesinato perpetrado por fuerzas militares. Esta biografía –compuesta de cartas, fotografías, sermones, conferencias y reflexiones de Mons. Angelelli– construye su figura como mártir y como modelo a seguir.

- Torres Cabrera, Julio, 1997. *El oro de los césares*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

En esta biografía novelada, se recuperan fragmentos de la vida de Jerónimo Luis de Cabrera y se delinea un proyecto identitario (no sólo de carácter individual, sino también colectivo, nacional). A través de una genealogía, se registra el linaje de los Cabrera, dentro del cual se inscribe el autor de la novela, legítimo descendiente de esta familia patriarcal. Por su parte, Cabrera se construye como anti-héroe, paradigma de nuestro ser nacional y desprovisto de atributos épicos. El fracaso, la traición, el desconcierto, la fatalidad del destino, la marginación del héroe y la búsqueda infructuosa que realiza de los Césares, revelan aspectos silenciados y negados de nuestra identidad.

- Pagano, Mabel, 1998. *Malaventura*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

La historia referida a la conquista de las tierras del Tucumán y particularmente, la de la fundación de Córdoba, puede ser leída en esta novela, la cual se halla enunciada desde una voz femenina: la de Luisa Martel de los Ríos, esposa de Jerónimo Luis de Cabrera. Esta última se construye como una figura transgresora que cuestiona los resortes de poder vigentes durante la época colonial. Por otra parte, la recreación de los hechos históricos, focalizada desde espacios “domésticos” y “cotidianos”, permite construir versiones alternativas de los mismos, desestimando la historia oficial.

- Stefanich, Fernando, 1999. *Cuesta Abajo*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Inscribiéndose dentro del género policial y con procedimientos intertextuales significativos, se realiza en esta novela una deconstrucción del mito “Gardel”, re-ubicando a este personaje –netamente porteño– en los arrabales del Abrojal y del Ex mercado de Abasto (barrios populares que fueron cuna de malevos y guapos) en donde se lo hace partícipe de un delito “de polleras”. La letra del tango que da título a la obra sintetiza, de algún modo, la historia presentada en el texto.

- Lager, Isabel, 1999. *La fuente de los sapos*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Esta biografía novelada centra su atención en la figura de Juan Biale Massé, el cual participó activamente en la construcción del dique San Roque. Las vivencias de este personaje, al igual que el desprestigio y el encarcelamiento arbitrario del que es víctima junto con Cassaffouth, por causa de la obra realizada, pueden ser leídos en el texto. Por su parte, se reconstruye en la obra, la Córdoba Juarista (los negociados e intereses políticos y económicos gubernamentales) y aparecen en ella, los principales referentes de la vida cultural, social y política cordobesa.

- Lager, Isabel, 2000. *Una mujer llamada Pablo*. Mónica Figueroa editora, Córdoba.

En esta obra, se recupera la desconocida figura de Antonieta Paula Pepin Fitzpatrick, talentosa pianista y compositora, esposa de Atahualpa Yupanqui, la cual utiliza como seudónimo el nombre de “Pablo del Cerro”. Con una prosa sencilla, se narran las diversas vivencias de este personaje quien, junto con su esposo, sufrió la persecución dictatorial y un consecuente exilio, a causa del compromiso político-social asumido por Atahualpa.

- Bustos Argañaraz, Prudencio, 2001. *Laberintos y Escorpiones*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

En esta biografía novelada se recrea la vida de José Luis de Tejeda y el escenario de la Córdoba del siglo XVII, con sus esquemas sociales, sus personajes prototípicos y sus festividades religiosas, entre otras cosas. La figura de Tejeda se construye en forma contradictoria y se retoman versos de su poema “Peregrino en Babilonia” para ilustrar su laberíntica personalidad, movida por la fatalidad de haber nacido bajo el signo de “escorpión”.

Misceláneas

- Caribaux, José, 1993. *El amor y las otras guerras*. Editorial Tramas, Córdoba.

Esta obra nos presenta una “radiografía” del noroeste cordobés, acentuando principalmente, la decadencia y pobreza de los pueblos de esta región. Los hechos narrados se desarrollan en la ciudad de Cruz del Eje y la anécdota se estructura en torno al proyecto fallido de radicación de la empresa “Honda

Motors”, durante el gobierno de Eduardo César Angeloz. El texto instauro un discurso distópico que se presenta como testimonio del olvido, la espera, el fracaso y la desilusión, presentes en el imaginario de estos espacios regionales.

- Acuña, Oscar, 1995. *Memorias de un músico cordobés*. Alfa ediciones, Córdoba.

Los recuerdos de una vida dedicada a la producción musical en los que se entremezclan aspectos de la vida personal, componen un texto simple donde la rememoración resulta fundamental

- Acevedo, Tito, 1996. *La memoria de los boliches*. Edición del autor, Córdoba.

Se propone recuperar la memoria de espacios particulares de Córdoba. De allí la selección de anécdotas, acompañadas de textos diversos y fotografías de personajes cordobeses.

- Oviedo, Gordo, 1996. *Desde el fútbol y su gente*. Edición del autor, Córdoba.

El humor y el fútbol son los ejes a partir de los cuales el autor se propone recuperar la memoria de un espacio particular de Córdoba, el del fútbol y sus cultores.

- Pont Vergés, Pedro, 1997. *Memorias de El Pueblo*. Narvaja editor, Córdoba.

Las distintas referenciaciones que componen la vida de un pueblo de Córdoba, alcanza una trascendencia particular en estos recorridos por la memoria.

- Torres Cabrera, Julio, 1997. *Cuentos del Totoral*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

El libro se estructura en trece relatos ficcionales que hacen referencia a Villa del Totoral y su gente. Los cuentos buscan reconstruir la memoria del pueblo a través de anécdotas y relatos de la tradición oral.

- Marco del Pont, 1997. *Núñez, el hombre y su obra*. Editorial Lerner, Córdoba.

Es una biografía del jurista que incluye sus aportes al derecho penal. Relata una serie de anécdotas vinculadas al dictado de clases en la Facultad de Derecho de la UNC, a partir de entrevistas y de la rememoración del autor.

- Andruetto, Maria Teresa, 1997. *Huellas en la arena*. Editorial Sudamericana, Bs. As.

El tema es el relato de historias lejanas en el tiempo y en el espacio. “Un hilo encontrado en la madeja del recuerdo” lo define la autora, en esa capacidad de los relatos para tender líneas entre el olvido y la memoria.

- Nied, Jorge Isaías, 1997. *La mano sobre el recuerdo*. Ediciones del autor, Buenos Aires.

Se narran historias de infancia en un pueblo cordobés. Texto de reminiscencias fragmentarias que “esquiva el doble peligro de totalizar la memoria ni su olvido completo, en la aparición en esa superficie que la escritura inventa de partes del archivo que sólo desaparecerá con la muerte”.

- Felippa, Jorge, 1997. *Tardes de otoño*. Editorial Argos, Córdoba

El autor se refiere a la región del noroeste cordobés. Mediante la utilización de la entrevista busca rescatar viejos relatos que significan la identidad y la cultura de la zona.

- Rody, Wenceslao, 1998. *De academias y frustraciones*. Editorial Eudecor, Córdoba.

Las experiencias universitarias en la Universidad de Catamarca aparecen en la alternancia de las memorias generacionales y de experiencias personales.

- Carranza, Reyna, 1998. *De guerreros y fantasmas*. Ediciones del Boulevard, Córdoba

El texto busca recuperar a partir de la ficción, la memoria individual y colectiva. Para eso indaga en los fantasmas históricos que recorren el imaginario argentino desde Rosas a la actualidad.

- Goti, Irene, 2000. *Jugando con la locura*. Ediciones del Boulevard, Córdoba

Relata las vivencias y recuerdos de la autora en la colonia Emilio Vidal Abal. A partir de la estructuración de catorce capítulos independientes se rememoran anécdotas y hechos de la vida cotidiana de la institución. El texto incluye una reseña histórica de la colonia con documentación y fotos de la época.

Gabriela Boldini
y María Pulinelli



Palimpsesto

Tununa Mercado, la extimidad de la autobiografía

Marcelo Casarin

Docente e investigador del Centro de Estudios
Avanzados.

*Yo pulso las teclas y digo yo sobre la línea,
pero casi instantáneamente ese yo es otra...*

Tununa Mercado

Una autora de Córdoba

Hay una tradición incipiente que se empecina en hablar de *literatura de Córdoba*. Veamos, por caso, lo que se lee en la solapa de un valioso libro compuesto por Armando Zárate, titulado *Memorial poético de Córdoba*: “Desde los albores de su fundación, Córdoba reunió aventura y poesía en la figura de Rosas de Oquendo, cuya sátira de la empresa conquistadora retenía en sus alforjas de soldado. Pero realmente el primer poeta criollo del Río de la Plata fue Luis de Tejeda y Guzmán, al que siguieron toda una galería de figuras ejemplares como Cristóbal de Sandoval o Juan Antonio Miralla, María Eugenia Echenique, Lugones, Capdevilla, Ataliva Herrera, Brandán Caraffa, Azor Grimaud, Julio Días Usandivaras, Sosa López, Revol, entre otros, hasta alcanzar la silueta encendida del malogrado Romilio Ribero”. (Zárate, 2000)

Esta presentación pone en juego un problema: la posibilidad de existencia de una literatura de Córdoba. ¿Qué es necesario para que exista una literatura? En primer lugar, un conjunto de autores que a través de los años hayan cimentado una obra individual que pueda confrontarse sincrónica y diacrónicamente con la de otros autores; esto

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

parece indicar, entonces, que una literatura requiere de una inscripción en la historia, es decir, del tiempo y las épocas que obran como marcos para que las literaturas existan.

A los escritores que menciona la solapa del libro de Zárate, puede sumársele un conjunto muy amplio de nombres, algunos cuya resonancia ha trascendido las fronteras estrictamente ciudadanas y provinciales: Enrique Anderson Imbert, Juan Filloy, Héctor Bianchiotti, Abel Posse, Perla Sued, Cristina Bajo, Lilia Lardone, María Teresa Andrueto, Susana Romano, Antonio Oviedo, el propio Armando Zárate o Martín Sosa, por nombrar aquellos cuya partida de nacimiento los dice naturales de Córdoba. Sin embargo, en más de uno de estos casos, la condición de *cordobés* parece poco menos que accidental: no dice nada o no aporta datos definitivos al crítico o al historiador literario.

Para complicar un poco el panorama, hay un buen número de aclimatados o naturalizados, por decirlo de algún modo, a los que es difícil soslayar cuando se trata de hacer nombres de autores vinculados a la tradición cordobesa. Daniel Moyano es un caso paradigmático: aunque nació en Buenos Aires en 1930, vivió entre 1960 y 1992 (año de su muerte) entre La Rioja y Madrid, pasó su infancia y juventud en Córdoba, donde se formó intelectualmente; Córdoba, además, dejó una marca indeleble en su voz: su característica tonada, y una recurrente apelación a la oralidad que aparece en su escritura y que quizá pueda adscribirse a la tradición de la narración oral cordobesa.

Algunos otros casos son también dignos de atención: Jorge W. Ábalos, Juan Coletti, Juan Larrea, Manuel Mujica Láinez, Andrés Rivera, son autores que alguna vez decidieron establecerse en Córdoba y continuar desde aquí su obra. El caso más notable de todos estos es quizá el de Pablo Neruda, cuya efímera estancia cordobesa (entre 1955 y 1956, y en Villa del Totoral, más precisamente), quedó registrada al menos en dos poemas (“Oda a las tormentas de Córdoba” y “Oda al algarrobo muerto”), lo que ha sido razón suficiente para más de un antólogo para incluir como poeta *de Córdoba* a este chileno cosmopolita y universal.

Lugar de nacimiento, lugar de afincamiento o transito, más la ciudad convertida en referente de algunos textos, son los criterios que permiten a algunos críticos y antólogos hablar de *autores de Córdoba* y, por extensión, de *literatura de Córdoba*. Curiosamente, no abundan antecedentes que registren esfuerzos por determinar la existencia de literaturas ciudadanas o provincianas: sin duda el caso de Córdoba es testimonio de una tozudez mediterránea siempre vigente.

Me propongo en este comentario dar cuenta de una obra, de una autora cordobesa: Tununa Mercado, ausente sin aviso en buena parte de las antologías y de las cartografías que pretenden relevar la producción escrita –narrativa o poética– de Córdoba. Esta ausencia pone de relieve de entrada la condición marginal de esta escritora, paradójicamente muy valorada y reconocida en ciertos círculos de iniciados entusiastas. La propia autora revela en uno de sus textos, un modo de pensar *lo cordobés* en su escritura:

Córdoba no es una marca ni una impresión grabada en la memoria, ni un sello de origen que se extingue por tensión de la piel: es mi configuración, es decir, mi lengua. (Mercado, 2003: 213)

Los exilios de Mercado

Un lugar común recuerda que *un escritor es siempre un exiliado*, porque necesariamente vive al margen de una sociedad, haciendo “eso”; porque su territorio, la lengua, lo desaloja, lo exila. Debe crear en su lengua materna, una lengua extranjera. Además, buena parte de la literatura argentina con mayúscula es hija del exilio: Echeverría, Hernández, Sarmiento, Cortázar, Bianchiotti, Saer...

Mercado nació en Córdoba en 1939 y desde entonces ha trasegado un dilatado itinerario de exilios: México, Francia y Buenos Aires, son los escenarios alternativos de esta escritora que, sin embargo, recupera de manera recurrente una memoria, a partir de la reconstrucción de un personaje que deja ver las huellas de su propia infancia, adolescencia y primera juventud en la ciudad de su nacimiento. El exilio es un tópico que aparece y reaparece en su escritura.

¿Cómo es el exilio de Tununa Mercado? Es un exilio que se manifiesta, no sólo en lo anecdótico y en las circunstancias que rodean un porción importante de sus relatos que, como en un diario de viaje, dan cuenta de derroteros exóticos y diversos. Además, el exilio como condición de producción reenvía la narración al pasado, y recupera una Córdoba de la infancia, como en *La madriguera*, un territorio perdido en el espacio y en el tiempo; y a la vez que recobra una voz y una lengua (materna), convierte esos episodios relatados en un registro de la memoria; es decir, en un registro peculiar de los hechos que rodean la vida de una niña en inicio de los años cuarenta, en Córdoba, y que adquiere de pronto una dimensión que trasciende lo individual y se vuelve “asunto de todos”. Además, la experiencia íntima y familiar que recogen los relatos de Tununa Mercado, la autobiografía,

son envueltos por la escritura de modo tal que se ficcionalizan, es decir, que se vuelven experiencia dada a la lectura, experiencia para el otro.

Autobiografía

Quién es Tununa, ese nombre que retumba en las ficciones de Mercado, quién es ese yo que se despliega en otros, que llama al lector a una lectura activa, que incita, que revela y rebela y llama a la rebelión de la inteligencia, a la revelación de la sensibilidad:

La niña que era yo entonces, o mejor dicho la niña que ahora creo haber sido, o mejor dicho la niña que hago desde este yo que soy ahora... (Mercado, 1996: 44).

La marca autobiográfica, el yo de la enunciación de sus textos, la dimensión auto-diegética de la anécdota (intensamente) vivida por el narrador, son más que un recurso de verosimilización que envuelve al lector para hacerle saber que eso que se cuenta ocurrió o podría haber ocurrido: la dimensión autobiográfica (esa que hace de narrador-autor- personaje una única entidad), al mismo tiempo que certifica la veracidad de los hechos genera una atmósfera de complicidad cercana al secreto o, mejor dicho, a la confidencia; pero también parece revelar una condición de posibilidad de esta escritura: la ficción es una brecha sutil entre los sucesos y su testimonio verbal. El estatuto ficcional de estos relatos del yo adviene por un proceso de extimización: la transfiguración de los acontecimientos familiares que se vuelven extraños.

Extimidad

Para comprender el modo en que Tunuma Mercado trabaja con los materiales narrativos, hay que pensar en su escritura como un proceso que comienza con los ojos reflejados en la página en blanco y la ignorancia absoluta de lo que vendrá. Cuando la mano (o el instrumento) punza la blancura de la página (o la pantalla), se desencadena el mecanismo de la escritura y la sujeto comienza a vislumbrar una textura familiar, un algo que reconoce: ese algo se define en la intersección de esa forma (urdimbre) que es la lengua (materna, y por lo tanto íntima) y un contenido (trama) que es la historia, una historia que la sujeto reconoce como propia (vivida o imaginada). Entonces, los sucesos que se traman nacen de la historia de quien pulsa el instrumento y la va conociendo en la medida en que se despliega sobre el blanco.

Luego, al tiempo (en el tiempo), la sujeto vuelve sobre lo que dejó (lo que desplegó en la página) y que ya no es una superficie informe, o una simple reunión de partes, sino un dibujo, una superficie textual que reconoce a medias: “esto no lo escribí yo...” Entonces, la antes Autora es ahora Lectora y se dice que hay algo siniestro, ominoso y, hasta cierto punto, ajeno: los hallazgos de la lengua (ahora segunda, casi extranjera) y los trazos de la historia (ese relato peculiar). Pero cuando lee, corrige, tacha y reescribe, esa Lectora/Autora recupera en parte la familiaridad de esa textura y se reconoce en lo escrito, a medias: ese texto es éxtimo. Es decir muestra en envés de la anécdota vivida por el sí mismo y se ofrece al Otro.

La escritura y el género

Para Tununa Mercado escribir es un verbo intransitivo:

La escritora cuyos avatares describo supone haber superado la imposición de tal o cual género, es decir, narra sin pensar en la categoría que le impone la novela, el cuento, el aforismo, o la greguería... (Mercado, 2003: 35).

Revisando el conjunto de textos publicados por Mercado hasta la fecha, es evidente que escribe una única obra, una narración asincrónica y heteróclita, en la que los episodios se encadenan apenas por la voz narrativa que convoca, reúne y relaciona los acontecimientos. Los episodios van y vienen, se superponen, se recortan unos con otros y se vuelven un territorio de autotextualidad que semeja un tapiz.

La escritura de Tununa Mercado es un tapiz hecho de hilachas: sobre la compleja urdimbre del lenguaje y la memoria, va armando una trama de pequeños hilos, pelos, pelusas y filamentos multiformes. El tejido de minúsculos acontecimientos que relatan sus relatos muestran una nueva naturaleza: la que revela esta escritora que ha descubierto el timbre novedoso de una narración después de la modernidad.

La prosa de Tununa Mercado devela en su textura la complejidad ambigua de la poesía: a veces sencilla como una comida hecha en casa, con la sintaxis llana de una lengua de todos los días; otras, densa, sugerente y opaca como una piedra preciosa, socava el lenguaje y lo devuelve en su reverso.

A pesar de lo afirmado un poco más arriba, el más reciente de los títulos de Tununa Mercado, *Yo nunca te prometí la eternidad* (2005) muestra un giro novedo-

so dentro de su escritura: se trata de una novela ¿es legítimo llamarla así? En ninguna parte la edición lo declara. Quizá podamos suscribir las ideas de Saer al respecto: la novela es un género que nació con *El Quijote* y terminó con *Bouvard y Pécuchet*; antes y después sólo hay narraciones”. Esta de Tununa Mercado es una narración multiforme, un álbum tal como se define en sus propias páginas; un artefacto destinado a la conservación de fotografías, manuscritos (el diario de Sonia), dactiloscritos (las cartas) y testimonios orales que pretenden dar cuenta de la historia de Pedro.

En la narración de Mercado, el pudor en el tratamiento de los materiales y densidad de la escritura alojan un relato tridimensional en el que ética, estética y política se anudan en sabias proporciones. Es curioso el efecto que produce la lectura de este texto porque llama a un reordenamiento del corpus; el lector tiene la sensación de que los libros anteriores lo prefiguran: Tununa Mercado, precursora de sí misma; luego de leer *Yo nunca te prometí la eternidad* volveremos a sus textos anteriores para leerlos con otros ojos.

El texto en cuestión

“*Cuando era chica yo copiaba*”, que puede leerse a continuación, participa del tipo de narraciones que conforman libros como *Narrar después* y *La letra de lo mínimo*; tal como declara la propia autora, se trata de textos escritos por demanda de circunstancia, a pedido de alguien. Este relato despliega la génesis de una relación con la escritura que aparece, en el comienzo, como el trabajo de un amanuense que en algún momento descubre su propia voz y se afina (sin contrato de propiedad o de pertenencia) en un territorio de la literatura.

Bibliografía

Libros de Tununa Mercado

- Mercado, Tununa. (1967) *Celebrar a la mujer como a una pascua*. Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- (1988) *Canon de alcoba*. Buenos Aires, Ada Korn.
- (1990) *En estado de memoria*. Buenos Aires, Ada Korn; (1998), Córdoba, Alción.
- (1994) *La letra de lo mínimo*. Rosario, Beatriz Viterbo.

- (1996) *La madriguera*. Buenos Aires, Tusquets.
——— (2003) *Narrar después*. Rosario, Beatriz Viterbo.
——— (2005) *Yo nunca te prometí la eternidad*. Buenos Aires, Planeta.

Bibliografía mínima sobre Tununa Mercado

- Corbata, Jorgelina. (2002) “Formas de la memoria y el exilio de dos textos de Tununa Mercado”. EN: *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica*. Buenos Aires, Corregidor.
- Ostrov, Andrea. (2004) “Canon de alcoba: recetario para una escritura”. EN: *El género al bias. Cuerpo, género y escritura en cinco narradoras latinoamericanas*. Córdoba, Alción.
- Paulinelli, María y Shaw, Enrique. (2004) “El espacio biográfico en la narrativa de Córdoba”. EN: *Revista Estudios*, n° 15. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados (UNC).
- Paulinelli, María. (2005) “Los relatos de la memoria: Córdoba y la última dictadura militar”. EN: *Revista Estudios*, n° 16. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados (UNC).

Otras referencias

- Zárate, Armando. (2000) *Memorial poético de Córdoba*. Córdoba, Ediciones del Fundador.

Cuando era chica yo copiaba*

He buscado en la memoria un momento especial que me permitiera situar el comienzo de mi relación con la literatura. Elegí una cifra, cincuenta años. Decir medio siglo es un poco solemne, suena a celebración de bodas de Oro, si ese número no delatara también mis años. Se supone que ninguna mujer confiesa su edad. Pero yo fui imprevisora y canté la mía muy tempranamente. Nací en 1939, voceaba en todas partes cuando era joven. Y después completaba mi filiación recostándome en mis padres y en sus familias, que por ser de una clase media con aspiraciones cultas y profesionales, habrían creado las condiciones para que me inclinara por las letras.

Tununa Mercado

El ambiente fue entonces propicio y estimulante. Me avergüenzo un poco de haber sido una chica buena, que tenía buena letra y buenas notas en la escuela. Una vez le escuché decir a mi madre con total honestidad, como un elogio, que yo tenía más voluntad que inteligencia. No me gustó nada esa apreciación. Tanto me lastimó que aún la recuerdo. Yo quería complacer una imagen, la que mis padres pretendían para sus hijos. “¡Lean los clásicos!” decía mi papá y traía unos volúmenes temibles. Si lo hubiera escuchado, tendría una formación clásica y, conse-

Detalle biografico
detalle biografico

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

* Ponencia presentada en el Primer Encuentro de Literatura Uruguaya de Mujeres. Montevideo, Uruguay, noviembre del 2003. Texto publicado en *La palabra entre nosotras* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2005.

cuentemente, una estructura de pensamiento suficiente para entender mejor el mundo.

Cuando era chica yo copiaba. Por ejemplo, para hacer una composición escolar sobre Sarmiento en cuarto o quinto grado, alimenté mis magras hojas con unas frases de un discurso que había pronunciado mi padre sobre el prócer en Chile. Ahora podría llegar a pensar que ese texto suyo, de prosa que se quería castiza, me contagiaba enlaces de palabras, cadencias más propias del discurso oral que del escrito. Porque no recuerdo que nada en mi composición escolar denunciara un plagio. Era uniforme.

Copiaba también cuadros. Traslataba a unos papeles llamados Canson, línea por línea, las imágenes de pinturas, sobre todo paisajes, y después los coloreaba. Ponia una Sinfonía de Beethoven y copiaba los gestos de dirigir una orquesta. Unos muñecos, sentados en círculo en la sala, eran la audiencia. Dice mi hermana que fue ella la que fijó una meta inalcanzable: que leyéramos todo el Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, obra mayor de treinta volúmenes que tenían su biblioteca especial. Cada uno de esos tomos pesaba cerca de dos kilos, pese a que sus páginas eran y son de papel casi Biblia. Una digresión: Servían como peso para prensar los gruesos matambres arrollados que, para responder a la mejor tradición argentina, estaban rellenos con huevos enteros, zanahorias, espinacas y ají picante molido, que se distribuían sobre la lámina delgada y rectangular de carne, que era lo que se enrollaba y ataba. Una vez cocinados, había que prensarlos porque la tajada tenía que salir redonda, compacta, luciendo el verde, el blanco, el amarillo y el anaranjado zanahoria, sin desgranarse.

Yo copiaba las definiciones, pero sobre todo fragmentos de kilométricos artículos sobre los temas que por alguna razón me inquietaban: en el tomo II de la letra B, al que al parecer habíamos llegado, el artículo *basilisco*, que venía después de *basílica*, merecía ser copiado, porque aunque era un animal fantástico, una tía medrosa lo equiparaba a una iguana que un merolico llevaba sobre su hombro por las calles de Córdoba. Tenía miedo de que la iguana-basilisco la mirara fijamente y le trajera desgracia. Copiar era escribir, de eso no tengo dudas.

Entre 1950 y 1955 transcurrió mi adolescencia. Allí aparecieron otras formas de escritura: las cartas para novios y el diario íntimo. Mi hermana se pasaba haciendo cartas de amor para uso epistolar de sus amigas. Ella también plagiaba utilizando varias fuentes: las cartas de amor de mi padre a mi madre, los 20 *poemas de amor* y una *canción desesperada*, y otros poemas de Neruda. Yo empecé a hacer lo mismo para mis amigas, ellas y yo más chicas y, por lo tanto, más ingenuas en

términos literarios. Eso sí, recuerdo haberme engolosinado con Federico García Lorca y haber usado sus imágenes. Incluso llegué al desatino de escribir, en un examen de inglés, en inglés, una especie de engendro lorquiano que debió estremecer los oídos de los profesores de la Cultural Británica. Copiaba García Lorca. Escribía un diario íntimo en un cuaderno de hojas sin rayas, lisas. Lo encontré hace cuatro o cinco años: rompí cuidadosamente esas páginas para que no quedara ni una coma de ese transcurrir melodramático, plagado de sufrimientos, vacilaciones adolescentes, contrariedades amorosas. Era una calamidad. Pero estaba escrito, incluso con una que otra frase rescatable.

Cuando empecé a estudiar Letras en la Universidad de Córdoba escribí de verdad. El profesor exigía que los trabajos fueran presentados a máquina, en hojas tamaño oficio, a dos interlíneas, con copia. Me tocó escribir una monografía sobre Sarmiento. Primero la hice a mano. Mi madre, que era, oh casualidad, escribana, y cuyos protocolos notariales a veces yo había caligrafiado, como se exigía entonces, me prestó una Remington de cuerpo pequeño, negra, sólida, enorme. Esa máquina también servía, como los volúmenes de la Enciclopedia, para pensar matambres. A medida que copiaba con los dos dedos medios, muy lentamente, mi borrador escrito a mano, me daba cuenta de que me salía del esquema previo, que la letra a máquina se independizaba del acto de copiar y que se correspondía con lo que pensaba, si es que realmente pensaba, teniendo en cuenta que es casi imposible separar el pensar del escribir. Lo cierto es que mi monografía cumplió con los requisitos. Sólo treinta años después, o más, acepté sin margen de error que esa fue la primera vez que realmente escribí.

El impulso para hacerlo tiene varias vertientes. Una labor cuyo primer impulso surge con cierta autonomía, sobre la que tengo escaso control a medida que se cumple, va cercando lo que quiero decir, el objeto que estaba buscando, en rodeos circulares de ida y vuelta escribo un tramo más o menos largo, vuelvo sobre él, escribo, tacho, cambio de lugar. El borrador junto a la máquina desapareció desde el mismo día que empecé a trabajar en un diario.

¿Qué ha sido todo eso para mí a lo largo de cincuenta años? Evidentemente, un instrumento para ganarme la vida con palabras. Como redactora y como traductora. Traducir es una manera superior de la copia, se esculpe lo que se transcribe, se le da forma, se lo escribe. Después hay ese escribir que está por debajo, que llamaría *de fondo* sin que por eso piense que hay un escribir de superficie. El fondo es ese texto que empeñosamente se convierte en un relato, que se compromete más dramáticamente con un devenir literario, el texto que se sueña libro y que no puede soñarse novela por ciertas restricciones más muy personales: cierta

desconfianza en un género que determina pautas formales estrictas; la incapacidad para trabajar una "ficción" que me obligaría a sacrificar el documento, el testimonio, la biografía o la autobiografía. La escritura de ese "texto de fondo" está también sujeta a vaivenes constantes: el trastorno emocional que produce una crisis o pérdida de índole privada lo saca del medio; más livianamente, se eclipsa a causa de distracciones diversas. Como una fábrica, cierra su producción o la abre según las circunstancias, ya sean individuales o sociales.

Finalmente una confesión que quiere ser honesta: después de medio siglo de frecuentación de la casa, el escenario, los jardines del frente y los patios traseros de la literatura, me doy cuenta de que allí no rige para mí un contrato de propiedad o de pertenencia. Escribo acompasadamente, casi siempre, hasta ahora, con materiales que han surgido de historias heredadas por gente que considera que yo tengo que contarlas. Recojo esos legados y los escribo a la par, como si los completara. A veces son mis propios legados. Es decir, atesoro objetos, presencias, relatos inconclusos, los escucho, los sufro, los sueño y escojo el que me produce ese imponderable deseo de responder a su llamado: *Escríbeme*.

Lectores de Filloy, lecturas de los '30

Candelaria de Olmos

Docente de la Universidad Nacional de Córdoba.

En febrero de 1932, el general Justo asume la Presidencia de la Nación. Dos meses más tarde, Uriburu muere en Francia. En septiembre ocurre el atentado contra la vida de Alfredo L. Palacios. Para diciembre, se declara el estado de sitio en todo el país e Hipólito Yrigoyen es detenido en la isla Martín García. Ese mismo año, Jorge Luis Borges publica *Discusión*; Oliverio Girondo su *Espantapájaros* y Roberto Arlt, *El amor brujo* y la obra *Trescientos millones*, que Leónidas Barletta llevaría al Teatro del Pueblo. Ese año Juan Filloy, desde Río Cuarto y con la imprenta porteña Ferrari Hermanos, publica su primera novela, *Estafen*.

Fuera de los circuitos comerciales, Filloy repite la estrategia que había ensayado con *Periplo*, su primer libro, publicado un año antes y al regreso de un viaje por Asia, Oriente Medio y Europa. Esa estrategia –conforme la cual Filloy esperaba ser un escritor menos escondido de lo que muchas veces se ha supuesto– le había dado resultado: él la llamaba, no sin cierta vanidad, “*edicta amicorum*”. Consistía, sin ir más lejos, en editar sus libros en forma privada para regalarlos a los amigos y, según se iba corriendo la voz, a los amigos de los amigos. La voz se corría vía epistolar. Poco a poco, *Estafen*, es reclamada, desde distintos puntos del país. Miranda Sá –mendocino y redactor de la revista *Cuyo-Buenos Aires*– pide un ejemplar después de haber ojeado el que Deodoro Roca tenía en su casa, en Córdoba. Filloy accede al pedido y Miranda Sá le retri-

ESTUDIOS • N° 16

Otoño 2005

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

buye con un comentario elogioso, en una carta del 25 de abril de 1933. Encuentra en Filloy a un “psicólogo magnífico” y, lo que es más importante, a un “comunista”... “de lo que me felicito” –dice– “porque yo también lo soy”.

Estafen despierta en sus lectores –por demás diversos– esa suerte de apreciaciones. Las mayoría de ellas son de carácter político, ético, social y, en menor medida, de naturaleza estrictamente literaria. Y es que el Estafador de Filloy es un desestabilizador social, un Robin Hood que le roba a los ricos para darle a los pobres. Los lectores –a veces a su pesar–, simpatizan con él, con su manera poco ortodoxa de denunciar las falencias de la justicia y demás instituciones del Estado.

Una respiración de época hace que la novela sea legible, incluso, y mayormente, por hombres que, como el propio Filloy, eran empleados de la justicia. Agustín Costa, un abogado porteño, le escribe: “el Estafador es el símbolo de una sociedad cínica y corrompida, donde la estafa parece ser la única fórmula para compensar la explotación de las clases oprimidas”. Hombre por lo visto, de amplias lecturas, Agustín Costa considera que el Estafador es el *alter ego* de Martín Fierro y Juan Moreira –héroes de la literatura nacional– y de Arsénio Lupin y Raffles –héroes de la novela policial extranjera. Héroes de papel, pero también de carne y hueso: Costa menciona al “bandido anarquista de Giovanni” y a un preso que supo conocer en Córdoba, que salió en libertad tras la modificación del Código Penal y que a los pocos días volvió a ser detenido porque, no se sabe cómo, desde su celda, “había conseguido esfumarle los haberes a los presos”. Este sujeto, refiere Costa, terminó sus días en Buenos Aires: abandonado por su amante,

se pegó un tiro en un Hotel de la Avenida de Mayo, rubricando así su pasaporte para otro mundo, donde tal vez su sistema económico de compensación social tuviera tantos admiradores como en éste.

Figura social y literaria, también al Estafador de Filloy le cabe una muerte trágica. Un día antes de salir en libertad, intenta huir, junto con otros compañeros de cautiverio, por un túnel secreto: será el único alcanzado por las balas de un policía menos distraído que los demás; y el “invertido” –personaje que Filloy aprovecha para hacer sus consabidas y poco correctas condenas de la homosexualidad–, el único de los prófugos que se detendrá a llorar al lado de su cadáver. Agustín Costa encuentra que el final del Estafador y de la novela es grandioso:

Puesto entre dos caminos para llegar a un mismo afán, la libertad, el protagonista no podía hacer más que estafar a la ley, sin pensar que la fatalidad tiene soluciones propias.

Pocos pudieron hacer una lectura semejante. Casi todos los lectores de *Estafen* rechazan la muerte del 14 Pabellón 3 –según la denominación que recibiera en la cárcel–, para quien hubieran deseado una mejor suerte. El 4 de febrero de 1933 un lector riocuartense –que, dice, no ha tenido oportunidad de felicitar personalmente a Filloy por su “notable *Estafen*”– anota:

Duele un poco el signo fatalista que empujó al Estafador en los últimos tramos de la novela, aun reconociendo que es el mejor acento para adjudicar la última palabra de la emoción, pero... para admitir ese fin he debido luchar contra la simpatía que me inspira el personaje.

Pero, no todos los lectores se sintieron igualmente atraídos por el personaje y, de hecho, la novela –atrevida para la época y para la investidura judicial del autor– tuvo sus detractores, cuyos motivos eran iguales a los de sus fanáticos: “una dinamita en el cimiento de la organización burguesa”, advertía, con cierta alarma, un abogado cordobés. Para Alfredo Colmo –el destacado jurista porteño fallecido en 1934–, el libro era sencillamente “un error”:

Tanto derroche de ingenio, de talento, de imágenes penetrantes, de metáforas originales i de un lenguaje de pedrerías –agregaba– resulta prodigado en una paradoja, digamos, en una mentira, en que usted mismo no cree. Después de la delicia i regalo de su *Periplo*, se imponía una afirmación creadora, no la negación i destrucción que entraña su (...) panegírico del delito o proscripción del trabajo, la cooperación i la solidaridad.” Filloy, que gustaba de espantar a sus lectores, pero, en cambio, no soportaba las críticas, ensayó el borrador de una respuesta, que nunca sabremos si Colmo recibió, en el reverso de la carta que este le enviara: “Yo no sé, mi estimado Doctor Colmo, si usted conoce *Donogoo-Tanka*, de Jules Romain. Al final, hay una estupenda alegoría acerca del error. Se trata de un pueblo que lo honra por el milagro de haber plasmado un mundo nuevo. Y lo representa la efigie de una mujer fecunda, embarazada, siempre en trance de parir... El progreso humano obra es del error...”

En cuanto a la muerte del Estafador, las opiniones llegaron a ser tan controvertidas que Filloy consideró: “De haber supuesto tantos conflictos hubiera hecho una encuesta al respecto...” Era el 14 de marzo de 1933 y le respondía a Bernardo

Canal Feijóo, para quien, el final de la novela merecía una interpretación exactamente contraria a la que Costa había realizado. En efecto, si para Costa la muerte del personaje era una reivindicación de la estafa hasta sus últimas consecuencias; para Canal Feijóo, significaba una forma de reparar el caos que el delito había instalado y, tal vez, también, de borrar de un plumazo toda la audacia verbal y argumentativa que ocupaban las trescientas páginas precedentes. En este sentido –y aunque la comparación de Feijóo era otra– Filloy parecía usurpar los tópicos del policial clásico, donde el descubrimiento de la verdad y la sanción inmediatamente posterior de los delincuentes viene a reponer “el orden estúpido del mundo”. Sin embargo, el modelo de Filloy era menos popular que culto: se trataba de ejercer el mismo tipo de castigo que los griegos reservaban para la *hybris* de cualquiera de sus personajes mitológicos. Los de Filloy –que para muchos de sus lectores también llegarían a serlo– no escapaban a esa clase de justicia por parte de su mentor, que siempre terminaba sometiéndolos a “las fuerzas esotéricas del mundo”. Cuarenta años después de la publicación de *Estafen*, Verenna Briggs, la heroína de *La Potra*, pagaba con la muerte de su prometido, primero y de su amante, después, sus incontrolables desenfrenos sexuales.

Porque Feijóo supo advertir tempranamente este procedimiento fundante y esta clave de lectura de la narrativa de Juan Filloy –constituyéndose así en uno de sus “lectores más sutiles”, según estima el propio Filloy–, es que elegimos reproducir la carta que le dirigió a propósito de la publicación de *Estafen*, con su correspondiente respuesta. Por eso y porque en el abultado epistolario del escritor cordobés –que, desde 1988, se conserva en el Archivo Histórico de la ciudad de Río Cuarto– la correspondencia que mantuvo con Bernardo Canal Feijóo es una de las más voluminosas y sostenidas en el tiempo: en total, el Archivo Histórico de la Municipalidad de Río Cuarto conserva 22 cartas de Bernardo Canal Feijóo a Juan Filloy y siete borradores –mecanografiados en copia de papel carbónico– de las respuestas que Filloy debió enviarle, a su vez. Puede decirse, pues, que ambos cultivaron una amistad prolongada, aunque a la distancia. Contra las expectativas que Feijóo hacía explícitas el verano de 1933, se conocieron personalmente recién en 1936: en una carta del 12 de febrero de ese año, Canal Feijóo agradece a Juan Filloy la hospitalidad con que lo ha recibido en Río Cuarto. Sus mujeres, que debieron encontrarse en esa ocasión, también entablaron amistad: en el Archivo hay una carta, extremadamente afectuosa, de Carlota Schreier a Paulina Warshawsky.

Prueba de la confianza mutua y del respecto que se tenían ambos escritores, es que cuando Canal Feijóo fue elegido Presidente de la Academia Argentina de Letras, en 1980, promovió inmediatamente el ingreso de Juan Filloy a la institución y solicitó su colaboración para el Boletín de la misma. Filloy se disculpó

numerosas veces con su amigo por no poder asistir a la ceremonia de su presentación como miembro de la Academia; para entonces Paulina ya estaba muy enferma. Moriría en 1982, el mismo año que Canal Feijóo. Cuatro años antes, en 1978, Feijóo había sido invitado por la entonces flamante Universidad Nacional de Río Cuarto a dar una conferencia titulada *El lenguaje de la pasión patriótica*, un tema caro al orador que ha de haber resultado más que apropiado al contexto político del momento. Probablemente, esa haya sido la última vez que Filloy y Canal Feijóo tuvieron ocasión de verse.

Desde *Estafen* en adelante, Juan Filloy había enviado puntualmente sus “cuadernos” al escritor santiagueño, que los comentó en cada caso y que, a su vez, le remitió sus trabajos. En una carta inmediatamente anterior a la que aquí incluimos –del 28 de enero de 1933– Feijóo apuntaba:

Oportunamente recibí su hermosa carta sobre mi libro *ñan*. Todo lo que me dice Vd. es original y magnífico y puesto que se lo ha sugerido mi librito, muy honroso para mí. Pero temo que sus consideraciones sobre estética del rancho, sutilmente convertida al helenismo arquitectónico, no sean estrictamente aplicables al rancho santiagueño, que entre las muchas diferencias que tiene con los demás ranchos argentinos es que carece de techo de dos aguas.

De paso, Feijóo solicitaba:

Espero su novela *Estafen*. Entiendo que está en circulación. Fuera del ejemplar que reclamo en primer término para mí, le sugiero los siguientes envíos que serán debidamente apreciados por sus beneficiarios, algunos de los cuales le escribirán o escribirán para periódicos.

Entre esos beneficiarios estaba Horacio Rava –también santiagueño– que, en efecto, comentó *Estafen* para la revista *Centro*, a la que Feijóo hace referencia en carta posterior. El 11 de mayo de 1933, Rava añadía una impresión más acerca de la novela.

Su libro –decía– tiene la rara cualidad de hablar por sí solo; hay libros como *Zogoi*, que hablan, o se dice que hablan, porque los escribió Rodríguez Larreta, es decir que entran porque hay un preconceito que los habilita; *Estafen*, por el contrario, conquista personería propia con prescindencia del autor; triunfa solo. Es que Ud. ha bajado a estudiar las mil inquietudes que

se aprietan en la vida actual, formando su estructura, y lo ha hecho con pasión, por eso logró dominar el panorama.

Rava festejaba, así, la aparición de un escritor ignoto, ajeno a las estrategias habituales de consagración –pero no desprovisto de la ambición que lo movía a inventar las suyas propias–, y capaz de tomarle el pulso a la realidad. Y si acaso este último juicio no decía nada de la calidad estética de la obra –sobre la que, en verdad, muy pocos se expidieron–, es cierto que el argumento de *Estafen* y los argumentos con que el personaje defendía la función social de la estafa eran, de alguna manera, un síntoma de la que se daría en llamar “la década infame”.

Dr. BERNARDO CANAL FELUO
ASASASO

Santiago del Estero, Febrero 23 de 1933.-

Juan Filloy

CORDOBA

Cara amigo Filloy:

Su novela "Estafen" puede leerse en tres días. Yo la he leído en 15 días. Ha sido una lectura intensiva. Me interesa definirme de una vez la personalidad suya, que me parecía tan extraordinaria por varios conceptos. Lo he conseguido. Pero no espere que le ponga ahora en las manos la clave. Me falta aun la última experiencia: el conocimiento interpersonal. Esto se proveerá pronto, pues si no viene Ud. a visitarme en el invierno, ire yo a visitarlo.

Su novela hace de Ud. el primer paranoico argentino. Hubiese sido una gran novela humorística. Pero el "humour" sirve en ella a una gran paradoja de plano trascendente y a un hermitaño de paradojas de detalles. El espíritu es la tiranía por la paradoja, dogmatizado, por ella. Esta es la grandezza y la miseria de su obra, lo que hace de su personaje a veces un santo y a veces un afiche de propaganda. Comprenda ahora por que su libro quería en mí un juicio de personalidad que deba satisfacer este invierno.

En el vórtice de la paradoja, lleva Ud. a la muerte al Estafador. Y esto es lo que hacen los ladrones, los pistoleros, los uxorícolas. Los estafadores no mueren nunca. La muerte del Estafador restablece el orden estúpido del mundo, en la perspectiva de su novela; de modo que, en su aparente tragicidad, esa muerte equivale al bene final de las viejas películas. No duda que Ud. era dueño de matar, como juez y como novelista, a su personaje. Pero un profundo sentimiento de la justicia profana y volutiva protesta en el alma del lector. Si hubiese una conciencia literaria rigurosa es los lectores, se habría hecho una gran protesta pública contra la muerte de el Estafador como se hizo a la muerte de Sacco y Vanzetti, por ejemplo.

Después de estos dos "graves" reparos que hago a su novela, me atrevo a decirle que toda ella me parece de una formidable riqueza de fondo y forma. La riqueza de forma aparece en mas de un pasaje al "asunto". Cuanta agudeza de visión y expresión que certera la observación de tipos y situaciones! (Tropezamos aquí y allá con tipos conocidos).

Pero me contengo en estas efusiones que nunca sirven de nada a un artista, para anunciarle que todos los amigos a quienes ha remitido Ud. su libro por indicación mia, lo leen con fervor y le escribirán pronto sus impresiones. (Ernesto Barbieri de Sancho Corral-7/3/33/A.- me dice que

Santiago del Estero, Febrero 23 de 1933

DR. BERNARDO CANAL FEIJOO
ABOGADO
Dr.
Juan Filloy

CÓRDOBA

Caro amigo Filloy:

Su novela *Estafen* puede leerse en tres días. Yo la he leído en 15 días. Ha sido una lectura intensiva. Me interesaba definirme de una vez la personalidad suya, que me parecía tan extraordinaria por varios conceptos. Lo he conseguido. Pero no espere que le ponga ahora en las manos la clave. Me falta aún la última experiencia: el conocimiento interpersonal. Esto se proveerá pronto, pues si no viene Vd. a visitarme en el invierno, iré yo a visitarlo.

Su novela hace de Vd. el primer paradjólogo argentino. Hubiese sido una gran novela humorística. Pero el *humour* sirve en ella a una gran paradoja de plano trascendente y a un hormiguero de paradojitas de detalle. El espíritu está tiranizado por la paradoja, dogmatizado por ella. Esta es la grandeza y la miseria de su obra, lo que hace de su personaje a veces un santo y a veces un affiche de propaganda. Comprenda ahora por qué su libro quería en mí un *juicio de personalidad* que debo satisfacer este invierno.

En el vórtice de la paradoja, lleva Vd. a la muerte al Estafador. Y esto no está bien. Mueren los ladrones, los pistoleros, los uxoricidas. Los estafadores no mueren nunca. La muerte del Estafador restablece el orden estúpido del mundo, en la perspectiva de su novela; de modo que, en su aparente tragicidad, esa muerte equivale al beso final de las viejas películas. No dudo que Vd. era dueño de matar, como juez y como novelista, a su personaje. Pero un profundo sentimiento de la justicia profana y evolutiva protesta en el alma del lector. Si hubiese una conciencia literaria rigurosa en los lectores, se habría hecho una gran protesta pública contra la muerte de el Estafador como se hizo a la muerte de Sacco y Vanzetti, por ejemplo.

Después de estos dos “graves” reparos que hago a su novela, me atrevo a decirle que toda ella me parece de una formidable riqueza de fondo y forma. La riqueza de forma abruma en más de un pasaje al “asunto”. Cuánta agudeza de

visión y expresión! Qué certera la observación de tipos y situaciones! (Tropezamos aquí y allá con tipos conocidos).

Pero me contengo en estas efusiones que nunca sirven de nada a un artista, para anunciarle que todos los amigos a quienes ha remitido Vd. su libro por indicación mía, lo leen con fervor y le escribirán pronto sus impresiones. (Ernesto Barbieri de Suncho Corral - F/ C/ C/ N/ A/, me dice que no ha recibido aún su envío; hágalo, pues es un gran espíritu). Uno de ellos sacó de la lectura de los primeros capítulos el entusiasmo de hablar de “un pequeño quijote del delito (o de la justicia)” En fin: un éxito redondo.

Aquí, un grupo de muchachos hace una revistita -*Centro*- de la cual le envío el nº 4, recomendándole la lectura del fragmento de O' Neill que va a la cabeza. Quisiera Vd. honrarles con una colaboración? Esa misma revista publicará en el número próximo un pequeño florilegio de *Estafen*, y una crítica de Oscar R. Juarez, poeta auténtico.

Le ruego escribirme siempre que pueda.

Con mis felicitaciones por su hermosa obra, reciba las mejores expresiones de cordialidad de su amigo y admirador.

Bernardo Canal Feijóo

Río Cuarto, marzo 14 de 1933

Dr. BERNARDO CANAL FEIJOO
Santiago del Estero.

De mi mayor estima:

Poco después de recibir su carta lei en *Les Nouvelles Littéraires* un curioso artículo de Julien Benda, el gran innovador de la historia en Francia. Precisamente sobre *Les lettres qu'on recoit*. En él se consignan con nitidez los mil y un aspectos de la correspondencia arriba a las manos del escritor. Pasando por “alto” la adecuación de tal vocablo a mi caso, cumplo en expresarle que yo, desde *Periplo*, he empezado a conocer la poliédrica personalidad de ese argos moderno que es el lector. Ya alguien tituló a la crítica el secretariado general de la lectura. Pero, como yo hago ediciones privadas, tímidas, y ella no interesa en absoluto a mi intrépida timidez, me circunscribo a certificar los conceptos del célebre autor del *Discours cohérent*.

Usted, por cierto, es uno de los lectores más sutiles que me hayan tocado en suerte. Mientras leía *Estafen!* me consta que ha colaborado en la obra exquisita de complementación que involucra la lectura en las nuevas corrientes del arte. Así como un cuadro de Picasso, Carrá o Fernand Léger implica un test de inteligencia, es decir un proceso de elevación intelectual hasta alcanzar los prodromos mentales que lo plasmaron, la literatura de vanguardia reclama el aporte del talento ajeno para jerarquizar la creación subjetiva del autor.

En *Estafen!* yo he extraído del aire la imagen [sic] del estafador. Su “incidencia” humana, sus toques con la realidad circundante, es lo que menos me complace. Pero, eran necesarios: porque sino [sic] la entelequia podía ser captada como una abstractomanía y correr el riesgo de volar del ánimo del lector igual que una pompa de jabón. En consecuencia lo burdo, lo pesado, fué [sic] lastre indispensable. Y entre lo pesado, lo burdo: la muerte. Matándolo, he humanizado lo deshumanizado...

Es sumamente gracioso lo acontecido entorno [sic] a la muerte del 14 Pabellón 3. Todos discrepan. Unos la deploran, como usted. Otros la sufren. (Yo, sinceramente, he llorado; porque...) Otros la justifican. Otros la aplauden... En cierta familia amiga promovió un largo debate... De haber supuesto tantos conflictos hubiera hecho una encuesta al respecto... Aunque más no fuese para librarme de la protesta pública, similar a la de Sacco y Vanzetti, que usted jocundamente señala como reacción de una posible conciencia literaria...

“*L' incomprehension du lecteur revet quelque fois une forme particulièrement cruelle, dont, d' ailleurs, le romancier et le dramaturge souffrent*”. Tal mi situación, en la mayoría de las cartas. Aun en las mismas que la aplauden -entre los

cuales me cuento-; porque discrepo en los coeficientes espirituales que adosan esos aplausos. Los más le atribuyen un sentido de necesidad moral, de imperativo social. Pero, no. El final del Estafador no es ético, es estético. Toda su vida ha sido un dandy del delito. Y lograda la estafa máxima de su libertad, por el intestino del túnel, desde antes de sucumbir a ella, flotaba ya el *αναγΧη* de su absolución. En puridad no es justicia humana ni extrahumana la que le fulmina. Es una justicia estética: un *fatum* trágico: la Némesis que encarna las fuerzas esotéricas del mundo restablece con su sabiduría –que es capricho para los hombres– la inmanencia total de la *σοφροσυνε*, empleando el término estricto. He sido, pues, en ella, como en otras cosas, profundamente helénico; con lo cual va sin decir que arremeto contra todos los tabús [sic] que obstruyen el tráfico de las ideas.

Bien, dejémoslo muerto al Estafador...Trabajo ahora en una novela simultaneísta en tres planos: familiar, público y trascendente, de un político vivillo. Y es posible que no muera. La apoteosis de la ignominia es siempre longeva...

He terminado *Balumba*, block de ciento cinco poemas. Y tengo listos: *Op Oloop*, cuentos y esquemas superrealistas, algunos rabelesianamente coprológicos...

En estos días, de vuelta de una *villegiature* a Chile, estuvo por aquí el doctor Gumersindo Sayago. No le conocía. Le agradecí su presentación. Charla breve, pero grata. Me ha hablado con tanto fervor y estima de usted, que certifico ahora la falsedad del: — Oh, amigos, no hay amigos!”, del Estagirita.

Muy pulcra y exacta su traducción del *Strange interlude* de O' Neill. Le he compulsado con el original. Tengo la *eihth large edition of Horace Liveraigh* 1928. No se me escapa la dificultad de su trabajo con un play de esa naturaleza. Y le felicito cordialmente.

Aunque mandé *Estafen!* a Ernesto Barbieri, lo hago de nuevo, con gusto, a su pedido.

Mañana parto a Córdoba en vacación por una quincena. Cuando regrese satisfaré el deseo Centro mandándole algo de una *Suite del agua y la piedra*, que escribí en Chile el año ppdo.

Tal vez en julio vaya con unos amigos al Altiplano. Entonces, de pasada, quizá Santiago sea una etapa. Ergo...

Con saludos muy afectuosos para usted y para el Doctor Paz, a quien le debo la deferencia de una carta sumamente amable, queda su amigo.

[Juan Filloy]



Bibliográficas

Política, universidad y medios. Contribución al estudio de las condiciones de Producción de noticias de canal 10 de Córdoba entre los 60 y 70.

Romano, Silvia (coordinadora) (2002). Córdoba, Ferreyra editor.

En el libro *Política, universidad y medios. Contribución al estudio de las condiciones de producción de noticias de canal 10 de Córdoba entre los 60 y 70* coordinado por Silvia Romano, se plasma el trabajo del equipo integrante del Centro de Documentación Audiovisual de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC en lo que respecta a la recuperación del archivo filmico de canal 10 desde 1962 hasta 1980.

De acuerdo a lo planteado por la historiadora Silvia Romano, citando a Cassetti Di Chio: “La conceptualización de las producciones televisivas en cuanto textos recupera los desarrollos recientes en los estudios sobre la televisión que la examinan en relación con los procesos sociales y culturales que la circundan”. Por ello, las acciones puntuales que hicieron al proceso de restauración del material fílmico, se ven enmarcadas en el contexto histórico en el que este material fue producido, acudiendo para ello al marco normativo existente; a la documentación pertinente generada en el seno del Consejo Superior de la Casa de Altos Estudios, y sobre todo a los testimonios de aquellos que fueron protagonistas de lo que hoy puede considerarse como un momento “de oro” en la historia de las producciones televisivas del canal universitario.

Más allá de contribuir al estudio de las condiciones de producción de noticias de canal 10 como fue su objetivo principal, *Política Universidad y Medios* realiza el significativo aporte de por un lado, analizar la incidencia de la historia en el presente de los SRT, y por otro apelar a la evocación de aquéllos que fueron partícipes del surgimiento de la imagen en Córdoba, que creyeron en un periodismo independiente; y que recuerdan a los SRT como semillero formador de profesionales de primer nivel.

En este marco, se revisan las leyes de radiodifusión vigentes en Argentina a lo largo de este período; las relaciones entre la Casa de Trejo y los Servicios de Radio y Televisión universitarios (SRT); el debate por los contenidos a verse desde dichos medios masivos; y la producción local de Canal 10 en el género periodístico, tanto en su dimensión cualitativa como cuantitativa.

Es de destacar en este libro, la actualidad de las temáticas tratadas, los interrogantes que sugiere su lectura y la importancia en la perspectiva de la conservación del patrimonio iconográfico de un período clave en la historia argentina.

En este sentido, en el capítulo I, Gabriela Olivera plantea la (inquietan-

te por cierto) despreocupación de los gobiernos constitucionales en lo que refiere a la regulación de los medios masivos en Argentina a lo largo de la historia y en este contexto surgen los interrogantes acerca de la privatización o estatización de la radiodifusión en el país; el abismo existente entre la TV capitalina y la TV del interior, y la expansión que se produce a lo largo de la década del 60 con este medio masivo de comunicación.

A lo largo del apartado II, en el que se establece la problemática relativa a las condiciones de producción de las noticias en el período que abarca el estudio, Silvia Romano realiza un recorrido desde la donación de Radio Splendid a la Universidad Nacional de Córdoba, hasta la posterior creación de canal 10, en el que se plantea una problemática por demás actual: la relación de los SRT con el rectorado de la Universidad, la responsabilidad de la Casa de Trejo en el gobierno del multimedio y lo que es más sorprendente aún para quienes la temática universitaria no es ajena: la descripción acerca de las discusiones planteadas en el Honorable Consejo Superior de la UNC sobre este tema y sobre las temáticas a las que se debe hacer referencia en los programas contenidos dentro de la grilla de los SRT.

En este contexto, se produce también el debate por los contenidos de programación: ¿se deben incluir sólo productos de carácter cultural- universi-

tario, dejando de lado los fines comerciales?. Atendiendo a este interrogante, se describe también la normativa vigente en el período para la venta de publicidad.

Se puede ver de esta forma que, ya desde los orígenes del multimedio han existido zonas áridas en cuanto al planteamiento acerca de quién detenta la responsabilidad total en el manejo del mismo, lo que trae aparejado la dicotomía comercial/cultural en lo referente a las funciones de un medio de comunicación universitario. De esta forma, el cuestionamiento se extiende hasta la actualidad: ¿es viable avalar desde una institución educativa sin fines de lucro y con la trayectoria académica de la UNC la emisión de programas vacíos de contenido, alentados por la lógica del mercado?

Canal 10 fue, desde sus orígenes, centro de discusiones políticas y económicas. Lo que es innegable –y que bien queda reflejado en la publicación analizada– es la riqueza en la producción informativa de un determinado momento de la historia y cómo formaba parte de la misma el caudal de material de archivo que se había logrado en aquellos años de “bonanza”.

Dicho material, de valor incalculable se mantenía y archivaba por esos días con técnicas que a la luz de las nuevas tecnologías parecieran ser artesanales y es ésta la reconstrucción de la que se encarga María Cristina Boixadós en

su trabajo, que al describir las diferentes formas de conservación del material en la época logra atrapar al lector con cada una de ellas.

Apelando a la memoria y eri-
giéndose en disparador de interrogan-
tes de suma actualidad, este libro con-

juga el estudio de los aspectos técnicos de la conservación de material filmico, con la descripción e interpretación de los procesos históricos en los que el mismo fue producido.

María Cargnelutti

La invención del peronismo en el interior del país.

Macor, Darío y Tcach, César (compiladores), (2003). Ed. Universidad Nacional del Litoral en colaboración con el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

En 1977 Manuel Mora y Araujo publicó un interesante ensayo acerca de las características del peronismo, en el que distinguía lo que llamaba "potencial laborista", dominante en el Gran Buenos Aires y otras zonas urbanas, del "potencial populista", típico de las zonas más periféricas, rurales y de escaso desarrollo industrial del país. A esas bases políticas agregaba un "potencial de clase media", expresado principalmente en el Radicalismo.¹ La dicotomización del caudal peronista es básica, independientemente del nombre que se le dé a sus dos componentes. No hay por qué discutir excesivamente sobre nombres dados a las cosas, pero yo preferiría reservar el concepto de populismo, o nacionalismo popular, al conjunto del movimiento, justamente por su capacidad de integrar diversos sectores, de los cuales los dos aludidos no son los únicos, pero sí los principales, sobre

todo en términos numéricos. Yo llamaría conservadurismo popular a lo que Mora llama populismo (del interior del país), caracterizado por una escasa movilización popular, concepto que a veces, equivocadamente, se aplica a todo el peronismo, basándose en la experiencia menemista. En cuanto al concepto de "potencial laborista", hay que usarlo con cuidado, para distinguirlo del fenómeno que dio origen al término, o sea el laborismo inglés. Pero admito que como uno de los constituyentes del proceso político iniciado por Juan Domingo Perón fue precisamente autodenominado Laborista, no está mal usar este término, si se quiere, para señalar la diferencia con el peronismo del interior. Sin embargo, al hacer alusión a las masas obreras de las zonas industriales, hay que tener en cuenta un componente muy importante de la coalición de que fueron parte, que las

diferencia, en su estructura política, de las del modelo típico laborista. Se trata de la presencia de elites reclutadas en la parte alta de la pirámide, que forman lo que podríamos llamar un cuarto potencial político, de "elites de derecha *anti status quo*", *contradictio in adjecto* sólo aparente.² Ese mutante de la política está presente, como actor más o menos autónomo, sobre todo en los países de la periferia o del Tercer Mundo, mientras que en las naciones centrales sus componentes están en general incorporados al conservadurismo. Y cuando en momentos de crisis particularmente agudas no lo están, en esas latitudes han formado parte más bien del fascismo, razón por la cual es comprensible que entre nosotros se haya considerado por mucho tiempo al peronismo como una variante de ese fenómeno, al menos en ambientes opositores. Sin embargo, ya Gino Germani desde sus trabajos iniciales sostuvo que se trataba de cosas bien distintas.³ A otros investigadores, como S. Martin Lipset, la insistencia en usar modelos del Primer Mundo los ha llevado a apelar al concepto de fascismo para englobar fenómenos de movilización popular "inclasificables" con el canon liberal clásico, lo que es extraño, ya que contaban con el concepto de populismo, con raíces tanto en la experiencia norteamericana como en la rusa, y también con el de bonapartismo. Lo interesante, y en general poco tenido en cuenta, del análisis de Lipset, es que dividía al "fascismo" (así, entre comillas, en su artículo, pero hubiera sido mejor lla-

marlo autoritarismo) en tres variantes, derecha, centro, e izquierda. En la derecha incluía al salazarismo y al franquismo, en el centro a nada menos que el nazismo, y en la izquierda al comunismo y al peronismo. La lógica de esta clasificación está en el tipo de apoyo social de esas variantes, no en su ideología. En el caso del nazismo, Lipset constata que tomó sus votos más de ciertos partidos de clase media que de los basados en las populares o en las altas, aunque fue utilizado por estas últimas como ariete contra el "peligro rojo"; y algo parecido se puede decir del fascismo italiano. Lo interesante, aunque a primera vista paradójico, es que Lipset engloba en una misma categoría al peronismo y al comunismo, siendo éstos tan opuestos, aparentemente, en lo ideológico. Pero si se toma el rabanito por la parte de abajo y no por las hojas, los parecidos son notorios: apoyo popular, organizado en sindicatos, bien o mal manejados, simpatía de sectores pobres, y mentalidad y práctica fuertemente autoritarias. En los casos europeos occidentales esta tradición autoritaria del comunismo no se concretó en gobiernos, lo que sí ocurrió en el peronismo (y en el varguismo o el cardenismo). Así es como estos fenómenos latinoamericanos, por haber ejercido el mando, pueden pasar por ser más autoritarios que los de raíz marxista, cuando en una perspectiva más abarcadora la cuestión es absolutamente opuesta. De todos modos, si dejamos de lado las experiencias supuestamente socialistas más genocidas, y nos concentramos en

el eurocomunismo, éste se diferencia del peronismo no sólo por las hojas ideológicas sino también por la estructura de clases –no sólo las populares– que es su base. Se trata del tipo de elites políticas incorporadas, que, tanto en el eurocomunismo, como en la socialdemocracia o en el laborismo en los que se ha convertido, son principalmente intelectuales y minorías progresistas de la clase media. En cambio, en el peronismo esos grupos le fueron mayoritariamente opuestos, y su rol fue sustituido por sectores de la milicia y el clero, intelectuales de derecha, y núcleos minoritarios pero estratégicos de los industriales y de las clases altas, sobre todo provinciales. Lo cual nos lleva al tema del presente libro, focalizado, por supuesto, como su título lo indica, en el "interior" del país.

Antes de entrar de lleno en ese tema, agreguemos otro prolegómeno. Al "potencial de clase media" de Mora y Araujo, base del Radicalismo, hay que agregar, para completar el elenco de los principales actores políticos, a lo que para seguir con esta terminología se puede bautizar como "potencial de clase alta", principalmente basado en los sectores de esa clase que no estén pasando por la extraña mutación de oponerse al *status quo*. No es que la derecha se base sólo en el voto o el apoyo de las clases altas, pero en todo el mundo tiene en ellas su más sólido bastión organizativo y financiero, y también un semillero de dirigentes y formadores de opinión pública. La experien-

cia mundial demuestra que en los países de desarrollo mediano para arriba, la derecha, cuando es electoralmente fuerte (casi siempre lo es), se basa en la fusión del "potencial de clase media" con el "potencial de clase alta" más puro, alianza cuya fuerza se ve favorecida por el hecho de que no existe, o es muy débil, el "potencial de elites de derecha anti *status quo*". Un tema que debería ponerse sobre el tapete de nuestras investigaciones sobre los orígenes del populismo –no sólo el peronismo– es el de las tensiones sociales que favorecen la formación de esas elites anti *status quo*, sea en sectores altos de la pirámide social (peronismo, varguismo) o medios, de mayor o menor grado de radicalización (aprisismo, fidelismo). Y nótese que, al incluir a estos cuatro animales políticos en una misma bolsa, como expresiones de movilización de masas por elites anti *status quo*, no se está diciendo que sean la misma cosa. Tienen sí algún parecido, a cierto nivel de abstracción, y se diferencian de los fenómenos puramente laboristas o socialdemócratas en que éstos, aunque también incluyen elites no obreras en su composición social, no les dan tanto peso como en los casos anteriores, clasificables como variantes del nacionalismo popular. En esta bolsa, a pesar de las diferencias, hay una característica común, que es el rol dominante de las elites (simbolizadas por un líder carismático, pero no reducibles a su persona) y en general la debilidad del componente sindical obrero. En esto el peronismo está en un extremo, puesto

que en él el elemento obrero fue siempre muy fuerte, y sigue siéndolo, si se define adecuadamente el concepto de "clase obrera", tema al que volveremos. Sobre si ese componente fue más o menos autónomo se ha discutido mucho, y éste no es el momento de volver sobre una literatura muy conocida. De todos modos, es innegable que mientras existía el líder máximo, el grado de verticalismo que se daba en todas las cuatro variantes mencionadas del nacionalismo popular era mucho mayor que en la experiencia socialdemócrata o inclusive la eurocomunista (aunque en el comunismo periférico, desde la Unión Soviética a China o Cambodia, el verticalismo se daba en medida aún mayor, y no sólo al estar en el poder). Al desaparecer el jefe palingénésico, su rol puede reencarnarse por unos años en otros personajes (João Goulart, Alan García, Carlos Menem), pero con el pasar del tiempo y con la evolución de la estructura social, no se lo puede reconstituir de la misma manera.

Los trabajos compilados por Darío Macor y César Tcach en el libro que motiva estas reflexiones echan luz sobre esta problemática, cubriendo una amplia gama de lo ocurrido en el interior argentino, desde provincias de amplio desarrollo económico como Santa Fe y Córdoba (aunque escasa modernización en esta última) hasta el extremo Noroeste, Cuyo, y la Patagonia. Lo ocurrido en esas regiones no es una parte menor de la problemá-

tica del surgimiento y característica del peronismo, puesto que aun cuando en el área capitalina se concentra una gran parte de la población del país, ella es apenas un tercio del total, o sea una minoría. Esta temática ha sido cultivada ya por diversos autores, aun los incluidos en esta compilación, pero en ella se pueden apreciar importantes contribuciones y nuevos aportes, particularmente valiosos al prestarse para un análisis comparativo, y ser más accesibles al público. Las dos mayores provincias, Santa Fe y Córdoba, son la especialidad de los organizadores del volumen, que les dedican sendos capítulos, complementados por otros de Marta Philp y de Natacha Bacolla. El foco se pone, en éstos como en los demás capítulos, sobre los actores que en algún sentido podemos llamar "de elite", en general ligados a partidos tradicionales, desde el Demócrata Nacional hasta las variantes del Radicalismo, pero también se cubre, aunque en menor profundidad, la condición de los sectores populares. Corresponde aquí plantearse cuán importantes han sido esos "sectores" populares. ¿Son muchos o pocos, numéricamente? ¿Tienen mucho o poco peso político? ¿Son una clase, o simplemente un sector, un estrato, o, peor aún, una mera "categoría"? Para ser más claros, ¿son una *class an sich*, o una *class für sich*? Estadísticamente (*class an sich*) por cierto que existen, y son mayoría, si se suman sus componentes urbanos a los rurales (asalariados). Y si nos concentramos en el área urbana

también son mayoría, aunque no lo sean los grupos organizados, con alguna experiencia política (*class für sich*). Y ya sabemos lo que pensaba Karl Marx de los sectores populares no organizados, sin conciencia de clase, que a su juicio formaban una "bolsa de papas" fácilmente levantable por la "apelación" de cualquier Bonaparte con un poco de imaginación y un entorno que le sirva de base inicial de sustentación.⁴

Ahora bien, la "elite anti *status quo*" que fue un componente central del peronismo se reclutó en gran medida en ambientes capitalinos, y su estudio no cae en el temario de este libro. Pero es importante explorar, en cada provincia, cómo jugaron los miembros locales de esas elites, u otras de tinte más regional. También hay que ver cómo se estructuraron las clases populares, pues no es lo mismo su protagonismo en las zonas rurales arcaicas o de frontera, que en las grandes concentraciones azucareras o mineras, donde constituían un elemento político muy importante, decididamente más cercano al "potencial laborista" (variante populista) que al del conservadurismo popular. Por otra parte, no todos los elementos no obreros que actuaron en la formación del peronismo fueron de derecha, pues en algunos lugares se reclutaron más bien en el radicalismo yrigoyenista. En las zonas más pobres o periféricas del país hubo mayor tendencia a que grupos de las clases altas locales, resentidas contra el predominio porteño, se enrolaran en un movimien-

to como el peronismo, que "combatía al capital" y a sus satélites, concentrados en la gran urbe. Éste es el conocido fenómeno de "los ricos del país pobre, aliados con los pobres del país rico, luchando contra los ricos del país rico". En cuanto a los pobres del país pobre, ellos eran muy numerosos, pero tenían poco peso político, y eran fácilmente manejables por los sectores dominantes locales, sea en un modelo conservador clásico (Corrientes, con su alianza Liberal Autonomista), o en uno conservador popular (Salta, Córdoba), o aún en un populismo clásico (casi "laborista") donde la movilización popular era intensa, como ocurría en aquellos tiempos casi sólo en las concentraciones azucareras de Tucumán, Salta y Jujuy, aparte de las grandes urbes.

Córdoba y Santa Fe plantean un primer contraste. Córdoba tenía un fuerte conservadurismo, dividido en una corriente católica nacionalista, y una más liberal y latitudinaria. El nacionalismo católico, con ribetes por cierto falangistas y, diríamos hoy, algo fundamentalistas, era más bien minoritario entre las clases altas del país, muy influidas por el laicismo y por la cultura anglosajona y francesa. Esta actitud, mayoritaria entre las clases altas, era perfectamente compatible con el elitismo y el fraude, o con eventuales dictaduras correctivas de los desaciertos populares, pero rechazaba la movilización de masas del fascismo, que podía (¿hegelianismo sin saberlo?) convertirse en su opuesto una vez muerto el líder.

El nacionalismo católico, entonces, aunque de derecha, incluso de extrema derecha considerado ideológicamente, estaba entre los "perdedores" del régimen previo, y por lo tanto decidió aliarse con los muy heterogéneos sectores nucleados alrededor de Perón (más tarde abandonarían esa alianza, algunos de a poco y otros en masa durante el enfrentamiento con la Iglesia en 1954-1955). En Córdoba los sectores sindicales eran débiles, pero no inexistentes, y su liderazgo era principalmente socialista y comunista. En ambos grupos ideológicos la resistencia a integrarse al nuevo movimiento fue fuerte, dada la peculiar característica de quienes pasaron a ser los dirigentes del peronismo en esa provincia. De todos modos, muchos sectores populares se plegaron al Laborismo, que tuvo constantes enfrentamientos con el personal de origen conservador o de la derecha de la Unión Cívica Radical Junta Renovadora.

En Santa Fe, en cambio, el elemento clerical no era tan fuerte, y aunque estuvo presente en el peronismo, no tuvo tanto peso como en Córdoba, su lugar siendo más bien tomado por gente venida del Radicalismo. Entre los muy numerosos arrendatarios del sur de la provincia se dio una situación compleja y contradictoria. Por un lado la nueva legislación les aseguraba sus tenencias, pero por el otro los antagonizaba con medidas como la prohibición de contratar personal de la familia para ciertas tareas. En Rosario había un movimiento

obrero de significación, masivamente volcado al Laborismo, aunque sin muchos de sus viejos dirigentes. Uno se queda con la incógnita de saber en mayor detalle cuál fue el desempeño de estos sindicalistas de viejo cuño, cómo su liderazgo entró o no, se dividió o no, al plegarse o resistirse al peronismo. Digno de mención, como síntoma de una "Argentina que no fue", es la rebelión de ciertos dirigentes de peso, que quisieron competir con Perón, como el Capitán Héctor Russo, en Córdoba, desde los primeros tiempos de la Secretaría de Trabajo y Previsión, hasta el gobernador Waldino Suárez, de Santa Fe, al que fue necesario desplazar interviniéndole la provincia.

Salta, estudiada por un equipo formado por Azucena del Valle Michel, Esther María Torino y Rubén Correa, constituye un contraste con Jujuy, a cargo de Adriana Kindgard, comparable un poco al que diferencia Córdoba de Santa Fe. Salta, con una clase alta consolidada, y fuertes raíces católicas, evidencia una división del conservadurismo, y el ingreso masivo de uno de sus sectores al nuevo movimiento, en el que tuvieron que enfrentar a los grupos obreros de las regiones azucareras. En cambio Jujuy, sociedad menos aristocrática, con mayor peso relativo de los componentes sindicales del azúcar y de la minería, protagonizó una transferencia masiva del radicalismo yrigoyenista, dirigido por el prestigiado caudillo Miguel Tanco, al nuevo movimiento,

en difícil convivencia con los grupos laboristas.

Caso muy especial es el de Tucumán, cubierto por Noemí Girbal-Blacha y por Gustavo Rubinstein. Ahí el enclave azucarero era electoralmente dominante, a diferencia de las otras dos provincias nortenas. Había inicios de sindicalización, siempre muy reprimidos y con muy poca fuerza, pero importante presencia de izquierda dentro de ese pequeño ámbito organizado. Las nuevas autoridades puestas en ejercicio de la Intervención en 1943 pertenecían a la extrema derecha fascitizante, a pesar de lo cual (¿o debido a lo cual?) algunos de sus componentes iniciaron la sindicalización masiva, ahora apoyada desde el Estado, con notable éxito. Las nuevas cohortes, siguiendo las banderas laboristas –no se puede hablar de conservadorismo popular en este caso– pronto tomaron vuelo propio, y se enfrentaron con los dirigentes de origen burgués del movimiento. La Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) protagonizó serios conflictos con las autoridades provinciales y nacionales, y tras una larga huelga en 1949 permaneció intervenida hasta el fin del primer régimen peronista en 1955.

Otro caso distinto es el de Mendoza. Ahí el conservadurismo, bastante liberal y sin ataduras clericales, se mantuvo como opositor, lo mismo que parte de la UCR. Pero un sector de ésta, más los miembros de la experien-

cia protopopulista del lencinismo, se plegaron al peronismo, sin poder incorporar a núcleos importantes del movimiento sindical existente, de fuerte orientación comunista o socialista.

En la Patagonia se encuentra un panorama particular. La zona norpatagónica (Neuquén y Río Negro) es estudiada por Enrique Mases y Gabriel Rafart, y Santa Cruz por Juan Vilaboa y Aixa Bona. En estas zonas de frontera, relativamente nuevas, las clases altas tradicionales no existían, sustituidas por una burguesía mediana y pequeña local, o por inversionistas extranjeros y latifundistas nacionales, en general ausentistas. La modernización que ostentaban estas sociedades de frontera había hecho posible, desde los años veinte y treinta, un sistema partidario más completo que en el Noroeste semi-feudal, dando cierta fuerza al socialismo, que llegó a dominar por algunos años los municipios de Neuquén, General Roca y Puerto Deseado. El sindicalismo había pasado por la experiencia traumática de las rebeliones y represiones de 1920-1921, pero había dejado muy pocas semillas en el campo electoral, a diferencia de Chile, en buena medida por la condición extranjera de sus integrantes (cosa que no se daba en el vecino país, donde tanto el extremo Sur como el Norte minero fueron y siguen siendo bastiones socialistas). El fenómeno peronista cuajó en gran escala en la sociedad muy poco jerárquica de Santa Cruz, y en menor medida en Neuquén, donde comenzó a brillar la

estrella de los Sapag, y en Río Negro, donde el Alto Valle, con sus varias ciudades estrechamente ligadas entre sí alrededor de General Roca, ofrecían una base semiurbana de acción, integrando a los asalariados agrícolas, sobre todo del área frutera, al escenario político nacional. En Neuquén el apoyo estaba más bien dado por la gran cantidad de ocupantes precarios del campo, que, como los arrendatarios de la Pampa Gringa, recibían protección, y dada su característica de productores de subsistencia no eran afectados por la protección laboral a los asalariados. Por otra parte, el nacionalismo en esta parte del país tenía un componente particular, preocupado por la cercanía chilena y por la presencia de sus inmigrantes.

El rompecabezas de los actores sociales locales y de sus convergencias o conflictos va emergiendo de la lectura de este libro, aclarando el ámbito nacional, ayudando a comparar, como en un tubo de ensayo, sus reacciones en un medio particular, en lo que se acerca a ser un cuasiexperimento con variables controladas. Lo que hay que seguir explorando, una vez ya bastante ubicadas las elites involucradas, es cómo se dio su acceso a una parte muy amplia de la población de menos recursos. Dejando de lado los extremos conceptuales de autonomía o heteronomía, lo que se precisa es ver en detalle el proceso, examinando no sólo el bosque sino los árboles, analizando las motivaciones y mentalidades de los dirigentes, los

militantes, y las bases, favorables o contrarias al proceso, y la influencia de los escenarios en que les tocó actuar. Seguir estudiando esta problemática es una de las asignaturas pendientes de nuestra sociología política, y es de esperar que muchos más sigan las huellas de estos trabajos pioneros.

Torcuato S. Di Tella *

* Universidad de Buenos Aires; sociólogo. La transcripción de este comentario ha sido autorizada por el director de Desarrollo Económico, Dr. Juan Carlos Torre.

- 1 Manuel Mora y Araujo, "Populismo, laborismo y clases medias: política y estructura social en la Argentina," *Criterio* 1755-1756 (1977).
- 2 Ver, para un elenco algunos de los personajes de este grupo, Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986; David Rock, *La Argentina autoritaria: los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993; y Uki Goñi, *Perón y los alemanes: la verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- 3 Para no volver a citar la bibliografía demasiado conocida, menciono aquí su folleto *La integración política de las masas y el totalitarismo*, Buenos Aires, Colegio Libre de Estudios Superiores, 1956. Ese enfoque está ya implícito en su *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.
- 4 Marx quedó debiéndonos, en su Dieciocho

Brumario y obras conexas, un análisis "marxista", o sea en términos de estructura de clases, de los factores que hicieron posible la formación de ese entorno, sin el cual el líder no podría surgir. Quizás Marx pensaba que en condiciones de crisis final del capitalismo siempre habría algún aventurero que trataría de salvar el sistema a

pesar de los propios engegucidos beneficiarios del mismo. La inevitable y próxima revolución social hacía poco interesante estudiar esos remanidos pútridos del devenir social, pero ahora que vemos que el final se aleja, es necesario hacer este análisis, sobre todo en los países de la Periferia.

La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (editores) (2004). Buenos Aires, Editorial Biblos, 217 pp.

“Se ha sostenido que la historiografía no puede desvincularse, quiéralo o no, con el destino político de cada país –función ideológica que la historiografía asume o se le atribuye– así como de las diversas tradiciones culturales en las que ella se inserta”, afirman los editores del texto a reseñar.² Una ley, sancionada recientemente, establece el 1º de julio como día del historiador “a los efectos de recordar y homenajear el esfuerzo que han realizado y realizan los escritores, investigadores, profesores y aficionados dedicados al estudio, propalación y análisis de los acontecimientos de carácter histórico”.³ La fecha conmemora la decisión del Primer Triunvirato (1812) que ordenó “...se escriba la historia de nuestra feliz revolución para perpetuar la memoria de los héroes y las virtudes de los hijos de América del Sud, y a la época gloriosa de nuestra independencia civil, proporcionando un nuevo estímulo, y la única recompensa que puede llenar las aspiraciones de las almas

grandes”. La responsabilidad recayó en el Deán Gregorio Funes. Su *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* y el breve capítulo titulado *Bosquejo de la Revolución* constituyeron la primera interpretación del proceso histórico iniciado en 1810 y elaborada a partir de la documentación recuperada y reorganizada por Funes. La ley no reconoce diferencias entre los historiadores profesionales y los militantes, a diferencia del texto en cuestión que compila un grupo de artículos que, bajo el nombre “La historiografía académica y la historiografía militante...”, analiza, desde diversas perspectivas y escenarios, el problema de la construcción de las representaciones del pasado, del que participan historiadores profesionales pero también militantes o dueños de ambos adjetivos a la vez. Los artículos dan cuenta de los límites difusos entre ambas aproximaciones al pasado.

Si es posible reconocer una historiografía académica que selecciona un origen (el de los padres fundadores en el siglo XIX), una herencia, un momento de profesionalización y renovación, también es evidente la necesidad de problematizar sus relaciones con el “mundo exterior”, con “el destino político de cada país” y “con las diversas tradiciones culturales”. Si incursionamos en este ámbito, las funciones de la historiografía académica, fundada en la reconstrucción del pasado desde las especificidades de un oficio, el de historiador, se acercan a las de la historiografía militante, más preocupada por instalar una verdad que por fundamentarla. En este caso, hay una intención explícita de construir una determinada memoria colectiva, fundada en la selección de ciertos acontecimientos del pasado. A diferencia de la historiografía académica que, en aras de la profesionalización, negó, en la mayoría de los casos, la discusión de sus efectos, su lugar en la construcción de la memoria.

La relación historia y memoria nos conduce, entre otras cuestiones, a los mecanismos de difusión y recepción de las representaciones del pasado, problema planteado en algunos de los trabajos que integran este volumen. Los mismos son el producto de un proyecto de largo plazo sobre la historiografía argentina del siglo XX, dentro de una línea de investigación desarrollada hace más de una década por los investigadores del Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina del Instituto

Ravignani de la UBA. Específicamente, el tema fue objeto de un proyecto de investigación que lleva el título de este texto: “La historiografía académica y la historiografía militante en la Argentina. Ideas, redes, debates, fronteras (1956-1983)”. La discusión de estos problemas se hizo en un ámbito de intercambio entre historiadores argentinos y uruguayos. El período en cuestión es subdividido en dos: un primer período se delimita entre mediados del siglo XX y los comienzos de la década del 70, época en que el “clima historiográfico se vio saturado por las problemáticas relaciones entre la historiografía profesional y aquella otra de carácter marcadamente militante”. El segundo período está signado por el contexto político de las dictaduras y específicamente, sus efectos en la actividad historiográfica y en un escenario más amplio, el de las ciencias sociales.

Resenar un texto colectivo no nos exime del esfuerzo de contemplar los puntos de vista presentes en los distintos autores que componen el texto. Antes bien, la consideración de las miradas individuales, de las diferentes perspectivas es un punto de partida básico para emprender tal tarea. El trabajo de Eduardo Hourcade titulado “La construcción política de la sociedad en Revolución y guerra” remite a la clásica obra de Halperin Donghi, considerado uno de los padres fundadores de la renovación historiográfica en Argentina, lugar que la mayoría de las veces es la causa para su veneración y a

la vez, un obstáculo para un diálogo más horizontal. El rescate de uno de los objetivos básicos del texto, planteado por el propio Halperin, es decir, su caracterización como un libro de historia política, es el camino elegido por Hourcade para preguntarse por qué este texto provoca más discusión en los noventa que en los años sesenta. La respuesta esgrimida apunta al clima de época, un clima que exigía respuestas a la historia acerca de la situación presente. Desde esta perspectiva, *Revolución y guerra* no era un texto de una utilidad inmediata, dado que “su historia no alumbraba hacia un sendero político-ideológico que apareciera evidente”. El trabajo concluye con la consideración del texto como “un fresco memorable de la invención de la política en el Plata”.⁴ El trabajo de Martha Rodríguez “Un historiador piensa en los 60. ¿Cómo superar la vieja antinomia revisionismo/liberalismo?” se centra en la figura de otro historiador, Roberto Etchepareborda, radical y frondicista, abogado, miembro activo de la Academia Nacional de la Historia. La solución propuesta se funda en “una concepción científica de la Historia, dedicada al estudio metódico del pasado para esclarecer su naturaleza y despejar de él las líneas generales capaces de permitir una comprensión del estado actual del pueblo”; desde su perspectiva, dicha concepción es el instrumento clave para que el historiador argentino cumpla con su responsabilidad social, la de formar “una verdadera conciencia nacional”.⁵

Laura Reali, en su trabajo “La ley del monumento a Oribe de 1961: ¿Una victoria revisionista?” analiza las consideraciones retrospectivas de las representaciones de Oribe en la tradición y en la historiografía blanca y nacionalista en Uruguay y las diversas iniciativas conmemorativas en torno a su figura bajo el reconocimiento de que el tratamiento histórico de esta figura constituye un buen ejemplo de la fuerte interacción entre historia y política en el Uruguay en la primera mitad del siglo XX. Los usos políticos del pasado remiten a una historia que es siempre contemporánea, construida desde el presente. Cabe preguntarse si esta característica no es un atributo de toda producción historiográfica, aunque más visible en las construcciones de los cultos nacionales, donde “toda visión del pasado constituye una filosofía de la historia y cualquier interpretación se vuelve posible”.⁶ También sobre Uruguay, el artículo de Alex Borucki y Cecilia Robilotti, “La reafirmación del artiguismo en el discurso fundacional del Frente Amplio”, problematiza las relaciones entre historiografía y política a través de la consideración de las nuevas formas de conceptualizar el artiguismo que afectaron la conciencia de los uruguayos durante los 60 y 70. Los autores señalan que el Frente Amplio, surgido en 1971, identificó una verdadera edad de oro, la de la presencia de Artigas, “el caudillo traicionado, cuyo programa había quedado inconcluso y por lo tanto con latente vigencia”. Desde esta concepción de la historia,

con connotaciones religiosas, el programa de acción del Frente Amplio, destaca el trabajo, “se veía como continuación del pensamiento de Artigas, con quien se entablaba una relación directa, hasta sanguínea, al llamarlo constantemente *Padre*”.⁷

Nuevamente en Argentina, Julio Stortini analiza, en “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino, el caso del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (1955-1971), además de las cuestiones ya abordadas en otros trabajos como temas, épocas, actores, métodos y conceptos, las estrategias de difusión y debate través de los actos, conferencias, organización de filiales y vínculos que mantuvieron con el campo cultural y con el aparato del Estado. El autor destaca cómo los diferentes procesos políticos influyeron en la definición de las polémicas internas (la acción de los caudillos y las masas y la Guerra del Paraguay), que constituían respuestas a los desafíos del presente. A fines de los sesenta, en un escenario marcado por experiencias como el Cordobazo y la lucha armada, la dicotomía planteada en el campo político entre los defensores de la nacionalidad y la “antipatria”, también encontró sus partidarios en el Instituto revisionista en cuestión dado que el pasado era, como siempre, un campo de batalla. Fernando Devoto, uno de los editores del texto, propone, en “Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía argentina”, una lectura que busca enfatizar las diferencias dentro

del llamado revisionismo histórico argentino. Reconoce la importancia del esquema analítico presentado por Halperin Donghi en su artículo ya clásico sobre “El revisionismo histórico argentino” (1970) pero cuestiona dos aspectos: la unidad del objeto y su filiación a partir de la obra de los hermanos Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico* (1934). El recorrido concluye con el reconocimiento de las distancias entre la antigua generación de historiadores revisionistas y los nuevos historiadores de la izquierda nacional e invita a matizar aquella imagen, bastante difundida, de predominio del “nacionalismo o izquierda tradicional o nueva, nacional o no”, en la cultura de los años 60-70.⁸ El texto de Omar Acha: “Milcíades Peña y el proyecto de una historia marxista” apuesta a un examen de sus interpretaciones históricas concretas a través de una mirada que privilegia el lugar de las nociones de progreso y nación y los modos en que esas nociones eran usadas en clave marxista. El autor concluye, después de “hurgar en las fisuras y nervaduras, en los problemas de un proyecto historiográfico que sólo podría ser condenado con el fin de la historia” que “había una deflación de la densidad de la historia, que se mensuraba más por lo que no había logrado que por lo que efectivamente producía y se legitimaba una historia desde arriba... ya que en definitiva Peña se interesaba sobre todo en Rosas, Roca o Yrigoyen, en los grandes intelectuales o las alternativas macroestructurales”.⁹ Una valoración incómoda para quienes sitúan a

Milciades Peña como el autor de una historia alternativa sin profundizar en los motivos de tal caracterización.

Los trabajos de Pagano, Lesgart y Zubillaga se sitúan dentro del segundo período, el que comienza con las dictaduras, Nora Pagano, en su texto “Las ciencias sociales durante la dictadura argentina” rastrea en el campo intelectual durante la última dictadura militar los antecedentes de una serie de experiencias que cristalizaron en la democracia de los años ochenta. Destaca, como hipótesis de trabajo, que la historiografía de las ciencias sociales durante la dictadura es irreductible a aquella procedente de los ámbitos institucionales públicos (universidad, CONICET y otros) en los que la coyuntura desplegó sus efectos político-ideológicos. El trabajo remite a la compleja relación entre intelectuales-técnicos y la política. Cecilia Lesgart en “Itinerarios conceptuales hacia la democracia. Una tendencia de la izquierda intelectual argentina en el exilio mexicano” analiza la revalorización de la democracia política a la luz de las experiencias dictatoriales y de la vivencia del exilio. En ese escenario, la idea de revolución deja de ocupar el lugar central y en diálogo con el liberalismo político, se resignifican, por un lado, la democracia como un conjunto de instituciones y de procedimientos políticos específicos y por el otro, el socialismo como un proyecto de profundización de aquella. El texto destaca las condiciones de producción de estos cambios y el uso de los concep-

tos, en este caso el de democracia, como herramientas de combate. Carlos Zubillaga, desde Uruguay, en “Del autoanálisis a la confesión. La historia como militancia contestataria” se centra en el surgimiento de una nueva mirada sobre el pasado a cargo de una Nueva Historia que se apropia de un ejercicio de contestación al academicismo oficial y valoriza la utilidad del conocimiento histórico para la percepción de la crisis. El autor analiza la autocrítica realizada, a fines del siglo XX, por uno de los miembros de este grupo de historiadores que buscaba compatibilizar la profesionalización de la disciplina y la opción ideológica. En fin, un recorrido por el accionar de un grupo que hizo suyo el tema de las relaciones entre historia y política.

El texto editado por Devoto y Pagano propone diferentes itinerarios para un problema, el de las representaciones del pasado, tarea de la que participan la historiografía académica y la militante que, como plantean claramente los editores, nunca han dejado de cruzar sus cauces. El reconocimiento de ese lugar compartido parece estar presente en los fundamentos de la ley que establece el 1° de julio como el Día del historiador, fundamentos que, como los artículos de este texto, contienen sobrados motivos para generar uno o varios debates en el mundo de los historiadores.

Marta Philp *

* Centro de Estudios Avanzados y Escuela de

- Historia, Universidad Nacional de Córdoba.
- 2 Devoto, Fernando y Pagano, Nora, (editores) (2004) *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 217 pp.
 - 3 Ley 25566, sancionada el 14-3-2002. Decreto N° 572/02 del P.E.N.
 - 4 Devoto y Pagano, op.cit., p. 23.
 - 5 Op.cit., p. 38.
 - 6 Op.cit., p. 57.
 - 7 Op.cit., p. 69.
 - 8 Op.cit., p. 131.
 - 9 Op. cit., p. 157.

Escenarios y nuevas construcciones identitarias en américa latina

Bonetto, María Susana; Casarin, Marcelo y Piñero, María Teresa (Editores), Centro de Estudios Avanzados (UNC) - Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, 2004, 414 pags.

Este libro incluye una selección de trabajos presentados al congreso organizado en el Centro de Estudios Avanzados de la UNC bajo el título "América Latina: Identidad, Integración y Globalización, desarrollado entre el 10 y el 12 de julio de 2003, en el cual participaron más de trescientas personas entre conferencistas, ponentes y asistentes tanto del país como del extranjero.

En "*El Tiempo Mexicano de Carlos Fuentes. Imágenes de una identidad fragmentada*", Nicolás D. Abadie (UNC) analiza, a partir de la recopilación de ensayos publicados en 1971 bajo el nombre *Tiempo Mexicano* por Carlos Fuentes, las concepciones que este plantea sobre la cuestión de la identidad de los mexicanos, principalmente, y en manera más general de los latinoamericanos.

En "*Teología de la Liberación y Globalización en América Latina*", Silvia Anderlini (UNC) considera a la Teología de la Liberación como "utopía crítica" latinoamericana de la modernidad e incluso de la actual globalización. La considera "posoccidental", inductiva, contextual y hermenéutica. La autora aborda la autobiografía de uno de los representantes de la Teoría de la Liberación, el sacerdote italiano residente en diversos países de Sudamérica Arturo Paoli a partir del análisis del discurso centrado en su autobiografía.

En "*Análisis de cambios en el status jurídico de los esclavos. Cartas de libertad. 1776-1786. Virreinato del Río de la Plata*", de María Eugenia Astiz (UNR), la autora analiza el acto legal de la concesión de la libertad a los esclavos por parte de los amos, en especial los realizados frente a escribano público y cuyos documentos pertenecen al Fondo de Protocolos Notariales de la Provincia de Buenos

Aires (Archivo General de la Nación), siendo el período elegido una etapa de crecimiento y cambios para la ciudad de Bs. As., relacionado con la creación del Virreinato del Río de la Plata.

En *“Política y literatura. La constitución de identidades políticas en La ciudad de los sueños”*, Sebastián Barros (UN Patagonia) aborda a través del análisis de la obra *La ciudad de los sueños*, de Hernández, la manera en que se constituyeron las identidades políticas que marcaron un momento central en la historia argentina, el del surgimiento del peronismo como fenómeno de masas en 1945, a partir de la premisa de que la forma en que estos sectores populares fueron integrados a la política nacional por el peronismo produjo la división polar del espacio político, dividiéndolo en dos campos antagónicos entre los cuales era impensable cualquier práctica articuladora.

En *“Clientelismo, política y subjetividad. Una aproximación desde el enfoque del Análisis de Discurso en materiales de la prensa escrita (Córdoba, 2000-2003)”*, María Natalia Bermúdez (UCC), se propone indagar en el clientelismo no sólo considerándolo como “constitutivo” de la política, sino como “lugar” de la política, y además explorar las formas en que el clientelismo se reconstruye “políticamente” a partir de la definición de subjetividades en torno a proyectos políticos alternativos. Basada en la lectura temática del clientelismo en editoriales y artículos de *La Voz del*

Interior, la autora encuentra que Paternalismo y Derechos Ciudadanos son los dos tópicos centrales del clientelismo.

“Un nuevo concepto de gestión local”, de Marcelo Bernal (UNC). El autor opina que la dimensión global de la economía ha llevado a los gobiernos locales a reformular y rediseñar sus roles tradicionales, reinventando la gestión local, factor que se vincula con el proceso de delegación de responsabilidades de los gobiernos centrales a sus instancias inferiores. Estos procesos se combinan con la noción de desarrollo sostenible, es decir, de una noción solidaria y equilibrada de desarrollo que garantice la convivencia de los distintos factores. Dentro de este contexto, el autor se plantea como propósito reseñar las enormes posibilidades que se les abren a los gobiernos locales con la globalización y la necesidad de éstos de elegir y apostar a una estrategia de desarrollo cualitativamente superadora de las llevadas a cabo hasta el presente.

“Poder y colonialidad en el saber”, de María Susana Bonetto y María Teresa Piñero (UNC). Las autoras observan en Latinoamérica los graves efectos de la aplicación de las políticas neoliberales impuestas, tales como la agudización de la brecha entre ricos y pobres, la supremacía de las finanzas sobre la industria y de los rentistas sobre los inversores, el dominio del capital sobre el trabajo, etc. En este marco, las ciencias sociales de la región

deberán estar presentes en la construcción de nuevas alternativas al discurso dominante neoliberal, pero esto sólo será posible si se repiensa la tradición de una teoría crítica desde la cual sea posible plantear otras formas de abordaje de la realidad, a lo que se agrega en el caso latinoamericano la necesidad de una descolonización de las ciencias sociales.

“El derecho de respuesta en el contexto americano y su recepción en la República Argentina”, de E. Susana Borgarello y Carlos Juárez Centeno. El derecho de respuesta (llamado también derecho a réplica), parte del derecho de información y derivado de la libertad de expresión, fue polémico desde el inicio de su implementación (en el siglo XIX en Europa). Según los autores, este derecho no restringe la libertad de prensa, sino que avala la autodeterminación colectiva incluyendo un autorizado control a la información una vez suministrada, luego de ponderar libremente lo que había de ser o no incluido.

“Uso de apellidos para estimar consanguinidad y parentescos poblacionales según grupo etnosocial y sexo en la época colonial”, Sonia E. Colantonio (CONICET, UNC). Uno de los análisis prioritarios para el descubrimiento de la estructura genética de las poblaciones lo constituye el estudio de la consanguinidad y el parentesco presente en las mismas, tanto como resultado de las pautas culturales diferentes de elección de pareja como a causa de la particular

evolución genética que se produce en poblaciones con altos niveles de consanguinidad y endogamia.

“Procesos de producción del Museo ‘Che Guevara’ en Alta Gracia. Los efectos de las políticas culturales”, Ana Inés Echenique (UNC). Los museos, “guardianes” de la memoria, cumplen la función de crear, preservar, mantener y actualizar la identidad de cada pueblo, así como también contribuyen a imaginar la Nación a través de una serie de símbolos disponibles. La autora se propone realizar una descripción y análisis del proceso de construcción del Museo “Che Guevara” (inaugurado en 2001), y la manera en que el discurso oficial del Estado Nación repatria el símbolo del Che, a través de cómo es registrado, recortado, significado y resignificado su mito en el Museo de Alta Gracia.

“De ‘el pueblo’ a ‘la gente’. Avatares de la construcción simbólica de un sujeto colectivo nacional”, Norma Fatała (UNC). La autora procura establecer las relaciones entre ciertos desplazamientos evidenciados por la construcción del sujeto colectivo nacional en el discurso político canónico y la construcción, también discursiva, del Estado nación, según surgen de sus manifestaciones en el periódico *Hoy Día Córdoba* (nov. 2001-ene. 2002).

“De la subordinación al antagonismo: los discursos identitarios de los piqueteros de Córdoba”, Paula Gordillo (UNC). El objetivo general del trabajo es inda-

gar las identidades sociales construidas en y por los discursos de las organizaciones piqueteras de Córdoba, privilegiando metodológicamente el abordaje enunciativo, léxico-semántico y narrativo, y está organizado en torno a entrevistas en profundidad sobre una muestra de dos organizaciones piqueteras de Córdoba, analizadas a la luz de conceptos de Ricoeur y Bajtin.

“Modalidades de acción política, formación de actores y procesos de construcción identitaria: un enfoque antropológico en piqueteros y fábricas recuperadas”, Mabel Grimberg, María Inés Fernández Álvarez y Virginia Manzano (UBA). Las autoras abordan estos procesos organizativos de manera relacional e histórica y, desde las categorías teóricas de construcción social y hegemonía, recuperan conceptos como los de *tradición*, *experiencia* y *trayectorias asociativas* para dar cuenta de las modalidades y los límites de la acción colectiva, de las formas de resistencia y de protesta y de la configuración de identidades.

“Reflexiones sobre identidad cultural / identidad física en América Latina. El caso de las ciudades-puerto argentinas en el Río de la Plata”, Lucas Mainero (UN La Plata). El autor se centra en los casos de Buenos Aires, Ensenada y Berisso, que cuentan en su composición social con antecedentes de una pluralidad étnica y cultural muy diversa. Estas ciudades crecieron apostando a la aventura de lo diverso, en su lenguaje y en los diferentes estilos de vida que se practicaban.

La obra intenta abordar estas problemáticas en el campo de la arquitectura y del ambiente construido, considerando el aporte migratorio en la conformación de un original tipo de ciudad. Concluye refiriéndose a los efectos que ha causado la globalización en el ambiente construido y su identidad.

“QSVT o los límites y posibilidades en la construcción de identidades políticas: experiencia cordobesa”, de Beatriz Martín y Susana Roitman (UNC). Las autoras opinan que, dadas las características particulares que desarrolló el proceso del fenómeno asambleario en la ciudad de Córdoba (posterior a los eventos del 19-20 de diciembre de 2001), aún queda mucho por dilucidar desde una mirada que apunte a procesos en la producción de subjetividades que no discurren de manera especular y consistente con las lógicas eleccionarias, aunque sin ignorarlas. Incorporan también una mirada desde la militancia y la praxis.

“Partidos del mercado, partidos del Estado: los discursos preelectorales de la campaña argentina del 2003”, de Fabiana Martínez (UNC/UN Villa María). La autora establece, a través del análisis de los discursos preelectorales de la última campaña presidencial argentina, la pérdida de consenso del paradigma dominante anterior, el neoliberal, y la creciente visibilidad y circulación de sentidos que se construyen desde nuevos criterios de legitimidad; en especial, se centra en la restitución de la figura del Estado o la continuidad de la legiti-

dad del mercado y los vínculos enunciativos que construyen los candidatos en relación a estos tópicos.

“Genetic Argument, transmisión psíquica entre generaciones y divorcio argentino”. Viviana Masciadri (CONICET/UNC). La autora realiza una aproximación conceptual a los tres temas enunciados en el título a la vez que esboza algunas relaciones entre los mismos, analizando desde el punto de vista de la Demografía diferentes posturas sobre la transmisión intergeneracional de la inestabilidad matrimonial, y luego vinculando el tema con la evolución jurídica que la institución divorcio ha tenido en la Argentina.

“Entre Zagreb y Jerusalem, prácticas y memorias de la diáspora”. Laura Missetich (UNC) y Alejandro Dujovne (UNC/UCC). Tomando como objetivo a las comunidades judía y croata en la Argentina, los autores intentan contestar las preguntas sobre cómo se manifiesta y reproduce en el tiempo, material y simbólicamente, la diáspora, y qué revelan las prácticas diaspóricas respecto a las sociedades contemporáneas.

“Proceso y dinámica del Grupo Río en el marco del nuevo multilateralismo”, de Teresita Morel (UN Río Cuarto). La autora analiza las circunstancias en que surgió, desarrolló sus actividades y decayó el Grupo Río, desde el conflicto de América Central en los años ochenta hasta la imposición del paradigma neoliberal en los años noventa.

“La identidad de la generación del ’70 en la memoria colectiva. La encuesta de la revista Tramas”, de María Paulinelli (UNC). La autora asume desplazar su reflexión en el cruce identidad / memoria, pero a su vez en la construcción del acontecimiento / conmemoración. El análisis de una encuesta sobre la literatura argentina de los años ’70 publicada por la revista *Tramas* en 1996 (a veinte años del golpe militar de 1976) le sirve para interrogarse sobre cómo estructura *Tramas* los discursos que componen la publicación referida, en relación a su afirmación de que quizás sea en los discursos virtualizados del acontecimiento donde la relación entre identidad y memoria se particularice con mayor nitidez.

“Ser indio, ser mestizo: categorías cambiantes en el México contemporáneo”, de David Robichaux (Universidad Iberoamericana de México). El autor procura dar a conocer el destino de las comunidades que, durante el virreinato en México, fueron repúblicas de indios, describiendo un sistema de organización comunitaria, vida social y derecho consuetudinario que hasta el día de hoy operan al margen de las instituciones nacionales, destacando que ya existía un tipo de autonomía de estas comunidades en muchas partes, aunque no reconocido por el Estado, no concordando con la tradición occidental y estatal mexicana de los derechos individuales. Las ex -repúblicas de indios son hoy importantes unidades sociales que deben considerarse en cualquier análisis de la formación social mexicana.

“Teoría y praxis: notas sobre la situación de la Filosofía y las Ciencias Sociales en la Argentina”, de Raúl Rodríguez (UNC/UN Villa María). El autor realiza una síntesis del desarrollo de la reflexión filosófica que acompaña al desarrollo de las Ciencias Sociales en el país desde los años sesenta hasta el presente, a través de los avatares que les ha tocado sufrir por los diversos mecanismos represivos y de control político y social.

“La lógica del mercado en el discurso oficial. La reforma del Estado en Córdoba (1999-2001)”, de María Soledad Segura (UNC). La autora analiza la redefinición de los roles del Estado y de los ciudadanos, la consecuente reconfiguración de la relación entre ambos y la redefinición de la figura del excluido propuestas en el discurso de la reforma estatal de la provincia de Córdoba, específicamente en el área social, a través del análisis del discurso oficial de los dos primeros años del gobernador de la Sota.

“La relación entre la Argentina y los Estados Unidos de Norteamérica en época de la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro de 1906. Una lectura desde ‘La Revista de Derecho, Historia y Letras’”, de Enrique E. Shaw y Carlos Juárez Centeno (UNC). Los autores analizan cómo se evidenció en La Revista de Derecho, Historia y Letras, publicada por Estanislao S. Zeballos, el enfrentamiento tanto real como simbólico, de la Argentina con los EEUU, particularmente a partir de la Conferencia Panamericana de 1906, concluyendo

que la revista actuó como un instrumento de un grupo de la clase dirigente para difundir los temas más importantes de ese momento, advirtiendo sobre las construcciones identitarias que se estaban estableciendo y que podrían significar un riesgo para la propia identidad nacional.

“La teoría de las relaciones internacionales en el análisis de los procesos de integración: ¿Del olvido a la esperanza?”, por Javier Uncetabarrenechea Larrabe (Universidad del País Vasco). El autor procede a demostrar las limitaciones de las teorías estatocéntricas para el estudio de los procesos de integración regional, tras lo cual se refiere a las profundas transformaciones producidas en las Relaciones Internacionales durante los últimos quince años y cómo esto ha permitido que dicha disciplina cuente, en la actualidad, con mejores instrumentos para el análisis de los citados procesos de integración.

“Modelo de mujer y construcción jurídica en el pensamiento de Vélez Sarsfield”, por Jaqueline R. Vassallo (UNC). La autora analiza las disposiciones del Código Civil con respecto a la situación de la mujer, cómo delineó el rol y el espacio que iba a jugar la mujer: vivir en, por y para una familia de tipo tradicional y burguesa, todo realizado a través de un discurso jurídico teñido de influencias teológicas.

Jorge Santarrosa



Publicaciones del CEA

Relaciones Internacionales

Enrique Shaw, *Zeballos y la imaginación de Argentina, 1898-1906*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales N°1, 150 p.

El trabajo analiza la construcción de la identidad nacional y de la identidad internacional argentina desde los artículos publicados en *La Revista de Derecho, Historia y Letras*, fundada por Estanislao Zeballos en 1898, que constituye una publicación de gran influencia en las elites argentinas de su época. Se intenta mostrar la manera en que Zeballos contribuyó a crear el imaginario e inventar la patria argentina desde *La Revista*, construcción de la nacionalidad que se dio en el plano de la elite y hacia adentro de ella, de acuerdo a su rol de intelectual orgánico a su clase.

Gustavo Luque, *Causales de la baja inserción comercial de la provincia de Córdoba en el mercado japonés, 1983-1989*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, N°2, 128 p.

El trabajo aborda desde la óptica del comercio internacional la actividad comercial entre la provincia de Córdoba y Japón. Se trata de identificar y analizar las causas de la disminución de las exportaciones cordobesas al mercado japonés, con el fin de contribuir a superar esa situación y hacer posible estrechar vínculos comerciales con Japón. Los resultados de la investigación pretenden de este modo tener consecuencias prácticas para el sector exportador de la provincia al mercado japonés, coadyuvando al avance del intercambio comercial.

Víctor Fabián Rodríguez, *Taxonomía de las licencias obligatorias de patentes en la diplomacia comercial*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales N°3, 247 p.

El objetivo general de este trabajo es efectuar una taxonomía sobre la regulación en materia de licencias no voluntarias de patentes de cada miembro de la Organización Mundial de Comercio durante la vigencia del Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el comercio (Acuerdos TRIP's) y analiza el grado de aplicación a través de la concesión de las mismas.

Teresita Morel, *La política exterior argentina frente al conflicto centroamericano, 1983-1987*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, N°4.

El trabajo analiza la política exterior argentina frente al conflicto de América Central, enmarcado en un periodo en que la política del nuevo equipo de gobierno norteamericano, de signo republicano, puso el acento en claves totalmente diferentes a la de su antecesor enmarcado en un periodo del fin de la Guerra Fría.

Maria Luz Ezquerro, *La política exterior de Arturo Frondizi, 1958-1962*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales. Nº5, 118 p.

El trabajo analiza la política exterior del gobierno de Frondizi en un escenario dominado por la Guerra Fría, en un orden que se revelaba de estructura bipolar que influenciaba fuertemente el rumbo de un gobierno de transición de un Estado periférico.

La gestión del presidente Frondizi tiene connotaciones particulares que la presentan como controvertida y ha producido una vasta gama de opiniones.

Se pretende explicar la política exterior frondicista en sus dimensiones político-diplomáticas y económica, en un contexto internacional crítico y la búsqueda de acciones para direccionar la inserción de Argentina a fin de salir de la situación de vulnerabilidad económica, principal causa de la dependencia externa.

Gustavo Bosio Haulet, *Influencia de la Doctrina de Seguridad Nacional en Argentina entre 1976 y 1983*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Colección del Programa de Investigaciones en Relaciones Internacionales

El autor realiza un estudio sobre los orígenes, evolución y el impacto de la Doctrina de la Seguridad Nacional en Argentina durante la última dictadura militar. El trabajo se destaca, entre otras cosas, por lo exhaustivo de su relevamiento bibliográfico y documental y por la seriedad de su abordaje.

Población

Mónica Ghirardi, *Matrimonios y familias en Córdoba, 1700-1850. Prácticas y representaciones*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 2004, 653 p.

Este texto, trabajo de tesis doctoral de la autora, tiene como objetivo fundamental establecer la correlación existente entre la visión social modélica acerca del matrimonio y la familia, y las prácticas asociadas a la formación de la pareja y vida familiar de la sociedad cordobesa en el siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX.

Se buscó contrastar el modelo de matrimonio consagrado en el Concilio de Trento y la familia legítima emergente de esa concepción, con las prácticas sociales reastreadas en la documentación; el deber ser con el ser; la teoría, el ideal, con la realidad

observada en los comportamientos, las representaciones mentales que la gente tenía sobre el casamiento y la familia, los discursos contruidos sobre la base del paradigma ortodoxo católico en materia tradicional y las prácticas sociales.

Partidos Políticos

Cesar Tcach (comp.), Luis Alberto Romero, Norma Morandini, Hugo Quiroga, Claudia Hilb, *La Política en consignas. Memoria de los setenta*. Ed. Homo Sapiens con el auspicio de la Maestría en Partidos Políticos del CEA. Rosario, 2003.

A partir de un cuerpo documental de 126 consignas orales, cantadas en manifestaciones populares entre 1969 y 1976, este libro ofrece una reflexión interdisciplinaria en la que sociólogos, politólogos, historiadores y escritores analizan una época marcada por el protagonismo popular y la violencia política. Las consignas orales, acompañadas de una musicalidad que varía desde el molde del estribillo deportivo al ritmo de cumbia, y asociadas a una gestualidad donde prevalecen la rabia, la burla, la ironía o el afecto a un líder, expresan líneas políticas, elecciones estratégicas y opciones tácticas que son analizadas en su contexto histórico.

Darío Macor y César Tcach (editores), *La invención del peronismo en el interior del país*, Universidad Nacional del Litoral con la cooperación de la Maestría en Partidos Políticos del CEA. Santa Fe, 2003

En esta obra Darío Macor y César Tcach ofrecen una reconstrucción de los orígenes del peronismo en distintas provincias, que dan cimiento a un nuevo horizonte interpretativo que pretende avanzar en una nueva lectura de este fenómeno político, objeto del análisis sociológico de Germani, a mediados de la década de 1950. Dicho análisis marcó el inicio de un largo recorrido interpretativo del peronismo que se extiende hasta nuestros días. Estas miradas del peronismo periférico encierran lecciones comunes que destacan la importancia de los factores tradicionales en la configuración del peronismo originario y ayudan a explicar algunos de sus principales rostros: su tibieza de fe en las virtudes de la democracia política, su desprecio por los partidos, el sistema de partidos y el pluralismo político. Junto a los trabajos de Macor y Tcach, integran el volumen los textos de Marta Philp, Natacha Bacolla, Adriana Kindgard, Azucena del Valle Michel, Esther Torino y Rubén Correa, Noemí Girbal Blacha, Gustavo Rubinstein, Yamile Álvarez, Enrique Masés y Gabriel Rafart, Juan Vilaboa y Aixa Bona.

Graciela de Garay y César Tcach (coordinadores), *Temas de Historia Oral en dos naciones de América Latina: Argentina y México*. Edición del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora de México y el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, en formato CD, 2004.

Este libro de carácter binacional reúne trabajos de investigadores de México y Argentina sobre experiencias y reflexiones en torno a la metodología y práctica de la historia oral. Los temas que abordan los investigadores mexicanos se dedican a la problemática social derivada del acelerado proceso de urbanización ocurrido en la ciudad de México entre los años 1940 y 1960, como también de su freno en los años '80. Por su parte, los investigadores argentinos y la investigadora uruguaya Silvia Dutrenit abordan el estudio de distintos aspectos del proceso político desarrollado en la década de 1970, en Argentina, como por ejemplo la actividad político partidaria, la militancia barrial, el asilo diplomático, las consignas políticas de los grupos más movilizados, entre otros.

Gabriela Closa, "Sectores populares y cultura política", *Documento de Trabajo N° 1, Serie Voces y Argumentos*, Publicación de la Maestría en Partidos Políticos y del Archivo de la Palabra del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 2003.

Este documento de trabajo se propone reflexionar en torno a las particularidades de la cultura política que se construyó en un momento de intensa movilización social como fue el desarrollado a principios de la década de 1970, en Córdoba. A través del rescate de las experiencias de militantes barriales se reconstruyen las prácticas que éstos realizaban en los sectores populares y se avanza en el análisis de la cultura política que se conformó en esos años.

Alicia Servetto, "Apertura política y transición electoral en una Argentina conflictiva: Los escenarios provinciales 1971-1973", *Documento de Trabajo N° 3, Serie Voces y Argumentos*, Publicación de la Maestría en Partidos Políticos y del Archivo de la Palabra del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 2004.

El presente documento de trabajo se centra en dos dimensiones analíticas: 1) El proceso de reorganización partidaria, los conflictos y tensiones en el contexto de la transición electoral abierto en 1971; 2) los resultados de las elecciones democráticas de marzo y abril de 1973. Ambas dimensiones se articulan a través del análisis comparado de cinco provincias argentinas cuyos procesos políticos concluyeron durante el tercer gobierno peronista en la intervención federal: Formosa, Córdoba, Mendoza, Salta y Santa Cruz. En rigor, este trabajo se enmarca en una proyecto de investigación más amplio que se refiere a los conflictos políticos provinciales durante el tercer gobierno peronista, desde una perspectiva que se propone examinar las

dinámicas políticas particulares de cada provincia y destacar su incidencia en el funcionamiento del sistema de partidos y del sistema político argentino.

Carina Sacchero, *El Mendozazo. Historia y Memoria. Serie Voces y Argumentos. Maestría en Partidos Políticos y Archivo de la Palabra. Documento de Trabajo N° 4. Córdoba, 2004.*

El presente trabajo se propone desentrañar las causas que hicieron levantar al pueblo mendocino en contra del gobierno provincial y nacional en abril de 1972 y conocido como “Mendezazo”. Para ello se identificaron y analizaron a cada uno de los actores sociales, la especial participación de las Uniones Vecinales y la formación de la Coordinadora Provincial No pague la luz, como centros de oposición y movilización. Asimismo, se devela que hubo una provocación manifiesta por parte del sector más “duro” del Ejército para favorecer el estallido social con el objeto de desestabilizar al gobierno del general Lanusse.

Alejandro Dujovne, *El partido Socialista de la Provincia de Córdoba, 1933 - 1936: Una lectura política desde el periódico Tribuna Socialista, Documento de Trabajo N° 2, Serie Voces y Argumentos, Córdoba, 2003.*

El texto analiza, desde la idea de campo político de Bourdieu, la forma en que el discurso de “Tribuna Socialista”, órgano de prensa de la federación cordobesa entre 1933 y 1936, al definir sus opositores políticos -fascismo, iglesia y Partido Demócrata- y construir en torno a ellos y a las problemáticas y amenazas que cada uno le suscitaba tres escenarios de confrontación, definió, relacionalmente, la posición político-ideológica del partido en el escenario político de Córdoba. Para ello estudia el modo en que los editoriales, en tanto espacio reservado y ordenado para la exposición y desarrollo de la definición ideológica y política, contruyeron por oposición, su propia posición en el juego político cordobés entre 1933 y 1936, período que representa el momento de mayor crecimiento y fuerza del partido en Córdoba.

Discurso Social

María Teresa Dalmaso, Adriana Boria (compiladoras), *Discurso Social y construcción de identidades: mujer y género*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Ediciones del Programa de Discurso Social, Córdoba, 2003, 230 p.

Los trabajos reunidos en esta compilación fueron presentados y debatidos en las *II Jornadas de discurso social y construcción de identidades: mujer y género*, desarrolladas

en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba en diciembre de 2001.

El conjunto heterogéneo de textos que componen este volumen constituye una aproximación interdisciplinaria a los estudios de género: relaciones de la mujer con la salud, las relaciones económicas, la política o la estética, así como reflexiones teóricas que cuestionan categorías centrales del pensamiento contemporáneo. Más allá de la heterogeneidad de la compilación, puede encontrarse una línea en común en los trabajos publicados: se trata de jerarquizar la reflexión sobre la problemática del género, intentando revelar su productividad a la hora de abordar los problemas relacionados con la mujer y el feminismo.

C.E.A.

María Susana Bonetto, Marcelo Casarin, María Teresa Piñero (editores), *Escenario y nuevas construcciones identitarias en América Latina*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, 2004, 414 p.

Esta publicación es el resultado de un conjunto de trabajos reunidos a partir del congreso América Latina: identidad, integración y globalización, que se desarrolló en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional en julio de 2003. La reflexión intelectual que el encuentro supuso incorporó diversos análisis sobre los acontecimientos históricos, políticos, económicos, jurídicos y culturales de América Latina.

Algunos de los ejes planteados se vinculan a la construcción y reconstrucción de las identidades de la región, la recuperación crítica del pasado y de los procesos de integración regional que se constituyen y expanden en el marco de la globalización.

Gustavo Ortiz, *El vuelo del búho, textos filosóficos desde América Latina*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Río Cuarto, Agencia Córdoba Cultura, Córdoba, 2003, 207 p.

Los trabajos que conforman esta compilación se ubican dentro de una perspectiva de pensamiento filosófico que aborda el análisis crítico del presente histórico y de las identidades presentes, modalidad peculiar de un modo de pensar con pretensiones universales, pero entrelazado con situaciones históricas determinadas.

Los artículos comparten ciertos supuestos básicos: la filosofía debe someterse a procedimientos de validación específicos; la primacía de la razón práctica; el carácter inevitablemente reflexivo y crítico de la investigación social, y en el contexto latinoamericano, una reflexión sostenida acerca de la racionalidad social, en el marco de una modernidad heterogénea y asimétrica.

Luis Daniel Hocsman, *Reproducción social campesina. Tierra trabajo y parentesco en el Chaco Árido Serrano*, Centro de Estudios Avanzados UNC. Córdoba. 2003.

Este trabajo retoma las tradiciones de la Antropología Rural dado que propone reflexionar acerca de la dinámica de reproducción social que define la especificidad del sector campesino, dentro de los marcos regionales y nacionales caracterizados globalmente por las relaciones capitalistas de producción, abordando particularmente el estudio de un mecanismo como el de la herencia, por considerar que el mismo interviene directamente en la reproducción de la unidad doméstica de producción.

A partir de un exhaustivo tratamiento de archivo y de las experiencias de campo el trabajo se propone rescatar el valor y la minuciosidad de la experiencia etnográfica enfatizando su valor para esclarecer las relaciones sociales de dominación y explotación procurando establecer conexiones entre las realidades locales y los procesos globales.



Publicaciones recibidas

Andes. Antropología e historia, 2003. Universidad Nacional de Salta. Arg.

Ayrolo, V. y Caretta, G. Oficiar y gobernar. Apuntes sobre la participación política del clero secular de Salta y Córdoba en la pos-revolución. / Cohen, Victoria. Epístolas en busca de un lugar. Las maestras del colegio de Educandas de Salta ante el proceso secularizador (segunda mitad del siglo XIX). / Fernández, Sandra. La negociación del ocio. El “negocio” cultural en la ciudad de Rosario a través de la Asociación “El Círculo” (1912-1920). / Galante, Mirian. La articulación de la herencia hispánica en la construcción del imaginario nacional mexicano. Discursos cívicos pronunciados en la Ciudad de México, 1825-1857. / Heras, Ana. El rol de facilitadores interculturales en la comprensión de la identidad y diversidad. / Moyano, Elisa. Mestizaje y nacionalismo en La tierra en armas de Dávalos-Serrano y en algunos ensayos de Juan Carlos Dávalos. / Navallo, Tatiana. La autobiografía conventual colonial. / Richard-Jorba, Rodolfo. Transformaciones en la región centro-oeste de la Argentina. De un espacio económico binacional a la formación de la “economía regional” vitivinícola y la integración al mercado nacional. Mendoza y San Juan 1870-1914. / Simesen, Ana. Mentiras por omisión en la “Razón blanca”. / Sobre museos, historias y voces. La casa de Hernández, Museo de la Ciudad de Salta. / Sosa, Marcela. La tierra en armas de Dávalos-Serrano (o las armas del teatro). / Viana, M., Plaza, J. y Ruggieri, V. Relevamiento de la generación y destino final de residuos de hidrocarburos totales de petróleo (HTP) en la ciudad de Salta.

Anuario en Relaciones internacionales. IRI, 2004 - CD-ROM. Universidad Nacional de la Plata. Arg.

El anuario cuenta con diversas secciones para cada departamento del IRI: presentación - Documentos - Cronología. Presenta informes de NU, PNUD, CEPAL, etc. La situación argentina. Algunos artículos son: Miranda, Alfredo. Imagen de cambio: los primeros meses de la política internacional del gobierno de Néstor Kirchner. / Segundo Informe Anual sobre la Política Exterior del Gobierno Argentino (25 de Mayo de 2003 al 31 de Mayo de 2004).

Anuario social y político de América Latina y El Caribe, 2004. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Venezuela.

Calcaño, Luis. Venezuela: entre la violencia y la negociación. / Camou, Antonio. Bipartidismo, ¿bipartidismo o partido dominante?. El gobierno de Kirchner y la renovación del sistema de partidos en la Argentina. / Exeni, José. De la certeza del pacto a la incertidumbre del pacto. Bolivia: la democracia transada. / Franco, R. y Gómez, A. Gobernabilidad, gobernabilidad democrática y el papel de las políticas sociales. / Gálvez Borrell, V. Guatemala: elecciones generales 2003. Riesgos de reversión autoritaria y retorno de los empresarios. / García Delgado, Daniel. El legado de Norbert Lechner. / Garnier, Leonardo.

Desarrollo desigual y capitalismo a medias: elementos para un modelo y para una historia. / Ipola, Emilio. Días aciagos. / Laserna, Roberto. Bolivia: la crisis de octubre y el fracaso del ch'enko. Una visión desde la economía política. / Martínez Franzoni, Juliana. Negociación del TLC con Estados Unidos: participación ciudadana e implicaciones para la democracia. / Strasser, Carlos. Adiós a un gran pensador político. / Tavares de Almeida, Maria. Norbert Lechner: a inesgotável capacidade de ser solidário. Anuario social y político de América Latina y El Caribe, 2004 (7) / Lechner, Norbert. Presidencia del Senado. Ceremonia de entrega de nacionalidad por gracia.

Aportes para la integración Latinoamericana – CD ROM, 2003. Universidad Nacional de la Plata. Arg.

La participación social en el MERCOSUR. Investigación. [Cap. I. Encuadre metodológico – Cap. II. Los sectores elegidos – Cap. III. Marco teórico referencial – Cap. IV. Participación social e integración – Cap. V. Los actores productivos en el Mercosur – Cap. VI - La unidad de análisis como objeto de estudio – VII. Viabilidad del Mercosur: condicionantes y conclusiones. / Miranda, Mirta E. La inclusión-exclusión del espacio local en el Mercosur. / Porta, Fernando y Ramos, Adrián. Inversión extranjera directa y reformas estructurales en la Argentina. Tendencias y Estrategias en la Década de los '90. / Schaposnik, Rosa. Ajuste estructural y reestructuración productiva en la Argentina de los noventa.

Avá. Revista de antropología, 2004. Universidad Nacional de Misiones. Arg.

Heredia, Beatriz. Prólogo: Ethos y habitus en antropología. Reflexiones a partir de una trayectoria. / Passeron, Jean y Baranger, Denis. Algo más a propósito de El oficio del sociólogo. / Carrasco, Morita. Actores y recursos frente al deterioro ambiental y la conflictividad social en Salta. / Herkovitz, Damián. Rituales políticos y centros carismáticos: un estudio sobre las escenificaciones del poder. / Ferrero, Brian. Leyes, clientelismo y conservación en el norte misionero. / Dauster, Tania. Uma revolução silenciosa: notas sobre o ingresso de setores de baixa renda na universidade. / Renoldi, Brígida. Las pruebas del delito. Investigación y procesamiento del tráfico de drogas en la frontera Posadas-Encarnación (Argentina). / Feito, María. Antropología y desarrollo rural. Contribuciones del abordaje etnográfico a los procesos de producción e implementación de políticas. / Pereira, Claudia. Imagine yourself set down...in front of your PC. A etnografia e o desafio metodológico da netnografia.

Cadernos do CEAS, 2004. Centro de Estudos e Ação Social. Brasil.

Bassegio, L. A migração latino-americana para o Brasil: o caso dos bolivianos em São Paulo. / Carvalheira, Dom Marcelo. A globalização e os desafios da migração. / Gonçalves, Alfredo. Migrações no Brasil. / Núñez Mármol, J. Migrações e deslocamentos: a situação do deslocamento forçado na América Latina e no Caribe. / Plataforma de Cooperação Internacional para Imigrantes Indocumentados (PICUM). Algunas pautas para atender aos imigrantes indocumentados. / Rech, D. A longa caminhada em busca de direitos. / Ribeiro, Silvia. Água é vida, não pode ser vendida: privatização da água e migração. / Sezyshita, A. Migração nordestina: a contínua saga de um povo.

Comunicación, 2004. Universidad Pontificia Bolivariana. Colombia.

Alvarez Cadavid, G. La comunicación en clave educativa: una reflexión en redes de aprendizaje virtual. / García Posada, J. La formación de colegas en la cultura profesional. / Jaillier Castrillón, E. Enseñanza de la comunicación. / Llano de Jaramillo, M. Las nuevas tecnologías, una nueva racionalidad. / Muñoz Uribe, J. Transnacionalismo o descubrimiento. La enseñanza en la escuela de comunicación. / Orrego, Carolina y Restrepo, Angela. Junar al gotán - Mirar al tango. Serie radial sobre el ritmo porteño, trabajo de grado. / Ramírez Cortés, J. Educar para las TIC. Choques y virajes para la infosociedad. / Rendó, José. La enseñanza del periodismo. No basta nacer, hay que hacerse. / Sánchez Aguiar, Claudia. La docencia, un regalo para dar y recibir.

Cuadernos de información y comunicación, 2004. Universidad Complutense de Madrid. España.

Abril, Gonzalo. Vanguardia consumida, vanguardia consumada. Notas sobre surrealismo y cultura de masas. / Del Rey, Javier. Adorno y la crítica de la cultura de masas. / Imbert, Gérard. De lo espectacular a lo especular. Apostillas a "La sociedad del espectáculo". / Landowski, Eric. Diana in vivo. / Dayan, Daniel. Los valores de mostrar: TV, actos de mirada y 11-S. / Aladro, Eva. Comunicación como proceso simpático. / Lozano, Jorge. 11-S todavía: semiótica del acontecimiento y explosión. / Fabbri, Paolo. Aplauso y consenso. / Eco, Umberto. La universidad y los mass media. / Gubern, Román [y otros]. Encuesta sobre el concepto de cultura de masas. / Abruzzese, Alberto. Cultura de masas. / Baudrillard, Jean. Por qué la ilusión no se opone a la realidad. / Morin, E. y Wolton, D. La comunicación, ayer y hoy. / Hall, Stuart (1973). Codificación y decodificación en el discurso televisivo.

Cuadernos hispanoamericanos, 2005. Agencia Española de Cooperación Internacional. España.

Broch, Herman. Siete poemas. / Corral, Wilfrido. Carta de Estados Unidos. Derrida y los “teóricos”. / Dido, Juan C. Ensayo sobre el ensayo. / Fernández Romero, R. La autobiografía y la escritura del deseo. / Gallone, Osvaldo. La risa del desesperado. / Gregorich, Luis. Carta de Buenos Aires. Después de Borges y Perón. / Marchamalo, Jesús. Entrevista con Eduardo Arroyo. / Martínez Miura, E. Leo? Janánek el revolucionario ingenuo. / Romera, Lucrecia. ¿Nombrar el nombre? A propósito de un texto de Pedro Salinas. / Sánchez Andrés, A. Morales, Salvador. La independencia haitiana y su incidencia en el continente americano. / Sylvester, Santiago. El inactual. / Viart, Dominique. Efracciones de la poesía. / Viñas, David. Propiedad intelectual y creación artística a la luz de la teoría literaria.

Desarrollo económico, 2004. Instituto de Desarrollo Económico y Social. Arg.

Chudnovsky, D., López, A., Pupato, G. y Rossi, G. Sobreviviendo en la convertibilidad. Innovación, empresas transnacionales y productividad en la industria manufacturera. / De Miguel, J. De la Torre y la reforma política argentina: la cuestión electoral y los partidos políticos. / Domingues, J. y Maneiro, M. Revisitando a Germani: la interpretación de la modernidad y la teoría de la acción. / Etchemendy, S. España: un modelo estatista de liberalización económica. / Garavaglia, Juan. El despliegue del estado en Buenos Aires: de Rosas a Mitre.

Diplomacia, 2004. Academia Diplomática. Chile.

Alvear Valenzuela, M. La política exterior de Chile y el aporte de la Academia Diplomática [50 Aniversario de la Academia Dip. Andrés Bello]. / Cabeza, Ángel. Reflexiones sobre la aplicación de las convenciones y cartas sobre el patrimonio cultural en América Latina. / Céspedes García-Menocal, C. La diplomacia. ¿Buena cualidad o defecto? ¿Ciencia y arte de la verdad o de la mentira? / Díaz, Marcelo. Un nuevo ciclo en la política exterior de Chile: enfrentando desde América Latina cambios globales. / Garay Vera, Cristián. Diálogo norte-sur de seguridad en las Américas. / Maseko, Timothy. Aspectos generales de la política exterior de Sudáfrica desde el establecimiento de la democracia en 1994. / Pérez Bravo, A. y Sierra Medel, I. El papel de ANSEA en la liberalización comercial en el Pacífico. / Quezada, Abraham. Pablo Neruda en el Servicio Exterior.

Enfoques, 2004 6 (1). Universidad Adventista del Plata. Arg.

Alby, J. La concepción antropológica de la medicina hipocrática. / Aranda Fraga, F. III Simposio Internacional sobre a Justicia: Justicia global e democracia, Porto Alegre, 1-5 de septiembre de 2003. / Armenteros, V. Cristo en ti (apuntes hermenéuticos). / Canale, F. Evangelical theology and open theism: toward a biblical

understanding of the macro hermeneutical principles of theology? / Daros, W. Argentina: argenti philosophia (Argentina y la preocupación por la plata).

Estudios sociales, 2004 (27). Universidad Nacional del Litoral. Arg.

Buchrucker, Cristian. Temas antidemocráticos e identidad nacional en la cultura política del cono sur. Un panorama comparativo de seis trayectorias históricas del siglo XX. / Escolar, Marcelo. Calcagno, Natalia. Reforma electoral nacional y reforma electoral federal. Elementos para el análisis y discusión del caso argentino. / Jelin, Elizabeth. Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales. / Oliveira, Luzia. A reforma política no Brasil: propostas, temores e controversias. / Ollier, María. Hacia un patrón argentino de inestabilidad presidencial. / Piazzesi, Susana. Una democracia electoral imperfecta. Santa Fe en la primera mitad de la década de 1930.

Estudios sociológicos, 2004 22 (65). El Colegio de México. México.

Amparán, A. López Gallegos, A. El “análisis de los marcos” en la obra de William Gamson. Estudios Sociológicos, 2004 22 (65) / Bendesky, León., De la Garza, Enrique, Melgoza, Javier y Salas, Carlos. La industria maquiladora de exportación en México: mitos, realidades y crisis. / Estrada Saavedra, M. Reflexiones en torno a la mentira y la política. / Fernández Aguerre, Tabaré. De las escuelas eficaces a las reformas educativas de segunda generación. / Giménez, Gilberto. Pluralidad y unidad de las ciencias sociales. / Gutiérrez, Natividad. Violencia estructural y masacre genocida en los pueblos indígenas de Chiapas (1997) y Oaxaca (2002). / Marshall, Adriana y Perelman, Laura. Cambios en los patrones de negociación colectiva en la Argentina y sus factores explicativos. / Moreira de Carvalho, Inaiá María y de Almeida, Paulo Henrique. Familia y protección social en el Brasil contemporáneo. / Reyna, J. La institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en América Latina.

Historia y grafía, 2004 (23). Universidad Iberoamericana. México.

Defossé, F. Ambición sin límite. La intelectualidad mexicana del siglo XX. / Dosse, F. La historia intelectual después del linguistic turn. / Galván Lafarga, L. Creación del ciudadano: los intelectuales y la prensa infantil, 1870-1900. / Lozano, Herrera, R. José Juan Tablada, el héroe taimado. / Rodríguez Mortellaro, I. La espiral del poder: Diego Rivera y la representación del pasado indígena en el Palacio Nacional. / Semo, I. El vago objeto de la escritura: los intelectuales en su laberinto. Preliminares. / Semo, Ilán. La soledad de Cuesta. / Vázquez Mantecón, A. Aventuras y desventuras de un literato en la política. Federico Gamboa y el porfiriato.

Invenio. Revista de Investigación Académica, 2004 7 (13). Universidad del Centro Educativo Latinoamericano. Arg.

Apel, Karl-Otto. Reflexión pragmático-trascendental: la perspectiva principal de una transformación kantiana actual. / Bellina Yrigoyen, Jorge E. Dificultades crediticias de las PYMES derivados de la información asimétrica. / Camussoni, Georgina y Carnevali, Evangelina. Determinación comparativa del contenido de polifenoles en vinos tintos de origen argentino. / Capuano, Andrea Miriam. Evaluación de desempeño. Desempeño por competencias. / Iunnisi, Cristian. Crisis bancaria y financiera : un repaso a la teoría y a la experiencia argentina reciente. / Menichini, Amilcar. Value at Risk. Metodología de administración del riesgo financiero. / Ponton, Raúl Alberto. Errores congénitos del metabolismo: Enfermedad de la orina con olor a jarabe de arce. / Rodil, Eduardo. La base biológica de la competencia económica. / Romero, Gustavo E. God, causality and the creation of the universe. / Sisti, Ramón Alberto. Los caminos en el folclore del noroeste argentino. / Trapani, Daniel. Entre el cálculo racional y comportamiento reglado.

Letra internacional, 2004 (85). Salvador. Clotas. España.

Bustamante, Enrique. Medios y poder político. / Claudín, Víctor. ¿Y si la parte esencial de la Biblia fuera mentira? / Mate, Reyes. El único patrimonio son sus manos. Diario de un viaje a Perú. / Pérez Escohotado, Javier [y otros]. La importancia de ser Juan Gil-Albert [artículos varios]. / Seguí, Luis. La democracia devaluada. / ĹíĹek, S. Fotografía, documento, realidad.

Miradas alternativas. Análisis multidisciplinario del fenómeno jurídico, 2004 (2). Centro de Documentación Histórica del Archivo del Poder Judicial. Cba. Arg.

Abril, Ernesto. Sobre la noción sociológica de soberanía. / Gelmi, E. y Missetich, L. Deconstruyendo imaginarios del ser o no ser nacional. / Lugones, M. y Rufer, M. Fuentes en extinción. Estudio cualitativo de expedientes judiciales de los Tribunales de Menores. Córdoba, 1968-1978.

Organizaçoes e democracia, 2004 5 (1). Universidad Estadual Paulista. Brasil.

Ariosi, C. Dal Ri, N. Democracia, participação e poder no cooperativismo educacional / Brabo, T. Democratização da escola sob uma perspectiva de género: um novo desafio / Freitas, S. A gestão democrática da Escola Municipal Professora Elza Marreiro Medina / Gomes e Silva, F. Apropriação da subjetividade da classe trabalhadora: burocracia e autogestão / Gutierrez, G. Economía solidaria: de movimiento político a política de Estado / Sabbi, V. Autogestão de uma escola comunitaria: possibilidades e limitações / Silva, J. Escolas democráticas: fatos e ideais.

Prisma. Revista semestral de ciencias humanas, 2004 (19). Universidad Católica del Uruguay.

Cardoso, Manuel. Calidad y equidad en las escuelas de tiempo completo: un análisis de sus resultados en las evaluaciones estandarizadas de 1996 y 1999. / Garcé, A. y De Armas, G. Política y conocimiento especializado: la reforma educativa en Uruguay (1995-1999). / Hernández, Diego. Reforma de la seguridad social: desembarco, conquista y retirada de un actor no reformista. / Irazábal, Diego. Del relacionamiento entre técnicos y políticos en el Uruguay. Una aproximación desde la reforma educativa (1995-2000). / Mancebo, María. La fundación de los centros regionales de profesores: un análisis desde el ángulo de la profesionalización docente. / Mandressi, Rafael. La docencia, la revolución y la guerra. Germán Rama y el discurso de la reforma educativa. / Monteiro, Lucía. La equidad en el sistema de salud uruguayo. Una aproximación desde los actores. / Santangelo, Giorgina. El funcionario administrativo como actor relevante del sistema de acción concreto. Una análisis de la reforma educativa uruguaya (1995-1999). / Vernazza, Lucía. El error de subestimar la implementación: el juego de múltiples actores en la reforma educativa uruguaya.

Reflexão, 2001 (79/80). Pontificia Universidade Católica. Brasil.

Burnier, Rogério. Um paradoxo histórico: um parêntesis de Aristóteles em exílio por mais de 2000 anos. / Domeneghetti Badia, Denis. Pessoa, grupo e comunidade: pontos para a reflexão sobre a problemática antropológica, ética e educativa no personalismo ontológico de N. Berdiaev. / Furlan, Vera Irma. A abordagem holística transpessoal na ótica weberiana. / Gonçalves, Arlindo. Ética e axiologia radicados na vida humana segundo García Morente. / Lafer, Celso. Um professor: a autobiografia de Bobbio. / Nogueira, João. O conceito de prudência no comentário de Tomás de Aquino ao Livro VI da ética a Nicómaco. / Santos, Maria dos. Platão entre dois desejos. / Stein Coval, Fabiano. Ética e psicologia em Aristóteles.

Relaciones internacionales. Revista del IRI, UNLP, 2004 13 (27). Argentina.

Aranda, Ramón. La política exterior argentina: de Menem a Kirchner. / Bauger, Erika. La Obediencia Debida: una defensa vacía. / Bono, Laura. Cuencas hídricas compartidas. Regulación internacional y gestión integral. / CD-ROM: Documentos: APEC, OEA, CAN, Cumbre Multilateral, Cumbre de las Américas, Grupo de Río, Mercosur, OMC, XIV Cumbre Iberoamericana, ONU, Consejo de Seguridad, Resoluciones. Historia: La guerra de la Península de Crimea, Jurisprudencia: National Court of Justice, Legal consequences of the construction of a wall in the occupied palestinian territory. Política exterior argentina. Sección especial: II Congreso del IRI en Relaciones Internacionales. Trabajos presentados. / Demasi, Carlos. Dos procesos innovadores. Las reformas constitucionales de 1917 en México

y en Uruguay. / González Uresti, Luz. Los marginados de la globalización: un dilema humanitario. / Makalima, Mlungisi. La política exterior de Sudáfrica post apartheid. / Miranda, Roberto. Argentina y la política latinoamericana: la cuestión de las diferencias. / Ramírez, Gabriela y Sánchez, Leandro. Análisis de la toma de decisiones, estudio de caso: el contrato Invap-Ansto. / Surasky, Javier. Pobreza: medición y presencia en el Índice de Desarrollo Humano y en los Objetivos de desarrollo del milenio. / Wehbe, Pablo. El terrorismo como “contrapoder” frente a los EEUU tras la desaparición de la URSS. / Zamarreño, María. Los gobiernos de Menem y Duhalde y los votos en la Asamblea General de Naciones Unidas.

Review of International Affairs, 2004 15 (1116). The FPI RTY International Politics. Yugoslavia.

Djilas, Milica. Serbia and Montenegro and the European Union, Why so difficult? / Documents: The National Assembly of the Republic of Serbia Resolution on the European Union Association [y otros...]. / Dražkovic, Vuk. Foreign policy of Serbia and Montenegro in 2004. / Jovovic, Dejan. Economic relations between Serbia and Montenegro and the Republic of Poland. / Lopandic, Dusko. The Treaty on the Constitution for Europe and its Effect on the EU foreign Relations and the Position of Serbia and Montenegro. / Polt, Michael. The United States wants Serbia and Montenegro stable, prosperous and strong.

Revista de divulgação cultural, 2004 (83). Fundação Universidade Regional de Blumenau. Brasil.

Andrade, S., Emrich, K. y Emrich, M. Professora, por que não? Um estudo sobre a construção das regras sociais na educação infantil. / Bittencourt, M., Pereira, A. y Castilhos, P. Projeto político-pedagógico: visão e participação da comunidade escolar. / Breuckmann, H. A pesquisa em educação: do academico ao dia-a-dia escolar. / Budag, E., Schramm, C. y Martins, T. O projeto tempo de aprender - clases de aceleração: sua contribuição na educação dos alunos com multipas repetencias. / Cervi, G., Borges, M. y Eickenberg, V. Conceito de disciplina: contribuições para pensar a escola e a pedagogia. / Dias, J. y Block, O. Registros avaliativos: concepções de professoras da educação infantil. / Grosch, M., Berti, L. y Heinig, M. A mediação pedagogica na orientação da pesquisa escolar. / Meneghel, S., Oliveira, I. y Costa, J. Formação do professor reflexivo na universidade. A visão do cuncluinte de pedagogia da FURB. / Rausch, R., Moretto, I. y Santos, V. Registros e significados da escrita de crianças de 3 a 5 anos. / Ribeiro, M., Maas, D. y Schlogl, L. Os contos de fadas na sala de aula: o encontros com crianças de 6 e 7 anos. / Werner, P., Bressanini, D. y Santos, M. O livro brinquedo: contribuições acerca da sensibilização para a leitura do pre-leitor.

Revista SAAP. Publicación de ciencia política, 2003 1 (2). Sociedad Argentina de Análisis político. Arg.

Buquet, Daniel. El doble voto simultáneo. / Iazzetta, Osvaldo M. La democracia y los vaivenes de lo público-estatal. / Lardone, Martín. Las reformas de los estados provinciales en Argentina: hacia la construcción de un esquema analítico. / Novaro, Marcos. Continuidades y discontinuidades tras el derrumbe político. / Serrafero, Mario. La Jefatura de Gabinete y las crisis políticas: el caso De la Rúa. / Strasser, Carlos. La sociedad y la política, en necesidad de ideología. / Tokatlian, Juan Gabriel. Sudamérica y el dilema de Colombia.

Saber y tiempo. Revista de historia de la ciencia, 2004 (17). Asociación Biblioteca José Babini. Arg.

Andrada, Carlos. Orígenes de la bromatología en Catamarca. / Babini, Nicolás. Suplemento. La etapa argentina de Archeion. Índice de los volúmenes XXII (1940) a XXV (1943). Índice general: 3-12; Índice de nombres: 12-19; Índice temático: 20-33. / García, Susana. Miguel Fernández y el proyecto científico-educativo del Laboratorio de Zoología del Museo de La Plata. / Jacovkis, Pablo. Reflexiones sobre la historia de la comutación en la Argentina. / Palma, Héctor. La eugenesia en la Argentina. / Tignamelli, Horacio. El primer lunario criollo.

Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales, 2005 (61). Instituto de Investigación Dr. José María Mora. México.

Chaoul Pereyra, María Eugenia. La Escuela Nacional elemental en la ciudad de México como lugar, 1896-1910. / Lettieri, Alberto. La prensa republicana en Buenos Aires: de Caseros a Pavón (1852-1861). / Rathbun, Lyon. La transformación de la visión de John Quincy Adams sobre México. / Rodríguez O., Jaime E. La naturaleza de la representación en Nueva España y México. / Sala de Touron, Lucía. Democracia en América Latina: Liberales, radicales y artesanos a mediados del siglo XIX.

Signo y pensamiento, 2004 (45). Pontificia Universidad Javeriana. Colombia.

Aguaded, J. y Correa, R. Imagen y construcción de las audiencias: el significado del significado. / Barbosa, Marialva. Público: sustantivo, adjetivo y verbo. Una multiplicidad de sentidos. / Bonilla, Jorge. Bibliografía temática: estudios sobre sociedad de masas, opinión pública, consumo cultural y recepción de medios. / Callejo, Javier. Pasos hacia una ecología de recepción. / Díaz, César. Receptores desconocidos de un periodismo olvidado (1776-1810). / Fuenzalida, Valerio. Televisión pública para una democracia con gobernabilidad y equidad. / Guinsberg, Enrique. Medios y subjetividad: algunos aportes para su estudio. / Karam, Tanius. De la sociedad de masas a la sociedad de audiencias. Formas de convivencia entre viejos y nuevos conceptos. / Renero, Martha. Que se enteren de la clase de hombre que es! La incómoda esfe-

ra pública del habla femenina del talk show. / Roncallo, Sergio. Muchedumbre: una visión de la manipulación desde Gorgias y Platón. / Sulbarán, E. y Boscán, J. Repercusiones del comportamiento de las audiencias en la construcción de la programación televisiva generalista. / Sunkel, Guillermo. El consumo cultural en la investigación en comunicación en América Latina. / Vallejo, Mariluz. Los lectores de Semana (1946-1961). Cartas de un país paradójico.

Transinformação, 2004 16 (2). Pontificia Universidade Catolica de Campinas. Brasil.

Araripe, Fátima Maria Alencar. Do patrimonio cultural e seus significados. / Filho, Osvaldo. Estatísticas, representação e conhecimento. / Francelin, M. y Pellegatti, C. Filosofia da informação: reflexos e reflexoes. / Silva, M. da. y Fujita, M. A prática de indexação: análise da evolução de tendencias teóricas e metodológicas.

Normas de presentación de trabajos para publicar en la revista Estudios

- 1 Los Artículos deberán constar de 3000 a 5000 palabras, incluidas las notas al pie de página. Deberán presentarse en formato Word (6, 97 ó 2000) o en RTF, en un disquete, adjuntando dos copias impresas. Tienen que incluir un resumen de 200 palabras, como máximo, y cinco palabras clave. El espacio requerido es de 1,5, el tamaño de la letra del cuerpo de texto 12 arial. El título del trabajo debe ir en mayúsculas, sin subrayar y en negrita sobre el margen izquierdo. Si el artículo llevara subtítulos, éstos deben ser destacados en negrita, sin mayúsculas y ubicados sobre el margen izquierdo. Las palabras que deseen resaltarse deben ir en cursiva.
- 2 Las notas deberán estar numeradas correlativamente con numeración arábiga y colocadas al final del texto.
- 3 Los Comentarios bibliográficos deberán tener entre 1500 y 3000 palabras y las reseñas un máximo de 500.
- 4 La bibliografía: todas las referencias citadas en el texto deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa. Las citas bibliográficas se indicarán en el texto, entre paréntesis, con apellido del autor, año de la edición y página/s en el caso de que sea necesario. Ejemplos: (Harvey, 1895:67); (Castells y Borja, 1992); (Augé et al, 1974:120-140). La presentación de la Bibliografía deberá ser colocada al final del artículo y será ordenada alfabéticamente de la siguiente manera:
 - a) Apellido y nombre del autor; b) Año de edición; c) Título de la obra, si fuesen Libros, Tesis o Revistas deberán ir en cursiva. Los artículos de revistas o capítulos de libros entre comillas; d) volumen, tomo, o número abreviados; e) lugar; editorial; f) páginas en el caso de artículos.

Ejemplos:

CASSANY, Daniel, (1998), *La cocina de la escritura*. Barcelona: Lumen.

CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto, (2004), "El trabajo del antropólogo: Mirar, Escuchar, Escribir". *Avä, Revista de Antropología* 5: 55-68.

La no observación de estas normas de presentación podrá ser motivo de la no aceptación de los trabajos.

Todos los artículos presentados a la revista Estudios son remitidos a un evaluador externo, de cuyo dictamen depende su publicación; asimismo, cada uno de los trabajos aceptados es sometido a una revisión de estilo.

